

Crónicas del ángel enamorado I

ANIK



ANDOS MORE



Andos More

Presenta

CRÓNICAS DEL ÁNGEL ENAMORADO I

BIBLIOTECA DE FANTASÍA

LIBRO PRIMERO:

ANIK

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

**A Pablo, mi hijo mayor,
fiki de muchas cosas,
entre ellas de la fantasía.**

CAPÍTULO PRIMERO

1

LA APARICIÓN DEL MEDALLÓN

Esta historia comenzó a forjarse con la aparición del medallón en la Sierra Pequeña, hermana de Sierra Nevada, y que los castellanos denominaron Sierra Arana. Allí, en una cueva estrecha, que parecía una mina, pero que no había sido horadada por el hombre, existía uno de tantos portales por el que los enviados del Creador venían a la Tierra para cumplir con sus obligaciones. Me llamo Anik Barradas de Haro y esta es mi historia. La historia de una joven, como cualquiera otra de su época, que un día recibe como regalo un medallón muy antiguo y descubre que debe cumplir una misión sin tener ninguna idea de cómo hacerlo. No, no es fácil describir todo lo que yo he vivido.

Huélago, jueves, 8 de mayo de 1969.

Don Antonio y su mujer: la señorita Mari Carmen, maestros de Huélago, habían acordado con otros colegas de Moreda, realizar una excursión con todos los niños de los dos pueblos a la fuente de los Dornajos, que está en lo alto de Sierra Arana, a unos dos mil metros de altura. A pesar de la altitud se puede subir, sin mucha dificultad, por una vereda que utilizaban los pastores. El invierno había sido muy lluvioso con continuos temporales que habían provocado que el campo estuviese embarrado y los niños no pudieran salir a jugar fuera del pueblo. Con la llegada de la primavera había aparecido el sol, y con él, la alegría en los corazones de la gente. La tierra, al secarse, comenzaba a florecer por todas partes. Eso motivó que en una reunión se propusiera sacar a todos los alumnos al campo para compensarlos con un día fuera de las aulas.

En la fecha señalada, el cielo amaneció totalmente despejado. En aquella época no existían los cuartos de baño en Huélagó y cada día, al levantarse, Antonio se dirigía al corral para hacer sus necesidades. Ese día coincidió con la salida del sol por el Canto del Llano de la Estación.

»Hoy va a hacer un buen día —se dijo, al levantar la vista y ver que no había nubes en el cielo.

Se sentía contento, le gustaba salir al campo y esta excursión era una oportunidad para cumplir su sueño: subir a lo alto de la montaña. Parecía que le hubiesen dado un premio por ser tan buen estudiante.

Desde la ventana de su casa que daba al corral, enfrente de la cual se sentaba para leer, se veía la sierra y, concretamente, el lugar donde iban se mostraba como un manto verde. Soñaba que en aquel territorio vivía aventuras que otros niños no podrían imaginar jamás. Sin embargo, aunque era un lugar deseado, nunca había ido allí; salvo en una ocasión y sin que su padre lo supiera, que llegó hasta la Venta del Puntal, al pie de la sierra, muy cerca del lugar, para recoger de la basura las chapas que cerraban las botellas de cristal y que los niños llamaban “cazolicas”. Estas se utilizaban para jugar y como trueque, de forma que las más raras tenían un valor superior a las demás. Claro que al volver de la Venta, su progenitor le calentó el culo por haber ido sin permiso. Ahora era diferente, iban guiados por los maestros y, aun así, su padre se negó en un primer momento.

»La sierra es muy peligrosa para un niño —pensaba su papá.

La tristeza del chiquillo, al conocer su negativa, fue lo que provocó la intercesión de su madre y, al fin, pudo llevar la autorización a la escuela. Fue a la cocina y cogió la trébedes pequeña, que estaba colgada en la pared del interior de la chimenea. La puso sobre el fuego, que previamente su padre había dejado encendido antes de marcharse a trabajar a la cantera de piedra del cerro la Torre, y colocó un cazo encima para calentar la leche. Cuando calculó que alcanzaba la temperatura óptima la echó sobre su tazón, añadiéndole chocolate en polvo y azúcar; la acompañó con sopas de pan. Su madre estaba barriendo la puerta de la calle y, al darse cuenta de que se había levantado, entró rápidamente a la casa y le preparó el macuto con una fiambarrera de carne con tomate en la que podrían comer varias personas, —“por si tienes más hambre”— decía su mamá; además del pan, una naranja y un bocadillo de tortilla para la merienda de la tarde. Agua no necesitaba, ya que había allí adonde iban. En realidad no quería llevar tanta comida, pero no había manera de convencerla de que tenía suficiente con un par de bocadillos

para pasar el día. Todos los niños participantes debían estar a las ocho de la mañana en la puerta de la escuela. Antonio ni siquiera miró el único reloj de la casa que estaba sobre la cornisa de la chimenea. En cuantoapuró el tazón del desayuno, cogió el macuto y, colgándoselo a la espalda, salió corriendo, llegando en unos minutos. La mayoría de los chiquillos ya estaban allí, aunque aún faltaba un rato para la hora de salida. Los maestros, en cambio, llegaron a la hora justa, para eso habían planificado al detalle la excursión. Reunieron a los críos por cursos y pasaron lista. En esta ocasión, no estaban preocupados por las clases y todos estaban muy contentos. Poco después llegaron las maestras y las niñas que se habían reagrupado en las escuelas viejas. En aquellos días la enseñanza en España estaba separada por el sexo de los alumnos. Las niñas en un lado y los niños en otro.

Don Antonio les dio las últimas instrucciones y comenzaron a caminar calle abajo hasta la carretera en fila de a dos. Al cruzar la Rambla, nombre con el que denominaban al riachuelo que cruzaba el pueblo de oeste a este, algunas madres aguardaban para ver pasar a sus hijos, al tiempo que les advertían de que se comportaran bien e hicieran caso a los maestros. Al llegar al llano, después de caminar un buen rato y subir la cuesta de Atascadero, comenzó a generalizarse un murmullo ante la visión de la sierra: —“allí, allí vamos a subir”—. En el paso a nivel con barreras, las cadenas estaban echadas y el guarda permanecía vigilante por si algún chaval cometía una imprudencia. La alegría de los niños se desbordó cuando pasó el tren. La fila se rompió y los chiquillos, agitando las manos, gritaban: —“adiós, adiós”— a los asombrados pasajeros que se asomaban por la ventanilla. El guarda esperó el tiempo estipulado y quitó las cadenas para que pasaran.

Poco después, los maestros se encontraron con otro problema al llegar al cruce con la carretera nacional, junto a la caseta de los peones camineros. Aunque había poco tráfico, eran muchos los niños y tenían miedo de que ocurriera un accidente, por eso decidieron organizarse para cruzar. Unos maestros se pusieron a vigilar si venía algún coche y los demás, a ambos lados de la calzada, les iban diciendo cuándo podían pasar. Cuando terminó la operación siguieron por la carretera de Bogarre hasta el cortijo de las Grajas, que era el punto de reunión con los niños de Moreda. Los alumnos del pueblo vecino todavía no habían llegado y los esperaron jugando en las eras. Cuando estuvieron todos juntos, los organizaron en fila y subieron por la vereda de los pastores que llevaba a la fuente de los Dornajos.

Una hora después, ya estaban bebiendo agua del pequeño caño que había

junto al pilar, utilizado para dar de beber a los animales. Allí les dieron libertad de hacer lo que quisieran, siempre que no salieran de la zona que ellos podían controlar con la vista, es decir, la explanada. La rivalidad entre los dos pueblos se extendía a todos los ámbitos. Naturalmente el fútbol era el máximo exponente y organizaron un partido. Se eligió a once jugadores por cada equipo y a dos maestros, uno de cada pueblo, como árbitros. Los demás deberían animar desde la orilla. A los que no les interesaba este deporte se fueron a explorar los alrededores.

Jugar un partido de fútbol a dos mil metros de altura no era problema para aquellos chavales que no se estaban quietos ni un momento; la dificultad residía en que lo hacían en la ladera de una montaña. Se estableció que el que echara la pelota fuera, debía de ir a buscarla. Aunque llevaron dos balones para jugar, siempre había algún patoso al que se le escapaba barranco abajo y, naturalmente, tenía que ir a por ella. Mientras, se jugaba con la otra, pero al poco rato volvía a ocurrir y, claro, no había otra opción que esperar sentados a que volviera alguno con una pelota para seguir jugando. Por fortuna, solo tenían que bajar unos cientos de metros donde un bosquecillo de chaparros los retenía e impedía que se perdieran ladera abajo. El partido, de bido a las innumerables interrupciones, no tenía una duración exacta y no terminó hasta la hora de comer. Cada equipo metió cinco goles, por lo que el resultado final fue de empate. Gracias a eso se evitaron posibles peleas entre los alumnos. Al terminar el encuentro, todos se fueron a los alrededores de la fuente, para almorzar. Como cada uno llevaba su comida se agruparon por amistades, siempre cerca del nacimiento del agua. Después, los maestros ordenaron que todo el mundo echara la siesta; de esta manera, ellos podían descansar también al no tener que estar vigilando.

A pesar de la altitud, el calor se dejaba sentir a esas horas y en la explanada solo había un árbol que diera sombra y este fue ocupado por los maestros. El resto de excursionistas, estando al sol, no aguantó mucho rato y, en cuanto los cuidadores cerraron los ojos, se fueron a explorar el entorno para no aburrirse.

Antonio se juntó con un grupo de niños de Huélago que habían comido junto a unos peñascos, por encima de la fuente. Luego, aunque no tenían permiso de nadie, dispusieron de ir hasta el pico más alto que se veía desde allí. Antes de llegar encontraron una zona de rocas que les permitía jugar al escondite y rápidamente echaron a suertes a quién le correspondía buscar a los demás. Al primero que le tocó fue a Agustín y los demás corrieron a

escondese. Antonio lo hizo junto a una abertura tapada por una enorme piedra de más de dos metros de alto, que aguantaba estoicamente de pie, y que las inclemencias parecían querer derribar, porque daba la sensación de que en cualquier momento se iba a caer sola. Aquello le llamó la atención y pensó que la piedra ocultaba la entrada a un lugar maravilloso. Eso estimulaba su imaginación creyendo que allí podía haber escondido algún tesoro. Cuando terminaron de jugar decidió enseñársela a sus amigos.

—¿Y si la tiramos y entramos a ver lo que hay? —les propuso Antonio.

—¡Vale! —gritaron los demás entusiasmados.

Y todos se sentaron por encima de la piedra y, poniendo los pies sobre ella, empujaron con todas sus fuerzas. Era más la ilusión que ponían los niños que la fuerza que lograban hacer. Sin embargo, los miles de años que la roca llevaba de pie a la intemperie, tapando aquel agujero, pareció hacer efecto y esta cedió imprevisiblemente. Primero volteó sobre sí misma, ante el asombro y susto de los traviesos chiquillos; luego comenzó a girar barranco abajo destrozándolo todo, hasta que tropezó con un grupo de chaparros y, finalmente, se detuvo.

Los niños se quedaron abrumados ante las repercusiones que podían tener si los maestros los descubrían, y miraban la explanada esperando que no se hubieran dado cuenta. Sus cuidadores se encontraban tumbados bajo el árbol, echando la siesta, pero uno de ellos, que no dormía, se levantó para ver de dónde procedía ese ruido y oteó los alrededores. Los chiquillos se escondieron sin dejar de vigilarlo; desde su posición, aquel individuo no pudo ver nada y volvió a tumbarse bajo la sombra del árbol, pensando que sería el viento. La apertura que había quedado al descubierto parecía la entrada de una mina, aunque algo más estrecha; tendría un metro de ancho y dos de alto, justo para un hombre. Los siete amigos miraban desde fuera, deseosos de entrar y, al mismo tiempo, tenían miedo de lo que hubiera en el interior.

Uno de ellos, que fumaba a escondidas, llevaba una caja de cerillas en los bolsillos y la ofreció para alumbrar el camino.

—¿Entramos? —preguntó Antonio ante la duda de los demás.

—Vamos a explorar hasta dónde llega la mina. ¿Quién viene conmigo? —dijo Agustín cogiendo la caja de cerillas—. ¿Solo tenemos cinco o seis mixtos? —se sorprendió porque eran muy pocos para examinar el interior de la cueva.

—Podemos ver lo que nos permitan las cerillas y si nos gusta venimos otro día con una linterna —propuso Avelino, y a los otros les pareció razonable.

—¡Vale! Bien —dijeron todos a la vez.

Agustín comenzó a andar y los demás lo siguieron; en cuanto llegó a la oscuridad se paró e intentó adaptarse porque no veía nada. Del interior salía un olor extraño, parecido al azufre y a tierra mojada; el aire estaba viciado y les costaba trabajo respirar con normalidad, pero no podían volverse atrás. Los otros niños se hubieran burlado de ellos.

—¿Qué pasa? —preguntaron enseguida, al ver que no avanzaba.

—Prende ya el mixto —le gritaba Jesús Miguel, que iba detrás.

Encendió la cerilla y, con el brazo en alto, comenzó a andar. El olor a humedad se incrementó conforme avanzaba, como si se acercara a un pozo infernal. La luz era tan tenue que apenas si veía nada. Apuró el fósforo hasta que se quemó los dedos y prendió otro. Con cada encendido recorrían unos pocos metros, y así no llegarían muy lejos. La emoción era tan grande que no se percataban del peligro que corrían, en cualquier momento podían encontrarse un agujero y caer por él.

Uno de los niños, Juanito, observó algo extraño en las paredes de aquel túnel.

—¡Las paredes son de oro amarillo! —gritó.

Agustín encendió otro mixto y todos se concentraron en ese descubrimiento; ahora el reflejo aumentaba la luz y podían ver sus sombras reflejadas en la otra pared. No solo las paredes, sino también el suelo y el techo eran de piedras amarillas.

—Es verdad, ¡qué piedra tan lisa! Esto es un mineral —decía emocionado Antonio al tocarla con las manos.

—¿Será oro? —se preguntaba Juanillo.

—No, imposible, el oro está en pepitas —indicaba Antoñito, que lo había oído de sus padres.

—No, no, esto es oro puro —opinaba Juanito.

—¡Hemos descubierto un tesoro! —gritó Agustín y los demás comenzaron a reír de alegría.

La última cerilla se apagó y todo se quedó oscuro. La impaciencia se apoderó de ellos.

—Enciende otra, que no se ve nada —chilló Juanillo con algo de miedo.

—Ya no quedan más —les comentó consternado Agustín—, tenemos que volver. Vamos a decirles a los maestros lo que hemos descubierto.

Apoyándose con las manos en la pared emprendieron la vuelta para salir de la cueva, salvo Antonio, que miraba asombrado un punto de luz que

brillaba más adentro. Mientras sus compañeros se alejaban, él se puso de rodillas y comenzó a andar a cuatro patas en dirección contraria, buscando aquella fosforescencia. Cuando la tuvo a su alcance dudó qué hacer, como si aquello fuese algo malo y le dieran miedo las consecuencias de tocar lo desconocido. Finalmente la palpó con su mano y el lugar donde estaba se iluminó, parecía que se hubiesen encendido todas las bombillas del universo.

Entonces pudo ver que se encontraba en una sala casi circular, no muy amplia, con las paredes y el suelo de color amarillo, y su resplandor era tan intenso que quemaba los ojos. La luz parecía salir de un viejo medallón con una cadena que había en el suelo, semienterrado por el polvo. Trató de cogerlo mientras se tapaba los ojos ante esa irradiación cegadora, y cuando lo tuvo en las manos, la luz menguó hasta suavizarse. Entonces lo miró detenidamente, quitándole la tierra que lo cubría. Pudo distinguir la cara de una mujer en el anverso y unos garabatos parecidos a letras en el reverso. No se veía nada más. Antonio no podía saber si aquello era de hierro o de otro mineral; desde luego no era de oro y tampoco pesaba mucho; a pesar de eso pensó: —“será un tesoro de los moros”—, y la alegría le llenó el corazón mientras lo admiraba.

No entendía qué estaba pasando, una voz interior le decía que lo guardara en el bolsillo y lo ocultara; así lo hizo, y enseguida todo se quedó en la más completa oscuridad. En un principio se asustó por el apagón; sin embargo, luego se tranquilizó y, acercándose a una pared, puso las manos sobre ella para guiarse y se dirigió a la salida. No sabía el tiempo que había transcurrido, pero en ese momento vio la luz de una linterna y detrás a don Antonio y varios maestros que entraban alarmados porque nadie lo había visto salir.

—¿Qué haces aquí a oscuras? ¡Dime! ¿Quién te ha dado permiso para entrar en esta cueva? —comenzó diciendo su maestro muy cabreado.

—Todo es amarillo —balbuceó Antonio, sin saber qué decir.

—¿Amarillo? ¿Y qué? Amarillo te vas a poner cuando se lo diga a tu hermana Nicolasa.

Los maestros se aproximaron a la pared y estuvieron examinándola y discutiendo si era cuarzo o calcita; desde luego no era oro como habían pensado los niños.

—¡Vámonos! Hay que llevarlos junto a la fuente, allí los podemos vigilar mejor —dijo uno de los educadores.

Salieron de la cueva bajo la luz de la linterna de don Antonio. Fuera, el

resto de los niños esperaban agrupados para ver el tesoro que habían encontrado.

—¡Todos a la explanada! —ordenaron los maestros algo cabreados.

—¿Dónde está el tesoro? —preguntaban los niños.

—No hay tesoro, solo son piedras amarillas —les aclaró don Juan.

—Seguro que hay un tesoro y decís que no; luego por la noche venís y os lo lleváis —comentaba otro niño en voz alta.

La carcajada fue general. Antonio, que caminaba junto a sus amigos, guardaba silencio, no quería decir nada sobre lo que había encontrado, ni siquiera a sus mejores amistades. Si lo enseñaba lo perdería y una voz interior le decía que debía protegerlo de otras gentes.

Volvieron todos a la explanada y supieron que las maestras estaban atendiendo a una niña que se había caído de una roca y tenía lastimado el tobillo; al principio sus gritos de dolor alarmaron a todo el mundo; por fortuna, no fue muy grave y al poco rato la chiquilla podía andar. Ante estos incidentes decidieron preparar la vuelta, no fuera que pudiera ocurrir alguna desgracia más. Cada maestro reagrupó a sus alumnos para que nadie se quedara atrás y comenzaron la bajada hasta el cortijo de las Grajas. Antonio, en cuanto pudo se apartó un poco y, escondido detrás de una retama, sacó el medallón de su bolsillo para observarlo mejor. A la luz del sol la imagen parecía más bonita.

>>¿Quién será esta mujer? ¿Cuánto tiempo llevará escondida en la cueva? —se preguntaba en silencio.

El tacto le resultó extraño, diferente a las cosas que un niño conoce, y le llamó la atención que no parecía caliente ni frío. No tenía ningún punto luminoso, ni nada especial que se reflejara, salvo los rayos de sol. Pero en la gruta la luz que salía del medallón iluminó toda la cueva, apagándose en el momento en que se acercaron los maestros, como si no quisiera que lo observaran, y eso, desde luego, no era normal. Pensaba que sería un medallón mágico, con poderes, y se sintió contento. Lo guardó en el macuto y se unió a sus amigos. En el cortijo volvieron a jugar un partido de desempate en una de las eras que usaban los agricultores para trillar los cereales. El suelo estaba hecho con piedras y muchos no quisieron jugar por el peligro de romperse una pierna. De nuevo la contienda terminó en tablas, ya que nadie metió un gol por las dificultades del terreno de juego.

Al terminar el encuentro, uno de los niños que había participado denunció el robo de un reloj de pulsera, que le había dejado su padre. Los maestros

pidieron que le fuera devuelto, y nadie lo hizo. Entonces apartaron a los que se encontraban cerca del lugar y decidieron registrarles los bolsillos y los macutos de cada uno, entre ellos a Antonio, que se puso nervioso e intentó separarse del grupo con disimulo, pero los educadores lo impidieron. Ya habían registrado a la mitad de los niños cuando alguien recordó que lo había visto guardarlo en su mochila. Comprobaron el bolso y allí lo encontraron. Nadie lo había robado. Aquello sirvió de cachondeo durante un buen rato.

Los maestros de cada pueblo organizaron de nuevo a los niños y, después de comprobar que estaban todos, los pusieron en fila de a dos para andar por el borde de la carretera. Al llegar al cruce, cada grupo se dirigió a su lugar de origen. Al separarse, algunos de los mayores de Huélago comenzaron a gritar contra el otro pueblo y los demás se le fueron añadiendo:

—Moreatos, moreatos, moreatos... —que era el apelativo de insulto para ellos.

—Si les decís moreatos, ellos os pueden decir huelagomas —les dijo don Antonio y todos se callaron; ese mote era más feo que el otro.

De esta manera consiguieron que los insultos no fueran a mayores y terminara en pelea que los maestros no pudieran controlar. Para acallar los ánimos, las maestras comenzaron a cantar, junto a las niñas, una canción popular. Antonio realizó el camino de regreso intranquilo e impaciente. Le preocupaba que alguien se diera cuenta de lo que llevaba en el macuto y le quitara su tesoro. Cuando llegó a casa, parecía como que su mente le señalaba que ocultara aquel objeto. Rápidamente corrió a depositarlo en su escondite secreto, que se encontraba detrás de la puerta de acceso a la planta alta de la vivienda, debajo de un ladrillo de arcilla roja, en cuyo hueco, Antonio guardaba sus tesoros.

En aquella época yo vivía en París, tenía ocho años y disfrutaba de una infancia feliz. Por nada del mundo podía imaginar las aventuras que me esperaban en aquella tierra.

UNA HERENCIA INESPERADA EN ESPAÑA

Y aquí aparezco yo. Como dije, me llamo Anik y nací el seis de marzo de 1961 en París; por lo tanto, soy francesa, pero de nacionalidad española, al igual que mis padres. Bueno, mi papá murió en un accidente hace unos años y vivo con mi madre. No tengo hermanos, aunque me hubiera gustado tenerlos. Hace poco me notificaron que había fallecido mi abuelo paterno y me había dejado como su heredera universal. El legado consistía en un viejo palacio en la ciudad de Guadix y una cuenta bancaria con mucho dinero. Naturalmente vinimos a tomar posesión de la herencia. Creía yo que volveríamos enseguida a nuestro pisito de París. Me gustaba donde vivíamos, —“para qué cambiar”— pensaba ilusamente. Me equivoqué. Para mi sorpresa, ella, mi madre, decidió vivir aquí y no tuve más remedio que aceptarlo.

Miércoles, 20 de octubre de 1976.

Apenas si llevábamos un mes en Guadix cuando comenzó el curso escolar. Me matriculó en el liceo o instituto “Pedro Antonio de Alarcón” para estudiar BUP, el bachiller español. Comenzaba el curso y tenía la obligación de ir a clase. *¡Mon Dieu!*, ¡qué tortura! No me apetecía, para nada, cambiar la vida tan tranquila que llevaba en París. Enseguida llegó el primer día de clase. Sonó el despertador, que mi madre había puesto en la mesita de noche, y lo apagué con mal humor. Me levanté; sabía que si no lo hacía, ella entraría y me despertaría bruscamente. Semidormida y con los ojos casi cerrados llegué al cuarto de baño. No pude evitar mirarme al espejo. Sin gafas parecía un ser borroso. Hacía frío y me apetecía volver a la cama y seguir durmiendo. Hice mis necesidades y abrí los grifos de la ducha, regulándolos hasta que el agua salió templada; me puse un gorro para no mojarme el pelo y entré; el contacto con el agua me abrió los ojos, espabilándome lo necesario para comenzar la jornada.

Para vestirme elegí unos pantalones vaqueros, una blusa azul claro con bordados más oscuros y un chaquetón gris, como mi vida hasta entonces. Dudé

si llevar zapatillas y, finalmente, me decidí por unos zapatos azules sin apenas tacón. Cuando terminé de arreglarme, mi madre tenía preparado el desayuno: “*pain et confiture*”. Como no teníamos *baguettes*, utilizamos pan de barra abierto y le untamos mantequilla y mermelada; lo acompañamos de un vaso de leche con Cola Cao y unas magdalenas. Echaba de menos *los cruasanes y brioches* que comía por la mañana en Francia.

No había terminado de comer y mi madre ya estaba lista para acompañarme. No dije nada porque llevábamos una semana discutiendo sobre la conveniencia de que me acompañara o no hasta el liceo. Como no estaba conforme con su imposición le quise fastidiar y me fui al cuarto de baño, no sé a qué. En realidad no tenía ganas de comenzar un nuevo curso en un país que no conocía. Me miré de nuevo al espejo con las gafas puestas y vi una chica alta y triste. Sentí pena de mí. Tenía la cara redonda, con la nariz justa y los ojos verdes, el pelo largo y ondulado de un pelirrojo intenso, casi colorado, parecía que estaba hecho de rastas; tal vez si me lo arreglara podría parecer guapa y gustarle a los chicos, pero así me sentía poco atractiva. A mis quince años ningún chico se había fijado en mí y ahora no iba a ser diferente. Esa era la actitud con la que comenzaba una nueva etapa de mi vida. Después de varias llamadas de mi madre, ya desesperada porque pudiera llegar tarde, respiré hondo y salí con nuevas energías.

»» Aunque sea fea me puedo comer el mundo— dije para mí, y desde luego pensaba cumplirlo.

Naturalmente mi madre utilizó el coche. Aquí la gente no anda por la acera, sino por la calle y conducir es una temeridad. Pero me llevó hasta la puerta del liceo, sana y salva, y sin atropellar a nadie. Me dio un beso de despedida y pude bajarme del coche. Por fin me sentía libre. Como sabía que me observaba no quise parecerle miedosa, así que eché el pie derecho para tener buena suerte y entré muy decidida.

El curso había comenzado hacía unos días. Por consejo de mi madre retrasé la llegada debido al miedo a las novatadas de las primeras jornadas. Me dirigí a la secretaría y pregunté cuál era mi clase. Se asombraron de mi acento francés, siempre que abría la boca alguien parecía sorprendido. No me gustaba España. Para nada entendía por qué mi madre decidió vivir en este país. Al fin y al cabo, solo habíamos heredado una casa y un poco de dinero; eso no era suficiente para cambiar París por Guadix, un pueblo pequeño, aburrido e insignificante, en una comarca perdida del sur de España, aunque tenga el título de ciudad. Un lugar donde sus gentes solo saben quitarse ese

calor espantoso que sufren durante el verano, con abanicos. *¡Dieu!* , ¡cuánto retraso!

Aquí no conocía a nadie de mi edad. Ni había encontrado a alguien interesante durante el tiempo que llevaba viviendo en este pueblo. Todas mis amistades se quedaron en París; bueno, decirlo así podría ser exagerado, realmente solo tenía dos amigas de verdad, las demás eran conocidas y compañeras, nada más. Me dijeron dónde encontrar mi clase y me dirigí a ella sin mucha prisa. Entré y todavía no había llegado el profesor. Mejor, así no tenía que dar explicaciones. Casi todos los bancos estaban vacíos y los alumnos conversaban de pie formando grupos. Como no sabía dónde sentarme, decidí preguntarle a un grupito que charlaba animadamente:

—Buenos días, soy nueva y acabo de llegar, ¿dónde hay un asiento libre?
—dije intentando disimular mi acento; si no fuera por la maldita erre lo hubiera conseguido.

—Yo no tengo compañera, siéntate conmigo... allí —contestó una chica con un jersey azul y que también llevaba gafas como yo, señalándome el lugar.

Sin decir nada más, me senté en el pupitre indicado por esa chica. Tenía la esperanza de así pasar desapercibida. Saqué un cuaderno y un bolígrafo de la mochila y los puse encima de la mesa. Al alzar la cabeza estaba rodeada de chicas y chicos que miraban mi persona con curiosidad.

—¿Eres extranjera? —preguntaba uno de ellos, a mi lado, con mucho énfasis.

—¿Eres francesa? —decía otro, observándome como si fuera un mono de feria.

—No —les contesté con energía—, soy española, pero vivía en Francia.

—¿En qué parte de Francia? ¿En París?

—Sí, vivía en París, ¿pasa algo? —comencé a sentirme molesta.

En ese momento llegó el profesor de Historia de las Civilizaciones y del Arte y todos corrieron a sentarse, en adelante profesor de historia por no escribir un título tan largo. Durante cinco minutos el murmullo fue general. Yo estaba sorprendida por el poco respeto que tenían los alumnos; solo cuando pasaron unos minutos el profesor alzó la cabeza mirando fijamente a los que hablaban y consiguió que todos guardaran silencio.

—Buenos días, veo que hoy tenemos gente nueva en clase; preséntate para que te conozcamos —dijo con la mirada puesta en mí.

Me levanté para responder a su petición y ser respetuo.

—Soy Anik Barradas de Haro —le dije con la voz entrecortada y

preocupada por mi acento.

—Sí, aquí te tengo en la lista, ¿eres francesa? —esta vez era el profesor el que me preguntaba—. Bueno, Aní, no te preocupes, cuando no entiendas algo preguntas, no te cortes, y que Carmen te ponga al día de lo que hemos dado.

—Carmen soy yo —me dijo mi compañera con un suave hilo de voz.

¡Merde! Aquí todos dicen Aní y yo soy Anik, no se enteran de que pronuncian mal. *¡Putain!* Me van a cambiar el nombre. ¿Y qué puedo hacer, escribírmelo en la frente? Mientras explicaba, el profesor andaba por toda la clase de un pasillo a otro y, en un momento dado, se acercó a mi lado y se inclinó para ver lo que escribía en la libreta. Me sentí mareada como si estuviera en una burbuja en la que flotaba y giraba dando vueltas ininterrumpidamente. El corazón se aceleraba cada vez que me miraba o se aproximaba a mi asiento. Pude comprobar que era su presencia la que trastornaba mi espíritu. En cuanto terminó la clase y salió, la voz de Carmen, mi nueva compañera, me susurró que su nombre era Anael.

—¿Eso es un nombre? —pregunté casi sin pensarlo.

—Es un nombre raro, ¿a que está buenísimo?

—Ya lo veo, pero es un profesor —le recriminé, no estaba acostumbrada a ese lenguaje.

—¿Y qué? Es muy guapo.

—¡Ah! —me quedé con la boca abierta, por la sorpresa al oír las expresiones de mi compañera.

Al momento, todos volvieron a acosarme a preguntas, y preferí contestar para ver si me dejaban en paz. Era como su juguete nuevo con el que deseaban jugar, me sentí un poco agobiada y no estaba acostumbrada a ser el centro de atención de los demás. Cuando llegó el recreo mi compañera me cogió del brazo para acompañarme al patio.

—Vamos, que te tengo que poner al día de todo lo que pasa en el instituto.

Carmen tenía catorce años y el pelo largo y negro, de piel oscura con los ojos marrones, que apenas se veían en unas gafas que la hacían poco atractiva, pero tampoco se lo iba a decir, desconocía por qué se las había comprado tan feas. Vestía pantalón negro y jersey de lana azul, por las mañanas traía un chaquetón claro que se quitaba en cuanto entraba en clase y no se ponía hasta que volvía a casa. Ese día las dos íbamos de azul, simple coincidencia. Lo más interesante que vi en ella fue su sonrisa. Siempre que le hablabas te sonreía. Era una gran conversadora, tanto que a veces te aburría. Su carácter abierto le permitía tener muchos amigos. Tenía la costumbre de saludar a todo

el que se cruzara con ella. Lo negativo lo descubrí después al comprobar lo cotilla que era y lo difícil de mantener secretos a su lado. Sin embargo congeniamos muy bien y fue la primera amiga que tuve en España. Cuando el profesor le dijo que me pusiera al día, se refería a la asignatura, si bien ella consideró que tenía que informarme de todos los cotilleos del liceo. En el fondo me vino bien, con ella no me aburrí. El viernes por la tarde, mi compañera de clase vino a buscarme a casa para llevarme a pasear por el parque. Parecía que se había tomado la obligación de ser mi anfitriona en la ciudad, enseñándome las tiendas de ropa y los lugares que, como mujer, decía ella, tenía que conocer. Naturalmente, me presentó a todos los chicos que nos encontramos por la calle. Quedé muy impresionada por su facilidad para hacer amigos. Los siguientes días tampoco fueron tranquilos. Al contrario que en París, donde los chicos no me hacían ningún caso, aquí era el centro de atención. Todos querían acercarse y hablar conmigo. Claro que algunos solo deseaban oír mi acento. A veces consideraba que eran tontos chismosos, pero eso no se lo iba a decir. Poco a poco fui conociendo a la gente y seleccionando mis amistades. Estaba sorprendida por hacer tantos amigos, yo, “una chica tímida”, que apenas si había forjado un par de amistades en mi niñez y porque vivían en el mismo bloque. Aquí la gente era diferente, se abrían con facilidad. Sin darme cuenta también lo hice y comencé a sentirme mejor.

Yo no quise venir a España, a mi madre se lo he dicho infinidad de veces, y menos quedarme a vivir. Parecía como si me hubiesen condenado por ser adolescente. Como menor de edad no podía negarme, y me resigné. Sin embargo, bastaron dos días para que mi amargura inicial se fuera diluyendo en un sueño de esperanza. Porque sobre todo era una soñadora empedernida.

El lunes por la mañana, camino del liceo, a la altura de la catedral, observé a un chico que me miraba de arriba abajo, como embobado. Tenía el pelo largo con melena y vestía pantalón vaquero y cazadora marrón muy ajustada. En varias ocasiones giré la cabeza y siempre lo sorprendí con sus ojos puestos en mi caminar. Llevaba una carpeta y deduje que también iría al instituto. Aunque no lo sabía, era lo más probable; luego me olvidé de él.

En el recreo Carmen y yo salimos a pasear comiendo pipas por el camino del Cementerio. Andando nos juntamos con otros compañeros y formamos un grupito diverso de chicas y chicos. Yo ya conocía a muchos de ellos. En un momento dado mi compañera se paró para hablar con otra amiga, seguramente para recabar información sobre alguien, y me quedé conversando

con Loli, una chica de segundo, morena, muy guapa y que rebosaba simpatía. Al darnos la vuelta, un joven estaba parado observándonos y sonreía. Era el chico que me miraba fijamente por la mañana. Cuando llegamos a su altura se dirigió a Loli:

—Hola, ¿qué tal? —se acercó con la intención de darle dos besos.

—¿Ya has vuelto, Antonio? —le contestó sonriente devolviéndole los besos.

—Sí, vine el domingo, hoy es mi primer día de clase. ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien.

Entonces, el joven metió su mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó una rosa, entregándosela con una sonrisa en los labios.

—Para ti —le dijo. *¡Mon Dieu!* ¡Qué romántico!

En ese momento creí que había hecho magia y la flor había aparecido por encanto. Me gustó mucho el detalle.

—Gracias, no se te olvida que me gustan las rosas. ¿Cómo te ha ido este verano?

—Trabajando.

—¿Y tus amores? —le preguntó sonriendo.

—Sigo lo mismo, he intentado olvidarla, y pensaba que había tenido éxito. Error. En cuanto he llegado, lo primero que he hecho ha sido ir a buscarla al instituto de abajo. No he podido evitarlo.

—¿Y qué te ha dicho?

—No la he encontrado y vengo con el corazón roto. ¿Y los tuyos?

—¿Mis amores? A mí nadie me quiere, ya lo sabes —me chocó que una chica tan guapa dijera eso.

Yo estaba al lado de ellos escuchando su conversación que me parecía íntima, pero que ellos llevaban con naturalidad, sin hacerme el menor caso.

—Eso es imposible —le dijo mientras clavaba sus ojos en los míos.

Entonces Loli se dio cuenta de que me miraba y nos presentó.

—¡Ah! Esta es Anik. Está en primero, y este es Antonio, un amigo.

—Hola, Anik, la cogí esta mañana para ti.

De nuevo apareció una rosa en su mano y me la entregaba sonriendo. Yo lo miré sorprendida. Me dio dos besos en las mejillas.

—No seas embustero, por la mañana no me conocías —le dije pensando que era un embaucador.

—¿Por qué te iba a mentir? Esta mañana te he visto y he sentido la necesidad de buscarte. He cogido una rosa para Loli y otra para ti, sabía que

te iba a conocer.

—Bueno, bueno, yo me voy y os dejo solos —dijo Loli marchándose y uniéndose a otro grupo al oír nuestra conversación.

Creo que pensó que Antonio pretendía ligar conmigo, yo también. Nos quedamos solos, mirándonos, y comenzamos a andar despacio.

—¿No eres muy lanzado? —le pregunté sin saber si hacía bien en ser tan directa.

—No, no, no me interpretes mal. No pretendo ligar —decía mirándome sonriente; quizás se dio cuenta de que eso era lo que parecía.

—Me da igual, paso de chicos —le aclaré por si acaso. No quería dar una falsa impresión.

—Eso me gustaría a mí. Pero mi corazón necesita amar o se muere —su respuesta me sorprendió.

—El romanticismo ya no se lleva —le dije sin pensarlo mucho.

—Lo sé, pero yo voy siempre a contracorriente, soy romántico por naturaleza y me gusta ser así —parecía sincero de verdad.

—A mí me gustan los chicos románticos..., quiero decir sensibles... No quiero decir que me gustes tú. Bueno, tampoco que no me gustes, bueno... —comencé a tartamudear sin poder remediarlo. *¡Mon Dieu!*, ocurre siempre que intento explicar lo que he dicho y lo que hago es empeorarlo, ¡qué rabia!

—No te preocupes, estoy acostumbrado a que las chicas me cuenten sus penas y se enamoren de otro... Ese es mi sino —decía sonriendo; no le entendí bien, creo que hablaba de otra cosa.

—Podemos ser amigos, ¿no te parece? —le dije para retomar la conversación.

—Por supuesto, cuando te he visto esta mañana he sentido la necesidad de buscarte; me pareció que llevaba toda la vida esperando que llegases —de nuevo volvía al tema anterior.

—¿Y dices que no quieres ligar? —expresé con ironía.

—No. De verdad que no. Creo que te pareces a alguien que conozco, aunque no recuerdo a quién.

—Antes has hablado con Loli de una chica del otro instituto, ¿es tu novia? —quise cambiar de conversación.

—¿Mi novia? No, ya quisiera yo. Estoy enamorado de ella desde hace varios años, pero no me corresponde y quiero olvidarla... Solo consigo morir de amor —expresó con tristeza.

—Entiendo... ¿en qué clase estás? —lo encontré apenado, creo que metí la

pata; mejor hablar de otra cosa.

—En el C, en COU “C”.

—¿COU?

—El curso de orientación universitaria.

—¡Ah! Todavía no conozco bien algunas cosas.

—Nosotros hemos hecho el bachiller antiguo, que era de seis años; tú haces el bachiller nuevo, que es de tres. Cuando se termina el bachiller se hace un curso de preparación a la universidad.

—Sí, eso sí lo sé. ¿Qué edad tienes?

—Tengo diecinueve y pronto cumpliré los veinte.

—¡Ah! —debí de poner cara rara porque me preguntó:

—¿Te parezco mayor?

—No, me gustan los hombres mayores... No quiero decir eso... Bueno, ya sabes —volvía a liarme con las palabras. ¡Maldita timidez!

—Tranquila, que ya te he entendido. Comencé el bachiller un par de años más tarde de cuando debía. Por eso soy un poco mayor que mis compañeros. ¿Y tú? Como decís vosotros, ¿cuánto eres de vieja?

—Muy vieja, tengo quince años y en marzo cumplo los dieciséis.

—¿En marzo? ¿Qué día? Yo también cumplo los años en marzo.

—El día seis.

—Igual que yo, cumplimos años el mismo día. ¡Qué casualidad!

—¡Oh, là, là! Sí, es casualidad.

Hablando y hablando, entusiasmados con la conversación, no nos dimos cuenta de que habíamos llegado a mi clase. Al percatarse de donde estábamos se quedó parado junto a la puerta del aula, como si no supiera cómo despedirse. Yo le ayudé.

—Adiós, tengo que entrar, va a comenzar la clase.

—Claro, claro, yo también tengo clase. Adiós. Hasta luego.

Se marchó y me fui directamente a mi pupitre para repasar la asignatura antes de que llegara el profesor. Recordé cuando lo encontré por la mañana mirándome tan fijamente. La primera impresión no fue buena; ahora me cae mejor, aunque hay cosas que no le entiendo. Los siguientes días me centré en planificar las asignaturas. Con algunos profesores tenía dificultad para entender lo que explicaban en clase, más por su manera de hablar tan atropellada que por el contenido de sus materias. Por esa razón me leía primero los temas para saber de qué estaban hablando. Mi español no era muy fluido y estaba un poco sorprendida con la pronunciación de esta gente, que

hablaban rápido y cerrado, lo que a veces me producía una sensación de sordera al no entender todo lo que decían, y estaba cansada de poner cara de tonta.

En los recreos, decidí quedarme en clase leyendo, pese a la insistencia de Carmen de pasear con el libro debajo del brazo. Prefería eso a que me agobiaran los compañeros intentado ligar conmigo. Por la tarde venía a buscarme a mi casa y nos íbamos al parque que, en este pueblo, era el centro de comunicación entre sus habitantes. La gente, cuando no sabe qué hacer, se va allí a pasear.

El viernes, al atardecer, volví a encontrarme con Antonio. Estaba yo sentada en un banco del parque, mi amiga había ido a los quiosquillos a comprar pipas, cuando llegó de sorpresa y se sentó a mi lado dándome un susto de muerte.

—La soledad me ha dicho que estabas aquí —dijo en plan jocoso.

—¿No sabes saludar? —le contesté cuando me repuse. Me sentía enfadada por el sobresalto, pero le daba igual. No parecía darse cuenta de mi enojo.

—¡Hola, Soledad! —volvió a repetir el saludo, esta vez en tono cariñoso; yo seguía irritada por su manera de saludarme.

—Me llamo Anik —le aclaré, por si tenía alguna duda. Él siguió haciéndose el gracioso.

—Bromeaba —dijo, mientras reía a boca llena—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, y no estoy sola, estoy con Carmen.

—Lo sé. Lo sé. La he visto irse. No te enfades —decía intentando calmarme.

—Ha ido a comprar pipas, volverá enseguida —le hablé algo más sosegada, tampoco había sido para tanto

—. ¿Vas a ver a tu chica? —le pregunté para interesarme por él.

—Yo no tengo chica que ver, salvo a ti —de nuevo me sorprendía con su zalamería.

—¿Has terminado con ella? —en principio no me interesó que hablara de mí, parecía que quería ligar, aunque dijera que no y quise saber de aquella chica.

—Bueno, nunca empecé, antes venía aquí todas las tardes para verla marchar a su pueblo, Fonelas, en el transporte escolar que salía de los quiosquillos. Este año se ha venido a vivir a Guadix y curiosamente ya no nos vemos —me explicó con un tono algo triste.

—Lo siento, no quería molestarte —le dije, por si había metido la pata.

—No me molesta. Sé muy bien que ella nunca me va a querer, lo que ocurre es que mi corazón se niega a aceptarlo y me hace sufrir. Es culpa mía —parecía sincero y eso me gustó.

—Pues un amor se olvida con otro amor —eso era fácil de decir. Me reí en mi interior. Yo, que nunca había tenido amores, le daba consejos a alguien más mayor y seguro que con más experiencia.

—En ese caso tendré que enamorarme de nuevo. Voy al pueblo a ver a mis padres. Nos vemos el lunes —dijo levantándose y colgándose la mochila.

—¡Vale! ¿De dónde eres? —pregunté por preguntar.

—Yo soy de Huélago, está a unos treinta kilómetros.

—¿Has dicho Huélago? —me quedé muy sorprendida y parece que también puse cara rara por la forma en que me miró.

—Sí, es un pueblo pequeño —aclaró.

—Tiene una sierra al lado —necesitaba saber si ese pueblo era el que me preocupaba.

—Sí, ¿lo conoces?

—No, solo aparece en mi sueño —desde que estoy en España suelo tener ese sueño repetitivo.

—¿En tu sueño? ¿Qué es lo que sueñas? —se sorprendió de nuevo y se acercó a mí muy interesado.

—No lo sé, solo es una luz blanca muy fuerte y alguien que dice: “Allí está Huélago”.

—Te estás quedando conmigo, ¿verdad? —dijo Antonio muy serio.

—No, no. Lo he soñado en varias ocasiones —le informé sin parecer convincente. Él se había quedado quieto, mirándome fijamente.

—¿Sabes una cosa? Lo curioso es que desde que te vi aquella mañana en el camino del instituto, sueño contigo todos los días.

Ahora la sorprendida fui yo; parecía que él se burlaba de mí, como si fuéramos dos tontos diciendo que soñábamos el uno con el otro. La verdad es que no entendía a este chico. Le quise seguir el juego.

—¿Has dicho que fantaseas conmigo? ¿Si es verdad, dime qué cosas sueñas? —le pregunté medio en broma. La conversación se estaba poniendo muy seductora.

—Desde que te conocí tengo el mismo sueño todas las noches. En él te doy un pequeño tesoro que tengo escondido.

—¿A mí? ¿Un tesoro? —ahora me sorprendía todavía más. Antonio estaba resultando de lo más interesante.

—Sí. Eso es muy raro, lo sé. Voy a perder el tren si no me doy prisa en llegar a la estación. El lunes hablaremos de este tema.

Salió corriendo en dirección a la carretera de Murcia, como si alguien lo persiguiera. Me quedé sin saber qué era lo que tenía que darme. Tampoco imaginaba por qué yo soñaba con su pueblo. *¡Mon Dieu!* ¡Qué locura! La cabeza no paraba de darle vueltas a este asunto. ¿Qué tenía que ver Antonio con mis sueños, si no lo conocía hasta hace unos días? No entendía nada. Bueno, presentía que en ese lugar estaba la clave de mi existencia, aunque hasta hoy ignoraba que ese nombre correspondía a un pueblo.

EL MEDALLÓN MÁGICO

El fin de semana se me hizo muy largo al ser fiesta el lunes, y lo pasé preocupada recordando la conversación con Antonio; si mi vida estaba relacionada con la suya, necesitaba saber en qué. ¿Estaría enamorada de él? Se me ocurrió pensar. No. No, por supuesto que no, no es mi tipo; bueno, tampoco he estado enamorada nunca, ¿cómo sabré cuándo me ha llegado el amor? Me reí en silencio, burlándome de mis propios pensamientos como si estuviera loca. Bueno, quizás estaba algo maniática desde que residía en España.

Martes, 2 de noviembre de 1976.

El martes fui al liceo deseando de ver a mi nuevo amigo y aclarar algunas cosas. Mira por donde lo encontré en la puerta de clase hablando con una de mis compañeras de su pueblo. Al pararme junto a él, me miró sonriente, primero a los ojos y luego creo que a mi boca, o tal vez a mis pechos, eso me desconcertó. Este chico miraba fijamente y eso a veces me turbaba.

—Tengo un regalo para ti —me comentó como saludo en cuanto mi compañera se fue a su mesa.

—¿Un regalo? No es mi cumpleaños, ya lo sabes —dije por decir. A lo mejor tenía que ver con el sueño en el que me daba su tesoro.

—Lo sé. No es por tu cumpleaños. Es un regalo por haberte conocido. Ya lo entenderás.

—¡Ah! Pues no lo entiendo, tal vez cuando me lo muestres. ¿No puedes decirme qué es? —le pregunté muy intrigada.

—Espérame en el recreo, vendré a verte. Tengo que dártelo a solas.

—¡Vale!

¿A solas? Eso me desconcertó todavía más. No sabía por qué, pero Antonio había sabido intrigarme de una manera sorprendente; me tenía en ascuas, como decía mi padre cuando estaba impaciente por saber qué me iba a regalar. Las dos clases se me hicieron eternas, intuía que algo ocurriría y deseaba que sucediera pronto. Cuando sonó el timbre, indicando que la clase

había terminado, seguí en mi mesa, esperando, en lugar de marcharme al patio. Enseguida se me arrimaron unos cuantos compañeros para charlar conmigo, al igual que todos los días. Parecía que algunos tenían la obligación de abordar a la extranjera, y si era francesa, más. Antonio sonreía desde la puerta. Al verlo me levanté para irme con él. Presentía que algo extraño iba a ocurrir.

—¿Vamos? —preguntó sabiendo la respuesta.

—¡Vamos! —le dije mientras caminaba a su lado, ansiosa por averiguar cuál era su tesoro.

Salimos del instituto y, en lugar de ir por donde todos los días, giró hacia la izquierda, en dirección a la ermita de San Antón, que estaba justo detrás del liceo; yo le seguí, no había motivos para que desconfiara. Aunque, si lo que pretendía era ligar, me iba a enfadar mucho. El viento soplaba tan frío que helaba la cara. Al llegar a la capilla nos encontramos que la puerta estaba entornada y entramos para sentarnos en un banco de madera, como si fuésemos a rezar.

—Es la primera vez que me la encuentro abierta —me dijo refiriéndose a la ermita, para romper el hielo—, aquí no suele venir nadie y podemos hablar tranquilamente.

Yo no le respondí. Mi mirada se centró en su bolsillo derecho de donde salía una luz muy potente que le atravesaba la tela del pantalón, como si tuviera una linterna encendida. Cuando se dio cuenta también se sorprendió. Rápidamente metió la mano y sacó un medallón para entregármelo. Era eso lo que provocaba el resplandor. Brillaba como si fuera un sol, irradiándolo todo. Aquel era su tesoro.

—El día que lo encontré brilló por un momento, no lo había hecho de nuevo hasta ahora. El medallón me habló diciéndome que lo escondiera hasta que apareciese su dueña. Por un tiempo fue mi tesoro. Ahora me ha dicho que te pertenece. Tómallo, yo he cumplido mi papel —dijo con un tono firme y deseoso de dármelo para separarse de él, como si le quemara la mano.

—No entiendo nada —expresé aún sorprendida. Y era verdad.

No comprendía lo que simbolizaba aquello.

—Yo tampoco. Te comenté que me recordabas a alguien; mira la mujer, es igualita a ti.

Lo cogí entre mis manos y observé detenidamente el rostro. Tenía razón, aquella mujer parecía ser yo o mi hermana gemela y ¿qué pintaba mi retrato en esa medalla? ¿Cual sería el significado de aquel medallón tan mágico? Quizás, la mujer representada en el anverso sea una antepasada mía y el adorno una

joya familiar. No lo sé. Tal vez. Lo giré para ver el reverso y tenía grabados unos garabatos extraños, como de un lenguaje muy antiguo. En un primer momento solo eran eso: símbolos. Pero de pronto cambiaron de color y comencé a entenderlos, como si fuese mi lengua materna. Estaba tan sorprendida que sentí miedo, como si lo que estaba viviendo no fuera real, sino una película americana de terror. Miré a Antonio más asombrada de lo que ya estaba. Él intuyó de lo que se trataba.

—¿Sabes lo que dice ahí? —me preguntó, imaginando que lo entendía.

—Sí.

—¿Y cómo lo sabes?

—Solo sé que lo sé —mi respuesta parecía una frase filosófica; sabía que podía leerlo, pero no por qué.

—¿Y qué dice? —estaba tan intrigado como yo.

—Dice: «Repite los sortilegios en las puertas del Infierno y volveré a ti» —lo leí literalmente.

—¿Qué sortilegios?

—No lo sé.

—¿Quién volverá?

—No lo sé. No lo sé —contesté contrariada por aquella locura.

—¿Te habla?

—No. Ahora no.

—Esto es de locos —manifestó tan asustado como yo.

Sí. Tenía razón. Aquello era de locos. Oímos jaleo en la entrada y por simple intuición me lo colgué en el cuello, metiéndolo dentro del jersey; su tacto era cálido y agradable, muy diferente a los metales que conocía. La luz se apagó sin que yo o mi amigo hubiéramos hecho algo para que ocurriera. Desde luego parecía tener vida propia. En ese momento entraron dos señoras con escobas y cubos de fregar, se sorprendieron al ver a dos jóvenes sentados rezando, pero no dijeron nada y se pusieron a limpiar la ermita. Sonó el timbre del instituto, que señalaba el fin del recreo, y volvimos a clase. Al salir nos dio frío. El viento soplaba con fuerza y el cielo se había vuelto primero de un rojo incandescente, y luego se oscurecía al igual que en una noche polar. Después de la experiencia vivida, nos asustamos tanto que corrimos sin parar hasta entrar en el edificio. Durante una semana no salió el sol. Una lluvia suave cayó continuamente sobre Guadix y la vida cotidiana siguió como todos los días, salvo por un hecho que conmovió a todo el instituto: la hospitalización de Leoncio, el profesor de matemáticas, por una dolencia

inexplicable. Durante esa hora venía otro profesor para que estudiáramos. Pero allí nadie estudiaba. Por fin, una semana después, la Delegación Provincial de Educación nos mandó un sustituto y ¡*Dieu!* , qué bueno estaba. Si existiera una escala para medir la belleza, hubiera obtenido la máxima puntuación, y no era yo sola la que opinaba así, sino todo el mundo femenino, incluidas las profesoras. Aunque a mí eso no me afectaba, con mis cuatro ojos y mi fea cara, yo era invisible para los hombres guapos. Al menos estaba entre las afortunadas que lo tenían como profesor de matemáticas.

Siguiendo con mi vida personal, nunca me separaba del medallón, ni siquiera para ducharme; pero la luz no se había vuelto a encender, ni había ocurrido nada extraño o fuera de lo normal. Sin embargo, había algo que parecía decirme que lo llevara siempre conmigo. Esto de no saber cómo funcionaba aquello, ni tampoco para qué servía, si es que tenía alguna utilidad, me ponía nerviosa. Pero algo mágico debía de tener porque yo supe leer aquellas runas sin problemas. Los siguientes días hice y dije de todo sin que el dichoso medallón volviera a activarse, ni dar señal alguna. A lo mejor se le habían gastado las pilas.

Pensé que no debía obsesionarme con los posibles poderes del medallón y continuar con mi vida normal que, ya de por sí, tenía bastantes novedades como para tenerme entretenida. Con la llegada del nuevo educador dejé a un lado el medallón. Bueno, no es que me olvidara de él, sino que al no mostrar ningún poder pensé que ocurriría como le había pasado a Antonio: que brilló una vez y se apagó sin que ocurriera nada. Así que yo lo seguí usando como adorno, un poco grande para mi gusto. Tal vez se activaba solamente al cambiar de dueño. Cuando encuentre a mi enamorado se lo podré regalar como muestra de amor. El pensamiento se me volvía irónico.

Samael, que así se llamaba el nuevo profesor, era alto y delgado, de piel morena y ojos negros como su pelo. Tenía la cara redonda y la sonrisa angelical, igual que esas estampas que te regalan en algunas iglesias. Su cuerpo era atlético y musculoso. No había chica a la que no le pareciera muy guapo, tremendamente apuesto. Lo primero que hizo en clase fue advertirnos de que, en unos días, nos pondría un examen para ver cómo íbamos en la materia. Y todos nos pusimos a estudiar como locos. Las matemáticas no se me daban mal, sabía lo suficiente como para aprobar sin ser un genio. Por eso me extrañó que con solo leer comprendiera el temario sin problemas. El examen fue muy sencillo, y sacar buena nota no resultó difícil para la mayoría. Cuando el profesor me entregó la hoja de examen, corregida con un sobresaliente,

dijo: —“perfecto”—. Pero eso no fue lo más agradable, sino su angelical sonrisa. Cuando miraba parecía que solo me observaba a mí. *¡Mon Dieu!*

Unos días después mi vida de nuevo fue perturbada con la aparición de un compañero que, por enfermedad, no se había incorporado. *¡Dieu!* ¿Dónde estaba escondida la gente guapa? ¿Acaso era necesario que un profesor se pusiera enfermo para que aparecieran? En una semana había encontrado a dos por los que hubiera dado mi vida, aún sin conocerlos. Quizás por ser apuesto, mi nuevo compañero también tenía un nombre raro. Uriel era rubio y de piel blanca, ojos claros que tendían al azul y una mirada cautivadora. *¡Oh, là, là!* Lo observabas y te quedabas embobada. Me pareció un poco más alto que yo. Vestía pantalón vaquero y jersey de lana verde, y en la mano llevaba una chaqueta vaquera. Había cumplido ya los dieciocho años, y pronto nos enteramos que abandonó los estudios hacía varios años y ahora se reincorporaba en el nuevo bachiller.

Se sentó detrás de mí, en el último asiento. Hubiera preferido que lo hiciera delante para poder observarlo. Su voz era muy musical y lo oía cuchichear con su compañero sobre lo que habíamos dado y este le ofreció traerle los apuntes para ponerlo al día. Curiosamente le dijo que no los necesitaba. Al terminar las clases fui a levantarme de mi asiento cuando él pasaba y tropezó conmigo, empujándome sin querer y, para que yo no cayera al suelo, me cogió entre sus brazos. *¡Mon Dieu, quel arôme!*

—Perdona, qué torpeza la mía —dijo apesadumbrado por el empujón que me había dado.

—¿Dónde vas tan corriendo? —le contesté con mal humor; casi me caigo al suelo, al tiempo que le quitaba las manos de mi cintura.

—Quería hablar con el profesor por un problema personal, ya hablaré otro día. ¿Eres francesa? —quiso entablar conversación conmigo y me enfadó más.

—No, no soy francesa. Y tú, ¿eres noruego? —seguí con mi mal humor, como si él tuviera la culpa de lo que ocurría.

—Lo digo por tu acento —casi susurró avergonzado.

—Y yo por tu aspecto —le respondí maleducadamente.

—Está bien, te he pedido perdón. ¿Qué más quieres?

—Olvídame.

Me arrepentí en el acto de mis palabras, pero disimulé. Cogí mi carpeta y la puse sobre el pecho al notar que tenía la piel erizada. *¡Dieu!* Eso solo me pasa cuando me asusto o me cabreo. Qué rabia me daban estos tíos que me sacan tan rápidamente de mis casillas. Tenía la sensación de que se había

producido un terremoto y me encontraba un poco aturdida cuando salí a la calle. No sabía por qué ese chico me había hecho enfadar. Nunca antes me pusieron las manos encima; bueno, ahora tampoco, solo me había abrazado para que no me cayera al suelo, pero mi cuerpo tembló con su contacto. *¡Merde!* ¿Qué me estaba pasando? ¿Era esa sensación la que me ponía tan nerviosa?

Caminaba sola sin prestar atención a nada. De pronto unos brazos me sujetaron, arrastrándome hacia atrás. El susto fue de muerte. Que alguien te sujete y que de repente tire de ti, es para asustarse. Entonces oí el chirrido de un coche frenar y comprendí lo que ocurría. Mis ojos se quedaron fijos en el automóvil que había frenado tan bruscamente delante de mí. El conductor gesticulaba y voceaba que mirara antes de cruzar. Yo no dije nada. Qué iba a decir, era consciente del peligro que había pasado y de mi culpa por ir distraída. Me volví a dar las gracias a mi salvador y me topé con Uriel, que me sonreía. *¡Mon Dieu!* Me quedé anonadada, incapaz de pronunciar palabra alguna. Era la segunda vez que sus manos me abrazaban, y eso que lo acababa de conocer. Bueno, la primera vez no tuvo importancia, pero ahora me había salvado la vida y eso merecía mi agradecimiento.

—Gracias, iba distraída —le dije de corazón.

—No sería por mi culpa —de nuevo me parecía petulante o, tal vez, intentaba ser gracioso.

—¡Por supuesto que no!

¡Qué se había creído! Eso me enfadó otra vez. Quería disculparme y darle las gracias, pero me sacaba de quicio sin poderlo evitar. ¿Es que no sabe hacer otra cosa? Me di media vuelta y continué mi camino sin mirar atrás.

—Oye, discúlpame si te he molestado.

No le contesté, me parecía pretencioso, odioso y no sé cuántas cosas más. Y por supuesto que no me volví. En ese momento me hubiera gustado desaparecer y aparecer en algún lugar donde nadie me conociera. No me gustaba estar de mal humor, me ponía histérica.

—Necesito ayuda —dijo con una voz suave y melosa, como si quisiera llegar a mi alma.

¡Merde! , *¡merde!* Había dicho la palabra mágica que ablandaba mi espíritu. Con mi padre me ocurría lo mismo; a veces me enfadaba con él y no quería volver a hablarle, y entonces decía la palabra justa con el tono adecuado: “¿me ayudas?”, y todo el enfado se olvidaba al instante. Me paré y giré mi cuerpo para encararlo. Bueno, no sabría expresar qué cara puse, muy

rara seguro. Le daría una nueva oportunidad. Al fin y al cabo, me acababa de salvar la vida o algo así.

—¿Qué ayuda? —le pregunté con curiosidad.

—Necesito los apuntes de todas las asignaturas para ponerme al día. ¿Me los puedes dejar?

Qué embustero, en clase había oído cómo su compañero se los ofrecía y él dijo que no los necesitaba. Empieza mal este chico, voy a ver qué tontería se le ocurre. Conmigo se equivoca si cree que voy a estar rendida a su cara bonita.

—¿De veras me estás pidiendo los apuntes? —le dije intentando parecer enfadada.

—Sí, mi compañero me los ha ofrecido, pero tiene muy mala letra. He visto que tu escritura es muy bonita y que eres muy ordenada, y he pensado que los tuyos me interesaban más. Perdona por mi atrevimiento.

Aquellas palabras me desarmaban de nuevo, tal vez no fuera mal chico y yo me había precipitado. Siempre me ocurre igual, primero pienso mal y luego tengo remordimientos por haberme equivocado. Será mejor que lo arregle.

—Está bien, es que tengo un mal día, perdóname por mi mal humor y gracias por evitar que me atropellara el coche.

—No pasa nada, por fortuna observé que ibas distraída y no habías visto el coche. Como estaba detrás de ti, me ha dado tiempo.

—Gracias de nuevo. Yo también he comenzado tarde las clases.

Carmen me dejó los apuntes y aún estoy copiándolos; este fin de semana los termino y te dejo los míos el lunes.

—Vale, nos vemos el lunes. Yo me voy por ahí —dijo señalando un camino de tierra a la derecha.

—¿A dónde se va por ese camino de tierra? —no tenía ni idea a dónde llevaba aquel pasaje.

—Al barrio de las Cuevas.

—¿Vives ahí? —pregunté extrañada.

—Sí. En una cueva que pertenece a mi familia; aún no la tengo habitable, primero hay que blanquearla y comprar unos muebles.

—¿Una cueva? —volví a preguntar tontamente.

—Sí. Una cueva-casa. Aquí alguna gente vive en cuevas horadadas en la tierra. Se vive muy bien.

—Lo sé. ¿No eres de Guadix? —me apetecía conocer cosas de él.

—No, soy de Baza.

—¡Ah! —no tenía ni idea, normal, si lo acababa de conocer.

—Es que de aquel instituto me expulsaron y no me pude matricular, por eso estoy aquí.

—¿Por qué te echaron? —le pregunté sin poderlo evitar, como si fuese una cotilla. Me moría de curiosidad.

A lo mejor era un chico malo y tenía que cuidarme de él.

—Bueno, es una historia muy larga —decía sonriendo para evitar dar explicaciones.

—Pero... ¿qué hiciste para que te expulsaran? —le repetí la pregunta, no podía marcharme sin saberlo.

—Tuve unas palabras con un profesor y lo empujé, fingió que se había hecho daño y me echaron —me dijo finalmente.

—¡Ah! —exclamé sorprendida poniendo cara rara.

—Me enteré que quiso aprovecharse de una chica y no me pude aguantar —intentó explicarme como justificación.

—¿Por qué esa chica no denunció?

—No le hubiera servida de nada, se trataba de palabra contra palabra y el profesor sale ganando.

—Comprendo, ¿era tu novia? —continuaba mi curiosidad por saber si su corazón estaba libre.

—No, solo una amiga.

—¡Ah! Vale. Ya me lo contarás algún día.

Parecía que lo estaba pasando mal y no quise insistir.

—Más adelante quizás. Adiós, me esperan mis padres para ayudarme a montar mi nueva casa.

Estábamos sobre el puentecillo, entre el comienzo del camino de Paulenca, el cruce con la rambla del Cañaverál y la calle que lleva a San Miguel; hablando nos habíamos quedado solos, parados el uno enfrente del otro. Nos mirábamos como si no quisiéramos separarnos. Hasta el mal humor se había ido. Giró y se marchó corriendo sin mirar atrás. Yo continué mi camino más relajada y poco después me encontré con Carmen, que me esperaba.

—¡Jo, tía! ¿Qué te pasa hoy? Has salido casi corriendo de la clase sin que te pudiera acompañar; él iba detrás sin dejar de observarte; menos mal, porque si no te hubiera atropellado el coche. Y luego casi le pegas. Parecías enfadada. Con lo bueno que está y tú lo desaprovechas.

—Perdona, es que tengo la regla y me siento fatal —le dije como excusa, aunque era verdad.

—A todas nos viene la regla una vez al mes y no pasa nada.

—No es lo mismo, a mí me duele mucho y me pongo insostenible cuando me pasa —ella ignoraba lo inaguantable que soy.

—A todas nos duele —comentó con retintín.

—A todas no nos duele igual; a mi madre, cuando le venía no se enteraba ni nada —parecía una conversación de sordas.

—Bueno, si eres de esas mujeres quejicas que se ponen muy malas, te aguantas —dijo para zanjar la cuestión.

Estábamos llegando a mi casa y necesitaba ir al cuarto de baño con premura. Nos despedimos hasta la tarde.

Sábado, 20 de noviembre de 1976.

Mi madre dispuso que el sábado fuéramos de tiendas para comprar ropa de invierno. Yo hubiera preferido ir sola o con mis amigas; ella no opinaba así, tenía que controlar todo lo que iba a llevar puesto. *¡Mon Dieu!* ¡Cuándo seré mayor, para no estar todo el tiempo peleando! Llamé a Carmen y le pedí que me acompañara, poniéndose muy contenta. A ella si le gustaba ir de compras y tendría una segunda opinión. Primero nos dimos una vuelta por “el Sábado”, es decir: el mercadillo ambulante semanal que ponen junto al río, muy concurrido, pero no encontramos nada interesante. Después nos pasamos por Tejidos Romera donde la moda no era muy actual, pero encontré cosas bonitas y me compré dos vestidos, cuatro faldas, cuatro pantalones, cuatro jerséis y un abrigo largo. Comprar ropa nunca fue mi ocupación favorita, tampoco me gustaba ponerme algo que no había elegido yo. Mi amiga alucinaba por la generosidad de mi madre; la verdad es que habíamos traído muy poca ropa de Francia y necesitábamos renovar y aumentar el vestuario.

El domingo Carmen tuvo que visitar a unos familiares y me aburrí terriblemente, como si fuera un pájaro silvestre al que habían enjaulado. Todo el día sin ganas de hacer nada, y mi mente no estaba por la labor. Si abría el libro de matemáticas me preguntaba cómo besaría Samael; si era el de historia, cómo lo haría Anael. Bueno, también en cómo sabría un beso de Uriel. Cuando vine a España, nunca imaginé que iba a tener a unos personajes tan variopintos en mi imaginación. La verdad es que son los hombres más guapos que he conocido. *¡Mon Dieu!*, qué nombres tienen los españoles, y yo pensando que todos se llamaban Pepe o Antonio. A más no quise llegar. No

quisiera enamorarme ahora que estoy en esta encrucijada.

Por fin llegó el deseado lunes y, aunque parezca mentira, me apetecía volver al instituto. Por el camino, junto a la carretera de Granada me esperaba él. ¿Quién? Quién iba a ser, Uriel. Su pelo amarillo brillaba bajo la tenuidad del sol matutino. A lo lejos me pareció un ángel. Su sonrisa me pedía que besara aquellos labios rosados. *¡Mon Dieu!* No se me iba de la cabeza este hombre. Tengo que controlar mis pensamientos. Quizás debería preocuparme de mis tonterías mentales. Le pregunté cómo le iba con su nueva casa y me contó todo lo que había hecho el fin de semana. No cesó de hablar en todo el camino. Parecía tan contento como un niño al que le han regalado el juguete deseado. Ahora tenía una vivienda solo para él y me invitó a visitarla para enseñármela. Por supuesto que iría, pero más adelante. Bueno, lo mismo no, no sé si fiarme de alguien tan guapo.

En cuanto llegamos a clase le devolví a Carmen los apuntes que me había dejado y le entregué los míos a Uriel, que los recogió dándome las “gracias” muy bajito, porque acababa de entrar el profe de historia. En los siguientes días me centré en estudiar. Al fin y al cabo, ese era mi cometido. Uriel no había vuelto a hablar conmigo, salvo para saludarme; en cambio, con las demás chicas parecía un juglar diciéndoles tonterías. Todas lo abordaban con cualquier excusa y parecía muy contento con esa situación. No quise entrometerme ni decirle nada, lo cual era un martirio para mí, porque estaba todo el día oliendo su aroma, y, eso me ponía de mal humor. Unos días después, Uriel me devolvió los apuntes y volvió a invitarme a conocer su casa. En esta ocasión le dije que no. Había estado toda la semana tonteando con unas y con otras y ahora venía con éstas. No, yo quiero un chico solo para mí. Me pareció que puso cara de pena, cualquiera sabe lo que hay en sus pensamientos.

Se aproximaba la Navidad. Eran unas fechas tristes para mí al no estar mi padre. Mejor no pensar en eso. Había que preparar los exámenes de la evaluación y me olvidé de todo, no quería suspender en el liceo. Sin embargo, algo había cambiado, no sé cómo, pero ahora, a la hora de estudiar, no tenía problemas para entender los contenidos y los exámenes me salían perfectos. Jamás había tenido la mente tan centrada y aprendía muy rápidamente. Cuando terminó la evaluación y supe los resultados, pude relajarme un poco. Las buenas notas merecían una fiesta.

LA FIESTA DEL INSTITUTO

El viernes diecisiete era el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad y el liceo había preparado varios eventos para celebrarlo. A las diez tenían programada una charla en el salón de actos y, a las once, una actuación del coro, donde participaban algunas de mis compañeras. Yo les había dicho que asistiría. Los alumnos de COU, que eran los “mayores”, habían organizado un baile para después del concierto en la discoteca del Albergue, un bar que estaba a la salida, en la carretera de Esfiliana.

Viernes, 17 de diciembre de 1976.

Cuando me dirigía por el pasillo al salón de actos me di de bruces con Uriel. En ese momento pensé que todos mis encuentros con él eran casuales, como si algo nos llevara a encontrarnos. ¿El destino? Quién sabe.

—¿Te quedas para ver todo esto? —me preguntó sonriente, parecía que quería ser simpático conmigo.

—Sí —le dije poco convencida.

—Yo me voy a dar un paseo y luego a la discoteca, paso de charla y de coro.

—Me gustaría largarme, pero cantan algunas amigas y se enfadarán si me marcho —le dije yo, aunque hasta ese momento no lo había pensado.

—Ni se enterarán, luego les dices que han estado muy bien y ya está.

—No sé. Quiero deseales una “Feliz Navidad” —hasta que me encontré con él, mi intención fue esa.

—Vamos, te enseñaré mi tocadiscos. Será solo un momento, luego nos vamos a la discoteca y allí vemos a todo el mundo —tenía claro que deseaba llevarme a su casa.

—¿Tienes un tocadiscos? —le pregunté entusiasmada, sentía admiración por esos artefactos.

—Sí, me lo ha comprado mi padre a cambio de trabajar todo el verano para él. Esta noche tengo que marcharme a Baza a pasar las Navidades con ellos.

—Está bien, te acompaño y luego nos vamos a la discoteca, me apetece bailar. ¿Tú crees que me dejarán entrar?

—Claro, es una fiesta privada para los alumnos del instituto. Puede entrar

todo el mundo.

Me convenció. Bueno, en realidad fue fácil, me apetecía desde hace tiempo estar un rato con él. Nos fuimos sigilosamente sin que nadie se diera cuenta y nos dirigimos a su casa. Yo no conocía aquel barrio cuyos caminos iban entre cuevas, cruzando por encima de ellas hasta que llegamos a la suya. Recordaba haber visto esos parajes en postales que mi padre recibía. Había delante de la cueva una explanada con unas parras que en verano debían dar buena sombra. La distribución era igual que la de un piso: un pasillo y las habitaciones a ambos lados con corriente eléctrica, pero carecía de agua potable, aunque tenía un depósito para lavarse y un váter con pozo ciego. Además, muy cerca existía una fuente pública utilizada por los vecinos. Sabía que las viviendas bajo tierra mantienen una temperatura constante a lo largo del año, por eso me sorprendió que hiciera tanto calor al entrar. Al llegar al salón lo entendí. Una chimenea con grandes troncos estaba encendida. Yo lo miré con cara de interrogación y pareció adivinar mi pensamiento.

—Dejé encendido el fuego para que, cuando volviera, hubiese una temperatura agradable —sus palabras sonaron a excusa, pero no me importó.

—¿Es una encerrona? —le pregunté como si fuese un reproche.

—No. Por favor, solo es mi casa. Nos podemos marchar cuando tú quieras —dijo a modo de disculpa intentando no enfadarme.

Lo que él no sabía era que yo deseaba este momento de intimidad para nosotros.

—Ni hablar, hemos venido a ver tu tocadiscos y no pienso irme sin verlo —acababa de localizarlo sobre una mesa en la pared más alejada de la chimenea, y allí me dirigí.

—Por supuesto, selecciona los discos que quieras y te los pongo, puedes poner hasta veinticinco.

—¿Veinticinco discos? —exclamé entusiasmada; nunca había visto un aparato tan moderno, el mío era pequeñito y, por supuesto, solo admitía uno.

—Sí, es automático, lo cargas y él solo va poniéndolos uno a uno, nunca falla.

—¡*Oh, là, là!* —le dije con admiración.

Tenía una gran cantidad de elepés, y me tomé mi tiempo para seleccionar los que me gustaban. Rod Stewart con "*Tonight's the night (gonna be alright)*"; Elton John con "*Don't go breaking my heart*"; Wings con "*Silly love songs*"; The Four Seasons con "*December, 1963 (oh, what a night)*"; Paul Simon con "*50 Ways to leave your lover*"; Santana con "*Europa*";

Chicago con “*If you leave me now*” ; The Manhattans con “*Kiss and Say Goodbye*” .

—¿Solo te gusta la música en inglés? —me preguntó con curiosidad.

—Me gusta la francesa, pero no tienes ninguna. Apenas si conozco la música española.

—Mira, a mí me gustan estos: Miguel Gallardo con “*Hoy tengo ganas de ti*” ; de Santa Bárbara: “*Donde están tus ojos negros*” ; José Luis Perales con “*Quisiera decir tu nombre*” ; ¿Quieres oírlos?

—Bueno, pon los que quieras —le dije con una sonrisa, prefería que fuera él quién eligiera los temas.

La música comenzó a sonar y nos sentamos en la alfombra que había delante del fuego. La conversación giró primero sobre lo que nos gustaba de las asignaturas que teníamos; luego comenzó a preguntarme cosas sobre mí y la vida que llevaba en Francia. No tuve reparos en contarle mi aburrida existencia en París; estaba sorprendida al comprobar cómo me sinceraba con un hombre que, hasta hace unos días, no conocía. Había una química que hacía sentirme cómoda hablando con él. No sé lo que sentía él, pero yo estaba como en una nube, ebria de oxígeno. El calor era excesivo y nos quitamos los abrigos largos y más tarde los jerséis; en ese momento pensé que todo lo había preparado para que ocurriera así. Me alegré de ponerme por la mañana una camiseta blanca con un bordado muy bonito en el cuello. Lo observé por si se fijaba; solo hablaba y hablaba sin prestarme ninguna atención, al menos parecía no mirar mi cuerpo, y menos mi ropa, como si no tuviera ningún interés en mí. A lo mejor resulta que es muy tímido. Yo, sin embargo, aspiraba su aroma y deseaba probar sus labios. *¡Dieu!* ¿Cuándo me iba a besar? Tampoco quería insinuarme, si quería besarme debería dar el primer paso.

—¿Quieres bailar? —dijo de pronto, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Bailar juntos? —yo nunca había bailado y, por supuesto, no sabía cómo hacerlo.

—Claro, agarrados.

—En Francia nunca fui a un baile. Con quince años no te lo permiten.

—Pues aquí, cuando hay fiestas, baila todo el mundo. ¡Vamos! Yo te enseño —dijo por hecho que no sabía.

Se levantó y cogió mi mano, llevándome al centro de la habitación; me indicó cómo eran los pasos de baile y luego rodeó mi cintura, cuando ya sonaba una canción muy sugerente: “*Hoy tengo ganas de ti*” , para acercar mi cuerpo al suyo y comenzar a bailar. En realidad, en eso consistía el baile, en

moverse abrazados. Acercó su mejilla a la mía y cerré los ojos, al tiempo que rodeaba su cuello para asegurarme que no me caería. Flotaba entre sus brazos. El calor se hizo asfixiante y comenzamos a sudar. Giramos levemente la cara y nuestros ojos quedaron mirándose fijamente; nuestras narices jugueteaban como si estuvieran solas en el universo; nuestros labios, separados por apenas unos milímetros, ansiaban encontrarse. El primer beso fue suave, apenas si me rozó, suficiente para que mi cuerpo temblara. Olvidamos la música. Nuestros labios se unieron de nuevo intentando absorber el deseo que nos invadía durante un tiempo infinito. Nos separamos un momento para mirarnos a los ojos y respirar. En el tercer beso su lengua buscó la mía y juntas compartieron el sabor de nuestras bocas. *¡Dieu!* Tantos años esperando esos besos.

Nos abrazamos para respirar un poco, pero él no paró y continuó besando mi cuello provocando un placer desconocido para mí. Nuestras bocas volvieron a juntarse y sus manos llegaron hasta la cintura introduciéndolas bajo la camiseta para acariciarme la piel, buscando mis pechos. Entonces se topó con el medallón. Por un momento quedó quieto mientras lo palpaba con sus dedos. En ese instante mi camiseta se iluminó y una luz brillante y fina, parecida a un rayo, lo golpeó, lanzándolo al suelo mientras me miraba atónito. Sin querer llevé mis manos a la cara y grité asustada; por fortuna reaccioné rápido, acercándome a socorrerlo para disimular lo que realmente había ocurrido.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba aturdido. Yo tampoco lo sabía, pero busqué una excusa para justificar lo acaecido.

—He sentido como un calambre, algo eléctrico, y te has caído hacia atrás. Parece que el medallón ha acumulado mucha electricidad estática y al tocarlo te ha dado un calambrazo.

—¡Joder! ¿Y la luz?

—Yo no he visto ninguna luz.

—¿Seguro? —no le respondí para que olvidara ese detalle.

Fuera lo que fuera, el medallón había actuado, de eso estaba convencida. Por desgracia para los dos el momento erótico se había terminado. ¿Acaso Uriel deseaba hacerme daño? No, no. Imposible, si me había besado era porque yo lo deseaba. Porque los dos lo deseábamos. ¿Cuál será el significado de la acción del medallón? ¿Por qué habrá actuado así? Estaba cabreaba por no entender nada de nada. Aquello parecía una pesadilla más que otra cosa. Aunque nadie había resultado herido, me preocupó que pudiera

actuar contra cualquiera que permaneciera a mi lado. Sin embargo, él estaba tranquilo, como si no hubiese pasado nada.

—¿Nos vamos a la fiesta del instituto? —dijo, para romper el silencio hostil que se había formado entre nosotros.

—Sí, será lo mejor —le dije algo decepcionada; bueno, muy desilusionada.

Aunque entendía que si él no estaba preocupado por el calambrazo que había recibido, para qué me iba a preocupar. Si lo percibe como verosímil, yo también.

—Tu medallón no parece muy amigable, al menos conmigo, ¿quién te lo ha regalado? —decía entre risitas, al recoger su ropa de la percha y entregarme la mía.

—Es de mi familia. Una herencia —le contesté mintiéndole.

¿Cómo le iba a explicar que se trataba de un medallón mágico del que desconocía sus poderes? Nos pusimos los jerséis y los abrigos largos sin comentar nada más. Apagó el tocadiscos y nos fuimos a la discoteca. En la calle, cogió mi mano y entrelazó sus dedos con los míos, y volvió a sonreírme. Tal vez quería expresar su cariño, o simplemente que le gustaba. Por algo estaba conmigo, digo yo, aunque no habló nada de amor. Aun así, me sentía feliz paseando a su lado; como me daba vergüenza que me viera alguien conocido solté su mano. Para nada estaba segura de lo que había ocurrido, me refería a los besos, no a lo acaecido con el medallón. En ese momento ignoraba si era solo deseo o amor de verdad. O las dos cosas. Mi cabeza estaba ofuscada y me costaba razonar. Para entrar en la discoteca había que pagar veinticinco pesetas y no llevaba dinero, así que le dije que me volvía a casa. Actuó como un caballero y me pagó la entrada. En el interior enseguida se le acercaron muchas de las chicas del instituto y se lo llevaron a la pista de baile. A mí no me gustó que me dejara sola sin decirme nada, y busqué un lugar para sentarme. En un rincón del local estaba Antonio con una amiga a la que yo no conocía, y que se marchaba en ese momento. Al verme me indicó que me sentara a su lado. Nos miramos sonriéndonos, hacía tiempo que no hablábamos.

—¿Qué tal? —fue mi saludo al llegar.

—¿Ha estado aquí? —dijo sin que lo entendiera.

—¿Quién? —le pregunté intrigada.

—Ella.

—¿De quién hablas? —parecía un poco ausente al hablar.

—De mi amor —me susurró.

—¡Ah! ¿La chica del otro instituto? —en ese momento me di cuenta de que hablaba de ella.

—Sí. La Loquilla de Abajo. Se acaba de ir.

—¿Esta que se ha levantado?

—No. Esta es una amiga, es también de su pueblo.

—¡Ah, perdona! ¿Y cómo te ha ido con tu amor? —le pregunté por preguntar; yo tenía la cabeza en otro sitio.

—No la he saludado. Ni siquiera he sido capaz de acercarme.

—¿Por qué? —me sentía sorprendida de sus palabras. No entendía por qué no la hubiera saludado al menos, digo yo.

—La he observado, pero no he querido hablar con ella. Me hubiera gustado. Sé muy bien que si me acerco vuelvo a caer en la frustración y de nuevo a sufrir, necesito olvidarla. Ya perdí la esperanza de enamorarla.

—Te comprendo. Eso debe doler —percibí su sufrimiento.

—Sí, mucho. Mejor hablamos de otra cosa. ¿Cómo te va a ti?

—Bien. Bueno, ha ocurrido algo nuevo.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó al oído.

En principio dudé si contárselo o no, si bien me apetecía hacerlo porque era el único con el que podía hablar de ese tema. Además, así lo distraía de sus problemas.

—El medallón ha actuado —le solté la noticia de sopetón.

—¿Cómo? —me miraba sorprendido y acercaba su oreja a mi boca para oírme mejor.

—Le ha soltado una descarga a Uriel, como si tuviera electricidad. Pero no le ha hecho nada, solo lo ha aturdido un poco.

—¿Y por qué? ¿Cómo ha sido? —parecía muy interesado.

—No quiero que nadie lo sepa —le dije, acercando mi boca a su oreja aún más.

—Puedes hablarme, somos amigos. Ya sabes que no contaré nada a nadie —me decía, para que confiara en él.

—¡Vale! Le he acompañado a su casa y nos estábamos besando, cuando me ha cogido el medallón y le ha soltado una descarga que lo ha tirado al suelo.

—¡No me digas! ¡Joder! ¿Y qué ha dicho él?

—Piensa que es un calambrazo por la electricidad estática.

—Bueno, mejor así. Si le contamos a alguien lo del medallón mágico, nos toma por locos.

—Yo no pienso contar nada, pero estoy asustada. Si por lo menos supiera cómo funciona.

—Creo que lo sabrás cuando sea necesario.

Tenía razón, si el medallón quería algo de mí, me lo diría en el momento oportuno. En ese instante llegó una de sus amigas, llamada Antonia, y lo invitó a bailar:

—Le he dicho al “pinchadiscos” que ponga tu canción favorita: “Europa” —le dijo, ofreciéndole la mano.

—Perdona, voy a bailar esta canción, “Europa” es mi favorita —me explicó, sonriéndome y levantándose para ir con ella hasta la pista de baile.

Estaba con la mirada perdida en la pista cuando Uriel vino y me invitó a bailar; mi deseo hubiera sido estar de nuevo entre sus brazos, pero decliné la invitación y se marchó. Cuando Antonio volvía del baile se encontró con tres chicas de su pueblo y se sentó a hablar con ellas. Yo decidí marcharme a mi casa. Esa noche lloré durante mucho tiempo, aunque no sabía a ciencia cierta por qué; la realidad es que me encontré muy sola. Así me quedé dormida.

Los sueños del medallón.

Aquella noche tuve mi primer sueño con ángeles y dragones. Volaba sobre una nube de color azul fuerte y oía gritos de dolor y voces que parecían de odio. En un momento dado todo se volvió blanco, con una luz muy intensa que me envolvía sin molestar, y la habitación comenzó a brillar como una luciérnaga. Me incorporé con los ojos muy abiertos para sentarme en la cama y ver cómo la luz comenzaba a ser absorbida por el espejo y yo con ella. Grité con todas mis fuerzas para despertarme, sin que la voz saliera de mi garganta. Al momento volaba por el cielo en un dragón lleno de escamas rojas, agarrada a un ángel entre sus dos alas blancas. El viento me cortaba la cara, por eso la volví hacia atrás, y entonces vi a otro dragón, también de tonos carmesíes, que escupía fuego sobre nosotros y era conducido por otro ser alado, que llevaba una espada de fuego en su mano derecha. *¡Mon Dieu!* ¿Qué significaba aquello? Pensaba que estaba viviendo un sueño muy extraño, como si fuera un “sueño lúcido”. Si me despertaba todo aquello desaparecería. Sin soltarme, toqué mis ojos con una mano para ver si los tenía abiertos, luego pellizqué mi brazo haciéndome daño y llegué a la conclusión de que estaba despierta. Aun así, seguí pensando que vivía una espantosa pesadilla, a pesar

de sentir cómo el calor de una llamarada pasaba rozando nuestras cabezas. Enseguida descubrí que afectó a las alas del dragón que nos llevaba a sus espaldas, y comenzamos a descender hacia el suelo a gran velocidad. Entonces el ángel volvió su cara para decirme:

—Lo siento. Te quiero, pero no puedo cumplir mi promesa de vivir eternamente contigo. Llámame, utiliza el medallón y volveré a ti. Solo tú podrás liberarme.

—¿Quién eres? —le pregunté, al tiempo que sentía el impacto en el suelo, saltando por los aires para volver a caer.

La caída fue brutal, aunque no perdí el conocimiento, y pude ver como el ángel que nos perseguía extendía una red por encima del otro, con el que yo había viajado, y lo atrapaba, depositándolo sobre su dragón. Quise levantarme y huir, pero no podía moverme, tenía las piernas terriblemente doloridas. Después de dejar a su prisionero, se acercó con la espada de fuego en la mano y la puso sobre mi pecho para arrebatarme el medallón, pero se sorprendió al comprobar que no podía tocarlo a causa de la magia que poseía. Me miró con cara de desprecio o de odio, no sé. Volvió junto a su dragón y se marchó, llevándose prisionero a mi compañero de sueño. Me quedé mirando cómo se alejaba por el cielo sin entender nada. A pesar de ser de fuego, su espada no me quemó, ni siquiera noté calor. Lo que sentía era el cuerpo desgarrado, como si me hubieran dado una paliza. Estaba muy confusa, si no era un sueño, ¿dónde estaba? Intenté levantarme y me caí por un barranco lleno de piedras. Debí de perder el conocimiento porque, cuando desperté, me encontraba en brazos de Samael, el nuevo profesor de matemáticas, que me elevaba en el aire como si pudiera volar; aunque yo estaba aturdida y no era muy consciente de lo que estaba pasando; a sus espaldas pude ver dos alas blancas que se movían con rapidez. De pronto aparecimos junto a la entrada de una cueva y entramos en ella. Había una sala amplia con las paredes de mármol blanco, la luz era similar a la que había aparecido en mi habitación. La estancia tenía dos zonas diferentes, la primera, con el suelo cubierto de alfombras y grandes cojines y, a una altura superior, se encontraba el dormitorio con una gran cama de madera ricamente labrada. Me pareció la habitación de un palacio de la antigüedad, como los que salen en las películas antiguas de reyes.

—En este refugio estarás segura, tienes todo lo que necesitas. Aquí no te buscarán —me decía, como si yo supiera lo que estaba ocurriendo.

—¿Esto es un sueño? —expresé en voz alta.

—El medallón ha utilizado tu sueño para mostrarte el último acto que vivió antes de ser ocultado, para que nadie pudiera usarlo jamás. El ángel con el que viajabas era Araziel, tu antepasado. Esos hechos sucedieron hace miles de años. Parece que no conoces la historia y tendré que enseñártela, pero no ahora. Yo fui amigo de Araziel y quiero ayudarte —aquella explicación era aún más difícil de entender.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Quién eres tú y quién es ese Araziel del que hablas? —necesitaba respuestas para calmar mi espíritu.

—Araziel es el creador del medallón; tú eres su descendiente, por eso te pertenece. Yo soy Samael, mi trabajo de profesor de matemáticas es una tapadera para ayudarte hasta que cumplas tu misión —seguía sin entender nada y me sentía muy agobiada.

—¿El creador de mi medallón? —pregunté como si estuviera borracha; en realidad, esa frase se repetía en mi mente una y otra vez.

—Sí. La dueña del medallón murió, ahora eres tú su heredera y te corresponde cumplir su misión —me explicó para intentar aclarar mis dudas —. Debes volver a tu cuerpo, yo tengo que dejarte.

—¿Misión? —pregunté sin obtener respuesta.

Agitó sus alas y se elevó del suelo, luego desapareció. No le entendí y me puse a llorar desconsoladamente. Entonces oí una voz que decía:

—Anik, Anik, despierta. Es una pesadilla —mi madre me zarandeaba como si fuese un muñeco.

Abrí los ojos asustada, mirando hacia todos lados, pero allí no había nadie, salvo ella, que había acudido al oír mis gritos y mi llanto. Respiré hondo para tranquilizarme.

—Había un ángel con un dragón que me perseguía a mí y a otro ser alado, tenía una espada de fuego —le dije, como explicación de mi estado de ánimo.

—Tranquila, era solo un mal sueño —y me besó la mejilla para tranquilizarme.

—Otro ángel diferente me ayudaba y era mi profesor de matemáticas; bueno, el nuevo —puso cara de sorpresa y sonrió para preguntarme:

—¿Es que llevas mal las matemáticas?

—No. Las llevo bien, he aprobado con nota alta.

—A veces se sueñan cosas extrañas. ¿Estuviste estudiando matemáticas antes de dormirte? —mi madre intentaba encontrar una explicación.

—Sí, por supuesto, nos mandó hacer unos problemas estas vacaciones, dejé el libro abierto para hacerlos hoy.

—Entonces eso ha sido, no te preocupes, un mal sueño lo tiene cualquiera. Ahora relájate y a dormir —parece que las mamás siempre saben lo que ha ocurrido.

Mi madre se marchó y de nuevo me quedé sola en la habitación. Seguía dudando si aquello fue un sueño o si lo había vivido de verdad, como si fuese en otra dimensión. Busqué con las manos el medallón y comprobé que aún lo tenía en mi cuello. Si había sido un sueño, ¿por qué tenía el cuerpo dolorido del porrazo que me había dado al chocar el dragón contra el suelo? Todo parecía muy real. Resultaba curioso que uno de los ángeles fuera el nuevo profesor de matemáticas, que, como un héroe, me llevara a un lugar seguro; aunque lo que me dijo era difícil de creer. *¡Mon Dieu!*, qué lío. No sé por qué tengo que soñar con él. Preferiría hacerlo con Uriel. *¡Merde!* Otra vez Uriel, no debo pensar en él. Al llegar a la discoteca no me hizo caso, como si no me conociera. Cuando las otras no están, entonces sí me mira. Pues no me interesa. Yo quiero un hombre que solo tenga ojos para mí, y con lo fea que soy nunca lo voy a encontrar. Y volviendo a Uriel, ¿Por qué el medallón le hizo eso? ¿Acaso no iba a estar con un hombre por culpa del medallón? Umm, la próxima vez me lo quito antes. Con esos pensamientos me volví a dormir.

Sábado, 18 de diciembre de 1976.

A la mañana siguiente me levanté tarde, desayuné y salí a la calle a dar una vuelta. Necesitaba tomar el aire. Al pasar junto a la churrería que hay junto al parque, vi a Anael sentado tomando chocolate y comiendo churros, parecía que le gustaban. Yo hice como que no lo había visto, sin dejar de observarlo, disimuladamente. El profesor de historia debería de tener al menos los treinta. Parecía vigoroso y lleno de vitalidad. Su cabello era oscuro, los ojos negros y una mirada muy profunda. Su voz sonaba cálida, culta e inteligente. Cuando hablaba en clase todas nos sentíamos atraídas por el sonido de sus labios. Yo no era la única que opinaba así, había oído a varias chicas decir lo mismo. Era normal siendo tan apuesto. En definitiva, que me gustan los hombres así, aunque a veces me miraba de una forma que me hizo pensar que le atraía. No, no creo, debe mirar a todas las chicas de esa manera, ¿por qué le iba a gustar? Vestía un pantalón vaquero de marca, algo raído por el uso, y un jersey rojo que lo hacía más joven. —“*¡Dieu!*, ¡qué guapo!”—, pensé; no pude evitar pasar cerca de él y, aunque me hice la despistada, me llamó.

—Anik, buenos días, ¿me acompañas, por favor?

—No, gracias, profesor, ya he desayunado —le respondí sin pararme.

—Siéntate y tómate unos churros —me dijo con ironía.

—¿Churros? No me gustan, tienen mucho aceite —dije como excusa, no tuve más remedio que pararme y prestarle atención.

—En ese caso, acompáñame, tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? Estamos de vacaciones —me sentía muy sorprendida de su actitud.

—Lo sé, se trata de un asunto personal. Si no te sientas esta noche vas a soñar con el profesor de matemáticas.

Aquellas palabras provocaron en mí tal desconcierto que cogí una silla, mientras él se comía un churro mojado en chocolate, y me senté a su lado —“¿Acaso adivinaba los sueños?”—. Yo lo miraba asombrada, no por su vulgar forma de comer, sino porque creí que sabía de mi pesadilla. ¿Cómo podía conocerla?

—Enseguida terminé el chocolate y nos damos un paseo, tenemos que hablar en privado y te lo explico todo —hablaba sin dejar de comer.

—Vale, ¿pero por qué me ha dicho usted que soñaré con el profesor de matemáticas?

—Es lo que se me ha ocurrido —decía riendo un poquito—, podía haberte dicho de historia.

—Ya, pero anoche soñé con el profesor de matemáticas.

—¿Y qué tiene eso de particular? —no parecía sorprendido por mi confesión.

—Que fue una pesadilla —le solté de golpe, aunque no sabía por qué le hablaba con tanta confianza.

—Pues no entiendo, Anik. He visto que tú sacas buenas notas en matemáticas —dijo, levantando los ojos de la taza un momento.

—Sí, las llevo bien.

—¿Y qué soñaste? —ahora preguntaba muy interesado.

—Que un ángel me perseguía montado en un dragón y él me salvaba.

Se quedó un momento pensativo y luego me miró asombrado, parpadeó y siguió comiendo churros mojados en chocolate. Yo lo miraba expectante, esperando su reacción ante una historia tan tonta. De pronto comenzó a reír.

—Eso sí que es raro —dijo finalmente con un poco de ironía.

—Lo raro es que Samael era otro ángel —comenté como si hubiera soñado una anécdota.

—¿Un ángel, ese demonio? —volvió a reírse durante unos momentos, mi

historia le divertía mucho.

—Eso soñé. Ya sé que es extraño —le dije poniéndome seria, parecía que para él no lo era.

—Bueno, necesito que veas algo que te concierne y que me parece que podría tener algo que ver con tu sueño. Solo será un momento —y seguía comiendo con toda la tranquilidad del mundo.

—¿Algo que me concierne? —pregunté como una autómata.

—Sí, creo que sí —a pesar de la afirmación no me creía nada, pensé que sería una tontería para ligar conmigo.

—No sé. ¿Usted también sueña cosas así? —quise saber su opinión sobre mi pesadilla.

—Tutéame por favor, Anik. Respecto a tu pregunta, no, yo no sueño nunca —su respuesta me sorprendió. Para nada estaba dispuesto a darme su opinión.

—Todo el mundo sueña —afirmé rotundamente y estaba segura de eso; él no pensaba igual.

—Algunos somos diferentes —confesó, abriendo los ojos al mirarme.

Su actitud me tenía sorprendida, no imaginaba qué cosa podría mostrarme que fuese de mi interés; esperé impaciente a que terminara su desayuno, y, en cuanto pagó a la camarera, nos levantamos y nos fuimos hacia el parque. Entramos por la puerta de al lado. Había poca gente a esa hora, mejor, no quería que me vieran con él. ¡Oh, là, là! ¿Qué dirían entonces? Guardé silencio, esperando que él iniciara la conversación, mantenía cierta curiosidad por saber qué es lo que quería que viera, y qué cosa me tenía que contar. Lo mismo se había enamorado de mí. Espero que no, eso sería embarazoso.

—¿Cómo te va, Anik? —pronunció correctamente mi nombre.

—Bien, me va bien.

—Pero te has trasladado de país, has cambiado de instituto, de amigos, de amores —sus palabras me desconcertaban, no esperaba ese tipo de conversación, pero le respondí con sinceridad.

—¿De amores? No, no, por fortuna no he dejado ningún amor en París aunque eso no le importe —me pareció que era lo que deseaba saber.

—¿Puedo preguntarte por qué este traslado?

—Puede —le dije con ironía. En realidad no me apetecía esa conversación.

—Cuéntame lo que desees contarme.

—Por imperativo legal —le dije finalmente, una ocurrencia que había oído en alguna ocasión.

—¿Eso qué significa?

—Que soy menor de edad y tengo que vivir donde viva mi madre. A ella le gusta esta tierra, es hija de españoles y llegó a Francia con sus padres como emigrantes; conoció a un joven español y se casó con él. De ahí nací yo. Mi padre amaba su tierra, pero también era un enamorado de París y de su nuevo país. Murió hace dos años, en un accidente de coche. Este verano recibimos la notificación de un notario de España sobre la herencia de mis abuelos. Vinimos y a mi madre le gustó el palacete que habíamos heredado y, en lugar de venderlo, decidió quedarse aquí. Y ahí termina la historia —la explicación que le di me pareció algo larga, pero era mi respuesta.

—Comprendo, creo que lo llevas bien. Te he observado en el instituto y he visto que has hecho amigos, y que te relacionas bien con los demás.

—Bueno, con el carácter de los españoles es fácil hacer amigos. En París apenas si tenía un par de amigas. Allí la gente no tiene tiempo para los demás.

—Me alegro por ti. ¿Tu madre es pelirroja como tú? —su pregunta me resultó extraña.

—No, mi madre es morena y no nos parecemos en nada —respondí con sinceridad, aunque no sabía por qué preguntaba cosas personales—. Usted ha dicho que me iba a enseñar algo —le recordé, por eso le acompañaba. ¡Vamos! No para charlar de mí.

—Sí, es cierto, te vas a sorprender —decía sin darme pistas.

—Lo mismo no —dije contundente. Me sentía incrédula ante lo que me había dicho, que era interesante para mí. ¿Qué puede tener de interesante un profesor para una chica como yo? No sé, me sentía algo extraña.

—Sí, seguro que sí. He alquilado un piso en este bloque, tengo allí lo que quería enseñarte. Te lo explicaré todo —expresó para apoyar su idea, acepté su propuesta por curiosidad, pero estaba atenta por si fuera una encerrona típica de hombres. Habíamos salido por un lateral del parque hasta la carretera de Murcia sin que me diera cuenta. Su conversación me tenía intrigada, más por la curiosidad que por lo atrayente. Tenía dudas de si quería ligar conmigo o si realmente había algo para enseñarme. Bueno, yo tenía mi medallón; si se propasaba un pelo, seguro que me defendía.

Llegamos a su residencia. El piso parecía el de una familia clásica, aunque vivía solo. El ambiente era algo gélido y encendió la estufa de butano. En unos segundos la temperatura aumentó y se volvió agradable. El radiador de mi madre necesita una hora para calentar el salón de casa.

—Calienta bien esta estufa —le comenté, por decir algo. En realidad,

ninguna estufa caliente tan rápido, pero en ese momento no pensé nada raro.

—Sí, es de aire circulante y reparte el calor por igual. No es necesario estar a su lado para calentarse —quiso explicarme para justificar su anomalía.

—Qué bien. Bueno, ya estoy aquí, ¿qué es lo que usted quiere enseñarme? —desde luego no me interesaba su estufa.

—Ahora lo verás. Ven conmigo.

Se dirigió a una habitación próxima, le seguí expectante, llena de curiosidad. La habitación parecía el estudio de un pintor, con las paredes llenas de cuadros. Junto a la ventana había una mesa manchada de pinturas, al lado de un caballete que tenía un lienzo tapado con tela blanca.

—Esto es lo que quiero que veas —me dijo, acercándose y levantando el paño.

Las palabras se marcharon de mi boca al ver el cuadro, no sabía qué decir; se trataba de un lienzo con una chica joven con el pelo al viento, igualita a mí. Vaya, que era yo. No pude evitar preguntarle:

—¿Por qué me pintas a mí? Porque esa chica soy yo. ¿Verdad?

—Sí, no lo puedo negar. Este lo comencé a pintar después del primer día de clase. Me quedé impresionado cuando te vi. Entonces supe por qué estaba en esta ciudad trabajando. Acércate, quiero que veas este también.

Me señaló otro cuadro que había en la pared, se trataba de una mujer con un traje de época bajando las escaleras de un palacio. ¡*Dieu!* La señora podría ser mi gemela o la del medallón. No encontré palabras para mostrarle mi sorpresa. Además, las escaleras se parecían a las del palacete de mis abuelos, aunque también a las de muchas mansiones.

—Ese lo pinté hace mucho, mucho tiempo. Bastante antes de nacer tú. Fue la esposa de un viejo amigo, ya fallecida. Cuando te vi en clase la recordé, sois como dos gotas de agua —me aclaró, sin darme más detalles de su identidad.

—Todas las chicas pelirrojas nos parecemos un poco, será una casualidad —mi explicación era tonta y falsa, pero solo se me ocurrió eso.

—Ahora sé que no, no es una casualidad —decía moviendo la cabeza.

—¿Tanto te ha impresionado esa coincidencia?

—Sí. Es algo más que una coincidencia. ¿Tú sabes algo de la historia de esa señora? —me preguntó a mí, que nunca había visto el cuadro.

—No, ni idea. Qué raro todo, ¿no? La verdad es que la mujer se me parece y también esas escaleras son como las de mi casa. Pero eso no quiere decir nada —se me ocurrió reflexionar.

—Al conocerte lo he entendido todo. Eres una descendiente de ella, la elegida para cumplir su misión —esas palabras me desconcertaron de nuevo.

—¿Qué misión? —la palabra misión volvía a aparecer y eso me estaba mosqueando.

—Yo no te puedo hablar todavía de eso, solo sé que estoy en este pueblo esperándote. Estoy aquí por ti. Yo me quedé pasmada, anonadada, no me lo podía creer; aquel tío tan guapo me estaba diciendo que vivía en este pueblo para esperar mi llegada. ¡Esto es de locos! No sabía qué pretendía mi profesor de historia, desde luego no me sentía cómoda en aquella situación.

No le di explicaciones, salí corriendo y abandoné el piso, marchándome lo más rápidamente que pude. Aquel cuadro parecía muy antiguo y decía que conocía a esa mujer. ¡Qué torpe! Ni siquiera le he preguntado quién era la esposa de su amigo. Tal vez me hubiese podido dar algún dato de ella, quizás se trataba de la misma persona del medallón. Mi intuición me decía que todo estaba relacionado con el colgante que llevaba en mi pecho. *¡Mon Dieu!* Antes de llegar a casa me paré en un portal para descansar. Cogí el medallón entre mis manos y pude leer en el reverso la frase escrita en el lenguaje de runas: —“pronto estaremos juntos”—. Seguía sin entender nada. Debí preguntarle al profesor qué tenía que ver con mi fantasía de anoche. Que me pintara no me resultaba extraño, si tiene esa facultad; lo curioso estaba en el otro cuadro, en el que había pintado, hacía mucho tiempo, a una señora igualita a mí. El medallón debería venir con folleto de instrucciones para entender todo lo relacionado con él. Recobré el aliento y continué andando. En mi pensamiento, una palabra, que también surgió en la pesadilla del profesor de matemáticas, empezaba a sonar más que las demás: “misión”. ¿La heredera que tiene que cumplir una misión? ¿Qué misión? Me preguntaba inquieta, como si en la respuesta me fuese la vida. Me sentía mal y necesitaba algo que me relajara. En mi mente apareció la imagen de Uriel. Bueno, cuando estábamos juntos, él tenía la facultad de sacarme de mis casillas; sin embargo, ahora en la confusión, mi corazón lo echaba de menos. No entiendo por qué el medallón lo rechazó, yo no quería que ocurriera eso; por tanto, no hizo lo que yo deseaba. ¡Medallón malo! En mi cabeza seguía dando vueltas al porqué había ocurrido aquello, o tal vez no quería pensar en los acontecimientos posteriores.

Al llegar a mi casa, me sorprendió oír hablar en francés. Se trataba de unos amigos de mis padres, que pasaban por Guadix para hacer turismo. Me dio alegría sentir el calor del idioma de nuevo. Pierre y Sophie, que así se

llamaban, aceptaron la invitación de mi madre y se quedaron a pasar las Navidades con nosotras. Aunque apenas si conocíamos la ciudad, y mucho menos la provincia de Granada, intentamos hacer de anfitrionas y recorrimos con ellos los principales lugares turísticos. Los primeros días visitamos Guadix; nunca imaginé que había tantas iglesias y conventos en un lugar como este. Luego recorrimos los templos de los pueblos cercanos, y finalmente fuimos a la capital a ver la Alhambra y otros monumentos y, por supuesto, a visitar la ciudad. Mi madre parecía que había recobrado la alegría de vivir y yo me alegré; sin embargo, aunque me gustaba estar con ellos, en el fondo me aburría y deseaba que pasaran pronto las vacaciones. Llegó Reyes y nuestros amigos franceses se marcharon muy contentos con los belenes, turrones y mantecados. Me acordé mucho de mi padre, al que le encantaba la Navidad. Pierre y Sophie lo sabían, y por eso eligieron estas fechas para visitarnos. Su compañía alivió nuestras penas. Pero mi pensamiento lo ocupaba casi por completo Uriel, salvo cuando pensaba en los problemas que me había traído el medallón.

LA HISTORIA DEL MEDALLÓN Y SUS CIRCUSTANCIAS

La vuelta al instituto fue decepcionante. Uriel no vino a clase por estar con gripe, y Anael parecía no verme cuando nos cruzábamos por el pasillo; lo mismo estaba enfadado por mi huida de su casa. Me hubiera gustado preguntarle por “la señora del cuadro”, pero no lo hice. Con Samael tampoco hablé, salvo en clase, y él estaba centrado en su papel. Quizás debería haberle contado mi sueño para saber su opinión, pero se me ocurrió que se iba a reír de mí y callé. Ni siquiera Carmen pudo animarme con sus cotilleos; como todas las que se enamoran, sufría las consecuencias del amor. Quizás por eso estuve muy rara durante todo el tiempo y no se me iba la tristeza del alma.

Sábado, 8 enero de 1977.

El sábado salí a dar una vuelta sola y, al regresar a casa, mi madre no estaba, y me fui a mi cuarto a tumbarme en la cama. Tenía cosas en las que pensar. En realidad no sabía lo que hacer; quizás por eso, cogí el medallón y lo examiné lentamente. Me di cuenta de que el mensaje era diferente al que había la noche anterior, tal vez cambiaba con los días, o conmigo. No lo sabía. Observé que en la parte inferior habían aparecido varias runas que decían: «Araziel». ¿Otra vez Araziel? El profesor de matemáticas me había dicho en el sueño que era el creador del medallón. ¡Ufff! Terminaré volviéndome loca. Mi mente daba vueltas sin sacar ninguna conclusión. Aburrida, me lo colgué de nuevo al cuello y la habitación se iluminó con una luz blanca muy intensa. Sorprendida, en un principio dudé si estaba despierta. Sabía que sí, que no soñaba. Aun así, me pellizqué las mejillas sin dejar de mirar el medallón, tal vez esperando que apareciera alguien y me contara lo que pasaba. Sin embargo, no ocurrió nada. Me levanté para pasear por la habitación, como si esperara algún acontecimiento inesperado. Por una parte, deseaba que ocurriera algo diferente; por otra, tenía miedo a que pudieran suceder cosas extrañas. Y vaya si pasaron. Al llegar junto a la ventana volví los ojos y me vi tumbada en la cama. El susto fue mayúsculo. ¿Por qué podía ver mi cuerpo? ¿Acaso estaba fuera de él? Era indudable que sí. ¿Me había quedado dormida y estaba soñando? Mi pensamiento se interrumpió cuando todo se volvió

borroso, como si lo viera a través de un cristal opaco al ser tragada por el espejo. Pude contemplarme como una imagen distorsionada viajando hacia otro lugar. Aparecí en la misma sala donde me llevó Samael en el sueño del otro día. O, mejor dicho, mi imagen se recompuso allí y volví a parecer normal. Se me ocurrió que tal vez siempre había estado allí y mi vida en el planeta Tierra era toda mentira. Me sentía sorprendida y también asustada, más aún cuando, al moverme, noté algo raro en la espalda y giré la cabeza; mi sorpresa aumentó mil veces al ver la punta de dos alas blancas. *¡Mon Dieu!* Las moví y respondían a mis deseos, intenté aletear y casi me caigo al suelo al desequilibrarme. Respiré hondo, como aceptando que aquello era normal, algo corriente, pero a mi mente le costaba trabajo admitirlo.

—¿Esto es real? —dije en voz alta aunque no había nadie a mi alrededor.

—Sí, es real, pero te encuentras en otra dimensión —me contestó una voz.

A mi lado se materializó Samael y, al igual que el otro día, tenía alas a la espalda, igualitas a las mías. Será que en esa dimensión todo el mundo llevaba alas. De nuevo mi profesor aparecía en mis extraños sueños, o lo que estos fueran, porque seguía sin entender qué me estaba ocurriendo. Es que un profesor y una alumna con alas a la espalda, pues no es normal, ni siquiera en sueños. Quise preguntar, pero tardé un rato en articular palabra. Samael sonreía al ver mi expresión.

—¿Eres tú, Samael? —pregunta tonta, pensé inmediatamente; mi voz apenas era perceptible.

—Soy Samael, pero hoy no soy tu profesor de matemáticas.

—Eso ya lo sé. ¿Quién eres de verdad...? Tu cara es la suya.

—Soy un ángel, mejor dicho, un demonio, es decir, un ser espiritual, y para vivir en la Tierra utilizo ese cuerpo. Ahora ves su imagen porque quiero que tú me reconozcas, pero en esta dimensión no necesitamos un cuerpo. ¿Lo entiendes?

—No. No entiendo nada. ¿Y yo que soy? Porque mi cuerpo se ha quedado en la cama.

—Lo que ha venido aquí es tu parte espiritual, pero tu cuerpo es tuyo; por lo tanto, eres mitad humana, mitad ángel.

—¿Y tú eres un demonio? ¿Sabes que estoy asustada? —le dije, y era cierto.

—Los demonios y los ángeles somos la misma cosa, no hagas caso a lo que se dice en la Tierra de ellos, hay demonios buenos y malos como en todo.

—No comprendo nada. Deseo despertar y que todo haya sido un sueño —

le dije con tristeza; me sentía un poco perdida.

—Tranquila, lo entenderás enseguida. Tú eres Lilith, descendiente de la primera Lilith. La enamorada de Araziel. Te lo diré más claramente: Araziel era un ángel que se enamoró de una humana llamada Lilith y tuvo una hija con ella. Todas las Lilith que he conocido tenían la misma cara que la primera, como si fuesen una copia exacta.

—¿Lilith? Sé muy bien que me llamo Anik; Lilith es mi segundo nombre y me lo puso mi madre, aunque nunca lo utilizo. ¿Acaso Lilith es la mujer representada en el medallón?

—Sí. Es ella —afirmó con rotundidad, al menos ya sabía cómo se llamaba, pero aun así no llegaba a comprenderlo todo.

—¿Y yo soy su heredera actual? —le preguntaba con ironía, como si no me creyera lo que oía.

—Sí. Así es —afirmaba contundente.

—¡Vale! Ya sé quien es Araziel. Y Lilith era su enamorada.

—Sí.

—¿Y tú me dices que eres un ángel o un demonio y puedes poseer el cuerpo de un hombre?

—Sí.

—Entiendo —le contesté enérgica—, y yo soy Jacqueline Kennedy, ¿verdad?

—No —creo que no captó la ironía.

—Entonces, ¿qué pinto yo en todo esto? Mi madre no es como yo, ni se me parece en nada, tampoco se llama Lilith, por lo que tu teoría no se sostiene — en mi mente las cosas no cuadraban tan fácilmente como él decía.

—No, tu madre no es como tú, porque no te parió —me lo dijo de forma tan contundente que me pareció que no lo había oído bien. Eso era imposible.

—¿Qué quieres decir? —preguntaba incrédula ante sus palabras; lo que faltaba en este sueño estúpido; no podía creer lo que estaba pasando.

—Digo que tus padres te adoptaron al quedarte huérfana de una familia judía que vivía en París. Tu madre biológica sí se llamaba Lilith y tú eres igualita a ella —me miró fijamente y habló con firmeza, recalcando cada palabra.

Me quedé pasmada al oír la noticia. Parecía que me hubiesen golpeado la cabeza y escuchaba cosas raras. No tenía bastante con ser abducida por un espejo y encontrarme con mi profesor de matemáticas, un ser alado en otra dimensión, sino que además me decía que era hija de unos judíos franceses.

Estaba segura de que aquello era otro maldito sueño. Al menos eso pensaba en mi interior, que todo era producto de una pesadilla. ¿Qué podía hacer para que las alucinaciones terminaran? No lo sabía, tampoco pensaba seguir escuchando a aquel individuo o lo que fuera.

—¡Quiero acabar este sueño! —comenté alto, sin dirigirme a él.

—Ya te lo he dicho. Esto no es un sueño, el medallón te ha llevado a un refugio que los ángeles utilizan cuando van de Ronda por la Tierra. Aquí traje a Lilith cuando ella perdió el medallón y estaba herida, tal vez por eso ahora te traslade a ti.

—¡Ah! Estoy cansada de este medallón. ¿Por qué lo tengo yo?

Estaba mejor antes de tenerlo, se lo devolveré a Antonio en cuanto lo vea. No lo quiero —le dije como si estuviese enfadada, y lo estaba.

—Primero debes averiguar quién eres. Entonces lo entenderás.

—Sé quién soy, pero no sé nada del medallón, solo que de vez en cuando se enciende la luz —contesté nerviosa y algo histérica—. Tú y Anael me habéis dicho que yo tenía una misión que cumplir con el medallón. Sin embargo, no sé cómo funciona ni qué puedo hacer con él.

—Lo aprenderás. Debo advertirte que no saber utilizarlo puede ser peligroso para ti. Si ellos estuvieran al corriente ya te habrían matado.

—¿Matarme? ¿Quiénes son ellos? —me volvía a fascinar el demonio con sus palabras, ¿por qué iba a matarme nadie?

—Pueden ser los demonios para robarte el medallón o...

—¿Demonios como tú? —le interrumpí, pero no quiso oírme.

—O puede ser el escuadrón de ángeles. Ellos son los encargados de cumplir los castigos del Creador —terminó la frase sin hacerme mucho caso.

—¿Castigos del Creador? ¿Dime, qué he hecho yo para ese castigo divino? —ahora lo entendía menos.

—Tú, nada. Fue tu ascendiente Lilith.

—¿Y tengo yo que cargar su culpa? —mi pregunta no era retórica, sino desesperada.

—Espero que no. Ambos cometieron un pecado grave. Tú no eres responsable de lo que ocurrió, pero tienes el medallón —me explicó.

—Te repito que no conozco los poderes que tiene el medallón. Hasta ahora solo he visto una inmensa luz que lo llena todo, pero que no hace nada, bueno, y esto de hacerme soñar en lo que dices es otra dimensión —se lo decía una y otra vez y parecía no entenderlo.

—El medallón es muy poderoso, incluso más que yo y que muchos ángeles,

y debes aprender a utilizarlo o morirás —me aconsejaba y, al mismo tiempo, me asustaba—. El arcángel Metaniel, que es el jefe del Consejo Mayor de Gobierno de los ángeles, no pudo matar a la humana porque el poder del medallón la protegía, y como no supo anular esa magia se lo quitó y lo escondió en un lugar del planeta donde ha permanecido miles de años vuestros. Un día, un niño lo halló por casualidad. Al abrirse el lugar donde había permanecido escondido y liberarse, buscó a su dueña sin encontrarla. Había muerto. Te descubrió a ti, que eres su descendiente y su magia hizo que te lo entregaran. Debes aceptarlo si quieres vivir. El medallón hacía inmortal a Lilith, la enamorada de Azaziel; cuando se lo arrebataron le quitaron la inmortalidad y con ello la posibilidad de esperar a su amado.

Ahora tú eres inmortal, siempre y cuando no te separes de él. Si alguien quiere arrebatártelo tienes que protegerlo como a tu propia vida. Si yo te he detectado, ellos también lo han debido de hacer; no te separes nunca del medallón y protégelo con tu espada —al oírlo me pareció que no estaba en su sano juicio. Cada vez lo entendía menos.

—¡Es de locos! ¿Inmortal? ¡De locos! ¿Espada? ¿Acaso estamos en la Edad Media y somos guerreros? Entonces, ¿quiénes fueron mis padres verdaderos? —preguntaba un poco aturdida; las palabras de aquel demonio me producían dudas.

—Tu madre se llamaba Lilith y tu padre Barak. Ellos murieron en un accidente de coche y te quedaste huérfana; tu padre adoptivo tenía un amigo en el ministerio francés e intercedió para que le dieran una niña en adopción. Esa niña eres tú.

—¡Eso es mentira, todo es mentira! —le grité histérica, seguía sin poder creérmelo—, si fuera así lo sabría. ¿Cómo no voy a notar si mi madre no me parió?

—¡No! No es mentira, ocurrió como te lo cuento. Tu misión será liberar a Azaziel, tal como hubiera hecho Lilith, si no le hubiesen robado el medallón —parecía hablar para sí mismo.

—¿Liberar yo a Azaziel? Pero, ¿cómo? A mí qué me importa ese ángel o demonio, o lo que sea —cada vez me sentía más escéptica ante tanta información.

—¿Tú corazón no siente nada hacia él? —ahora me preguntaba por mis sentimientos hacia alguien que nunca he visto, ni he sabido nada de él, hasta que apareció el maldito medallón; lo mismo este sueño es para que averigüe cosas ocultas sobre mí. Mi mente parecía ceder.

—¡No! Yo no lo conozco. Vaya tontería. ¿Puede hacerme daño? Cuéntame la historia del perverso medallón, tal vez así entienda lo que ocurre y sabré qué hacer —le dije con mal humor, sus palabras me estaban poniendo histérica.

—Es normal que no sepas nada porque no has vivido con tus verdaderos padres; ellos deberían de habértelo contado todo, pero la vida no los dejó. Yo te contaré la historia de Azaziel y cómo se enamoró de Lilith; sus odiseas para conseguir su amor. Entonces comprenderás cuál es tu misión en este mundo.

—Te escucho, cuéntamelo todo, pero ¿no me echará de menos mi madre? —preguntaba tímidamente, todavía no comprendía eso de viajar a otra dimensión.

—Tu cuerpo duerme en tu habitación, aquí solo ha venido tu alma; si intenta despertarte, tu espíritu volverá inmediatamente a su elemento material.

—¡Vale! Habla, necesito entender esta historia de locos.

—Está bien, comenzaré por el principio. Te hablaré de mi antiguo amigo Azaziel, un ángel al que le gustaba conocer a los humanos.

Samael comenzó a contarme toda la historia del ángel enamorado y las circunstancias que le llevaron a querer ser como un humano:

«Al comienzo de los tiempos, en la Segunda Era del Universo, cuando el hombre aún estaba en la ignorancia de la oscuridad, antes de que aprendiera a construir imperios que dominaran a otros pueblos, Azaziel era un ángel guardián, un *mal'ak*. Vivía en la dimensión de los ángeles y de vez en cuando se trasladaba a la Tierra para hacer su Ronda, así llamaban a su trabajo en la tierra. Los ángeles podían escuchar las súplicas de los humanos y ayudarlos en lo que buenamente podían. El Creador no quería que el hombre se destruyera a sí mismo, y ellos vigilaban para que eso no ocurriera. Ese trabajo no implicaba hacer amistad con los hombres; ellos son mortales, nacen y mueren, viven muy pocos años y no merece la pena encariñarse con ellos. Hubo un personaje al que ayudó mucho y que fue responsable del amor de Azaziel por los humanos; se llamaba Abram o Abraham y en su época comienza la historia del medallón. A continuación te voy a relatar cómo se fraguó esa amistad entre un ángel y un humano antes de conocer a Lilith.

El comienzo de los tiempos.

Dimensión de los ángeles.

Tiempo indefinido.

Sus vidas de entonces estaban muy estresadas, competían en cada entrenamiento para estar en forma al hacer su trabajo. Nuestro personaje, Araziel, un ángel joven y fuerte, se lo tomaba todo de forma muy pasional. El jefe supremo de todos los ángeles se llamaba Metaniel, al que le gustaba entrenarse con ellos. Naturalmente era el más fuerte y poderoso, al igual que su dragón rojo. A veces las luchas se volvían muy violentas y, cada vez que podía, intentaba demostrarle su superioridad. Un día se corrió la voz de que se habían retado y todo el mundo fue a verlos, lo que motivó que se esforzaran al máximo y la lucha fuese espectacular. En un primer momento la batalla estuvo igualada, lo que no le gustaba al jefe, por lo que conforme pasaba el tiempo parecía enfurecerse, y comenzó a golpear con más fuerza, al tiempo que su contrincante intentaba responderle con la misma intensidad.

Al contacto de las dos espadas de fuego, se produjo un estallido de luz y sonido que debió sentirse en medio universo. La potencia desarrollada fue tremenda, como si pelearan con el mayor de los enemigos. Se notaba que ninguno quería perder. Araziel encajó el golpe y pudo mantener el equilibrio; no así su dragón, que sintió la intensidad de la fuerza y su cuerpo fue desplazado fuera del círculo fijado. Le costó trabajo dominar a su cabalgadura y, cuando volvió a la lucha, Metaniel sonreía mostrando su superioridad.

—Tendrás que practicar mucho para vencerme, Araziel.

—Lo sé, aún eres superior a mí. Pero encontraré la forma de conseguirlo.

—Eso será otro día, mis obligaciones me llaman, tengo que marcharme. Adiós.

—Yo también tengo que trabajar. He de ir a la Tierra para hacer mi Ronda. Nos vemos a la vuelta.

Metaniel tiró de las bridas del dragón, alejándose rápidamente. Araziel acarició suavemente al suyo en el cuello, se había portado bien, pero era muy joven al lado del de su jefe. Necesitaba unos cientos de años más para igualarse. Todavía seguía pensando en la rapidez y la fuerza con la que le había golpeado su contrincante. Dejó a su compañero en los establos con los cuidadores. Hacía mucho tiempo que los dragones tenían prohibido ir a la Tierra. Asumió su cuerpo mortal y se dirigió al portal para hacer su Ronda en el mundo de los humanos. Se decidió por el portal próximo al este del desaparecido Edén, el lugar elegido por el Creador para disfrute de Adán y de Eva, y que fue destruido cuando estos lo desobedecieron. Le gustaba ver la evolución de los hombres fuera de aquel paraíso. Aquí, las gentes sobrevivían

como podían, la mortandad entre ellos era muy alta y tenían muchos hijos para compensarlo. Se habían formado muchos pequeños reinos, la mayoría estaban en guerra permanente contra los otros. Por eso era más necesaria la vigilancia de estas zonas.

Tharéj, padre de Abram.

Invierno, hace más de 5.000 años.

Hubo un personaje humano que tuvo una gran influencia en nuestro amigo Araziel. Se llamaba Abram, un joven que había mostrado una gran personalidad desde que lo conoció. Vivía con su padre Tharéj, un comerciante que fabricaba figuras de barro para venderlas como dioses a los templos y a los terratenientes de Ur, en Babilonia. Sus ídolos tenían fama en todas las regiones caldeas y los distribuía por todo el país, a través de los vendedores que viajaban por la zona; además, también elaboraba otros enseres, como platos, recipientes o vasos. Y vivía bien. Había tenido tres hijos: Abram, Najor y Aram. Su esposa enfermó y tomó una segunda mujer con la que tuvo dos hijas: Saray y Lam. El negocio de los ídolos le reportaba grandes beneficios. Pero Abram, el primogénito, no creía en tantos dioses y no quiso ser alfarero como su padre, haciéndose pastor. Pidió a su progenitor parte de la herencia, para comprar un rebaño de ovejas y cabras; pretendía criar corderos y hacer quesos. Intentaba ser un hombre íntegro. Le gustaba reflexionar sobre todo lo que veía. Mirar las estrellas por la noche, por ejemplo, pensando quién las habría construido. Entendía que la creación del mundo y de los seres que lo habitaban tenía que ser obra de una fuerza muy poderosa, jamás de aquellas figuras de barro. Esos pensamientos se volvieron enfermizos y no deseó hacer otra cosa que averiguar la esencia del Creador. Esa manera de cavilar fue lo que llamó la atención de Araziel. En aquellos días, Abram se había marchado al desierto para reflexionar durante un tiempo en el que no debería ver a nadie, y comiendo solo lo que la naturaleza le ofreciera. Anduvo por el desierto buscando un punto elevado desde donde ver más de cerca las estrellas. La única montaña que descubrió no era muy alta, pero tenía una cueva donde vivir, y se quedó allí. En las proximidades podía encontrar raíces y algunos insectos grandes que lo alimentarían, el agua tendría que buscarla por la zona, junto a unos juncos. Analizó cada cosa que veía y aprendió para qué servía. Todo tenía su

explicación. El mundo no podía ser obra de muchos dioses, sino de uno, para que todo estuviera coordinado en la vida. Debía de ser un Ser muy poderoso que habría proporcionado al hombre inteligencia para encontrar a su Creador. Pero los hombres usaron esa sabiduría para su provecho y crearon otros ídolos para adorar, en lugar de buscar la autenticidad. Un día, salió de su cueva a buscar agua y comida; se le apareció un joven que le ofreció toda la comida y el agua que quisiera, solo a cambio de aceptar un ídolo. La conversación fue un poco tensa:

—¿Qué quieres que haga yo con esto? —le preguntaba al ver la figura de barro que le ofrecía el desconocido.

—Quiero que lo adores.

—No pienso adorar a ningún ídolo. ¿Para qué quieres que adore a un ídolo? ¡A ti que más te da! Perdona mi falta de hospitalidad, pero no tengo nada para compartir contigo.

—Solo deseo que adores a mi ídolo. Debes hacerlo o morirás.

—Ya te he dicho que no pienso adorar a tu ídolo, ni a ningún otro. ¿Quién eres tú para insistir tanto? —Abram no entendía al individuo, ni a sus amenazas.

—Soy un ángel de este dios —dijo finalmente.

—No te creo, demuéstame tu poder —Abram sonreía sin creerse nada de lo que le decía el sujeto.

En ese momento se escuchó un estruendo, como si hubiera una tormenta, pero el cielo estaba despejado. En las proximidades apareció otro joven con una espada de fuego que nacía en su mano. El ángel del ídolo se puso serio e intentó huir por un lateral, pero el otro joven alado le cortó el paso. Abram escuchaba atónito el diálogo entre los dos.

—Esto es injusto, Araziel, tú tienes la espada y yo no —le dijo al recién llegado con temor.

—Yo no hago justicia, Lilitud; la justicia la hace el Creador. Primero te rebelaste y después no aceptaste el castigo en el Infierno, y te escondiste. Ya sabes cuál es mi misión.

—¿Nunca te preguntas si tu misión es injusta?

—No, solo hago mi trabajo.

El joven de la espada de fuego golpeó con ella al otro y lo cortó por la mitad, como si fuera de barro, este cayó al suelo muerto, desapareciendo como si nunca hubiese venido.

—¿Quién eres? —preguntó asustado Abram, que temió que a él también lo

matara.

—Soy Araziel, un ángel del Creador. Un *mal'ak*, un enviado.

—¿De qué Creador? —comentó muy sorprendido, pero le creyó.

—¿Por qué preguntas si lo sabes? Solo hay uno.

—¿Cómo lo puedo adorar? —le interrogó acercándose a él.

—Son los hombres los que deben encontrar al Creador, tu corazón lo conoce. Mira en tu interior, el exterior no importa.

Araziel le mandó un rayito sobre su frente que le hizo tambalearse y casi cae al suelo, más del susto que de la fuerza de aquella luz. Con esa acción el ángel pretendía que olvidara lo que había visto. Siempre que un humano visualizaba la acción de un ser alado, se le borraba la memoria. A veces ocurría que encontraban una mente opaca y no podían entrar en ella y hacer desaparecer ese recuerdo. Y Abram tenía ese tipo de mentes para los ángeles, aunque no lo sabía, por eso seguía recordándolo todo. En cualquier caso, el humano había encontrado la respuesta que buscaba y decidió prepararse para regresar a casa.

Esa fue la manera en que se conocieron. Desde ese momento, Araziel estuvo pendiente de lo que le acontecía a su amigo. Abram regresó a casa cuarenta días después de marcharse. Llegó a su hogar por la noche y entró en el taller de su padre. Enfurecido, comenzó a golpear todas las figuras de ídolos que allí había. Cuando llegaron su padre y los criados, alarmados por el ruido que hacía, lo encontraron en un estado desconocido para ellos. Aun así, su progenitor y todos se alegraron de verlo.

—Hijo mío, bendito seas que estás vivo. ¿Por qué destruyes mi taller?

—No he sido yo, ha sido ese —señalaba a una figura que milagrosamente había quedado de pie.

—¿Yahveh? ¿Ha sido Yahveh el que ha destruido a los demás dioses? Bueno, también parece que ha destruido a su esposa ¿Qué va a hacer un dios sin esposa? Hijo mío, ¿cómo se van a pelear si son figuras de barro?

—¿Entonces, por qué los adoras?

—Porque son dioses —era la única explicación que podía darle.

—Son dioses falsos. En el desierto he encontrado al verdadero Creador. Él no está en ninguna figura, ni siquiera sabemos pronunciar su nombre. Es el único creador de todas las cosas, los demás dioses están bajo su dominio. Durante el tiempo que he vivido en completo aislamiento, me he dedicado a reflexionar y a contestar las preguntas que normalmente no tienen respuesta.

Ocurre que estando en soledad y en silencio, a veces encontramos en la

mente aquello que, de otro modo, no reconoceríamos. Poco después ocurrió que Abram se enamoró de su medio-hermana y obligó a su padre a que rompiera las negociaciones con unos primos del rey de Ur para casarla. Esto provocó la ruptura con los parientes del soberano, por lo que, unos días después, Tharéj, vestido como sumo sacerdote bendijo a Abram como su primogénito y celebró su boda; ella tenía unos doce años y él no había llegado a los treinta. No hubo festejo, sino que, temeroso de que el soberano le obligara a entregar a su hija, o mucho peor, que le confiscara todas sus riquezas, ordenó preparar la marcha en busca de una tierra mejor. Lot, que desde la muerte de su padre se mantenía bajo su tutela, marchó con ellos. De esta manera se convirtieron en un pueblo errante y Araziel continuó pendiente de sus necesidades.

Jaram.

Norte de Mesopotamia, primavera, un año después.

Tharéj cruzó el Éufrates y siguió la dirección de su nacimiento, pero no quería pasar por Babilonia para no tener que pagar tributo al dios de la ciudad, Marduk, y se desvió por el borde del desierto hasta llegar a Jaram. Por el camino, en el que había tardado un año, había pasado de todo, aunque más penalidades que alegrías. Le gustó la ciudad y al caer enfermo decidió establecerse allí y descansar. Dos años después, Tharéj, sintiendo próxima su muerte, mandó llamar a su primogénito y lo ungió con aceite, le puso la túnica sacerdotal y le cubrió la cabeza con un gorro de piel de oveja, ambos símbolos del patriarcado. Ahora, él era el patriarca, su padre moriría unos días después. Después del entierro, cuando llegó la noche, decidió darse un paseo por la montaña para pensar. La luna llena permitía caminar con tranquilidad. Sin darse cuenta arribó a donde pastaban sus ovejas y conversó con los pastores que estaban de guardia. Compartió con ellos la comida y hablaron sobre las dificultades para encontrar pastos para un rebaño tan grande. A la vuelta vio en la lejanía una zarza ardiendo y se dirigió hacia ella. Sentado junto al fuego, un hombre asaba un conejo. Le extrañó que el fuego permaneciera constante, sin consumirse, a pesar de que la zarza era pequeña. Quiso saber quién era y saludarlo.

—Buenas noches, buen hombre, ¿puedo acercarme a su fuego?

—Buenas noches, Abraham, tu compañía será un placer.

—¿Me conoce? Mi nombre es Abram, ¿por qué me llamas Abraham?

—¿Acaso no eres patriarca de tu pueblo? ¿Acaso no viviste en el desierto y sobreviviste? Has sido nombrado jefe de tu tribu y debes cambiarte el nombre y el de tu esposa para reflejar que comenzáis una nueva etapa. ¿No te parece? —quizás se estaba pasando al intervenir en los asuntos de los hombres, pero creía que así los ayudaría.

—Tienes razón, es una buena idea para comenzar una nueva etapa. ¿De qué te conozco? —dijo el sorprendido Abram.

—Nos conocimos en el desierto hace un tiempo, ¿no te acuerdas de mí? —le preguntaba, levantándose para que viera su cara.

—Sí, es cierto, te reconozco, tú eres un ángel del Creador —al reconocerlo, le hizo una reverencia como saludo.

—Me llamo Araziel, veo que encontraste tus respuestas.

—Sí, yo te saludo, Araziel, las encontré gracias a ti.

El ángel se levantó y puso sus manos sobre los hombros del patriarca a modo de saludo.

—Siéntate y compartiré la carne contigo —le dijo, volviendo a sentarse y haciéndole un gesto con las manos.

—Gracias, pero ya comí con mis pastores —se sentó en una piedra que había cerca del fuego.

—En ese caso comeré yo. ¿Qué haces por estos lugares tan solitarios?

—Como parece que sabes, mi padre murió y ahora soy el patriarca de mi pueblo. Estoy preocupado porque no llueve. ¿Tienes alguna misión en este lugar?

—Tú me has llamado y he venido —le explicó sonriendo.

—Si te he llamado ha sido sin querer, no quisiera que perdieras el tiempo conmigo. Tú debes tener asuntos más importantes que hacer —la conversación era amena, como si fueran amigos de toda la vida.

—Cuando hago mi Ronda todos los asuntos son igual de importantes. Te escucho —le decía, a sabiendas que deseaba hablarle de su proyecto.

—Gracias, tengo un sueño y no sé cómo realizarlo.

—¿Un sueño? —le preguntaba, muy interesado por la capacidad emprendedora del humano.

—Sí, mi clan es muy grande, quiero convertirlo en un pueblo poderoso, darle una tierra donde asentarse y hacerlo próspero.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó con ironía.

—Hasta hace unos días el patriarca era mi padre, y poco podía hacer yo;

ahora que dirijo a mi pueblo, creo que puedo conseguirlo —se justificaba.

—Las tribus humanas tienen lazos en común, como la sangre, la religión y la tierra; vosotros solo tenéis la sangre. Vuestras religiones pertenecen a otros pueblos y sois nómadas, es decir: que no tenéis tierras propias.

—Sí, lo sé. Quiero que mi pueblo solo adore al verdadero Creador, al único. Será difícil, soy consciente de ello, también soy obstinado y consigo lo que quiero. En cuanto a la tierra, he pensado llevarlos a Canaán, aquella zona está poco habitada. Iremos con nuestro ganado y nos asentaremos pacíficamente. La comarca está bajo la influencia del faraón de Egipto, pero está en guerra con otros pueblos llegados del mar a su país y no se ocupa de los territorios lejanos. También están los hitis o hititas, creo que no bajarán tan al sur desde su tierra natal. En la zona costera viven los filisteos, que, aunque son guerreros, no salen de sus posesiones —le hablaba como si estuviera reflexionado sobre su vida.

—Veo que eres un hombre que está muy bien informado de la política —lo alababa, a los seres humanos les gustaba que reconocieran sus habilidades.

—Sí, la información es primordial para utilizar el poder. ¿Tú conoces esa tierra?

—Sí, la conozco, es como tú dices. La mayoría de las aldeas no tienen muralla, solo algunas que están junto al río son más poderosas y han construido defensas. Eres el primer mandatario de la Tierra, que conozco, que piensa en el futuro de su pueblo y no en enriquecerse.

—Bueno, si mi pueblo es rico, yo soy rico; si mi pueblo es pobre, yo soy pobre —su razonamiento era sincero y así lo manifestaba.

—Tienes las ideas muy claras, pero no olvides actuar con prudencia. He visto muchos sueños rotos en los humanos. Conseguirás más si vas en son de paz, que mediante la guerra.

—Así lo haré. Recibe mi agradecimiento por tus consejos y también el de mi pueblo —le decía, poniendo su mano en su pecho a la altura de su corazón.

—Hay otra cosa que te quería decir: cuando anuncies tu marcha habrá un complot para asesinarte y evitar la partida.

—¿Un traidor? ¿Quién?

—Tu cuñado Asam. Toma precauciones y no le permitas que reúna a los suyos, luego márchate en cuanto puedas, el rey intentará tomar represalias.

—Gracias, reitero mi agradecimiento.

Abram, después de un rato de charla, se despidió del ángel como de un viejo amigo y marchó a la hacienda; tenía muchas cosas que hacer y debía

prepararlas. En cuanto llegó se encerró en su habitación a reflexionar. Al día siguiente por la mañana, convocó al consejo para hablar del tema que le preocupaba: “la sequía”. No comió, ni bebió hasta la hora de la reunión. Para reforzar su poder, apareció con su túnica de sumo sacerdote, la kippa y un bastón muy grande que se hizo para el momento. Rezó al nuevo Creador, luego mandó que le trajeran su silla patriarcal y esperó que todos se hubieran sentado en el suelo para que le escucharan con más tranquilidad. Cuando todo estaba tranquilo comenzó a hablar.

—Hoy he pedido que vengáis con la cabeza cubierta para que sepáis que estáis bajo el poder del Creador. En el desierto me visitó un *mal’ak*, un ángel, un enviado del Creador. En aquel momento su misión fue protegerme de un demonio que me tentaba con riquezas a cambio de adoración. Anoche, ese ángel me volvió a visitar y me habló como enviado del único Creador del universo, el creador de todas las cosas; Él nos ha elegido como su pueblo para adorarlo, a cambio nos dará unas tierras muy ricas donde viviremos. No debemos adorar a otro ídolo, porque entonces seremos castigados.

—Háblanos de ese Creador tan poderoso, cuéntenos todo sobre él. ¿Está por encima de los demás dioses? —le pedía Lot, su sobrino.

—Ese Creador es el único que existe. Al comienzo de los tiempos solo vivía Él y pensó en crear el universo, y lo hizo en seis días.

En el primer día creó la luz.

En el segundo día creó el aire que respiramos.

En el tercer día formó las aguas y la tierra seca. También hizo crecer los árboles y las hierbas.

En el cuarto día creó el sol, la luna y las estrellas.

En el quinto día creó los peces del mar y las aves que vuelan en los cielos.

En el sexto día creó las otras criaturas de la Tierra, y también creó al hombre.

En el séptimo día descansó.

—Si los creó a todos, ¿el hombre y las demás criaturas de la tierra son iguales? —le preguntaron.

—No, el hombre es diferente a las demás criaturas que creó, porque lo hizo a su imagen y semejanza y le dio “un espíritu”. El primer hombre se llamaba “Adán”, que quiere decir “hombre” y le puso nombres a todos los seres de la Tierra. Pero Adán se sentía solo y el Creador le hizo dormir. Cuando estaba profundamente dormido le extrajo una costilla y de ella hizo la primera mujer, a la que llamó “Eva”, para que le acompañara y le diera

hijos. Adán y Eva vivían en un huerto al que llamaban “Edén”, donde tenían todo lo necesario. Pero el Creador les puso una condición: no podían comer de un árbol que estaba en el centro de aquel paraíso. Se trataba del árbol del “bien y del mal”. Eva no se tomó en serio lo de cumplir las reglas y, un día, pensando que no la veía nadie, comió y le dio a probar a Adán. El Creador se enfadó mucho y los expulsó del lugar. A partir de entonces, los hombres tuvieron que conseguir su sustento y el de los suyos, y sus días estuvieron llenos de sufrimientos. La mujer pariría con dolor y sus hijos vivirían sin saber cuándo sería su fin. Todos los hombres morirían un día, sin excepciones. Pero el Creador no ha abandonado al hombre, sino que ha elegido un pueblo para restablecer su culto. Ese pueblo somos nosotros. A partir de ahora seré “Abraham el hebreo”, que quiere decir “el elegido que sobrevivió al desierto” y mi esposa será Sara, para que nuestros nuevos nombres sean la luz que os guíe por el camino. El Creador ha elegido a “Abraham el hebreo” para llevar a su pueblo hasta la tierra prometida. Finalmente se puso en pie y con voz solemne gritó:

—Dispongo que comiencen los preparativos para marcharnos a “la tierra prometida”. Alabado sea el Creador.

—Alabado sea el Creador —contestaron todos aprobando las palabras del patriarca.

Algunos se quedaron allí al no creer en sus palabras, lo demás partieron con la fe en la nueva tierra. Este pueblo fue conocido desde entonces como el pueblo hebreo, al que Araziel siempre cuidó».

6

MIS VERDADEROS ORÍGENES

El medallón se activó y la luz blanca iluminó la habitación donde se encontraban. Anik se asustó y miró a Samael.

—Tu madre intenta despertarte, debes regresar, en otro momento continuó con la historia —le dijo el demonio desapareciendo.

Cogí el colgante con las manos y deseé volver a mi cuerpo.

—*Ma petite*, despierta, ¡qué manera de dormir! —decía mi madre zarandeando mi cuerpo.

—Mamá, ¿qué haces? Me he quedado dormida.

—¿Toda la tarde?

—*Oui*, estaba tumbada y me dormí; deja que me espabile, por favor. Vete, ahora voy yo —le explicaba, algo molesta por el zarandeo.

—No tardes, que la mesa está puesta.

En cuanto mi madre salió, salté de la cama y fui a mirar el espejo. Suspiré aliviada al verme reflejada en él, al menos volvía a ser normal. —“¿Lo habré soñado?”—, me pregunté. No, seguro que no. Bajé las escaleras, camino del comedor. En mi cabeza dos cuestiones me habían llamado la atención: una era la palabra “inmortal”, y la otra que mis padres no eran lo que decían. Cuando llegué a la mesa y vi su sonrisa pensé que era imposible que no me hubiera parido. No tenía intención de decirle nada. Sin embargo, le solté la pregunta de sopetón.

—¿Soy adoptada?

Si en ese instante le hubiesen pinchado, ni se habría enterado. Fue una pregunta a traición y enseguida me arrepentí. Su cara se quedó pálida, con una mirada de incredulidad que me sorprendió. Cuando vi que se llevaba las manos al pecho me asusté, al pensar que le estaba dando un infarto. Por fin habló:

—¿Por qué me preguntas eso? —estaba tan sorprendida que no le salían las palabras.

—Porque necesito saber si tú me pariste —le respondí fríamente.

—*Mais...* ¿Quién te ha hablado de eso? —su cara expresaba angustia y preguntaba sin saber por qué.

—He tenido un sueño. Si no me contestas escribiré a Francia para saberlo.

—No, no es necesario. Yo no te parí, mi amor por ti es igual que si lo hubiera hecho. Lo siento. Estoy avergonzada por no haber tenido valor para contártelo, es verdad —le decía compungida y a punto de llorar, intentaba mantener el tipo.

—Ya lo sé, mamá. Sé que me quieres. ¡Pero me habéis mentido!

Me levanté de la mesa muy enfadada y corrí hasta llegar a mi habitación. Realmente no sabía lo que hacía, aunque necesitaba hacer algo que echara fuera de mí la rabia y lloré amargamente sobre la cama. Sus mentiras pesaban mucho, sobre todo que mi padre lo hiciera. Ella me siguió, para no dejarme sola y se sentó a mi lado, acariciándome el pelo.

—No llores, eres nuestra hija, te lo queríamos decir, nos aconsejaron que esperáramos a que fueras mayor de edad para evitarte traumas innecesarios. Tu padre deseaba decírtelo, siempre quiso; en cambio, yo tuve miedo que dejaras de querernos. Que no te pariera no cambia nuestro amor.

Tenía razón, me di media vuelta y la abracé. Las dos lloramos durante un rato. Luego secamos nuestras lágrimas y nos sentamos en la cabecera de la cama con la espalda apoyada en la pared.

—¿Tú los conocías? —le pregunté por fin.

—No, solo supimos que habían muerto los dos en un accidente de coche. Yo no puedo tener hijos, y un amigo de tu padre, que era un alto cargo de la administración, nos llamó para informarnos de que una niña se había quedado huérfana y, si nos interesaba, podía dárnosla en adopción antes de que entrara en los circuitos oficiales; después se la entregarían a quien mejor cumpliera el perfil. Naturalmente que le dijimos que sí. Y te juro que te hemos cuidado como si te hubiera parido.

—Lo sé, mamá, no me quejo de eso, sino de vuestras mentiras.

Todo el mundo tiene derecho a conocer sus orígenes —le dije muy dolida por no haberlo sabido antes.

—Perdónanos, hija —me decía, incluyendo a su marido fallecido.

—¿Por qué tuvieron que morir mis padres? —pregunté sin darme cuenta.

—Fue un accidente, esas cosas suceden. Igual que le ocurrió a tu padre...

—Lo sé, mamá. Lo sé, y duele mucho. Me gustaría saber un poco de ellos —expresé con tristeza.

Era normal que, al descubrir que mis verdaderos padres no me habían

criado, quisiera conocerlos o al menos saber quiénes fueron. Mi madre no dijo nada, se levantó y salió de la habitación, volvió al rato con una carpeta negra.

—Aquí tienes todo lo que sabemos de tus padres biológicos. Eran judíos franceses y no tenían más familia, creo que la perdieron en los campos de concentración de Alemania.

—*¡Mon Dieu, quel horreur!* —sentí mucha pena, como si un nudo me impidiera respirar con normalidad.

—Sí, fue horrible lo que hicieron con esa gente, familias enteras, solo por ser judíos. ¡Qué locura!

—Me hubiera gustado conocerlos —expresaba en voz alta mi tristeza.

—Sí, hubiera sido bonito que te criaras con tus verdaderos padres, pero también sé que ellos aprobarían cómo te hemos criado y, salvo por la religión, que no te hemos enseñado ninguna, hubieran estado conformes. Yo siento que no esté aquí tu padre, para hablar contigo, él te entendía mejor —su voz estaba quebrada, creo que le había partido el alma con mi pregunta.

—Yo también lo echo de menos, no te preocupes, no te reprocho nada. Solo que me ha dolido no saberlo antes. Hace tiempo que dejé de ser una niña —era verdad, mi madre parecía no entender que había crecido.

—Lo sé. Perdóname. Ha sido culpa mía. Lo siento mucho, ya veo que eres una mujer —ella quería disculparse y su tristeza me dio pena, no deseaba aumentar su dolor.

—No te preocupes, que lo entiendo; en cuanto me acostumbre, volveré a ser la de antes —deseaba tranquilizarla, suavizar su sufrimiento.

—Pues empieza volviendo a la mesa ahora mismo y terminando de comer —parece que comenzaba a reaccionar y seguir portándose como una madre.

—*¡D'accord, maman!*

Me fui con ella y volvimos a sentarnos en la mesa; solo entonces me di cuenta de que sus lágrimas no dejaban de correr por las mejillas.

—Mamá, deja de llorar, si yo te quiero igual que siempre —sentía pena por la mentira, pero también por verla llorar.

—Perdona, siempre temí que llegara este día y ha llegado de sopetón, no me lo esperaba. ¿De verdad lo has soñado? —ella no entendía cómo lo supe.

—Lo he soñado, mamá. Un ángel me lo ha dicho —no era verdad, había sido un demonio, pero eso no se lo iba a contar.

—Tal vez ellos querían que ya lo supieras.

Ninguna de las dos comimos, parecía que la comida no pasaba de la garganta. En cambio, las ideas en la mente se rebullían como nunca. Al rato,

mi madre quiso romper el hielo y continuó hablando:

—¿Por qué no llevas las gafas puestas?

—Ya no las necesito, parece que veo mejor —la pregunta me sorprendió y no sabía qué contestar.

—Eso es imposible, pediré cita para la óptica.

—Como quieras, mamá.

Nos sentíamos nerviosas. Terminé y le di un beso, para que entendiera que yo también la quería, antes de marcharme a mi cuarto. Tenía ganas de comprobar el contenido de aquella carpeta negra. Al abrirla lo primero que descubrí fue una foto de mi padre, *¡Mon Dieu!*, qué guapo. Detrás, otra de mi madre, que parecía mi hermana gemela. Samael llevaba razón, todas tenemos la misma cara. Me sentía contenta de poder ver al menos su rostro y conocer sus nombres. Durante un rato estuve leyendo documentos, tanto en francés como en hebreo. *¡Oh, là, là!* Sabía leer hebreo. *¡Merde!* Si se lo cuento a alguien me toma por loca. Tendré que ser precavida y tomar más en serio el medallón y su poder oculto. Me llamó la atención una carta sin remite, le decía que debía ir a España a buscarlo. Eso quiere decir que ella también conocía su existencia. ¿Quién más sabría de él? Esa noche no quise tocarlo, ni siquiera cogerlo. Me sentía triste por no haberlos conocido y no quería más emociones. Me quedé dormida con las fotos de mis padres biológicos en las manos. Y dormí bien, me desperté temprano, sin ganas de levantarme. Estaba remoloneando en la cama cuando recordé todo lo que le había pasado el día anterior y volví a sentirme triste. Deseaba estar sola y evoqué la imagen de una postal, bajé los párpados y apreté con mis manos el medallón. El frío me hizo abrir los ojos de nuevo; entonces descubrí que me encontraba en lo alto de una montaña, donde la nieve lo cubría todo, y me estaba quedando literalmente helada. Nevaba copiosamente de forma que, si seguía allí, pronto mi cuerpo estaría completamente cubierto. Deseé regresar y lo hice, pero con todo lo que llevaba encima. Salté de la cama y me sacudí como los perros, luego caí de rodillas al suelo. Me sentía terriblemente cansada, aun así me levanté para sentarme en la cama. Pude ver que la nieve que había caído al suelo comenzó a derretirse, y tuve que ir a buscar la fregona para limpiarlo. Cuando entró mi madre y me vio con ella en la mano, se quedó sorprendida.

—Se me ha escapado un pis, mamá —le dije para justificarme; mejor hubiera sido decirle que fue un vaso de agua.

—¿Quieres que te lleve al médico? —su voz parecía triste.

—No, solo ha sido un estornudo.

—*¡D'accord!* A lo mejor tienes infección, si te vuelve a pasar me lo dices. Bueno, venía a preguntarte si quieres darte un paseo conmigo.

—No. Gracias, *maman*.

Estaba muy cansada para paseos. Me quité el pijama que se había quedado húmedo y lo colgué en el espaldar de una silla, cogí otro limpio del armario y me lo puse, luego volví a tumbarme de nuevo en la cama. No quería pensar en lo ocurrido, me había trasladado a otro lugar y regresado en un momento. Pero... ¿y si no puedo retornar? *¡Mon Dieu!* Mejor olvidarlo. Me dio miedo seguir pensando en lo que acababa de ocurrir e intenté relajarme; sin querer volví a dormirme. Me desperté sobresaltada con la habitación a oscuras. Noté una presencia ajena a mí en la lejanía, como si fuera un fenómeno paranormal, y me levanté para asomarme a la ventana; entonces los vi. En ese momento el cielo era surcado por seis dragones, conducidos por otros tantos jinetes alados. Volaban a gran velocidad envueltos en las nubes negras y, de pronto, el que parecía mandarlos, me miró fijamente. Seguí observándolo sorprendida y mi mano agarró el medallón con fuerza, como buscando protección. Los dragones se pararon sin dejar de mover sus alas. Los seres alados hablaron entre ellos, lástima que no pudiera oír lo que decían. Segundos después habían desaparecido del cielo. A lo mejor no me habían visto y solo fue la impresión de ver unos dragones volando por el cielo de Guadix. Volví la cabeza para ver mi cama, como si quisiera comprobar que no era un sueño. No, no era un sueño. Mi madre volvía del paseo y, al verme asomada a la ventana, me saludaba con la mano. Le señalé la dirección donde estaban los dragones y no me entendió. Cuando subió, le pregunté si había visto algo en el cielo y solo me dijo que se había nublado, pero creía que no iba a llover. *¡Mon Dieu!* Lo mismo veo cosas que no ven los demás. Que yo sepa, los dragones no existen, solo son leyendas, y ¿de dónde salen esas leyendas? Probablemente alguien los vio alguna vez y no le creyeron, luego se inventaron historias referentes a ellos. Me acordé de la historia de Azael y quise saber cómo continuaba. Cogí el medallón y cerré los ojos para que mi deseo se cumpliera mejor. »Quiero verte, Samael —dije en mi mente, sin saber si lo hacía bien y dudando de que diera resultado.

Al momento apareció Samael sonriente y mis dudas se disiparon.

—Estás aprendiendo a usar el medallón, niña —me dijo con ironía.

—¿Puedo hacer que vengas cuando quiera? —le pregunté con el mismo estilo, yo también.

—No. Pero puedes comunicarte conmigo cuando te apetezca; soy yo el que

decide venir o no.

—Pues has venido rápido.

—No tengo otra cosa que hacer que estar pendiente de tus caprichos adolescentes —ironizó de nuevo.

—¿Por qué?

—Porque eres muy guapa —sabía que no hablaba en serio.

—¿Tú crees que Araziel me haría daño? ¿Acaso no soy descendiente suyo? —le pregunté por el tema que me interesaba.

—Araziel hizo el medallón para que Lilith lo liberara, pero no lo consiguió y debe estar enfadado por pasar unos miles de años en aquella oscuridad, ignoro cómo actuaría.

—¿Miles de años? ¡*Mon Dieu!* Yo no tengo culpa de eso.

—Tú no tienes culpa, es cierto, tampoco sabemos cómo va a reaccionar.

—En ese caso será mejor que no lo libere. De todas formas no sabría cómo hacerlo. ¿Sabes que ayer supe leer hebreo?

—Cuando deseas hacerlo, seguro que sabrás cómo liberarlo.

—Pues no sé cómo.

—¿Acaso ayer sabías hebreo? —preguntaba el demonio que estaba muy irónico ese día.

—Tienes razón, lo aprendí cuando me hizo falta. Y otra cosa... Acabo de ir a una montaña y he vuelto en un momento —le comenté emocionada.

—Me alegro. El poder de autotrasladarnos lo tienen todos los ángeles e incluso los demonios. Eso significa que vas asumiendo funciones. Debes de saber que consume mucha energía y si el salto es difícil es posible que necesites recuperarte para regresar. Sé prudente.

—Gracias, Samael. Ahora lo que quiero es que sigas contándome la historia de Araziel y Lilith, también de Abraham. Porque ese Abraham es el de la Biblia, ¿verdad?

—Sí, es él. Te contaré cosas de ese pueblo que no vienen en los libros, eso te ayudará a entender.

«Continúo con la historia del humano amigo de Araziel:

Hace más de 5.000 años.

La larga caravana de Abraham abandonó Alepo y se dirigió a la ciudad costera de Ugarit, centro comercial y de importación de minerales, necesarios para la fabricación de armas. Tras varias semanas de caminata, acamparon en un valle muy fértil con abundantes pastos. Por la noche le notificaron que

un viajero preguntaba por él.

—¿Quién es?

—Dice llamarse Araziel, parece acadio.

—Traedlo a mi presencia.

Abraham se sentó en su sillón y esperó la llegada del ángel. Le apetecía charlar con él a solas, por eso ordenó a los sirvientes que se marcharan. Al verlo se levantó para darle un abrazo, luego lo invitó a sentarse en la silla que le habían preparado a su lado.

—¿Cómo estás, viejo amigo? —saludó el recién llegado.

—Muy bien. ¿Vienes por orden suya? —en realidad deseaba que fuera así, de verdad. Pero el ángel no sabía qué le preguntaba.

—¿Por orden suya? —repitió muy sorprendido.

—Sí, del Creador, de Yahveh —le aclaró para que no tuviese dudas.

—¡Ah! Ahora le llamas Yahveh.

—No sabía cómo llamarlo. ¿Te parece mal? —parecía temeroso de haberse equivocado.

—No, el nombre que le des en tu lengua es lo de menos. Lo importante es que tu corazón lo encuentre. Y no. Yo vengo como amigo. Tengo que hacerte dos advertencias. La primera es que el visir de los hititas, Maduwata, ha preparado una trampa para robarte tus riquezas.

Abraham quedó muy serio.

—Le he pagado tributo al rey Murshili, ¿por qué no cumple su palabra?

—El rey no sabe nada. El visir es muy ambicioso y, al saber que sois un pueblo sin ejército, pero rico, ha decidido quedarse vuestras mercancías.

—Mis hombres son valientes y morirán por defendernos; sin embargo, poco pueden hacer ante un ejército bien preparado.

—Lo sé, por eso he venido a prevenirte. Tus pastores nunca podrían vencerlos. Debes abandonar el camino de Ugarit, dirígete al sur, allí podrás encontrar pastos para tu ganado. El ejército hitita recibirá la noticia de una invasión por la frontera hurrita y partirá hacia allá.

—Gracias, así lo haré. Perdona mi poca hospitalidad, ¿Quieres cenar conmigo? —le preguntó Abraham, queriendo ser hospitalario.

—Me encantaría, este cuerpo necesita comer y con el tiempo he aprendido a apreciar los dones de la comida.

—Un cuerpo tan fuerte como el tuyo necesita estar bien alimentado. Dime, ¿cuál es la segunda advertencia?

—Mandaste una delegación a Ugarit para comprar armas.

—Sí, por eso vamos a esa ciudad.

—Olvídala. Ugarit es una ciudad controlada por la guardia del rey. En cuanto llegaron fueron detectados y apresados, les robaron el oro y los ajusticiaron rápidamente —le informó Araziel.

—Solo eran comerciantes —dijo muy entristecido y también alarmado; a partir de ahora sería más cauto.

—Sí, lo sé. Si te acercas, te estarán esperando para asaltar tu tribu y robar tus riquezas. Te recomiendo que sigas hacia el sur. Más adelante, en Tiro podrás comprar todas las armas que quieras. Tiro es una ciudad libre, allí no tienen poder los hititas, tampoco los egipcios.

—Así lo haré. Eres de gran ayuda para mi pueblo.

Araziel durmió en una habitación de la propia tienda. Por la mañana fue partícipe de cómo se ponía en marcha la comunidad. Abraham solo dormía unas horas y, antes de salir el sol, ya estaba transmitiendo las órdenes del día».

Samael dejó de hablar. Giré la cabeza para ver por qué, pero ya no estaba a mi lado. La puerta de la habitación se abrió y apareció mi madre como un vendaval.

—¿Por qué no me contestas? Llevo llamándote un rato.

—Perdona, mamá, me he quedado traspuesta.

—Ya lo veo, ¿es que te vas a quedar todo el día en la cama? Si no tienes que estudiar ponte a limpiar tu habitación.

—Tengo que estudiar matemáticas.

—Pues levántate y estudia.

Mi madre salió tan rápida como había entrado. Últimamente está muy activa y con ganas de hacer cosas en la casa. Decidí levantarme y busqué en mi mochila el libro de matemáticas y el blog de apuntes. Sentada en la mesa de estudio comencé a leer. Entendía las matemáticas perfectamente, como si fuera una experta. Seguí leyendo durante un buen rato hasta que el libro llegó a su fin. ¿Acaso el medallón me hacía más inteligente? No creo; yo soy la misma; sin embargo, algo debe hacer para que aprenda lo que necesito en cada momento, o eso me parece. ¿Debo aprovecharme? ¿Y por qué no? No, no debo hacerlo, no es prudente. No. No me encontraría a gusto. No. El dilema ético me perseguía continuamente de forma innecesaria, ya que aún no sabía utilizar los posibles poderes del medallón. Por otra parte Samael había dicho que el medallón servía para liberar a Araziel, pero nadie me decía cómo conseguirlo. Solo sé que debo ser precavida y aprender primero, luego decidiré.

CAPÍTULO SEGUNDO

7

LA ESPADA DE FUEGO DE ANIK

Mi mente se sentía confusa. Por un lado seguía siendo yo; pero a veces mi otra parte, todavía desconocida, se apoderaba de mí y entonces actuaba de una manera diferente a como me gustaría hacerlo. Dicho de otro modo, en ocasiones me encontraba desbordada por los acontecimientos ocurridos y otras iba por delante de lo que me iba a suceder.

Guadix, viernes, 4 de febrero de 1977.

Esa mañana intentaba situar cada cosa en su sitio mientras desayunaba junto a mi madre, que me miraba con una expresión extraña, como si viera a otra persona distinta a la de todas los días. Y realmente había cambiado mucho, no solamente por dentro, sino que también mi naturaleza se fortalecía por momentos.

—Pareces otra sin gafas —me dijo, intentado que fuera un cumplido.

—Quiero cambiar de imagen, ya no soy una niña. El mes que viene voy a cumplir dieciséis años —quise ser sincera, y era verdad, qué le iba a decir.

—Tienes razón, eres toda una mujer —al fin reconocía que había crecido.

—*Oui.*

—*Et tu es très jolie.*

—*Merci.*

Mi madre tenía razón, sin gafas y con el pelo bien peinado parecía otra. También me había cambiado mis eternos pantalones vaqueros por un vestido ceñido de color azul muy corto; me apetecía lucir piernas, no es que antes no me apeteciera, sencillamente nunca me había atrevido. A petición de ella me

puse unas medias de color crema para combatir el intenso frío de Guadix en esta época, luego me alegré de hacerle caso. Antes de salir de la habitación, paré un momento frente al espejo para observarme y vi una chica guapa e interesante. Sí, sé que no es normal en mí sentirme atractiva; lo sé. Bueno, ahora opinaba que lo era y me gustaba apreciarlo así. Cogí la carpeta, los libros y me fui al liceo. Por el camino, Antonio, al verme, dejó a sus amigas y me esperó para hablar conmigo, le conté algunas de las cosas que me habían ocurrido. No sé si hice bien, porque se asustó un poco, yo también estoy a veces inquieta. Todavía hay momentos en los que creo que es un sueño. Conforme íbamos andando se acercaban compañeros que nos interrumpían intentando hablar conmigo y no pudimos terminar la conversación. Antes de alejarse me dijo:

—Ahora vivo solo, he alquilado una casa en la calle Santana, en el nº 11. Pásate por allí y hablamos —se marchó sonriendo y acelerando el paso para ponerse a la altura de sus amigas.

Había trascurrido un mes desde la vuelta de vacaciones y Uriel apenas si había intercambiado un par de frases conmigo, aunque sabía que vivía pendiente de mí. Yo seguía muy enfadada con él por tontear tanto con las demás chicas y a mí no hacerme caso. Pero ese día me dirigió la palabra en cuanto llegué a clase.

—Tenemos que hablar, Anik —dijo de sopetón, casi al oído.

—¿Ahora? ¿Para qué? ¿Qué vas a decirme? Últimamente apenas si me diriges la palabra —le reproché.

—Es que siempre estás enfadada —lo dijo con ironía, intentando justificarse.

—¿Enfadada? ¿Yo? No es cierto —aunque tuviera razón no se lo voy a confesar, mi mal humor no puede tener culpa de todo.

—Sí, enfadada conmigo. Cada vez que te miro, ocurre que: o desvías la mirada o me miras malamente, y no me atrevo ni tan siquiera a dirigirte la palabra. Ya es hora de que aclaremos las cosas —parecía molesto conmigo, cuando la enfadada debía ser yo; era él el que no me hacía caso.

—¿Qué quieres? Si siempre te veo con otras y nunca me prestas atención.

—¿Estás celosa? —preguntaba con ironía.

—¿Celosa? No seas creído. ¿Por qué iba a estarlo? ¿Acaso eres mi novio? —volví a ser estúpida. Debí reconocer que estaba muy suspicaz porque él tenía muchas admiradoras. La verdad es que siendo tan guapo resulta normal que les guste a las demás chicas, pero me costaba trabajo aceptarlo.

—No se puede hablar contigo —espetó. Y tenía razón.

Se levantó de golpe marchándose a una esquina de la mesa del profesor, donde se sentó mirando la calle a través del ventanal. Pensaba que quería alejarse de mí, y me sentí molesta conmigo misma por mi actitud. ¡Soy idiota! ¿Por qué le hablo así? Le seguí y me puse delante de él dispuesta a pelear. Perdón, a dialogar, pero no por ello le iba a dar la razón.

—¿Qué quieres decir? —le dije con tono enfadado y en voz alta, sin tener en cuenta que estábamos rodeados de gente.

—Mejor charlamos esta tarde en mi casa —hablaba muy bajito, casi un susurro, para que me diera cuenta que estábamos en público.

—No, hoy no puedo, mañana en la casa de un amigo —no quería otra encerrona, mejor en terreno neutral.

—¡Vale! Dime dónde vive.

—En la calle Santana, nº 11.

—¿Dónde está esa calle?

—Búscala —está al lado de mi casa y podía habérselo explicado, pero me salía el mal humor sin saber por qué.

—¿A qué hora? —preguntaba muy tranquilo, como si la discusión no fuera con él.

—No sé, ¿a las siete? —intenté hablarle con tranquilidad, me daba igual, cuando él quisiera.

—¿De la mañana? —ironizó y de nuevo salté como si tuviera en mi boca un resorte para enfadarme.

—De la tarde. ¡Imbécil! —no me percaté de su sarcasmo y volví a enojarme. A veces creo que me enfada a propósito con sus bromas tontas.

—Allí estaré —me dijo en tono cariñoso. De nuevo me desarmaba.

La llegada del profesor de matemáticas terminó la pelea dialéctica. Samael, al vernos juntos, sonrió con picardía. Como si supiera lo que ocurría en mi corazón.

—Todo el mundo a su sitio —dijo en voz alta mientras dejaba unos libros sobre la mesa.

Cada alumno volvió a su asiento, menos Uriel que seguía mirando por la ventana distraído, como si los demás no existiéramos para él.

—Señor García, ¿va usted a darnos la clase hoy?

—Perdón, estaba distraído y no me di cuenta —dio un salto y se dirigió a su pupitre.

“Y tan distraído”—pensé yo, sin dejar de mirarlo mientras volvía a su

asiento. Al pasar junto a mí me guiñó un ojo y encendió mi rabia de nuevo. En ese momento lo hubiera besado. Eso era lo que me pasaba, quería besarlo, deseaba estar con él y como siempre lo veía con otras compañeras me enfadaba. ¿Celosa? Seguramente sí, y no debía estarlo, aunque quisiera que solo me mirara a mí. Bueno, yo debería hacer lo mismo y no tener ojos para nadie más. Lo digo porque hasta hace poco se me caía la baba con Samael. Ahora, que sé que es un demonio, se me fue la ilusión, pero es tan guapo que todas están enamoradas de él. *¡Mon Dieu!* He dicho: “un demonio”, como si eso fuera una cosa normal. El profesor comenzó a escribir una fórmula en la pizarra y luego la fue explicando paso a paso; su voz suave y rítmica hacía que todo pareciera sencillo. Ahora era el educador el que hacía su trabajo a conciencia. De vez en cuando nuestras miradas se encontraban y se reconocían, y cada uno se quedaba en su papel. La asignatura me resultó muy fácil, no solo la comprendía sino que hubiera podido explicarla en la pizarra. *¡Dieu!* Si ahora tengo poderes ¿qué debo hacer? Quiero ser yo, sin ningún tipo de atribución especial; claro que tampoco quiero renunciar al medallón, aunque no sé bien si sabré manejarlo.

Guadix, sábado, cinco de febrero de 1977.

El viernes por la tarde lo pasé con mi madre en la casa estudiando las posibles reformas y la decoración del palacio. Estaba muy contenta porque me pedía opinión de todo lo que deseaba hacer; por la noche estuve leyendo un libro de poesías y me acosté pronto. Eso sí, con el pensamiento puesto en Uriel. *¡Mon Dieu!*, qué castigo. Por la mañana me levanté muy hacendosa y ayudé a mi madre a limpiar la casa, quitar el polvo de los muebles, barrer y fregar el suelo. Los fines de semana no venía la chica que le ayudaba y a ella le gustaba sentirse útil. Se extrañó de mi actitud y sonreía al ver cómo lo hacía, debe ser cariño de madre. Ahora siempre dice quererme en cuanto tiene oportunidad y, aunque yo también la quiero, a veces se pone un poco pesada; el saber que soy hija adoptada no me ha supuesto ningún trauma. Mis padres murieron y alguien tenía que cuidarme. No decírmelo fue un error, y entiendo su miedo; aunque si yo adoptara un hijo se lo diría desde muy pequeño. La verdad debe conocerse siempre, aunque duela. Creo que es la primera vez, desde que estamos en España, que le ayudo de esta manera; generalmente pongo como excusa que tengo que estudiar y, claro, primero son los estudios. Después de comer vimos la tele y a eso de la seis me fui a la casa de

Antonio. En realidad vivíamos muy cerca, solo tenía que bajar por Santana hasta el número 11. Al entrar al inmueble había un patio y, a la izquierda, unas escaleras para subir a los pisos; lo llamé y se asomó por un balcón para indicarme que subiera y empujara la puerta. Lo encontré en el salón agachado debajo de la mesa, intentando encender el brasero de butano; mi madre tenía otro igual en la mesa camilla. Dejé la mochila en una silla y nos sentamos para charlar y contarle algunas cosillas sobre el medallón. Pobrecillo, estaba muy preocupado por mí desde que le hablé por la mañana. Me dijo que practicara, que probara a pensar y a hacer cosas a través del medallón y que debía aprender a luchar por si me atacaban. ¿Aprender a luchar? ¿Tengo yo cuerpo de luchadora?, no, creo que no. Me enseñó unas poesías muy bonitas que le había hecho a su nuevo amor. Otro que se había enamorado, esta vez de una de mis compañeras de clase, Yusy. Aquella tarde la esperaba, era cinco de febrero y quería celebrar el cumpleaños de ella; para eso le tenía organizada una pequeña fiesta sorpresa. El día anterior había comprado unas bolsas de patatas fritas y una botella grande de Coca Cola; también preparó un barreño de sangría muy dulce. Naturalmente, no podía faltar el radiocasete con unas cintas de música lenta. La joven cumplía quince años y él a punto de los veinte. No creo que llegaran a ninguna parte, pero lo vi tan enamorado que intenté darle ánimos. Poco después llegaron un grupo de muchachas entre las que venía su enamorada. Puso la música y hablamos durante un rato tomando Coca Cola y sangría, acompañando la bebida con patatas fritas. Algo más tarde de las siete apareció Uriel, se disculpó porque decía que no encontraba la calle. No me importó porque había estado entretenida. Como allí no teníamos intimidad, le dije que nos podíamos ir a pasear para poder hablar, y él volvió a insistir que en su casa estaríamos mejor porque hacía mucho frío en la calle. Era cierto que a esas horas ya se estaba haciendo de noche, pero no estaba segura de querer ir después de lo ocurrido la última vez; aunque luego pensé que allí estaríamos mejor y podríamos hablar tranquilamente.

—*D'accord!*, pero ya sabes que tengo que estar en mi casa a la hora de cenar —le dije, como poniéndole alguna pega a su propuesta.

—¿A qué hora cenáis en tu casa?

—*A huit heures* —a veces se me escapaban frases en francés, aunque procuraba no mezclar los idiomas; le mentí a sabiendas que era muy pronto y pensaba que no nos daría tiempo a nada.

—¿A las ocho? —me preguntó sorprendido.

—*Oui*.

—¡Vale! Mejor hablamos aquí, en ir y volver se nos pasa la hora.

—No —solté una carcajada—. No, prefiero tu casa para hablar. No te preocupes, le he dicho a mi madre que volvería a las diez, tenemos tiempo suficiente —puso cara de sorpresa por mi broma. Las francesas también sabemos bromear.

—Excelente —comentó más tranquilo.

Cogí mi mochila y les dijimos adiós a Antonio y sus amigas. Nos dirigimos a la cueva de Uriel por Santiago porque quería merendar y, al pasar por la panadería San Antoñico, compró dos tortas de manteca y me dio una. La acepté por curiosidad, el sabor era extraño, aunque me gustó. Me la comí mientras subíamos por la Bovedilla; otra costumbre que no había conocido en Francia: comer en la calle como si estuviésemos en el comedor de casa. Esa sería mi cena. En esos momentos estaba muy preocupada con los alimentos que consumía, pues desde que vine a España había engordado unos kilos y mi cuerpo se había hecho más fuerte, no deseaba coger más. Si seguía así iba a necesitar comprarme ropa más ancha. Durante el trayecto apenas si hablamos y, cuando lo hicimos, fue sobre cosas de las asignaturas y de los profesores. Parecía como si quisiéramos guardar lo importante para cuando pudiéramos tener intimidad. La tarde parecía ir bien. Yo estaba muy relajada, creo que se me había quitado el mal humor y mi espíritu era propicio al entendimiento. Al llegar a la cueva, mientras él abría la puerta y encendía las luces, el medallón vibró y se iluminó un segundo. Me molestaba que lo hiciera sin saber por qué. Temí que estropease de nuevo la tarde con Uriel y lo guardé en la mochila. Ya conocía la cueva, tenía el fuego encendido y la temperatura era agradable. Estaba descubriendo que mi chico era muy previsor. Nos quitamos los abrigo largos y los colgamos en la percha de la entrada. La mochila la dejé sobre la mesa, en el centro de la habitación; cogimos unas sillas y nos acercamos al fuego con ellas para sentarnos. Lo hicimos en silencio con la mirada fija en las llamas y durante unos minutos, que me parecieron una eternidad, no dijimos nada. Me giré y allí estaba, mirándome fijamente, sonriendo como si anunciara una pasta de dientes.

—Con solo poder mirarte me siento feliz, para mí eres el centro del universo ¡estás tan guapa! —susurró como si estuviésemos en una película de cine mudo, moviendo los labios para que pudiera leerlos, aunque no hacía falta porque lo oí perfectamente; además, estábamos solos. Parece que

siempre necesita hacer algo para impresionarme.

—Todos los tíos me miran, y con este vestido más —le dije sin venir a cuento, como si me hubiese arreglado para que los hombres miraran, y no era verdad, solo deseaba gustarme a mí misma; bueno, también a él. Me estaba volviendo algo deslenguada.

—Estás muy guapa, y nadie te podrá mirar con el amor que yo siento —él, en cambio, era cariñoso al hablar; cuando se ponía romántico me parecía maravilloso. Y lo más importante: me estaba hablando de amor.

Me sorprendió su sinceridad. Aquello se parecía a una declaración de amor.

—¿Me estás diciendo que te gusto, que me quieres? —le dije tímidamente. No tenía experiencia en temas amorosos y quería que fuera claro; nunca me había visto en una situación así y no sabía muy bien cómo actuar.

—Claro que te quiero, ya deberías saberlo, ¿tú me quieres? —su declaración de amor me pareció maravillosa, sin embargo...

—No me siento preparada para hablar de amor —le contesté estúpidamente, ¿cómo que no estoy preparada?, estoy preparadísima y deseosa de amar y ser amada. ¿Por qué le he dicho esa tontería?

Mientras mi mente reaccionaba a esa estúpida frase, me atrajo hacia sí y llevó sus labios a los míos, besándome con fuerza, con rabia, con desesperación. Yo acepté sus besos porque también los deseaba. En ese momento un fuerte ruido sonó en el exterior, como si fueran muchos pájaros volando. Nos miramos sorprendidos y se acercó a la ventana para ver qué ocurría. Abrió lentamente un postigo, al tiempo que llegaba yo con las mismas intenciones, y en ese momento una bola de fuego se acercaba hacia nosotros. Uriel reaccionó lanzándose contra mí para apartarme del lugar. El resplandor cegó nuestros ojos por un instante. El calor fundió hasta los barrotes y dejó un espectáculo horrendo con un olor a quemado descomunal; enseguida nos levantamos sin saber qué estaba ocurriendo realmente, ni porqué. Lo primero fue comprobar que estábamos bien, al menos aquel rayo no nos había alcanzado. A nuestro lado las cortinas comenzaron a arder y Uriel las descolgó para pisarlas y apagar el incendio. Enseguida fuimos a mirar, por el hueco de la ventana, de donde provenía aquel fuego tan extraño, que parecía haber sido lanzado con un cañón; no vimos nada, todo se había vuelto oscuro, la única luz era la de la cueva y se apagó. Pensé en el fin del mundo y luego en Samael; necesitaba que alguien nos ayudara aunque fuera un demonio.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un rayo? —comentó mi acompañante sin dejar de

mirar la ventana y a mí.

—No lo sé —no mentía, realmente no sabía el origen de aquello, y temía que tuviese algo que ver con el dichoso medallón. Claro que él no tenía ni idea de lo que significaba el regalo de Antonio.

—Siempre que estoy contigo y te beso ocurre algo violento —se quejaba. Pobrecillo, me va a coger manía.

—¿Tú crees? —le pregunté irónicamente, aunque no era momento de ironías ni de tonterías.

—Espera, voy a buscar una linterna —dijo muy preocupado.

Se marchó a tientas en busca de la linterna, que debería tener guardada en algún lugar. Yo no pude controlar la curiosidad y salí a la calle. El error casi me cuesta la vida. Una nueva esfera de fuego venía hacia mí y tuve que lanzarme al suelo. Impactó contra la parra e hizo un nuevo agujero en la pared de tierra. Me levanté y corrí para esconderme detrás de la tapia que protegía el porche. Fue entonces cuando los vi. En el cielo, a cierta altura y protegidos por unas nubes negras, seis dragones azules miraban fijamente hacia mi persona. Eran conducidos por jinetes alados, sentados sobre sus lomos observando mis reacciones. *¡Mon Dieu!* Aquello parecía un sueño fantástico. Por segunda vez vi dragones volando por el cielo de Guadix, ¿me pregunté si sería real mi visión? —“Me temo que sí”—, le respondí a mi mente. Aquello no era un sueño y rápidamente comprendí su significado: peligro de muerte. La vida que llevaba en París nunca fue tan emocionante. Pensé que podría ser Azaziel que se había escapado del Infierno y venía a por su medallón. ¡Qué importaba!, quienquiera que fuera quería matarme, y yo era demasiado joven para morir en manos de unos dragones. Recordé la recomendación de Samael al decirme que no abandonara nunca el medallón, y lo había dejado dentro de la mochila, en la cueva. Lo llamé de nuevo para que viniera a socorrernos, pero debía de estar dormido porque no encontré respuesta. En ese momento apareció Uriel con la linterna, intentaba iluminar la explanada de la cueva para ver si encontraba a los responsables de aquello. Pensé que podían matarlo y corrí lo más rápidamente que pude. Al llegar hasta él, lo empujé hacia dentro y caímos al suelo, y por instinto lo protegí con mi cuerpo. Una nueva bola de fuego quemó la puerta de entrada, pasando por encima de nosotros e incendiando los abrigos que estaban colgados en la percha; rompió la pared y entró en el salón, destruyendo también el sofá, las sillas y algunos de los muebles. Con el resplandor del fuego busqué la mochila que estaba por los suelos y recogí el

medallón, lo colgué sobre mi cuello apretándolo con fuerza. Al levantarme noté cómo una ola de energía se apoderaba de mí, y salí a la calle. Como si fuera un resorte alcé mi mano derecha y en ella apareció de forma automática la espada de fuego y en mi espalda dos alas blancas. Era la primera vez que ocurría esto, ni siquiera sabía que tuviera ese poder. A continuación di un enorme salto en el aire elevándome, ayudado por las alas, hasta donde estaban los dragones y alcancé de pleno la cabeza del que se encontraba más cerca. El animal se desplomó y, con él, el ser que lo conducía, que me miraba sorprendido mientras caían hacia el suelo. El estruendo fue enorme. El jinete alado puso las manos sobre el dragón muerto y juntos se desvanecieron. Los demás no esperaron a que hiciera lo mismo con ellos y espolearon sus dragones en dirección contraria, desapareciendo rápidamente. La neblina se disipó y reapareció la oscuridad de la noche, que nos permitió ver un cielo estrellado. Poco después la electricidad volvió a las casas. Al tranquilizarme la espada desapareció y también las alas. Mi mente intentó asimilar lo que había ocurrido y no era fácil, por supuesto que no. Acababa de matar a un dragón con una espada de fuego que salía de mi mano. *¡Mon Dieu!* ¿Y las alas? Habían salido de mi espalda a través de la ropa. Con ellas me había elevado del suelo como si volara. Todo eso sin que nadie me dijera cómo hacerlo. ¡Qué locura! Al girarme pude ver a Uriel con la mirada perdida, como si no pudiera creerse lo que había visto. Se acercó sin apartar su vista de mí. Cogió mis manos para examinarlas con detenimiento, buscando un rastro de fuego, o quemaduras de algún tipo.

—No estoy loco. He visto una espada de fuego en tus manos y unas alas en tu espalda. ¿Cómo es posible? ¿Qué está ocurriendo? ¿Quién quiere matarnos? —estaba muy nervioso y yo no sabía cómo tranquilizarlo.

—Muchas preguntas y en estos momentos no tengo respuestas para ellas —le dije secamente; mi preocupación estaba en el destrozo que habían causado en la cueva de Uriel y en cómo podría arreglarlo.

—Lo sabes y necesito que confíes en mí. Esos bichos han estado a punto de quemarme —era cierto, su vida había estado en peligro por acompañarme y le presté atención.

—¿Los has visto? —le pregunté, él era consciente de todo.

—Los he visto, Anik. Y no son de este mundo. Quiero ayudarte, pero tengo que saber a qué nos enfrentamos. ¿Qué significa todo esto?

No sabía qué responderle, deseaba contarle todo sobre el medallón y confiar en él. En ese momento apareció Samael de la nada, tenía su espada de

acero en la mano y sus alas blancas desplegadas. Parecía un ángel como el de los dibujos de los cuadros.

—Veo que he llegado tarde. Lo siento. Me tendieron una trampa para entretenerme, están muy organizados. Menos mal que tú lo has resuelto bien — dijo como saludo.

—Igualito que los municipales, vienes cuando todo ha terminado —le reproché su tardanza.

—Ojalá todo hubiera finalizado; por desgracia, solo acaba de comenzar — comentaba muy preocupado.

—¿Qué quieres decir? —no me apetecían más sorpresas.

—Que tienes más enemigos de los que yo pensaba.

—*¡Mon Dieu! , ¡quel horreur!*

Uriel, al que se le había quedado cara de tonto, se dirigió a una de las sillas que había subsistido al ataque y se sentó. Todo le daba vueltas, y pensar que se trataba de un sueño no le sirvió de nada. Aquello sobrepasaba sus creencias en lo desconocido. No pudo evitar preguntarle ingenuamente a Samael por la evidencia que tenía delante de sus ojos.

—Profesor, ¿tiene usted alas, igual que Anik! —exclamó con una voz apenas perceptible.

Ni Samael ni yo le hicimos caso. Estábamos más preocupados con lo pasado, que en lo que él pudiera pensar. Entonces me miró, preguntando como si se le escapara el alma:

—Y tú, Anik. ¿Eres un ángel, Anik?

Me quedé sorprendida por su pregunta. Él no sabía nada, y todo le llegaba de golpe, ¿y si no pudiera soportarlo? Me dolió que no conociera mi realidad. Me había dicho que me amaba y merecía mi sinceridad. Samael pareció adivinar lo que pensaba.

—No te preocupes, en unos momentos arreglaré todo esto y no recordará nada —dijo para tranquilizarme.

No, no quería que olvidara, deseaba que me ayudara, que viviera mi vida y yo la suya. No. No pretendía que olvidara.

—No. No, Samael, no quiero que a Uriel le borres la memoria, quiero contárselo todo, quiero compartir mis problemas con él y que luego decida si quiere quedarse conmigo.

—Puede ser peligroso para él —la advertencia era clara y fui consciente que sería así.

—Ya lo ha sido —le dije al demonio, acercándome a Uriel para cogerle la

mano; enseguida noté que estaba muy nervioso.

—Cariño, ¿estás bien? Tranquilízate, no pasa nada, en su momento te lo explicaré todo —me preocupaba que le ocurriera algo.

Uriel nos miraba a los dos sin dar crédito a lo que oía, seguramente intentaba asimilar lo que había visto. Me apretó la mano con fuerza y me dijo:

—Estoy contigo en todo. Si tengo que luchar contra dragones, lucharé. No quiero dejarte sola. Además, esto no me lo puedo perder.

—¿Estás seguro, cariño?, volverán a intentar matarme, podrían hacerte daño —mi miedo era muy real.

—Lo estoy; deseo estar a tu lado para salvarte si eso ocurre.

—¿Salvarme? Bueno, *d'accord* —la idea de que fuera mi protector me encantó.

Nos abrazamos con fuerza, necesitaba creer que sus brazos podrían protegerme de todos los males que pudieran ocurrirme. ¡Pobrecillo! Lo veía tan indefenso. Estaba cansada y me dolía la cabeza.

—Samael, entre los seis ángeles, ¿estaba Araziel? —le pregunté preocupada. Todavía no sabía quién me había atacado.

—No, Araziel está prisionero en la cárcel de los ángeles: el Infierno. Solo tú podrías liberarlo.

—Entonces, ¿Quiénes son? ¿Por qué han querido matarme?

—No son ángeles, son demonios.

—¿Demonios? ¿Y tú cómo los distingues —pregunté perpleja.

—No se pueden distinguir, ángeles y demonios estamos en comunión, somos la misma cosa. Cada espíritu te dice quién es. Por eso los conozco. Aunque los demonios hemos encontrado una técnica que oculta nuestra aura para que no nos detecten y vivir clandestinamente en este planeta —me explicaba como si estuviera en clase y me diera una lección.

—¿Entonces, por qué quieren matarme? —la pregunta del millón. Si mis problemas han comenzado con el medallón, ¿para qué van a querer atacarme? Él me dio la respuesta que yo ya sabía.

—Por el medallón. Ellos saben que con él se pueden abrir las puertas del Infierno. De esta manera podrían liberar a todos sus aliados y volver a enfrentarse al Creador.

—El medallón lo construyó Araziel, ¿y por qué no hacen otro?

—Resulta imposible. Está hecho con un mineral especial y cuando los arcángeles supieron cómo se construyó, lo hicieron desaparecer —me explicó con rapidez.

—Comprendo, es un objeto único.

—Sí, aunque lo más preocupante es que han conseguido trasladar a los dragones.

—¿De dónde son los dragones?

—Los dragones no existen en la Tierra. Existieron hace mucho tiempo, vivían en unos valles inexpugnables, al norte de lo que hoy es Escocia, y se extinguieron. En la actualidad solo existen en la dimensión de los ángeles. Allí los utilizamos como medio de transporte.

—¡Ah! Por eso solo conocemos las leyendas —hasta hace poco hubiera negado su existencia.

—Al desaparecer los dragones de la Tierra, el hombre olvidó su presencia y quedaron los cuentos.

—Comprendo. ¿Y las alas? Hoy, al mismo tiempo que he descubierto que poseo una espada de fuego que surge de mi mano derecha, en mi espalda han aparecido unas alas blancas igual que las tuyas, quizás algo más grandes porque soy más alta que tú. Igualitas a las que tenía mi alma cuando se separó de mi cuerpo. ¿Sirven para volar? —quise saber sobre el tema.

—Las alas solo nos sirven para volar un poquito, elevarnos del suelo y para mantener el equilibrio, porque somos seres espirituales. No valen para desplazarnos grandes distancias. Para eso utilizamos nuestra energía interior y podemos ir al instante a cualquier sitio. El problema es que resulta muy fatigoso y nos cansamos mucho. Por ello utilizamos los dragones para viajar y también para luchar. En la antigüedad, los traíamos a la Tierra, pero los humanos se asustaban y se decidió utilizar los mismos medios que los hombres, como caballos, camellos y, ahora, coches y aviones; nos adaptamos a todo —su explicación me sirvió para entender algunas cosas.

—Ni en sueños imaginé estas historias; lo que no sé es qué le voy a decir a mi padre de los destrozos de la cueva; de todas formas no se lo va a creer —decía preocupado Uriel.

—Sí, mi abrigo largo está achicharrado, y lo más penoso es que mi vestido azul se ha estropeado. ¿Cómo se lo explico a mi madre?

—Está bien, arreglaré esto antes que se forme un escándalo más grande y no pueda controlarlo —dijo el profesor sin dejar de observarnos.

Samael desapareció en un momento. Nos quedamos mirándonos como tontos. De pronto una luz pareció recorrer las cosas rotas y la habitación se nubló por unos segundos. Cuando recobré la vista, todo estaba como antes del ataque y Samael nos miraba sonriente.

—Lo has recompuesto todo. ¿Los ángeles y demonios sois magos?

—Algo, pero eso no es magia. Es un truco muy sencillo, traemos el pasado de lo que se ha roto hasta el presente y lo conjugamos para que parezca que no ha pasado nada. En realidad hemos reconstruido el tiempo de las cosas rotas. Se utiliza mucho para recomponer los desaguisados de los demonios violentos. ¿Me explico?

—No muy bien. ¿Y si alguien ha visto los dragones y sus jinetes volando?

—No pasa nada. He borrado los recuerdos de esta noche de todo el barrio. Mañana, mucha gente no recordará lo que pasó antes de dormirse.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Uriel, sorprendiéndose aún más.

—Si no hiciéramos eso cada vez que actuamos, los hombres se volverían locos. Es mejor que no recuerden lo que no pueden entender.

—¿Y nosotros? —volvió a preguntar.

—A ti no te he borrado esos recuerdos, a petición de Anik. De todas formas, a ella no le puedo corregir la memoria.

—¿Por qué? ¿Acaso soy diferente? —pregunté con escepticismo.

—Sí, eres una excepción. Les ocurre a algunos seres humanos. Por alguna causa todas las Lilith tienen esa característica. Es mejor que te vayas a casa, te acompañaré —aún parecía preocupado.

—Prefiero acompañarla yo, profesor. ¡Por favor! —pidió, Uriel mirándome aún con los ojitos asustados.

—¿Crees que volverán a atacarnos? —le pregunté al demonio algo inquieta.

—No creo que se atrevan, les has sorprendido. Ellos no se esperaban tu respuesta, tardarán un tiempo en entender qué ha pasado. Deben tener una guarida y estarán allí. Esperarán una nueva oportunidad.

Samael desapareció y nosotros nos marchamos cogidos de la mano, sin apenas hablar durante todo el camino. Nuestras mentes intentaban asimilar todo lo que había ocurrido. Al llegar a la puerta de casa me abrazó, besándome en los labios con dulzura.

—¿Me lo contarás todo? —me preguntaba en voz baja, quería conocer hasta los últimos detalles y yo estaba dispuesta a contárselos. Mi corazón confiaba en él.

—Sí, pero otro día. Hoy estoy muy cansada —le respondí, y era verdad.

—¿Cuándo nos vemos? —lo sentía enamorado e impaciente, me gustaba que por fin alguien tuviera ganas de verme.

—El lunes en el liceo, quiero decir en el instituto, tenemos clase a primera

hora —necesitaba estar sola para reflexionar y, con él, seguro que iba a deliberar poco.

—Vale. Descansa —dijo resignado.

Entré en casa y vi que mi madre estaba viendo la tele en la salita. Fui a la cocina para simular que comía algo y después a saludarla y comentarle que iba a estudiar. En realidad, solo quería estar sola para pensar; cuando intenté dormir me había desvelado y no concilié el sueño en toda la noche. Tampoco ocurrió nada más relacionado con el medallón. La mañana del domingo la pasé con Carmen, por la mañana en su casa y por la tarde en el parque, paseando y hablando de muchas cosas, sobre todo de su enamorado. Con ella me entretenía y el tiempo se me pasaba más rápido.

Domingo por la noche, 6 de febrero de 1977.

Por la noche me acosté pronto e intenté dormir. ¡Imposible!, cada vez que cerraba los ojos, aparecían en mi mente los de Uriel. ¡*Mon Dieu!* ¡Y si al implicarlo le pasa algo? Quizás hubiera sido mejor borrarle esos recuerdos y que no supiera nada. El pobrecito se declaró al decir que me quería y yo no le contesté que lo quiero más que a mi vida y que lo compartiré todo con él. En ese momento deseé estar a su lado y apreté el medallón con la mano apareciendo en su dormitorio. El susto que se llevó fue tremendo, chilló y saltó hacia atrás cayéndose de la cama. Pude matarlo del sobresalto.

—No te asustes, soy yo —le dije rápidamente.

Asomó despacito la cabeza por el otro lado de la cama, levantándose del suelo.

—¿Eres real? —preguntó con miedo cuando se repuso.

—Sí, es que todavía no sé cómo funciona este medallón. Perdona si te he asustado. Podía haber aparecido en la calle y llamar a la puerta.

—¿En pijama y con el frío que hace? —decía con ironía.

—Tienes razón. Perdona, es que estaba pensando en ti y quise hablar contigo. Quiero que sepas todo lo que yo sé del medallón.

—Estaré encantado de escucharte. Después de lo que he visto, no voy a sorprenderme por nada. Creo que voy a tener una novia un poco rara.

Tenía toda la razón; yo era un poco rara y con este medallón se ha multiplicado por mil, ¡qué digo! Por un millón. Buscó unos cojines y los puso sobre el cabezal de la cama, se sentó apoyando la espalda en ellos y solicitó que me acercara. Yo me cobijé entre sus brazos y comencé a contarle todo lo

que había ocurrido desde que Antonio me entregó su regalo. Luego comenzamos a hablar de nuestras vidas, de nuestras soledades y nuestros sueños. Amanecía cuando nos percatamos que la noche se había pasado.

—Tengo que volver a casa —le dije al darme cuenta del tiempo transcurrido.

—Sí, ya lo sé. Es hora de levantarse y comenzar un nuevo día ¿Te das cuenta que has pasado la noche conmigo? —decía con una voz que sonaba con un poco de picardía; no tenía nada que reprocharle, se había portado bien y no intentó nada, en verdad puedo confiar en él como hombre. Otros hubieran querido sobrepasarse.

—Sí y ha sido maravilloso —expresaba su felicidad y yo me sentía muy a gusto a su lado después de todo lo vivido.

—¿Vas a venir todas las noches? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

—No te hagas ilusiones. Entre nosotros no ha ocurrido nada. No tenemos ningún compromiso —quise hacerme la dura.

—Lo sé. Ya sabes que te quiero —decía ilusionado, se le notaba en los ojos que era cierto.

—Yo también, al menos eso creo, todavía me cuesta trabajo decirlo. Por ahora deseo mantener nuestro amor en secreto, no quiero el cachondeo de nuestros compañeros.

—De acuerdo, respetaré tus deseos. Sé que te gusta ser libre.

—Eso espero. No me gustaría haber errado contigo —sabía que no me equivocaba.

Apreté el medallón con la mano y volví a mi cama, justo cuando tocaba el despertador. Lo apagué y me vestí para ir al liceo. En la calle me esperaba Carmen, que no dejaba de hablarme de su primo. Yo le sonreía para disimular, con tanto sueño se me llegaron a cerrar los ojos por momentos, mientras caminaba. Al llegar a clase vi como Uriel hablaba muy animadamente con “la Rubia” y no me gustó, esa compañera me parecía un poco fresca. Mi chico, al verme, se acercó con intención de besarme y di media vuelta dejándolo con dos palmos de narices. Él no lo esperaba y quedó entristecido, volviendo a su asiento. Tal vez esperaba formalizar nuestra relación al menos entre nuestros colegas. No es que no deseara besarlo, la verdad es que me hubiera apetecido besar sus labios, pero saltó mi genio y me quedé sin el beso. Me gustaría aprender a controlarme para que no pasara eso. *¡Mon Dieu!* Qué torpe

soy. Con este carácter no sé cómo puede quererme, y reconozco que me quiere. Se sentó en su pupitre y no se levantó más durante toda la mañana, y eso que las chicas no lo dejaron tranquilo. En algún momento me hubiera gustado gritar: “Dejadlo en paz, que es mío”, pero después de mi acción, mejor que no. Durante el recreo Antonio me buscó para interesarse por mis avances con el medallón. Le conté que había descubierto algunos poderes como la espada de fuego y viajar al instante de un lugar a otro. Si le llego a contar lo de los dragones o lo que ocurrió cuando me marché de su casa, se asusta de verdad. Me siento en deuda con él y además siempre me da consejos interesantes.

—El medallón tiene los poderes que tú necesitas para defenderte. Debes encontrar la manera de utilizarlos. A lo mejor es más sencillo de lo que parece —decía con sinceridad.

—¿Qué quieres decir? —eso de más sencillo no lo entendía.

—Que el medallón te dará el poder que necesites en cada momento y, por instinto, sabrás utilizarlo.

—Parece lógico —creo que tenía razón.

—¿Cómo te fue con Uriel? Quiero decir en el terreno personal o amoroso —indagó Antonio sonriendo.

—No lo sé. Se me ha declarado, aunque no veo clara nuestra relación. Creo que lo quiero, pero hay algo malo que sale de mí cuando estoy con él y lo estropea todo. Por ahora no deseo tener novio, así que lo mantendremos en secreto.

—Yo también me he declarado —me confesó con una sonrisa.

—¿A mi compañera? ¿De verdad? ¿Y qué tal?

—No he podido decírselo de palabra, siempre rehúye ese tipo de conversación y le he dado un poema titulado: “Declaración de un poeta”. Todavía no ha respondido a mi propuesta, pienso que no me va a responder; si me dice algo o da muestras de haberlo entendido, solo entonces hablaré con ella de ese tema; si no, significaría que no le interesa mi amor y, en ese caso, lo dejaré como está.

—Es muy romántico lo que has hecho, pero te conviene más hablar con ella; para su edad es muy madura —le aconsejó.

—No sé. El amor es algo natural y a veces tengo la impresión de ser muy pesado intentando enamorarla. Todas las noches le escribo un diario con poesías, mis sueños y mi amor hacia ella. Es mi manera de comunicarme, de decirle que estoy enamorado y que me gustaría compartir mi vida con la

suya... Se lo hago llevar con una de sus compañeras de piso y al otro día me lo devuelve, y sigo escribiendo para que sepa cuánto la quiero...Al menos debe gustarle lo que le pongo porque nunca me lo ha rechazado, pero tampoco me da respuestas, ni me comenta nada. Por esa razón, si no me responde dejaré de hablarle de amor y le diré a mi corazón que siga buscando; ¿qué otra cosa puedo hacer? —hablaba con tristeza, como si hubiera perdido la esperanza de ser amado.

—Bueno, si no te ha respondido aún debes mantener la ilusión, pienso yo —le dije al verlo tan desanimado.

—Es cierto, pero sobre todo es mi amiga y, si no se enamora de mí, prefiero seguir así a perderla del todo. No quiero que me ocurra como con mi anterior amor, que ni siquiera somos amigos, y eso me duele.

—Comprendo, pero si estás enamorado y solo sois amigos..., sufrirás, pienso yo —le dije sinceramente.

—Más me dolerá no tener nada de ella, ¿no crees?

—Visto así tienes razón. Eres muy romántico. Te deseo suerte. Hasta luego, amigo —me despedí y me marché a clase, pero antes me dijo:

—Los dos la necesitamos. Me refiero en el terreno amoroso. En el otro estoy seguro que lo resolverás. El amor, en cambio, es más difícil de manejar.

LA HISTORIA DE AMOR DE ARAZIEL Y LILITH

Al llegar la noche deseé volver con Uriel; luego pensé que tal vez no quisiera estar conmigo después del desplante que le hice por la mañana y, en su lugar, llamé a Samael para seguir hablando con él. Quería que continuara contándome la historia de los artífices del medallón. Este vino rápido y sonriente como siempre.

Lunes por la noche, en mi dormitorio.

—¿Me echas de menos? Creí que preferirías estar con tu novio, o ya os habéis peleado —siempre comenzaba con ironías, debe ser los años.

—No es mi novio —le dije, por llevarle la contraria.

—Él está muy enamorado de ti.

—Lo sé, yo no estoy segura de mis sentimientos; a veces lo necesito, y otras veces parece que lo rechazo. Pobrecillo, estará hecho un lío con mi actitud.

—Puedes estar segura de que sí —afirmaba sin dejar de sonreír.

—Tú puedes leer sus pensamientos.

—Claro.

—Los míos, no.

—No.

—Y me quiere de verdad.

—Sí.

—¡Ay! —suspiré.

—¿Me has llamado para hablarme de tu novio?

—No, claro que no, y te repito que no es mi novio. Quiero que sigas con la historia de Araziel. ¿Cuándo aparece Lilith?

—Pronto, deseaba que entendieras que el amor de Araziel por los humanos comenzó con su relación con Abraham y su pueblo. Sin quererlo, fue inmiscuyéndose en la historia de los hombres y eso no formaba parte de su trabajo. Enseguida te cuento la historia de amor de tus antepasados.

Región Mesopotámica.

Primavera, hace más de 5.000 años.

«Un día, en una de sus habituales jornadas de trabajo, le ocurrió otro acontecimiento especial que iba a transformar su vida. Salió de la cueva que ocultaba el portal de entrada y silbó con un sonido especial; al momento apareció su caballo. Lo acarició a modo de saludo y montó. Araziel no solía usar sus poderes cuando viajaba a la Tierra, salvo que los necesitara; se vestía como los hombres de las comarcas que visitaba e intentaba pasar desapercibido. Espoleó su alazán para apreciar el aire fresco en su cara y se dejó llevar. Le gustaba la capacidad de los humanos para sentir. Cuando venía a la Tierra como hombre, disfrutaba de esos sentimientos. El corcel lo llevó hacia un bosque de pinos y cerró los ojos para embriagarse de aquel aroma, parecía que el animal conocía sus anhelos y sus gustos. Los ángeles no tenían el sentido del olfato, ni del gusto, tampoco conocían el deseo sexual; sin embargo, al introducirse en una forma humana, adquirirían todas las funciones que tenían los hombres y a él le gustaba experimentarlas como un bebé que va descubriendo el mundo. Las súplicas de una mujer, acompañadas de gritos y voces obscenas, llegó a su mente, y hacia allí dirigió su caballo. El ruido procedía de un claro del bosque, iluminado por una fogata y la luna llena. Cuando llegó, observó cómo una joven estaba atada al tronco de un árbol, desnuda. En el centro, un grupo de hombres comía y bebía alrededor del fuego. Su llegada no provocó ninguna reacción en aquellos personajes. Descabalgó y comenzó a andar hacia ellos, el jefe se levantó con la lanza en una mano y un trozo de carne en la otra.

—Come y luego disfrutarás de nuestra mujer —lo invitó, con la boca llena de comida.

—No he venido a comer, sino a liberarla. Ella no quiere estar así.

—Lo sabemos y eso nos gusta más. Para librarla tienes que pelear contra nosotros —los soldados entendieron que iban a tener problemas con aquel individuo

—Lo sé —la mujer estaba sufriendo y no podía entretenerse.

Alzó su brazo derecho y una espada de fuego apareció en su mano, al tiempo que surgían unas alas en su espalda. Todos se levantaron asustados, y en lugar de retroceder arrojaron sus lanzas contra Araziel. Las paró con el escudo de su mano izquierda, ¡qué le podían hacer unos palos con una punta de bronce! Corrió hacia ellos y, aprovechando que estaban agrupados, extendió su brazo con la espada de fuego y cortó por la mitad a la mayoría del grupo; el resto huyó despavorido hacia el bosque. El ángel les lanzó un

pequeño rayo, que pasó sobre sus cabezas para hacerles olvidar lo que habían visto. Ocultó sus atributos de ángel y se acercó hasta la mujer, liberándola de sus ataduras. Ella intentó aproximarse a él, pero sus piernas no podían sostenerla y se desmayó. La recogió, llevándola junto al fuego para que su cuerpo se calentara; parecía dormida y la observó con detenimiento: su cabello pelirrojo y la piel blanca con muchas pecas, la distinguía de otras mujeres que había visto en esta zona. Pues casi todas eran morenas y tenían la tez oscura. Además, existían otros lugares donde el cabello de la gente era rubio y la piel blanca, e incluso territorios donde la piel y el pelo de sus habitantes eran negros. La joven debía tener al menos los dieciséis años, su cara redonda y la nariz muy diferente a las gentes de allí, que solía ser muy prominente; sin embargo, la de ella era justa y proporcional, lo que la hacía muy guapa. Los pechos duros y erguidos, indicaban que todavía no había parido. Sin pensarlo los acarició durante un momento y su tacto le hizo temblar, retirando sus manos con brusquedad. Nunca había visto a una mujer desde esa perspectiva. Con un gesto tapó su desnudez con un vestido sencillo, abrió su boca y le sopló un poco de aire; no pudo evitar rozar sus labios y sentir su cuerpo estremecerse. Ella, al despertar, le sonrió, aunque durante un rato se sintió aturdida.

—Gracias, forastero, ¿cómo te has atrevido a enfrentarte a los soldados del príncipe Amir? —le dijo cuando por fin pudo hablar.

—¿Soldados?, no me lo han parecido —quiso quitarle importancia.

—Debes ser bueno para vencerlos. Márchate antes de que vuelvan.

—No me preocupan los soldados, no va a venir un ejército por una sola mujer. ¿Por qué te tenían atada así? —había leído la mente de los soldados, pero quería saber su versión.

—Si el príncipe Amir viene en persona, entonces traerá a su ejército. Te contaré lo que me ha ocurrido: El rey de Elam, Codorlaomor, quería desposarme y mandó una delegación con regalos. Yo lo rechacé; cuando lo supo, envió a un grupo de hombres de su hijo, el príncipe Amir, para raptarme y venderme como esclava, por haber ofendido al rey —explicó la mujer.

—Comprendo, ¿y por qué no quieres ser reina? Cualquier mujer lo querría —el ángel no lo entendía.

—Estoy cansada de repetir lo mismo a todo el mundo: solo me uniré a un hombre por amor.

—¿Amor? —preguntó sorprendido, lo frecuente entre los humanos es ofrecer a las hijas como esposas. Las niñas no eligen el marido, sino los

padres.

—¿No sabes lo que es el amor? —ella se volvía irónica ante su ingenuidad.

—Lo sé, pero nunca me he enamorado —contestó con naturalidad Araziel, y no mentía.

—El amor es lo único por lo que merece la pena vivir y morir, te lo digo yo a pesar de mi juventud.

—¡Ah! —la respuesta de la mujer le hizo pensar.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella con alegría, le pareció muy guapo e interesante y deseaba conocerlo.

—Araziel.

—Gracias, Araziel, por salvarme de la esclavitud. Yo soy Lilith. Si no vas a huir es mejor que nos vayamos. Debemos abandonar esta zona.

—No les tengo miedo a los soldados.

—Has vencido a un puñado de hombres; en cuanto tenga noticias el rey Codorlaomor de lo sucedido, vendrá con todo su ejército, armado hasta los dientes de espadas y flechas. Nos matará.

—¿Y qué consideras que debemos hacer?

—El único lugar en el que no puede entrar es en el valle de Sidim, tierra de los cananeos. Conozco a Bara, rey de Sodoma, y a Birsa, rey de Gomorra; están en guerra con el rey de Elam y nos darán protección.

—De acuerdo, iremos a una de esas ciudades.

La subió a su caballo y abandonaron el bosque, su destino estaba a tres días de camino. Araziel no dejaba de aspirar el aroma de mujer y analizaba el calor y el placer que le transmitía al contacto de su piel. Cuando comenzó a oscurecer buscó un refugio. Aunque era primavera, al hacerse de noche, hacía frío para pernoctar a la intemperie. Encontró una cabaña donde sus moradores ya se habían ido a dormir. En la parte de atrás había un pajar y decidió descansar allí. No era cuestión de despertarlos y pedirles permiso. Acondicionó a su caballo y preparó dos zonas de paja para pernoctar. Aunque él no lo necesitaba, su cuerpo sí. Sin decir nada, se acomodó en la broza y pensó que ella haría lo mismo, había sitio más que de sobra para los dos. Por eso se sorprendió cuando la sintió colocarse a su lado. Iba a protestar cuando la joven pegó la cara a su pecho y arrimó su cuerpo buscando su calor. —“Bueno, así estaremos más calientes—“, pensó, al ver que no le daba otra opción. El contacto de la mujer lo ponía nervioso y le impedía dormir. Nunca le había pasado esto, claro que jamás estuvo tan cerca de una muchacha guapa.

Sabía que algunos ángeles yacían con mujeres, aún a sabiendas que podían ser castigados. Naturalmente, también los demonios que se habían ocultado en la Tierra y que las corrompían como entretenimiento; sin embargo, él no era un demonio y tampoco quería disgustar al Creador. Los ángeles no necesitaban reproducirse, simplemente el Creador hizo los que necesitó para el gobierno del universo. En el planeta Tierra tenían la misión de proteger a los seres humanos, siempre y cuando ellos lo pidieran, ya que el Creador les había dado el libre albedrío. Él no podía interferir en la historia del mundo, aunque algunos ángeles intervenían sin que pasara nada. Aquella noche la pasó inquieto, por primera vez en miles de años de existencia se encontraba perturbado, sin saber muy bien qué hacer. Ella pidió ayuda y él se la había dado, ahora debería desaparecer. Esa era la misión de los ángeles. Algo se lo impedía. La veía tan frágil que seguramente pronto volverían a acosarla y hacerla sufrir. No deseaba que sufriera, ¿y qué podía hacer? Sabía que tenía prohibido el contacto con mujeres, y quería respetarlo, pero inexplicablemente aquella mujer le estaba provocando unas pasiones ajenas a él. Eran sentimientos humanos. Respiró hondo y la apretó entre sus brazos. Lilith suspiró de placer y también lo abrazó dormida. Entonces el sueño de la mujer se volvió inquieto, se agitaba agarrándose fuertemente a su espalda hincándole las uñas y, aunque no le producía dolor, notaba cómo la sangre le brotaba de las heridas. De pronto la mujer comenzó a chillar y se despertó muy asustada; al darse cuenta que se encontraba entre sus brazos, su cara cambió.

—Era un sueño, los soldados me atrapaban de nuevo, llevándome al bosque para abusar de mí y luego venderme como esclava; por fortuna tú me salvabas. Te debo la vida incluso en mis pesadillas —le resumió lo soñado.

—Aún es de noche, vuelve a dormir y no sueñes.

—Los sueños forman parte de nosotros y no los podemos evitar.

¿Tú no sueñas? —ella no quería hacerle caso; le apetecía hablar.

—No, yo nunca sueño.

—¡Ah! Qué raro —manifestó extrañada.

Lilith rodeó su cuello con los brazos y se aupó hasta encontrar los labios, los besó saboreándolos y pronto comprobó que a él le gustaba y comenzaba a responder a su contacto. Luego siguió por todo el cuerpo y le hizo el amor. Recordó el dolor de la primera vez, cuando su padrastro, un demonio disfrazado de hombre, la violó a los doce años, lo que provocó que tuviera que marcharse de casa para evitar que siguiera haciéndolo. Habían pasado

cuatro años y todavía no había encontrado un lugar donde vivir. Aquellos pensamientos desaparecieron cuando el placer la embriagó aturdiendo su mente. Al notar que él dejaba su esencia dentro de ella, se relajó y lo abrazó, dejando su cara de nuevo sobre su pecho y durmiéndose con una sensación de felicidad desconocida. Araziel quedó extasiado con aquel placer que le había secuestrado los sentidos; era como si una parte de su ser se hubiera desprendido de él. Cuando se relajó, intentó desviar sus pensamientos hacia otros temas. Después de la antigua destrucción del mundo, que algunos llamaron Ragnarok, los humanos surgieron de nuevo y han evolucionado a lo largo de miles de años, según las zonas climáticas. Antes, en los tiempos de la oscuridad, vivían como los animales salvajes; más tarde aprendieron a organizarse, no para el bien general, sino para su provecho. La especie se ha expandido y vive en continuas guerras; muchos han olvidado al Creador, adorando a falsos ídolos. Su cuerpo también se quedó dormido y, al despertarse, encontró a una pareja y sus cuatro hijos mirándolos.

—Buenos días, viajeros, sean bienvenidos a nuestra casa; si quieren acompañarnos en el desayuno compartiremos con ustedes lo que tenemos —le comentó el anfitrión al ver que abrían los ojos.

—Gracias por su amabilidad, mi esposa y yo llegamos a medianoche y no eran horas para preguntar si podíamos dormir en su pajar —les dijo como disculpa.

—Han hecho bien. No es bueno viajar de noche en esta región y menos si no va armado —el hombre se había fijado en que no llevaba espada, ni otra arma visible.

Los invitaron a su cabaña a desayunar con ellos; como gente piadosa rezaron antes de la comida, dándole gracias a sus dioses por los alimentos y también pidiéndoles protección para su viaje. Bebieron leche de cabra con pan ácimo y continuaron la marcha hacia el valle de Sidim. Les habían dicho que en la siguiente aldea había un hacendado que tenía caballos y podía venderles uno. Hacia allí se dirigieron, necesitaban conseguir otro animal, ya que el suyo iba muy despacio y parecía cansado por el peso que tenía que soportar. Muy pronto llegaron a una aldea que, salvo un palacio construido en piedra, estaba formada por casas de paja y barro. Se dirigieron a la residencia grande y llamaron a la puerta. Les abrió un soldado armado, al que tuvieron que explicarle qué querían. Esperaron un rato y salió el oficial de guardia, al que de nuevo le contaron que se había muerto su caballo y que deseaban comprar uno. Finalmente los recibió el capataz, al

que otra vez le relataron lo que, supuestamente, les había ocurrido. Los llevó a las cuadras y les indicó un grupo de jamelgos entre los cuales podían elegir. Aquellos caballos no valían para montar, bueno, no servían para nada. Araziel lo miró a los ojos y le dijo con voz grave y potente:

—Quiero comprar un caballo para mi esposa, no unos jamelgos inservibles.

—Veo que entiendes de equinos. Creo que esos serían apropiados para una mujer. Si no te gustan solo puedo ofrecerte uno, pero está salvaje y no es adecuado para ella —le dijo, esperando hacer negocio con él.

—Enséñamelo —pidió Araziel.

El capataz se dirigió a una habitación cerrada y abrió la media hoja superior de la puertezuela. Un magnífico alazán se levantó sobre sus patas delanteras y relinchó con fuerza, indicando sus intenciones.

—Ninguno de mis domadores ha sido capaz de doblegarlo; si te gusta, puedes intentarlo tú. Te lo venderé barato.

—Araziel sacó una bolsita de monedas y se la entregó al capataz.

—¿Es suficiente?

—Suficiente, pero no me hago responsable de que mate a tu mujer o a ti.

—No te preocupes, me llevo bien con esta raza.

Se acercó lentamente con la mano abierta y extendida; el alazán no se movió, acarició su cuello al tiempo que le susurraba algo al oído que ninguno pudo oír. Le puso las bridas y los arreos sin que diera muestras de rebeldía. Todos se quedaron admirados por el cambio del animal, hasta ese día no había dejado que nadie se le acercara.

—Si quieres trabajo, quedas contratado, te pagaré bien y tendrás una cabaña para tu esposa —le dijo al ver sus habilidades.

—Gracias, debo continuar mi viaje.

El oído de Araziel le permitió escuchar cómo el oficial de guardia ordenaba a un grupo de soldados que lo mataran en el bosque próximo y le llevaran a la mujer. Le ofreció el alazán a Lilith y salieron de la aldea en silencio. Un par de horas después el camino se adentraba en un bosque y el ángel se puso en guardia. Efectivamente, enseguida descubrió a unos cinco soldados agazapados tras unos arbustos. Advirtió a la mujer de lo que iba a ocurrir y esperó. Una lluvia de flechas se dirigía hacia él. Las paró con su escudo salido de la mano izquierda, y espoleó su caballo hacia el lugar de donde provenían, sin darles tiempo a cargar de nuevo. Al mismo tiempo extendió su mano derecha y aparecieron sus alas y su espada de fuego, que

dirigió hacia los soldados; las llamas se expandieron hacia ellos y los mató sin necesidad de acercarse. Sólo quedó uno que estaba sujetando las bridas de los caballos. Era casi un niño, Araziel lo miró y viendo lo asustado que estaba, le perdonó la vida.

—Dile a tu amo que volveré a por él en cuanto termine mi misión. ¡Márchate!

El soldado montó su caballo y salió a todo galope en dirección a la aldea, pensando que su vida comenzaba de nuevo. Guardó su arma y sus alas desaparecieron. Cuando volvió al lado de Lilith, esta lo miraba sorprendida, sin decir nada. Él le señaló con la mano y un pequeño rayo le tocó la frente. Ella sonrió, golpeó al caballo con sus rodillas y siguió adelante. Araziel hizo otro tanto y se colocó a su altura. Caminaron al menos dos horas en silencio, hasta que encontraron un pozo junto a un cruce de caminos. El ángel sacó agua y dio de beber a la mujer, después a los caballos y finalmente sació la sed de su cuerpo. Un solo árbol era el habitante de aquella zona, a su sombra se sentaron.

—¿Quién eres, Araziel? —preguntó ella con curiosidad.

—¿Qué quieres decir? —no sabía qué deseaba saber.

—¿Eres un ángel o un demonio? —ahora se sorprendió todavía más.

—¿Acaso conoces a alguno de esos?

El ángel se quedó extrañado, no esperaba esa pregunta. Sabía que ella había visto sus poderes, pero él había borrado esos recuerdos; siempre lo hacía para evitar que pulularan leyendas sobre ellos. Intentó entrar en su mente y descubrió que no podía.

—He visto cómo aparecía en tu mano la espada de fuego y las alas en tu espalda —ella lo recordaba todo.

Araziel lo intentó de nuevo y le envió un rayito sobre su frente, sin que tuviese éxito.

—¿Qué haces? ¿Acaso quieres leer mi mente? —le reprochó su juego con la lucecita amarilla que, aunque no le hacía daño, le molestaba.

—Ese es el problema, no puedo entrar en tu memoria y hacer desaparecer ese recuerdo. Yo puedo acceder a la mente de los hombres, si así lo deseo, y borrar cosas que ellos han visto y que olvidarán; sin embargo, la tuya está cerrada para mí —le explicó sin saber por qué.

—Pues me alegro, no me gusta que nadie vea mis pensamientos. Forman parte de mi libertad. ¿Lo entiendes?

—Respeto esa libertad. No suelo entrar en las mentes, a no ser que

necesite saber lo que hicieron o borrar algún recuerdo. Cuando los humanos ven nuestros poderes se asustan y necesitamos suprimir esos recuerdos. Modificamos sus memorias para su bien.

—No has contestado a mi pregunta y necesito saberlo: ¿ángel o demonio? —repitió la mujer.

—Yo no me rebelé contra el Creador. Yo lo amo. Soy un ángel, no un demonio. ¿Has conocido a alguno?

—Mi madre vivió con uno, me violó y tuve que huir de mi casa, por eso ando errante. Enseguida descubrí su maldad, siempre estaba borracho y nos pegaba, también robaba o mataba sin ningún remordimiento de conciencia. Nadie sabía que era un demonio, excepto yo. Cuando le decía algo a mi madre de sus pretensiones no me creía, y me regañaba para que no hablara mal de él. Tú no eres así, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho, no soy un demonio. Ellos se rebelaron contra el Creador, querían ser como Él, tener su poder y ser independientes; por eso fueron castigados y los encerró en una cárcel para ángeles rebeldes: el Infierno, para que no pudieran hacer daño. Algunos se escondieron y se quedaron en la Tierra. ¿Tú habías notado algo en mí?

—No, hasta que he visto tus poderes. Si hubiera sospechado algo, no me habría entregado a ti. Quería reservar mis caricias para el hombre con el que compartiera mi vida. Creí que el elegido serías tú. Ahora veo que me he equivocado.

—Lo siento, mi naturaleza de hombre se ha enamorado de ti. No sé qué me va a ocurrir ahora, puedo ser castigado por yacer con una mujer —dijo Azaziel absorto.

—¿Has dicho que me quieres? —le preguntó sorprendida.

—Creo que te quiero; tenerte entre mis brazos me ha hecho intensamente feliz. Este sentimiento es nuevo para mí —le confesaba como cualquier hombre.

—Yo también me siento enamorada y quiero hacerte feliz. ¿Me dejarás quererte?

—Lilith, estoy aturdido y sorprendido; por ahora solo quiero llevarte para que estés a salvo en Sodoma. Luego decidiremos lo que hacer.

—De acuerdo. Allí lo pensaremos con tranquilidad, pero me gustaría saber cosas de ti.

—El sol está muy alto, debemos continuar —quiso cambiar de conversación, ahora estaba metido en un lío y no sabía cómo salir de él.

Se levantó y subió a su caballo, parecía molesto. Ella le siguió sin dejar de observarlo. Llegaron a una zona montañosa y Araziel volvió a dirigirle la palabra:

—Bandidos.

Lilith pegó su caballo al del ángel para protegerse, aunque no sentía miedo, ya no podía tenerlo si estaba con él. Sin embargo, su corazón estaba muy triste, había encontrado al hombre de su vida y este no podía amarla. Iba *contra natura* que un ángel amara a una mujer. Escuchó ruido de caballos en la retaguardia, miró hacia atrás y vio cómo un grupo de jinetes seguía sus pasos. En lo alto del cerro a donde se dirigían, otro grupo de delincuentes los observaba. Siguieron su camino como si no fuera con ellos. Cuando llegaron allí los bandoleros les salieron al paso.

—¿Dónde vais, viajeros? —dijo el que iba primero, que debería ser el jefe.

—Eso es asunto nuestro —contestó Araziel con naturalidad.

—Te equivocas, todo el que pasa por estas tierras tiene que pagar un impuesto —le hablaba con desparpajo, como si fuese una cosa natural.

—¿Y si no pago? —ironizó Araziel, aunque sabía que no serviría de nada. Los bandidos no tenían piedad de los viajeros atrevidos.

—Tendrás que volverte, y te aseguro que mi hermano cobra más caro que yo —dijo el cabecilla, para indicarle que no podían hacer nada para impedirlo.

—¿El que nos sigue es tu hermano?

—Sí.

—Pues yo no pienso pagar —manifestó como si fuese un hombre valiente.

—Mejor, así te mataremos y nos quedaremos con la mujer. Una hembra pelirroja dará poder al hombre que la posea. Las jóvenes guapas no abundan en esta comarca, y menos las bermejas.

—No permitiré que nadie le haga daño a mi esposa—afirmó tajante.

Descabalgó y se dirigió hacia ellos; el jefe también bajó de su caballo y sacó la espada, mientras andaba a su encuentro con paso rápido.

—¿No tienes espada? —le preguntó.

—¿Acaso no la ves? —no hicieron falta más palabras.

La espada de fuego había aparecido en su mano, al igual que las alas en su espalda. El bandido retrocedió asustado, demasiado tarde. Araziel le seccionó el cuello y su cabeza cayó al suelo cuando su cuerpo aún estaba de pie. Los demás huyeron despavoridos al encuentro de los que venían por detrás.

Todos desaparecieron tras un monte cercano, donde probablemente tenían su guarida. El ángel les mandó un rayo de luz, que voló sobre sus cabezas para que olvidaran. Araziel volvió a montar y la miró sonriendo.

—¿Seguimos?

—Sí, no he podido encontrar mejor acompañante —le dijo en tono cariñoso; sabía que era cierto.

Continuaron cabalgando y la noche les sorprendió aún en las montañas. El ángel conocía bien aquella zona, muy cerca había un refugio que utilizaban para pernoctar o, simplemente, para ocultarse durante un tiempo en sus habituales Rondas. Cuando llegaron, descabalaron en un prado cercano y dejaron los caballos que pacieran libremente. Se aproximaron a unas rocas y, de forma automática, se abrió una puerta que permitía ver una cueva que emanaba un resplandor muy potente. Ella se quedó asombrada, pero le siguió al interior. Nada más entrar volvió a cerrarse y pudo comprobar como una luz blanca lo iluminaba todo. La mujer observó que no había ninguna lámpara, ni candil, de donde pudiera venir esa extraña emisión. Aquello no era una cueva, sino que parecía las habitaciones privadas de un rey. Las paredes eran de mármol blanco y tenía dos estancias: la primera, con el suelo cubierto de alfombras y grandes cojines para descansar; a una altura superior se encontraba el dormitorio, con una gran cama de madera ricamente labrada.

—¿Esto qué es? —le preguntó, extrañada de encontrar aquello en la nada.

—Un refugio para ángeles —contestó él con sequedad, como si estuviese preocupado.

—¿Un refugio? ¿Para qué tanto lujo?

—Los ángeles no necesitamos lujos —le dijo riendo por su pregunta—, eso es cosa vuestra. A veces ocurre que algunos, al tomar la forma de hombres, adquieren muchos de sus deseos humanos. Para que no nos corrompamos estamos poco tiempo con vosotros. Les llamamos Rondas y cuando terminan regresamos a nuestra dimensión para purificarnos; transcurrido un tiempo, volvemos y hacemos otra vigilancia. Este refugio lo construyó un ángel al que le gustaban los palacios de los reyes humanos. Es muy confortable y nadie lo ha cambiado.

—Y... ¿cuánto duran las Rondas? —eso le interesó mucho; no sabía cuánto tiempo podría quedarse con ella.

—Nosotros no tenemos tiempos, hacemos las cosas cuando las tenemos que hacer. No necesitamos contar. En términos humanos, una semana, un mes o un año, lo que haga falta. Naturalmente tenemos que hacer un informe para

nuestro jefe que justifique la tardanza.

—Comprendo —dijo Lilith mientras asentía con la cabeza.

—Luego volvemos y nos purificamos de nuevo.

—¡Ah! Jamás se me hubiera ocurrido eso. Aquí os contamináis. ¿No temes que revele vuestros secretos?

—¿Quién te creería? Además, eres mujer, te tratarían como una bruja y te lincharían.

—Es verdad, nadie me iba a creer en este mundo de hombres. ¿Tú tienes hambre? —contestó cansada.

—Sí, perdona, suelo comer poco y, a veces, se me olvida. No te preocupes, aquí puedes obtener toda la comida que necesites.

Lilith miró al frente y vio una mesa llena de fruta. Araziel parecía ausente, pensativo; de pronto se quedó mirándola:

—Perdona, yo solo como fruta por la noche. Ya te he dicho que no puedo leer tu mente. Dime lo que deseas cenar y lo tendrás.

—Lo deseo y ya está.

—Sí.

—Gracias, me conformo con la fruta, no quiero tener otra vez pesadillas. ¿Me acompañas o voy a comer sola?

—Te acompaño»».

Anik interrumpió el relato de Samael.

—Ese es el refugio donde me llevaste cuando soñé con Araziel.

—Sí, así es, está igual que cuando lo construyeron. Al entrar estás en otra dimensión, pero ella no se percató y él no le dijo nada.

—¡Vale! ¡Vale! Continúa con tu historia. Me alegro de conocer por fin a mi antepasada.

Samael continuó con la historia:

«Se acomodaron en los cojines y comieron en silencio. Cuando saciaron su apetito se dirigieron a la cama.

—Solo hay una cama —dijo ella contrariada.

—Sí, es evidente. Los ángeles viajan solos, esto está pensado para su descanso. Probablemente es la primera vez que hay dos personas y la primera vez que entra un humano. Ya hemos dormido juntos. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo, solo que entonces yo no sabía que eras un ángel.

—Tienes razón, dormiremos uno a cada lado, la cama es muy grande.

Se acostaron cada uno a un lado del colchón y cerraron los ojos, la luz se

apagó a voluntad del ángel. Ninguno de los dos conciliaba el sueño. Hablar sobre el tema que les preocupaba era inevitable.

—Araziel... ¿Una mujer puede enamorarse de un ángel? —comentó ella en la oscuridad.

—No lo sé. ¿Tú estás enamorada de un ángel?

—Sí, creo que sí.

—Lilith... ¿Un ángel puede enamorarse de una mujer? —él le hizo la misma pregunta.

—No lo sé. ¿Tú estás enamorado de una humana?

—Sí, creo que sí.

—¿Y qué vamos a hacer? —ella preguntaba muy preocupada.

—Lo que hacen los enamorados, amarnos, no es necesario que ellos se enteren; si no saben nada, no pasa nada.

—Pero si se enteran, te castigarán —le susurraba arrimándose a él.

—Después de haberte conocido no puedo hacer otra cosa. ¡Qué importa un castigo si te tengo a ti!

Se abrazaron y permanecieron unidos durante mucho tiempo. Los dos estaban preocupados por lo que acababa de ocurrir entre ellos. Ambos eran conscientes de que su amor les acarrearía muchos problemas. Aun así, se sentían dispuestos a luchar por su felicidad. Como no podía dormir, ella quiso saber cosas que le preocupaban:

—¿Cómo es Él?

—Él, ¿a quién te refieres? —la pregunta le sorprendió y no sabía de quién hablaba.

—Al Creador.

—¡Ah! No lo sé, nunca lo he visto. Yo solo soy un guardián, hago mi trabajo, vuelvo a casa. Comunico a mi superior las novedades. No tengo por qué verlo. Él está en otra dimensión.

Cada día se ocupa menos de la Tierra, tal vez se aburra y esté por otros lugares. Yo no soy nadie para cuestionar lo que hace.

—Y, ¿cómo es el lugar dónde vives? Quiero decir donde viven los ángeles. Me refiero al cielo verdadero, vuestro hogar —indagó Lilith curiosa.

—Yo no vivo en el cielo que tú ves desde aquí. Lo que tú observas por la noche son muchas estrellas que tienen luz como el Sol, y muchos planetas que no la tienen. Nosotros vivimos en otra dimensión. El Creador la hizo exclusivamente para los ángeles. Tenemos nuestras casas y también nos organizamos en algo parecido a las ciudades. Donde yo vivo, todos somos

guardianes de la Tierra. ¡Ah! Y no le llamamos cielo, ni de ninguna manera; es nuestra dimensión, aquel espacio es exclusivo para ángeles.

—¿Esto es un planeta? —preguntó ella con curiosidad.

—Sí, no tiene luz propia y necesita al Sol, que es una estrella.

—¡Ah! ¿El Sol es una estrella? Decían que eran un dios —en aquellos tiempos, la luna y el sol eran dioses para mucha gente.

—Es una estrella, solo que, al estar muy cerca, se ve muy grande; las demás solo las vemos de noche como puntitos, porque están muy lejos.

—Qué interesante. ¿Cuándo naciste? —no le interesaban las estrellas, sino él.

—¿Yo?

—Sí, claro, tú.

—No lo sé, siempre he existido; en términos humanos, seguramente muchos miles de años.

—¿Eres inmortal?

—Sí, el Creador nos hizo con su propia esencia y somos como Él, eternos. Pero si alguien nos mata, desaparecemos para siempre.

—¿Los demonios son ángeles? —quiso saber Lilith.

—Sí, son ángeles igual que yo; ellos se rebelaron contra el Creador y fueron castigados a una dimensión oscura llamada: Infierno, ya te lo expliqué antes. Los humanos han oído hablar del Infierno porque algunos demonios se escondieron en la Tierra y se hicieron pasar por hombres. Están dolidos porque el Creador les quitó algunos de sus poderes y se dedican a hacer el mal y a corromper a los hombres como venganza. También los hay buenos, que no dan problemas, aunque son los menos. —Tengo una curiosidad, ¿los ángeles pueden tener hijos con mujeres?

—Está prohibido tener descendencia con hembras, pero puede ocurrir si el cuerpo humano está preparado. Cuando un ángel ocupa el cuerpo de hombre adquiere todas las propiedades de este. Lo que no se sabe es si los hijos nacerán con poderes, porque han sido concebidos como mortales y no como ángeles. Aunque pueden tener alguna característica que los diferencie.

—Comprendo, ¿sabes que puedo tener un hijo tuyo?

—Lo sé. Creo que he dejado parte de mi esencia en ti, además de la humana. Si concibes, tendrás que cuidarlo sola. Yo no sé qué será de mí.

—Una mujer sola con un niño lo tiene muy difícil. ¿Tú no conoces el futuro? —la curiosidad de Lilith no cesaba.

—No. Puedo leer en la mente de una persona lo que desea hacer, pero no

saber de antemano lo que ocurrirá. Nadie puede conocerlo. Aunque he oído que algunos ángeles trabajan en el futuro para interpretar lo que se hace mal en el presente, solo son rumores. También cuentan que en otra época de la Tierra, cuando este planeta era cuidado por los dioses benévolos, existió una fuente que, al beber de ella, podías conocer el futuro del mundo; fuera verdad o no, ya no existe.

—¿Dioses benévolos? ¿Entonces es verdad que existen otros dioses? ¿Cómo es posible?—preguntaba sorprendida, ella creía que solo había un Creador.

—Bueno, ellos fueron hechos por el único Creador. En la Edad Antigua, este planeta estaba a cargo de ellos, que cuidaban de los humanos, pero hubo una gran guerra, llamada Ragnarok, que destruyó el mundo y, desde entonces, nos ocupamos los ángeles de los hombres y ahora el mundo funciona mejor.

—Comprendo, son seres como nosotros, pero no son humanos y viven en otra dimensión.

—Así es.

—Te preguntaba lo del futuro por si podías conocer lo que sería de nosotros —esa idea la estaba inquietando.

—No podemos saber las cosas hasta que ocurren. Aquí, parece que no transcurre el tiempo; sin embargo, fuera, la estrella de este planeta ya está alumbrando la zona por la que viajamos.

Cuando salieron de la cueva, el sol asomaba tímidamente por el horizonte. Montaron en los caballos y cabalgaron durante todo el día para alcanzar al atardecer el paso de Sidim, único lugar por donde llegar hasta Sodoma. Al entrar en el valle lo primero que divisaron fue un gran ejército que rodeaba las murallas, pero que miraba hacia donde ellos cabalgaban. Para alcanzar la ciudad, deberían atravesar aquella barrera de soldados. De las montañas próximas bajaron más guerreros que taponaron el paso, impidiendo la salida. Ahora se encontraban rodeados y la huida era imposible. Tampoco podía usar sus poderes, por lo que asumía que debería pelear como los hombres, sin usar la espada de fuego ni ninguna de sus atribuciones.

—Parece que el rey Codorlaomor ha venido personalmente en lugar de mandar al príncipe Amir —le informó ella, al ver el estandarte del monarca.

—Ya lo veo. Debes ser muy importante para él. No te separes de mi lado. Para todos eres mi esposa.

Entonces se percató que estaba en inferioridad de condiciones, no por las huestes que tenía enfrente, sino porque ella le acompañaba. Si la hacían

prisionera, él no podía seguir luchando. Un soldado no puede tener un punto débil, y él estaba enamorado de aquella mujer y no deseaba poner en peligro la vida de su amada. Intentaría negociar, aunque conocía la prepotencia de los reyes, y le iba a ser difícil conseguirlo. Continuó cabalgando de frente y sin miedo; las tropas le fueron abriendo paso hasta que divisó el estandarte del rey, entonces se paró y lo saludó con la mano abierta dirigida hacia él.

—Yo te saludo, rey Codorlaomor. Te deseo paz y prosperidad.

—Yo te saludo, joven guerrero. ¿Vienes a entregarme la mujer que me pertenece?

—Esta mujer que me acompaña es mi esposa, ningún hombre puede reclamarla, ya que ella me pertenece por ley.

—Yo soy la ley, y digo que ningún hombre puede tener una mujer como suya si la desea el rey.

Araziel se puso de pie sobre el caballo y gritó a pleno pulmón, para que fuera oído por todos los soldados.

—Entonces, si queréis esta mujer, debéis pelear conmigo en lucha a muerte. Si vencéis, la mujer será vuestra, pero si soy vencedor, tus hombres nos dejarán entrar en la ciudad —quiso provocarlo para luchar y así sería más fácil derrotarlo.

—Eres valiente, pero me han informado que tienes una espada de fuego. ¿Cómo pelear con un soldado así?

—Unos soldados vencidos pueden exagerar mucho. ¿Dónde está esa espada? Ni siquiera voy armado —era evidente que un hombre no podía tener una espada de fuego, y él actuaba como un mortal.

—Ya veo que las noticias eran fantasiosas. De todas formas, soy un rey, no un soldado, pelearás con el mejor de mis hombres; si le ganas, te dejaré pasar.

—Acepto tu propuesta, ¿es tu palabra de rey? —lo dijo sin pensarlo, y si fuera vencido como hombre, ella podría pagar las consecuencias.

—Es mi palabra de rey. Entregadle una espada —ordenó con firmeza. Un soldado sacó su espada y la lanzó a los pies del ángel.

A la derecha, sus enemigos comenzaron a replegarse en abanico hasta llegar a uno que se encontraba sentado en una roca. Al ponerse de pie, su cabeza sobresalía por encima de los jinetes montados sobre sus caballos. Araziel sonrió, conocía la prepotencia de los hombres. Desmontó de su caballo y le dio las bridas a Lilith.

—No tengas miedo, mantente siempre cerca del círculo, no quiero que alguien te secuestre mientras peleo. Si mi cuerpo muere, volveré con otro

cuerpo a rescatarte. Solo quiero que te mantengas con vida.

—No tengo miedo, aunque no confío en la palabra del rey Codorlaomor, es muy orgulloso y querrá venganza.

—No puedo luchar como ángel. Intentaré vencerlo como hombre.

Un soldado señaló con su espada un círculo bastante grande para que se pudiera desarrollar la pelea. El gigante avanzó y se colocó en medio, esperando a su contrincante. Las almenas de las murallas de la ciudad comenzaron a llenarse de gente, además de los soldados que las protegían. Araziel recogió la espada del suelo y se dirigió al centro del redondel. Nada más llegar, el gigante le dio un tremendo golpe con la hoja de cobre, que lo hubiera partido en dos, si el ángel no lo para con su espada. La fuerza de su adversario era tan grande que salió despedido unos metros. Lilith chilló asustada, se recompuso cuando lo vio retornar a la lucha. Al llegar de nuevo a la altura de su enemigo, un nuevo golpe lo lanzó al suelo por segunda vez. Se volvió a levantar y caminó a donde lo esperaba aquel gigantón. Esta vez iba prevenido y cuando el mejor soldado del rey de Elam lanzó su espada contra él, la esquivó primero y luego la golpeó a su vez para darle más impulso, lo que desequilibró al gigante, que hincó la rodilla ante la sorpresa de todo el ejército. Araziel saltó a su lado y, cuando el soldado intentaba levantarse, lanzó su espada a la altura del cuello, de forma que le separó la cabeza de un solo tajo y aquel enorme cuerpo se desplomó, provocando un grito de sorpresa de todos los presentes. El ángel se dirigió al que le había dado la espada y se la devolvió. Lilith se acercó y le entregó las bridas de su caballo. Los soldados miraban a su rey esperando instrucciones. Codorlaomor, que no esperaba ese desenlace, no sabía lo que hacer, pero percibió la peligrosidad de aquel guerrero que no sentía ningún miedo ante su ejército. Además estaba su palabra. Todos los soldados lo habían oído.

—He vencido a tu representante en un justo combate. ¿Vas a cumplir tu palabra? —el ángel sabía que dudaba, por eso le planteaba la pregunta en público.

—La palabra de un rey es sagrada. Estás libre, puedes marcharte y entrar en la ciudad. Si lo haces, te convertirás en otro enemigo; en cambio, si te unes a mi ejército, te recompensaré con grandes tesoros —le dijo obligado por las circunstancias, aunque no era eso lo que sentía.

—La mujer me pertenece por ley, al ser mi esposa, y viene conmigo. Cuando la reclamaste, ignorabas que ya tenía dueño. Ahora lo sabes. Nadie le puede quitar la esposa a otro hombre, salvo que lo venza a muerte, y tú no me

has vencido. Me llevo a mi compañera.

—De acuerdo, puedes llevarte a la mujer. Tienes razón, yo ignoraba que tuviera esposo. Ahora lo sé y reconozco tu derecho.

El guerrero vencedor montó en su caballo y, seguido de su esposa, se dirigió hacia la puerta de la muralla, que fue abierta por orden del rey de la ciudad, para ellos».

Anik le interrumpió de nuevo.

—Fue un amor a primera vista. Se enamoraron enseguida. Creo que lo entiendo. Los ángeles ayudan a los humanos y enseguida desaparecen de sus vidas. En este caso siguió con ella porque se había encariñado. ¿El ángel no tenía miedo al castigo de los arcángeles? —Araziel al principio le cayó mal, pero ahora que lo conocía sentía más afecto por él.

—Claro que lo tenía, pero el amor de los humanos es más fuerte que el miedo. Lilith era una mujer muy guapa y sabía que, en cuanto la dejara sola, irían a buscarla para poseerla. En aquella época una humana pelirroja y guapa estaba muy valorada como esposa y como esclava —el profesor le explicaba como si fuese una lección.

—Ya me imagino que en ese tiempo la vida de una mujer era muy difícil y, si además quería ser independiente, no tenía mucho futuro. Tengo sueño, Samael, he estado estudiando mucho.

Necesito dormir. ¿Por qué no seguimos otro día? —me sentía muy fatigada, necesitaba descansar un poco.

—De acuerdo —dijo levantándose para marcharse.

—¡Ah! El domingo es mi dieciséis cumpleaños, ¿vendrás a felicitar-me? —me acordé en ese momento.

—Por supuesto, aunque estaré muy ocupado en los próximos días. Intentaré volver para tu fiesta.

—¿No quieres saber dónde será?

—Te encontraré, tranquila —le dijo antes de desaparecer.

CÓMO CELEBRÉ MI DIECISÉIS CUMPLEAÑOS

Se acercaba mi cumpleaños y mi relación con Uriel era la de un simple compañero. Parecía triste y no paseaba con nadie. Me daba pena y no sabía cómo solucionarlo. A veces quise acercarme y hablarle, aunque sin mucho éxito, porque cuando lo intentaba se marchaba para otro lado. Creo que me aborrece. Quizás debería haber dejado que Samael le borrara la memoria y tal vez ahora me miraría de otro modo. Para colmo, mi mamá cayó enferma de gripe y tuvo que guardar cama para que se le pasara la fiebre. Con mi madre enferma no podía celebrar una fiesta en casa; se lo comenté a Carmen y al resto de mis amigas, que me propusieron celebrarlo en el J.J., más conocido como el *Pub* de Moisés, el único establecimiento moderno que había en todo Guadix. Se trataba de un bar estilo inglés, con hilo musical permanente y una decoración innovadora; en lugar de mesas y sillas, estaba lleno de sillones y sofás, que les encantaban a los muchos estudiantes que lo frecuentaban y que solían pasar allí sus tardes de ocio.

Guadix, domingo, 6 de marzo de 1977.

Era mi primer cumpleaños en España, bueno, en París nunca celebraba mi aniversario, para qué, si no iba nadie. En esta ocasión no era yo la que quería celebrar la fiesta, sino todas mis amigas, y no tuve más remedio que aceptarlo. El domingo, seis de marzo, cité, entre mis compañeros, a todo el que quisiera ir al *pub* de Moisés a las cuatro de la tarde. En cuanto terminé de comer me fui a la casa de Carmen y juntas nos fuimos al bar. A partir de las cuatro comenzaron a llegar colegas y nos juntamos cerca de veinte. Algunos tomaron café, pero la mayoría pidieron directamente un cubata, como ellos le decían, al ron con Coca Cola. Moisés cambió las melodías lentas por música discotequera y todos se pusieron a bailar como locos. Uriel llegó a las cinco y fue el único que me trajo regalo, un osito de peluche color rosa. *¡Mon Dieu!*, ¡qué suave! Me dio dos besos en la mejilla y me felicitó. Me hubiera gustado besarlo de verdad en ese momento y olvidarme de todos los que nos rodeaban, pero me quedé con la gana, solo le dije: —“gracias, es muy bonito”—. Se

sentó a mi lado esperando que yo lo mirara; cuando lo hice, me dirigió una sonrisa angelical, creo que necesitaba un gesto así.

—No me atrevo a hablarte —dijo de sopetón, pero muy bajito, para que nadie más lo escuchara.

—¿Por qué?, ¿soy una ogresa? —pregunté yo en un tono indefinido.

—No, pero pareces molesta conmigo y no quiero fastidiarte.

—Perdóname, Uriel, no estoy enfadada contigo. Tú conoces mi secreto, estoy encolerizada con el mundo.

—Lo sé, me duele no estar a tu lado para ayudarte.

Lo miré fijamente y él respondió a mi mirada. Sin darme cuenta, acerqué mis labios buscando su boca y lo besé con dulzura, luego pegué mi cabeza a su pecho y me rodeó con sus brazos. El medallón vibró sin que le hiciera caso, por alguna causa no le gustaba Uriel; a mí, sí, y eso era lo que importaba. Mis compañeros me miraban sonriendo, algunos sorprendidos. Carmen no lo pudo evitar y comenzó a aplaudir, todos la imitaron acompañando las aclamaciones de alegría con gritos de aliento. Se puso de pie e inició un discurso:

—Por la nueva pareja que ha sellado su amor con este beso....

No quería que me dieran la lata con el beso y metí la mano dentro de mi jersey y apreté el medallón deseando que todos olvidaran el beso, menos Uriel, claro.

—¿Qué pareja? ¿Qué estaba diciendo?... Parece que el cubata me ha sentado mal y, en estos momentos, ni siquiera me acuerdo de lo que iba a decir —Carmen se quedó sin palabras y sin saber las razones por las que brindaba.

Todos rieron la gracia sin percatarse de lo que había ocurrido. Uriel me miró sorprendido con un gesto como preguntándome: —“¿lo has hecho tú?”—. Yo le sonreí y besé el osito que tenía entre mis manos. Ignoraba que el medallón tuviera ese poder, parece que son muchas las cosas que no domino del colgante. Bueno, las desconozco casi todas, pero poco a poco las iré descubriendo. Creo que, en el fondo, cuando actúa es como si me convirtiera en un ángel. Por ahora puedo: transportarme de un lugar a otro, borrar la memoria de la gente, hacer aparecer una espada de fuego y alas a la espalda... *¡Mon Dieu!* ¡Qué peligrosa soy! Ya era tarde y algunos compañeros empezaron a marcharse. Recordé que Antonio también cumplía años y le propuse a Uriel que fuéramos a su casa a felicitarlo y beber un vaso de sangría. Muchos se apuntaron a venir con nosotros al oír la palabra sangría. Efectivamente, había organizado una pequeña fiesta para sus amigos y amigas, incluida su enamorada. Antonio vivía solo y tenía pocos muebles, así que puso

bombillas de color rojo o amarillo en todas las habitaciones y la música muy alta. Al llegar me encontré parejas bailando por todos sitios, intentando pasar desapercibidos. Como no lo encontraba pregunté por él y me señalaron la terraza. Allí estaba sentado en el suelo con mi compañera, que reía continuamente. Entré en la terraza y felicité a Antonio; quizás no debí haberlo hecho, porque dejaron de hablar y ella volvió con los demás. Todos bailaban menos Uriel, que me esperaba. Antonio nos preparó un vaso de sangría y me lo bebí casi de un trago. Aquello estaba muy dulce y el sabor a fruta lo hacía agradable; luego, el anfitrión se puso a bailar con su enamorada y Uriel, envidioso, me cogió por la cintura y comenzó a moverse al ritmo de la música. Yo le seguí, aunque todavía no había cogido el tranquillo del baile. La habitación estaba en penumbra y me sentía mareada debido al efecto de la sangría que llevaba mucho alcohol, pero se disimulaba con el azúcar y la fruta. Yo no estaba acostumbrada y me hizo efecto muy pronto. Comencé a hacer cosas que, de otro modo, nunca haría. Le eché los brazos al cuello a Uriel y lo besé con pasión. La casa de Antonio tenía casi todas las habitaciones continuas, pero sin pasillo, de forma que para ir a una, tenías que pasar por la otra. Salvo la última, donde tenía un catre que utilizaban algunos de sus amigos y sus respectivas parejas. Cogí a Uriel de la mano y lo arrastré hasta allí. Antes de cerrar la puerta me quité el medallón, para evitar que le hiciera daño a mi amor, y se lo entregué a Carmen, para que lo guardara en el bolso. Por culpa del alcohol iba dispuesta a todo; aunque debía de haber pensado que siempre que nos vamos a enrollar sucede algo. Comenzábamos a besarnos cuando la gente empezó a chillar. Salimos a ver qué ocurría para tanto jaleo. Encima de la mesa redonda, vi un monstruo del tamaño de un chimpancé con el medallón en las manos. Tenía unas pequeñas alas en la espalda, de color oscuro, y su rostro parecía más un dragón que una persona, su piel era toda oscura y rugosa. Imaginé que sería algún demonio y corrí hacia él alzando mi brazo, para que apareciera la espada de fuego, pero no afloró nada; el monstruo me sacudió con fuerza lanzándome contra la pared. Uriel intentó defenderme y cogió una silla para golpearlo, y también lo arrojó al otro lado de la habitación. Los dos estábamos en el suelo doloridos, y los demás agachados en los rincones, sin saber qué era aquello. Al separarme del medallón me había quedado en manos de aquel monstruo o, al menos, eso creía. No entendía por qué estando tan cerca no me obedecía, lo mismo aquel monstruo interfería en mi poder, o yo no sabía cómo actuar. Sin saber lo que hacer, comencé a dar voces llamando a Samael con mucha intensidad. El bicho

me miró y se volvió hacia el balcón, por donde había entrado, para marcharse con mi pequeño tesoro. Desesperada, salté de nuevo contra él para intentar arrebatárselo y, al sorprenderlo, se le cayó al suelo. Uriel, muy rápido, se lanzó en plancha atrapándolo. El monstruo me arrojó a un lado de la mesa y cogió a mi amor por el cuello e intentó quitarle el medallón, que ya no tenía en su poder porque lo había lanzado hacia donde yo estaba, lo cogí al vuelo y lo colgué en mi cuello. Alcé mi brazo y ahora sí emergió de mi mano la espada de fuego, que lo atravesó, antes de que pudiera darse cuenta, y cayó al suelo moribundo. Moví las alas y me asomé al balcón por si encontraba más alimañas de esa clase, sin que hubiera ninguna. Entonces llegó Samael, que agitaba sus alas, suspendido en el aire con expresión muy seria. Entró por la ventana para observar lo ocurrido. La gente seguía asustada sin moverse, solamente Antonio y Uriel estaban de pie, observando aquel bicho repugnante, al que Samael le cortó el cuello con su espada de acero para que muriera del todo, y entonces desapareció.

—Llegas tarde otra vez —le reproché—. ¿Qué era eso? —señalé el lugar donde había estado el animal.

—Una abominación de los demonios, intentan ser el Creador. Debes cortarles el cuello para asegurarte de su muerte. Entonces su cuerpo desaparece por completo.

—¡Merde! ¿Y eso por qué?

—Cuando mueren, el cadáver vuelve a la dimensión a la que pertenece.

—Comprendo. Estoy cansada de esta historia. Quiero vivir con tranquilidad. Por favor, arregla este desaguisado para que el cumpleaños de Antonio no se estropee.

—De acuerdo. A ver, todos de pie y bailando en parejas.

Samael lo dejó todo como estaba antes de la aparición del monstruo y se marchó. En cuanto a la gente, continuó bailando y divirtiéndose sin notar nada extraño, salvo Antonio, que me observaba sin entender por qué lo hacía. Solamente Uriel conocía la verdad y, por supuesto, no podía decírsela a nadie. Era un secreto demasiado importante como para jugar con él. Cogí el medallón para besarlo, luego lo volví a meter dentro de mi jersey y mi piel se alegró de su contacto. A partir de ahora deberé llevarlo siempre en mi pecho. Había aprendido una lección muy peligrosa. Sería conveniente encontrar una solución entre mi vida y los intereses del medallón y ya entendía cómo: Araziel. Sí, en él estaba la clave de todo. Pero... ¿me permitirán llegar hasta el ángel enamorado? ¿Y si me equivoco y libero a todos los demonios?

Desde luego, no iba a quedarme quieta y esperar el próximo ataque. Algo tendría que hacer, ¡digo yo! Decidí largarme de la fiesta y le pedí a Uriel que me acompañara a casa. Me despedí de Antonio y de sus amigos. Nos marchamos cogidos de la mano, sin preocuparnos de lo que podían decir mis compañeros.

Por fin acepto el amor con todas sus consecuencias.

Por el camino a casa jugueteábamos con nuestros dedos entrelazados, sin decir palabra. Caminábamos despacio, sin prisas. De pronto, Uriel, a la altura de la iglesia de Santa Ana, comenzó a reír, y yo, sin saber por qué, me reía con él. Era una risa contagiosa que no podía evitar. Por fin, después de un rato, cuando estábamos llegando a la placeta de los Pachecos, donde vivía, pude ponerme seria y preguntarle:

—¿De qué te ríes?

—De lo feo que era el monstruo —contestó entre risotadas.

—*Oui*, horrible, y muy peligroso. Nos lanzó contra la pared como si fuéramos muñecos.

—Sí, pudo hacernos daño. Estoy preocupado por ti; si hay muchos como ese bicho, pueden atacarte y... me da miedo solo de pensarlo.

—Tranquilo, he aprendido a defenderme, en cada momento de peligro me protejo según lo necesito. Tal vez en una vida anterior fui una guerrera y no lo sabía —dije tratando de calmarlo.

—Sí, mi guerrera favorita —su voz resultaba tan dulce que me derretía el corazón.

Me puso la mano sobre el hombro y me pegó a él, al tiempo que caminábamos. Yo lo enlacé con mis brazos por la cintura. Andábamos de una forma extraña, pero divertida. Mis ojos buscaban los suyos, mis labios también y nos paramos para saborear un beso prolongado, como si estuviéramos solos en el mundo. Nos encontrábamos frente a mi casa y no me importó, había cumplido dieciséis años y me sentía toda una mujer capaz de vivir el amor. Alcé la mirada y pude ver a mi madre observándonos tras las cortinas del balcón. En ese momento me apeteció enseñarle mi conquista.

—¿Quieres subir? —le pregunté de repente.

—¿A tu casa? —no solo se sorprendió, sino que me parecía algo asustado o quizá no estaba preparado.

—Sí, a mi casa, ¿te da miedo? —le pregunté directamente.

—No, después de pelear con un demonio, ¿qué miedo puedo tener?

—Bueno, mi madre no es un demonio —le dije bromeando.

—No, claro que no, no quería decir eso —se apresuró a aclararlo.

—¡Vamos! Ya nos ha visto. Está asomada a la ventana. ¡Por fa!

Lo cogí de la mano y tiré de él; tenía pocas ganas de subir, pero no le di otra opción. No encontraba la llave y llamé al timbre. Esperamos un rato, debido a que la criada no trabajaba los fines de semana, y mi madre tenía que bajar las escaleras desde la segunda planta. Al abrir la puerta se quedó de piedra, no sabía qué decir.

—Perdona, mamá, no encuentro la llave de casa —le dije como saludo.

—Te... te las dejaste encima de la mesa del salón.

—¡Puff!, con el cumpleaños se me olvidó. ¡Lo siento!

—Pasad —nos dijo apartándose un poco.

Entramos y nos paramos en un lado, esperando que mi madre cerrara el portón. Se volvió muy seria, no podía disimular su sorpresa. Era evidente que no sabía qué decir ni cómo actuar. Yo nunca había llevado a un chico a casa, y menos de noche. Se quedó parada, mirándonos fijamente.

—¿Cómo estás, mamá? ¿Se te ha quitado la fiebre? —le dije para romper el hielo.

—Sí. Parece que estoy mejor. ¿Qué tal ha ido la fiesta de tu cumpleaños?

—Muy bien, fuimos a un bar donde invité a todos mis compañeros, y luego a la fiesta que celebró un amigo en su casa, que también cumple los años hoy. Allí hemos estado hasta ahora.

—Podías haber hecho la fiesta aquí. Yo no estoy tan grave. He decidido levantarme y hacer mi vida normal, una gripe no va a poder conmigo.

—Me alegro, mamá, y no te preocupes por el cumpleaños; mis amigos se lo han pasado muy bien.

—Bueno, si otro día quieres hacer una fiesta aquí, solo tienes que decírmelo.

—Gracias, mamá, lo tendré en cuenta. Ahora quiero presentarte a Uriel.

—Encantada, ¿sois amigos? —le dijo acercándose y dándole dos besos.

—Pues claro, mamá, es un compañero y tenemos que hacer un trabajo de historia.

—¿A estas horas?

—No lo vamos a hacer ahora, mamá, solo deseamos planificarlo.

—*D'accord, d'accord*, solo preguntaba. Mañana tendréis que madrugar.

—Encantado, señora —dijo por fin Uriel, que se encontraba muy

incómodo.

—Nos vamos a mi cuarto, mamá.

—Hija, ¿queréis cenar algo? Os lo preparo en un momento.

—Otro día, mamá, hoy es muy tarde. ¡Vamos, Uriel!

Subimos la escalinata de mármol y nos dirigimos a mi habitación, que estaba en la segunda planta, al igual que todas las habitaciones acondicionadas. El resto de la casa tenía humedad y necesitaba reparación, pero nada podíamos hacer hasta que la administración nos diera el visto bueno. Mi habitación era muy amplia, aunque tengo pocos muebles: una cama de cuerpo y medio, un armario de tres puertas y un espejo muy grande colgado en la pared, y que es capaz de abducir, al menos a mí. Mi madre quería que estudiara en la biblioteca; yo preferí hacerlo en mi habitación. Deseaba convertirla en el centro del mundo y para ello coloqué, junto a la ventana, una mesa donde estudiar y una estantería para tener mis libros. Quitó los cuadros que había cuando ocupamos la casa, que eran muy antiguos, y coloqué unos pósteres modernistas que traje de París. Uriel se entretuvo tratando de interpretarlos.

—Tu casa es enorme —expresó de pronto, como si dijera en voz alta sus pensamientos. Hasta ese momento no había dicho ni pío.

—Demasiado grande, a veces parece que vivo muy lejos de mi madre. En París teníamos un piso pequeño.

—¿Y cómo viniste aquí? —me gustaba que se interesara por mí.

—La casa era de mis abuelos. Como mi padre ya no estaba, cuando ellos murieron me quedé como heredera universal. Así de simple.

—Conocía esa historia, es lo que dicen en el instituto; lo que ignoraba era si era cierta o no —me confesó; yo sabía por Carmen lo que comentaban en el liceo.

—Lo es. Echo mucho de menos a mi padre. ¿Sabes? Él era mi amigo, mi confidente, teníamos mucha confianza el uno con el otro —le revelé melancólica.

—Eso es muy bonito. Yo con mi padre solo tengo broncas. ¿A quién te pareces de los dos?

—A ninguno. Soy adoptada. Mis verdaderos padres murieron en un accidente en París, cuando yo tenía unos meses —me sorprendí hablándole de algo que, aparte de mi madre, nadie conocía; deseaba ser sincera con él en todo.

—Lo siento, no tenía la menor idea de lo que me cuentas, no había oído

nada de eso —decía, consternado por la noticia.

—Bueno, yo lo he averiguado hace poco y todavía no lo sabe nadie ajeno a nosotras, te ruego guardes el secreto. Aún estoy en *shock*.

—No te preocupes, ¿te lo ha dicho ahora? —preguntó extrañado.

—Sí. Bueno, ellos tenían miedo de decírmelo, ya sabes, por si dejaba de quererlos y esas cosas.

—¿Y cómo lo has averiguado?

—Me lo dijo Samael, para explicarme por qué soy la heredera del medallón. Al parecer un ángel se enamoró de mi antepasada y tuvieron una hija y de ahí descendiendo yo; una locura —le respondí de una forma tan sencilla que yo misma me sorprendía.

—¡Joder, qué historia, Anik! —expresaba muy entusiasmado—. Parece que estás respondiendo muy bien; si a mí me pasa lo mismo, me muero del susto.

—Sí, todo un drama que debo vivir —le respondí para quitarle una importancia que no tenía.

—Ya sabes que quiero compartir tu destino —dijo, acercándose a mí y cogiéndome la mano.

—Lo sé, por eso no te he borrado la memoria.

—Ni se te ocurra hacerlo. No te fallaré. Y ten cuidado con esos poderes, pueden ser peligrosos porque no sabemos si tiene efectos secundarios —conocía su preocupación.

—Conforme voy aprendiendo cosas voy entendiendo algo más.

—¿Qué quieres decir? —me preguntaba con sinceridad de conocer mis cosas, o así me lo parecía.

—Verás, la finalidad del medallón es que Lilith, mi antepasada, liberara a Araziel de la cárcel donde está recluido. Para eso le dio el medallón con los poderes necesarios para hacerlo. Es decir, los poderes de un ángel, y una magia que impide que gente ajena a Lilith o sus descendientes lo pueda utilizar.

—¿Y si liberas a ese ángel y podemos vivir tranquilos? —esa pregunta ya me la había hecho yo.

—No seas ingenuo, Uriel, para conseguirlo debo abrir las puertas del Infierno y, primero: no tengo ni puta idea de cómo hacerlo; segundo: si por error libero a todos los demonios, librándose una guerra entre los ángeles y todos esos malvados, podría ser el fin del mundo —intenté explicarle mis preocupaciones con este asunto.

—Tienes razón, primero tenemos que saber cómo controlar la situación. ¿Y Samael? Él debe saber todo eso.

—Parece que no, Azaziel era su amigo, pero no contó con él. Tal vez no lo implicó para protegerlo. Tengo una idea, Samael me está contando su historia, dice que así entenderé para qué sirve el medallón. Vamos a ir a su casa y que termine de contármelo todo.

—¿Ahora? Es muy tarde. ¿Tu madre te dejará salir?

—No hace falta, despídete de mi madre y te vas a casa de Samael. Yo iré en cuanto ella se acueste, teletransportándome a través del medallón.

—¡Vale! Como tú quieras —dijo dándome un abrazo y un beso, como si fuese una despedida. Yo le respondí del mismo modo.

Fuimos a ver a mi madre, que veía la televisión en la salita con un vaso de leche caliente delante. Le dije adiós y lo acompañé hasta la puerta. Ella miraba desde arriba, quizás por rebeldía no pude evitar engancharme a su cuello y besarlo suavemente; él me sonrió y, susurrándome al oído, me dijo: “te quiero”. Yo nunca le decía que lo quería, parecía que me costaba trabajo reconocerlo. Mi madre esperaba muy seria.

—¿Este es tu enamorado?

—*Oui, maman.*

Creí que me iba a regañar por haberlo traído, a decirme que no tenía edad, que era muy joven para novios y esas cosas que dicen algunas madres; pero no fue así y, a pesar de que no dejó de darme consejos, su actitud fue muy positiva. Parece que se ha vuelto más abierta desde que conozco que soy adoptada, tal vez tenga miedo de perderme y por eso actúe así. En cualquier caso yo no he dejado de quererla, aunque no me hubiera parido, y mi enfado, porque no me lo dijeran, me duró muy poco.

—Es muy guapo, creo que tienes muy buen gusto. Estoy segura que tu padre te apoyaría, y yo también —dijo acercándose a mí para darme un beso en la frente, como muestra de su aprobación—. Te deseo que tengas mucha suerte y seas muy feliz. No olvides que eres muy joven. Tómate las cosas con calma, pero sobre todo, no dejes de estudiar y formarte como persona. La vida es muy dura y las mujeres tenemos que estar muy bien preparadas para esa lucha —habló con franqueza.

—Gracias, mamá, ahora no quiero sermones.

—Lo sé. Lo sé. Yo también fui joven. Puedes traerlo cuando quieras, siempre y cuando no lo metas en la cama.

—Mamá, no voy a acostarme con él... todavía. Aún no estoy preparada —

le dije con un poco de rabia, no me gustó que tratara ese tema con tan poca delicadeza, como si no confiara en mí.

—Mejor, yo me voy a dormir, estoy muy cansada por la gripe. Buenas noches —dijo por zanjada la conversación.

Esperé por si venía a decirme alguna otra cosa. Al rato fui a la puerta de su dormitorio y oí su respiración, parecía dormida. Preparé un vaso de leche caliente con unos cruasanes y me teletransporté a la casa de Samael. Aparecí en su cocina, claro, aunque nunca había estado allí. Muy cansada, como si hubiera corrido un maratón. El demonio, a esas horas, ya estaba en la cama durmiendo. No quise despertarlo, al menos hasta que llegara “mi amor”. Me senté en el salón a tomarme la leche y puse la tele. De pronto vi salir a Samael con una espada de acero en la mano. Al verme se quedó sorprendido.

—¡Ah! ¿Eres tú?

—Sí. Soy yo. Quería hablar contigo, no me imaginaba que te acostabas tan pronto.

—Siempre me acuesto pronto, salvo los días que tengo que hacer algo. Mi horario es flexible. He notado la presencia de un ángel y no me contestaba, por eso me he levantado con una espada —me dijo para justificarse.

—Pues estoy yo sola. Le dije a Uriel que viniera primero, y parece que no ha llegado.

—No he oído nada, duermo profundamente.

Mientras hablaba me asomé al balcón para ver si lo veía venir y divisé los pies de alguien sentado en el portal. Imaginé que sería él y lo llamé por el telefonillo, contestó enseguida y le pedí que subiera. Salí a recibirlo al rellano, lo abracé besándolo como si hiciera siglos que no lo veía. Parece que cada día lo necesito más a mi lado.

—Me he cansado de llamar, creo que he despertado a todos los vecinos menos a él —se quejó en cuanto llegó a mi lado.

—Perdona, estaba durmiendo y desde ese dormitorio no se oye muy bien el timbre —le explicó el profesor para justificarse.

Terminé de beberme la leche y dejé el vaso en la mesa, luego me tumbé en el sofá apoyando la cabeza en las piernas de Uriel.

—Vamos Samael, termina de contarme la historia de Lilith y Araziel. Te quedaste cuando venció a los soldados del rey de Elam hace más de cinco mil años, más o menos. Atiende, niño —le dije a Uriel—, que es una historia de amor muy bonita.

CONTINÚA LA HISTORIA DE LILITH Y ARAZIEL

Samael se sentó en su sillón y continuó contándonos la historia de mi antepasada y su enamorado. Yo sonreía esperando sus palabras; deseaba conocer todas sus andanzas por si así aprendía algo mas sobre el medallón.

Valle del Jordán, junto al mar Muerto.**Primavera, hace más de 5.000 años.**

«La ciudad de Sodoma tenía grandes murallas de adobe de más de seis metros de alto y dos de ancho. La base era un gran zócalo de piedra, que le daba mucha fuerza y le quitaba las ganas de conquistarla a muchos ejércitos. Nada más entrar, dejó a Lilith en una posada y solicitó ver al rey. La audiencia le fue aprobada enseguida y lo llevaron a palacio en un carro militar. El rey lo recibió en el salón del trono, en presencia de sus consejeros.

—¿Quién eres que traes tras de ti a mis enemigos? —le preguntó Bera, rey de Sodoma.

—Soy un humilde campesino, al que el rey Codorlaomor le quiere quitar a su esposa. Solicito tu protección para ella.

—Conozco a Lilith y no sabía que tuviera esposo. Te daré protección si formas parte de mi ejército; te he visto luchar enfrentándote a los soldados del rey de Elam y no te ha dado miedo. Eres un gran guerrero.

—Un esposo tiene que defender a su compañera —le dijo como excusa, proteger a su cónyuge formaba parte del honor personal de todo hombre.

—Tienes razón. Y yo debo salvaguardar los intereses de mi pueblo. ¿Crees que atacarán la ciudad o se cansarán, marchándose a casa?

—Por el número de efectivos que ha traído piensan asaltar la ciudad. Si quieres defenderte, ataca tú primero. La sorpresa te favorecerá. Lucharé con tu ejército. Si los derrotamos se irán enseguida —afirmó tajante.

—Te nombraré capitán y te daré... ¿Cuántos soldados necesitarías para derrotar a mi enemigo?

—Con quinientos serán suficientes —pensaba en un ataque relámpago con pocos hombres.

—¿Solo quinientos? —el monarca quedó muy extrañado por la petición, tenían enfrente a un gran ejército.

—Tienen que ser los mejores, será un ataque rápido y efectivo, ha de ser esta noche para conseguir la sorpresa.

—Mandaré que te preparen esos hombres. Pronto celebraremos la Fiesta de la Vida en honor a la diosa Astarté. Serás el principal invitado. Te nombraré sacerdote para que puedas poseer a todas las mujeres que desees —le ofreció Bera.

—No deseo poseer a ninguna mujer, solo que el rey Codorlaomor deje en paz a mi esposa. Ahora quisiera ir a buscarla para comunicarle mi decisión —había oído hablar de esa fiesta aberrante y no le gustaba.

—No es necesario, tu esposa ha sido llamada a palacio y la reina está con ella ahora mismo. Os darán alojamiento en la residencia de oficiales de mi ejército.

Una esclava lo acompañó hasta la casa que le habían destinado. Allí se encontraba ya Lilith. Le comunicó su reunión con el monarca y su intención de atacar al ejército del rey de Elam.

—Por cierto, ¿conoces a Bera? —le preguntó con curiosidad, quiso saber si el monarca le había mentado.

—¿Al rey de Sodoma? Sí, mi madre le sirvió antes de nacer yo.

—¿Trabajó en palacio? —se sentía sorprendido por la casualidad; si la conocía la protegería más fácilmente.

—No exactamente, cuando ella tenía doce años fue vendida por mi abuelo, un semita borrachón, al rey y fue su esclava sexual hasta los quince. Entonces la casó con mi padre, un comerciante también semita que la trató muy bien. La pena fue que murió pronto y mi madre volvió a casarse con ese maldito diablo que me hizo huir de su lado.

—Comprendo —se sentía solidaria con ella.

Comieron juntos y luego se marchó al pabellón de oficiales para preparar el plan de lucha de sus hombres. Los soldados que le habían asignado eran altos y fuertes, y estaban bien equipados. En su uniforme llevaban una chapa de cobre que les cubría el pecho y los hombros, un escudo también de metal en la mano izquierda y un yelmo que los hacía parecer terribles. En la cintura, en el lado izquierdo, una daga de la que solo se veía la empuñadura y, en el derecho, una espada grande y pesada; por eso estaban muy bien

alimentados. No llevaban lanza. Eran soldados de élite, muy superiores a los demás. Araziel quedó muy satisfecho. Observó el fuego que los sitiadores habían encendido para calentarse y pudo determinar su posición. Esperó a que su actividad decreciera y los que no estaban de guardia durmieran. Araziel preparó a sus hombres dividiéndolos en grupos de diez y asignándoles un trabajo específico. El objetivo era atacar directamente a la guardia del rey. Si mataban a Codorlaomor, el ejército se disolvería. Una operación arriesgada y peligrosa, pero valiente. Se descolgaron de la muralla por una zona muy próxima al lugar donde estaba la tienda del monarca. Desde luego los sitiadores no esperaban que los atacaran con tanta osadía y todos estaban muy relajados; hasta los guardias estaban semidormidos. La carnicería fue terrible. Araziel fue directamente a la tienda del rey de Elam y lo degolló mientras dormía. A partir de aquí, los sodomitas fueron matando adversarios por doquier, sin que estos tuvieran tiempo de averiguar de dónde salían sus enemigos. Algunos preguntaban qué estaba pasando, y como respuesta recibían un golpe de espada que los llevaba a la otra vida. La mayoría de los soldados de Elam, al percatarse de la magnitud del ataque, huyeron asustados sin ningún orden, alejándose de allí. Cuando por la mañana se reagruparon y comprobaron que habían sido diezmados y que su rey había muerto, decidieron volver a su reino. Junto a la tienda del rey quedó una gran cantidad de carros llenos de riquezas, que habían expoliado a su paso por estas tierras. Araziel tomó posesión del tesoro y, al amanecer, entró en la ciudad con él. Le entregó la décima parte al rey, tal como marcaba la ley, y el resto lo almacenó e hizo correr la voz de que todo aquel que hubiera sido robado por el rey de Elam podía venir y reclamar lo que le hubieran sustraído. Durante varias semanas vinieron gentes de sitios muy lejanos a reclamar alguna pertenencia, y solo se las entregó a aquel que demostró su propiedad, como a Lot, sobrino de su amigo Abraham, que había sido atacado y robado por Codorlaomor en las llanuras del Jordán. Lot había ido a Sodoma a buscar protección del rey cuando el ángel atacó y venció a los invasores, recuperando todo lo expoliado. En cuanto tuvo noticias de que Araziel devolvería a sus dueños todo lo que había sustraído el rey de Elam, se presentó ante él y le entregó una relación de los carros y la mayoría de lo que le habían desvalijado. Después de entregar su parte al rey y devolver lo saqueado a los dueños que lo solicitaron, que tuvieron que demostrar que les pertenecía, y estos le regalaran una parte como agradecimiento, mas lo que no fue reclamado, hizo a Araziel y a Lilith poseedores de una inmensa fortuna. Compraron una gran casa y los

esclavos que necesitaban para llevarla. Vivían como un matrimonio y Lilith se sentía feliz. Se acercaba el día de la gran fiesta a la diosa Astarté. La llamaban la “Fiesta de la Fecundidad” o “Fiesta de la Vida”. Se celebraba al comienzo de la primavera y había sido atrasada por la presencia del ejército de Codorlaomor. La ofrenda consistía en que todos los hombres llevaban a sus esposas e hijas al templo de la diosa. Allí, las que todavía fueran vírgenes eran trasladadas a palacio para ser iniciadas por el rey y los sacerdotes, siempre en presencia de la diosa que las bendeciría con muchos hijos a lo largo de su vida. El resto estarían en el templo a disposición de cualquier hombre que quisiera poseerlas ante la diosa. La fiesta duraba siete días y aquel que no llevara a sus mujeres sería encarcelado y ellas vendidas como esclavas. Araziel fue informado de ello y no estaba dispuesto a entregar a Lilith a esa lujuria. No tenía orden de oponerse al culto a los falsos dioses, tampoco de participar, y aquello le parecía una aberración, aunque estaba acostumbrado a la utilización del poder para fines lujuriosos de las castas sacerdotales. Eso ocurría en muchas ciudades. Lo había hablado con Lilith y habían decidido ir a ver al rey antes de las fiestas, para que la dispensara de la ofrenda a la diosa. Para ello estaba dispuesto a entregar un gran donativo al templo y otro al palacio. Mientras tanto, Abraham había tenido noticias del expolio del poblado de Lot y fue a visitarlo para ofrecerle su ayuda. Allí le dijeron que había ido a Sodoma y lo buscó en esa ciudad. Cuando lo encontró ya había recuperado sus bienes y se lo contó todo a su tío. Juntos se dirigieron a la casa de Araziel para agradecerle lo que había hecho por ellos. Araziel los recibió como viejos amigos. El ángel llamó a los criados para que les sirvieran el mejor vino y frutas para sus invitados. Les pidió que se sentaran y ordenó a los sirvientes que los dejaran solos, quería saber de la marcha del pueblo hebreo.

—El pueblo trabaja mucho y cada sábado descansa para alabar al Creador. Ahora somos muy numerosos; para un mejor gobierno he decidido dividir el clan en doce tribus, y he puesto al mando de cada una un juez para que las gobierne y un sacerdote para dirigir sus obras al Todopoderoso. De esta manera, a mí solo me llegan los problemas importantes. Ahora, gobernar es más fácil.

—¿Ya no temes que se separen de ti? —le preguntó el ángel.

—No, todos han jurado fidelidad. Incluso Lot, que se había separado de nosotros, ha vuelto y le acabo de nombrar juez y sacerdote. Cada tribu se queda con lo que necesita y entrega el resto a la comunidad. Yo reparto los

excedentes y todos están contentos. Además he constituido un pequeño ejército permanente, que puede intervenir en cualquier pueblo que lo necesite, para restaurar el orden o para defenderlo de un ataque externo. Hasta ahora los hombres eran convocados en caso de guerra; a partir de ahora, eso se hará solo en caso de necesidad. Cada tribu entregará un número de hijos para el ejército, que serán preparados exclusivamente como soldados.

—¿Vas a ocupar toda Canaán? —quería saber los planes del hebreo.

—No, no, por ahora eso no nos interesa. Para conseguirlo tendríamos que tener un gran ejército y resulta muy costoso. Prefiero una milicia para salvaguardar el orden entre nosotros y mantener a raya a los demás pueblos. Hemos llegado a estas tierras pacíficamente y nos asentamos en zonas donde no vive nadie, y si tienen propietario, las compramos. También pagamos tributo a los reyes, si están bajo su influencia. No deseamos arrebatarse el poder a ningún soberano. Por ahora. Cuando seamos fuertes, quizás podamos tener nuestro propio poder.

—¿Y los egipcios? ¿Os han exigido tributo?

—Los egipcios tienen problemas en su tierra y han abandonado Canaán. Para cuando se recuperen, seremos tan fuertes que no podrán exigirnos nada.

—Eres inteligente y estoy seguro de que conducirás a tu pueblo por el buen camino; si no olvidas al Creador. Me alegro de tu éxito. Abraham, tu visita me viene muy bien. Quisiera pedirte un favor —le dijo el ángel.

—Mi pueblo está en deuda contigo. Cuenta con ello —le dijo con sinceridad.

—Gracias, se trata de Lilith. La secuestró el rey Codorlaomor y yo la rescaté. La hice pasar por mi esposa para evitar que otros hombres se adueñen de ella. ¿Comprendes?

—Sí, lo entiendo, me han dicho que es muy guapa.

—He de regresar a mi mundo, en realidad debería haber vuelto ya. Tampoco puedo dejarla sola con este rey corrompido, irían a por ella enseguida. Quisiera que te la llevaras a vivir con tu pueblo; ella es rica y no te causaría gastos —le pidió Araziel.

—Comprendo. La llevaré a vivir con nosotros y me aseguraré que la respetan.

—Sí, es un asunto desagradable para mí, pero como no puedo intervenir en los asuntos de los hombres... —les aclaró Araziel—. Ahora debo ir a palacio, tengo audiencia con el rey para excluir a mi esposa de la ofrenda a esa falsa diosa.

—Yo ya he pagado el tributo para excluir a mis mujeres, precisamente veníamos de resolver ese asunto —le dijo Lot.

—Sodoma es una ciudad llena de vicios e injusticias. Ya le he pedido a Lot que construya su residencia fuera de la ciudad, lejos del poder de este rey. Nosotros no tenemos esas costumbres paganas. Nunca aceptaremos esos sacrificios que no sirven para nada —dijo Abraham mientras se levantaba para marcharse de la casa.

—Gracias por vuestra visita. Avisadme de vuestra marcha para preparar las cosas de Lilith.

—Así se hará.

Los dos hebreos le hicieron una reverencia y se marcharon, él se dirigió a palacio. Luego hablaría con ella de la decisión que había tomado. El rey no le puso impedimentos a la exclusión de su esposa de la ofrenda a la fecundidad, aunque le exigió un alto tributo para no enfadar a la diosa. Araziel aceptó, no quería enemistarse con el monarca. Volvió a su casa y buscó a Lilith; la encontró en la cocina preparando la comida con las esclavas. Se acercó a ella, que le rodeó el cuello con sus brazos para besarlo. Araziel le respondió apretando su cuerpo contra el suyo y devolviéndole el beso con pasión. Se sentía tan enamorado como el mejor de los hombres y había decidido aceptarlo como algo natural. Desde que llegaron a la ciudad, vivían una luna de miel que los hacía sentir inmensamente felices. Pasados unos minutos, separaron sus labios y se fueron al salón donde se sentaron para hablar. El ángel le contó su visita al rey y el pago de un tributo para evitar ser llevada al templo con las demás mujeres.

—Conozco esa fiesta que convierte en rameras a las mujeres de esta ciudad. El rey y sus sacerdotes fornican con las jóvenes, y el resto de hombres con las esposas de los demás. Yo hubiera huido antes que sucumbir. Por fortuna estoy contigo.

—De eso quiero hablar —tenía que contarle su decisión y no sabía cómo planteárselo para no causarle daño.

—Dime, mi amor —se le encogió el alma al imaginar de lo que se trataba.

—Ya sabes que mi estancia en este planeta es limitada, he prolongado esta Ronda por ti; si me descubren, no tengo justificación y me castigarán. Seré encerrado en el Infierno para la eternidad.

—No quiero que te ocurra eso —claro que no, solo deseaba su felicidad; por eso haría lo que hiciera falta para que no fuera castigado.

—Yo tampoco, por eso debo irme. Volveré en cuanto pueda. No te

abandonaré —le explicaba con el corazón roto, sus sentimientos eran iguales a los de cualquier hombre en su situación.

—Si esa es tu decisión la aceptaré. Tengo algo que comunicarte, aunque quizás ya lo sepas. ¿Voy a tener un hijo tuyo? —le notificó con cierto temor, por si la noticia no era de su agrado.

—Sé que estás embarazada. Lo he sabido por los pensamientos de tus criadas. Y me hace muy feliz, pero también estoy muy preocupado porque, si se enteran, te castigarán también a ti —le comunicó sonriendo.

—¿Me castigarían?

—Creo que sí. Podría ser tu muerte y la de tu hijo no nacido.

—¿Quieres decir que el Creador me mataría? —preguntó con temor.

—No, el Creador no se ocupa de esas cosas, lo harán ellos. Tenemos prohibido dejar nuestra esencia en otra raza creada por Él para otro fin. La descendencia podría ser una mezcla de ambos, y eso no está previsto.

—No sé cómo será mi hijo, pero no voy a permitir que nadie le haga daño —le dijo con determinación.

—Yo tampoco consentiré que hagan daño a nuestra hija.

—¿Cómo sabes que será una niña? —expresó sorprendida; hubiera preferido un hijo, una hija traía más problemas.

—Porque puedo sentirla en tu vientre, vendrá a la vida en siete lunas —Araziel parecía emocionado.

—Quería tener un hijo tuyo para que me hiciera compañía cuando te vayas. Ahora estoy preocupada por si tu gente la lastima.

—No permitiré que nadie os haga daño. En unos días, espero que antes de las fiestas, te irás a vivir con un pueblo llamado hebreo, que vive en Judea, una tierra del altiplano. Conozco a su patriarca y es un hombre de honor. Él te respetará y hará que seas respetada; se llama Abraham, es tío de Lot, al que ya conoces, el que recuperó sus bienes. Nos están muy agradecidos y confío en ellos.

—¿Cuándo te irás? —preguntaba con el corazón en un puño.

—En cuanto estés a salvo —le respondió con tristeza, no podía evitar marcharse antes de causar alarma entre los suyos.

—¿Volverás? —ella necesitaba algo que le permitiera esperarlo sin caer en la desesperación.

—Volveré —afirmó con contundencia y la abrazó con fuerza.

Dieron instrucciones a los esclavos y se recogieron en sus habitaciones privadas para amarse. Una tarde, dos días antes de la fiesta, les llegó el

mensaje del hebreo: —“Partimos al amanecer”—. Araziel ordenó a los esclavos que prepararan los carros con todas sus pertenencias y riquezas. Esa noche se despertó asustado. Lilith estaba a su lado, sentada en la cama, sorprendida de ver su agitación.

—Pensaba que tú no soñabas —le dijo, en cuanto vio que abría los ojos.

—Es la primera vez que me ocurre.

—¿Qué has soñado? —preguntó acurrucándose en su pecho.

—No lo sé, había mucho humo y todo parecía que estaba ardiendo. No reconocí el lugar, ni siquiera recuerdo qué ocurría realmente.

—Los sueños que tenemos los humanos son así —le dijo Lilith sonriendo —, a veces ni siquiera recordamos lo que hemos soñado.

Se abrazaron y Lilith volvió a dormirse. Él se mantuvo despierto; el tiempo de estar juntos estaba llegando a su fin. Debía volver para saber la gravedad de la situación. Sabía que otras veces ese mismo hecho había pasado desapercibido. Claro que él no tenía noticias de que ningún ángel hubiera dejado embarazada a una mujer. En este caso, Lilith esperaba una niña. Eso era más grave. El castigo para el ángel que no respetara la prohibición, era el destierro al Infierno; y para la humana y el engendro, la muerte. Araziel estaba triste, había estado así otras veces, pero nunca había tenido miedo como ahora. Desde que supo del embarazo, se preguntaba frecuentemente cómo sería su hija, todavía no tenía actividad mental y posiblemente no podría leer sus pensamientos, al igual que le ocurría con su madre, aunque percibía que se encontraba bien. En realidad ignoraba si su hija tendría poderes o no, sospechaba que al ser engendrada como hombre no lo sabría hasta que ocurriera. Si naciera un ser humano con los poderes de un ángel podría fundar una nueva especie que no habría sido concebida por la creación. Eso sería una incongruencia de la naturaleza. Un inmortal entre los hombres. ¿Acaso esa especie podría acceder a la dimensión de los ángeles? La armonía del universo se vería alterada y se podría generar el caos. Los arcángeles no esperarían a comprobarlo y querrán la muerte de su enamorada y de su hija. Eso no debía permitirlo. Lilith se despertó y lo buscó. Lo encontró en el patio dirigiendo la carga de los carros y preparando los bueyes que los llevarían. Ella colaboró en la tarea y cuando terminaron se sentaron en el patio, debajo de una parra que comenzaba a formar sus frutos. Al salir el sol, los carros de Lot y Abraham llegaron a la puerta de la casa. Hasta ese momento Lilith había aguantado sin llorar, quería mantenerse fuerte, que él supiera que lo esperaría sin desfallecer. Sin embargo, su fortaleza se

derrumbó cuando la subió a uno de los carros. Las lágrimas comenzaron a caer por su mejilla: al principio, muy lentamente; después, no pudo evitar el llanto. Araziel vio partir la pequeña caravana, encabezada por el patriarca de los hebreos. Aunque no era humano, la tristeza le invadía y también sintió ganas de llorar, como si se le rompiera el alma. En realidad los ángeles no tenían esos sentimientos, aunque su cuerpo de hombre sí. Volvería enseguida a ser ángel, solo le quedaba comprobar que nadie en la ciudad de Sodoma le iba a impedir la salida a su amada. Los hebreos tenían permiso para abandonar la ciudad, por lo que no encontraron oposición. Subió a una de las almenas de las murallas y comprobó cómo se alejaban por el camino de Hebrón. Volvió a la que había sido su casa en aquellos días de felicidad humana y se sentó a esperar que llegara de nuevo la noche. Al amanecer saldría con su caballo hasta el portal y volvería a su dimensión de ángel. No quería que el rey fuera informado de su marcha e intentara perseguir a los hebreos si sospechaba que se llevaban a Lilith y sus riquezas. En un día estarían lo suficientemente lejos del poder del rey Bera. Respecto a él, se sentía tranquilo, no tenía miedo por sí mismo, sino por ella; tenía que encontrar la fórmula para que los arcángeles no pudieran encontrarla.

La fabricación del medallón.

Dimensión de los ángeles.

Tiempo indefinido

Araziel atravesó el portal y se internó en su dimensión. Se cruzó con varios ángeles a los que saludó sin más. Se fue directamente a su morada. A veces le gustaría vivir una vida de hombre y, como ellos, morir y descansar; pero su destino como ángel era vegetar una eternidad, donde el amor no contaba. Se preguntaba por qué fueron creados sin el apego que sentían los humanos. Acababa de llegar y echaba de menos a Lilith. En su larga existencia había conocido muchas mujeres a las que había ayudado, nunca se le ocurrió que pudiera enamorarse. Indudablemente Lilith era excepcional. Tenía que ver a su jefe de equipo y darle el informe de la última Ronda, y si no se la quitaba del pensamiento, lo descubrirían y no podría volver a su

lado. Para evitarlo, hizo el escrito y se lo envió a su oficina con un mensajero. Poco después recibió la visita de Elizabel, un ángel enviado por Metaniel. Quería verlo inmediatamente. Tal vez el arcángel se había enterado ya, o quizás solo deseaba hacerle un encargo; cuando quería hacer algo especial siempre lo llamaba a él, porque tenía cualidades que muchos ángeles no poseían. En cualquier caso, significaba que debía verlo inmediatamente, y eso era peligroso. Volvió a sentirse nervioso y pensó en utilizar la magia que le enseñó Abbadón, aquel demonio al que le salvó la vida y que vivía escondido en la Tierra. Para ello utilizaba hierbas y otros productos secretos, con los que hacía un aceite que cambiaba las propiedades naturales de los ángeles. Por ejemplo, si se untaba las manos y la cabeza, otros congéneres no podían leer su pensamiento, e incluso podía pasar desapercibido, debido a que no podían captar su esencia. Su aceite tuvo mucho éxito entre los demonios y, desde entonces, se pueden esconder sin ser detectados por los ángeles o arcángeles. Araziel lo descubrió por casualidad. Le gustaba ir a pasear por un valle, en lo más recóndito del Himalaya, con un microclima maravilloso, que en primavera estaba poblado en su totalidad por hierbas aromáticas. Andaba entre la maleza cuando vio a un hombre que le llamó la atención. Era la primera vez que avistaba un ser humano en aquel lugar y se dirigió a él para preguntarle. El hombre se asustó y desapareció. Un humano no podía desaparecer de esa manera, y siguió su estela, atrapándolo en un viejo palacio donde vivía como un noble del rey de esa época. Cuando sacó su espada de fuego para matarlo, el demonio se arrodilló y le pidió que lo ajusticiara en aquel valle con su cuerpo de hombre y oliendo aquellas maravillosas hierbas aromáticas. Sorprendido, habló con él durante un rato, le contó su amor por los olores de la Tierra y le dijo que le gustaría ser humano. Araziel también tenía, en ocasiones, esos sentimientos, y le perdonó la vida. Abbadón, en agradecimiento, le regaló una vasija de esencias con propiedades mágicas y le enseñó la manera de utilizarlo. Eso había ocurrido hace mucho tiempo y ya casi lo había olvidado. Se dirigió al fondo de su estancia y buscó en una de las alacenas ocultas una vasija de ese aceite, y la abrió, untándose las manos y la frente; aunque era un ser espiritual, tenía forma parecida a la humana. Lo guardó de nuevo y volvió a su sillón a esperar que le hiciera efecto. El aceite le produjo un gran calor durante unos momentos. Cuando comprobó que podía controlar sus pensamientos, se dirigió a la sala capitular, donde trabajaban los arcángeles. Metaniel era el jefe del Consejo Mayor de Gobierno, que administraba a todos los ángeles y al resto de planetas, en nombre del

Creador. La casa capitular, donde estaban las oficinas administrativas, era inmensa. Cada arcángel del Consejo dirigía su propio grupo de edificios. En el más grande trabajaba Metaniel, ya que estaba en lo más alto del colofón de poder. Lo esperaba en su despacho, una habitación totalmente blanca y sin ningún tipo de decoración. Desde allí controlaba toda la obra del Creador, especialmente la Tierra, donde vivían los humanos que tantos problemas le daban. Al igual que los hombres, los ángeles también se habían civilizado. En otros tiempos, las entrevistas se hacían sin formalidades, al fin y al cabo eran espíritus. Ahora todo lo marcaba el protocolo: primero lo recibía el secretario, que contrastaba la agenda del arcángel, y lo hacía sentar en unos cómodos sillones blancos, donde esperaba el momento en que le indicaban que podía pasar.

»Hola, Araziel, te noto tenso y tu mente tiene poca actividad. ¿Cómo estás? —le dijo mirándolo a la cara durante un momento.

»Perdona, mi cuerpo ha estado enfermo en la Tierra, y eso me ha desconcertado.

»¿Y por qué no has cambiado de cuerpo? Creo que llevas mucho tiempo con el mismo —dejó de prestarle atención y se puso a leer unos informes.

»Sí, tendré que cambiarlo —le respondió con desgana.

»De acuerdo, hazlo cuando quieras. Te he llamado para que me cuentes tus actividades guerreras —volvió a mirarlo a la cara unos segundos y siguió con su labor.

»¿Mis actividades guerreras? —preguntó Araziel con cautela, no sabía si Metaniel lo conocía todo o si solo le habían informado de eso.

»Sí, he sabido que has luchado contra los ejércitos de la Tierra. Dime, ¿es emocionante?

»Tienes razón, he luchado como hombre para salvar a una mujer. Un rey la quería como esposa y ella se negó y fue capturada para ser tratada como esclava. Es muy piadosa, escuché sus súplicas y la rescaté. Luego tuve que enfrentarme al ejército del rey y no podía usar mis poderes, debido a que estábamos ante un ejército muy numeroso y al lado de una gran ciudad donde vivía mucha gente. Me pareció que utilizar mi espada de fuego en esos momentos podía ser peligroso, porque era muy difícil borrar tantas memorias —entendió que estaba dando demasiadas explicaciones, debería ser más cauto y llevar la conversación por otros terrenos.

»Lo comprendo, lo comprendo. No te reprocho nada. Solo quiero saber qué sentías al pelear con una espada de bronce y poder ser derrotado —le

aclaró la pregunta para que no se extendiera.

»Fue emocionante. El cuerpo humano se tensa y siente algo especial, entonces fabrica una sustancia que te hace sentirte valiente, olvidar el miedo a la muerte, y peleas por sobrevivir con una fuerza que antes no tenías, te vuelves más inteligente y adquieres una destreza muy superior a la que poseías en un momento de tranquilidad. En ese momento el instinto de supervivencia aparece. Es una acción que te recomiendo —le explicó lo mejor que pudo para satisfacer su curiosidad.

»Me gustaría, pero no tengo tiempo de participar en las guerras de los humanos. Son muchos los problemas que tengo que solucionar en cada jornada de trabajo —dijo Metaniel con desdén.

»Lo comprendo, me he dejado llevar por la narración. Perdona, reconozco tu labor y tu liderazgo.

»Gracias. ¿Sabes que tu jefe de equipo se ha quejado de que no lo informas adecuadamente cuando vuelves de tus Rondas? Dice que siempre se lo entregas tarde, y en esta ocasión se lo enviaste por mensajero, evitando la entrevista personal para conocer tu estado.

»Siempre le informo, solo ocurre que cuando vuelvo me apetece descansar un poco y lo visito más tarde, eso no impide cumplir con mis obligaciones —era una excusa, pero real, siempre le entregaba los informes con retraso.

»Vale, vale, hablas con él y lo aclaras, no quiero saber de problemas que no lo son. También me ha dicho que has tardado mucho en volver en esta ocasión ¿Tenías algún problema? —la conversación podría volverse peligrosa por ese camino.

»¿Problema? No, ninguno. No sabía dónde dejar la mujer. Todos querían poseerla, apropiarse de ella y busqué unos seres humanos que la respetaran. Cuando la dejé con su nuevo pueblo volví —le explicó, con cuidado de no decir ni pensar lo que no debía.

»Araziel, en las guerras de los humanos hay muchas mujeres que sufren violencia, y nosotros no podemos salvarlas a todas.

»Lo sé. Pero esta mujer rezaba tanto que me apiadé de ella.

»No hay peros que valgan. Debes limitarte a hacer tu trabajo y nada más. Salvaste a la mujer y ya está. No puedes protegerla toda su vida.

»Lo sé, no se volverá a repetir —asintió Araziel deseando que terminara la conversación.

»Está bien. ¿Te ocurre algo? —le preguntó extrañado por su actitud.

»No, me encuentro bien. ¿Por qué me lo preguntas?

»Tienes la mente lenta, como si estuvieras enfermo —lo notaba algo raro, por fortuna creyó que se debía a la contaminación que sufrían en la Tierra.

»Es imposible ocultarte algo. Eres un arcángel. Debe ser mi cuerpo que no se curó bien y está muy extraño —le comentó sonriendo, para que se confiara —, iré al Santuario a purificarme.

»De acuerdo, ve al Santuario.

Se marchó contento. Metaniel había sido informado de su retraso y se había enterado de su pelea con los soldados del rey de Elam. Por fortuna no sabía nada de su amor por Lilith; aun así, debía ser cauteloso. Sospechó que su jefe de equipo sabía algo, porque si no, no estaría tan atento a su vuelta. Azaziel fue al Santuario y se sometió a las pruebas de purificación. Los ángeles monjes tenían propiedades diferentes a los demás. El mayor reconocimiento lo alcanzaron después de la batalla celestial contra los alzados de Satán. Fueron miles de ángeles heridos que curaron uno a uno, devolviéndoles todos los poderes perdidos. Solo entonces los arcángeles fueron conscientes de su labor diaria y aceptaron sus peticiones para realizar su labor con más medios y garantías. Entre las garantías estaba su privilegio de no revelar todo lo que vieran y escucharan dentro del Santuario y así se convirtió en un lugar santo y único. Esto animó a los ángeles a acudir a ellos cuando tenían algo que les preocupaba. Allí podían hablar de todo lo que les pasaba y los consejos de los monjes eran muy bien recibidos por toda la comunidad».

De pronto sentí que algo no cuadraba. Levanté el brazo pidiendo permiso para preguntar, como si estuviéramos en clase, y Samael interrumpió su charla.

—Dime, Anik, ¿qué te ocurre?

—Hay algo que no entiendo. Los ángeles son seres espirituales y no hablan como nosotros, sino que lo hacen con el pensamiento.

—Sí, correcto.

—Entonces todos saben lo que piensan los demás, y, aunque no hablen, pueden leer su pensamiento.

—No necesariamente. La urbanidad y la buena educación impiden que nadie lea los pensamientos de los demás. Cuando dos ángeles se cruzan, se saludan intercambiando unas frases de cortesía, nadie se entretiene en averiguar lo que piensa el otro.

—Comprendo. Continúa, por favor. Perdona la interrupción.

—No, por favor, interrúmpeme todo lo que quieras. Pregunta aquello que

no entiendas. Al fin y al cabo la historia es para ti.

Me tumbé de nuevo en el sofá y acomodé mi cabeza en las piernas de Uriel para seguir escuchando la historia del profesor.

—Vale. Continúo con la historia... «Araziel, nada más llegar, se dio un baño en la piscina regenerativa, y al salir buscó a Mayriel, su sanador de los últimos tiempos, aunque era más bien su confesor, por la cantidad de problemas morales que siempre le traía de sus visitas a los humanos. Esperó sentado en un banco de la entrada a que terminara su sesión con otro ángel. Rechazó el ofrecimiento de otros monjes que se acercaron para atenderlo. No quería hablar con nadie del tema que le preocupaba, salvo con él. Mayriel lo saludó con un gran abrazo y salieron a pasear por “el pasillo mágico”, un corredor que se decoraba según el estado de ánimo y los gustos del ángel, con el fin de mejorar su autoestima y fortalecer su felicidad. Con Araziel se transformaba en un jardín parecido al de los humanos, lleno de rosas y de plantas aromáticas. Allí, la magia que había usado con Metaniel no le servía y sus efectos entorpecían su mente, y no pudo hablar con claridad hasta que desaparecieron. Araziel le contó toda la historia de su amor prohibido con Lilith. Mayriel no pudo encontrar consejo. Nunca nadie le había hablado así después de pasar por el estanque de purificación. Esta piscina tenía una magia que eliminaba todas las impurezas que su esencia hubiera asimilado de la Tierra. La esencia de Araziel seguía enamorada como el corazón de los humanos. Analizaron la situación. El monje no podía aconsejarle que viviera ese amor, porque era ilegal. Tampoco eliminarlo de su esencia de ángel. Además, la mujer estaba embarazada, si nacía su hijo las consecuencias serían imprevisibles. ¿Qué poderes adquiriría el recién nacido? ¿Se convertiría en un monstruo? Tampoco le permitían consultarlo con los gobernadores arcángeles, porque todo lo que ocurriese allí dentro era secreto. Decidió exponerlo al Consejo del Santuario. Tras la sesión de este organismo, Mayriel lo volvió a citar en el pasillo mágico.

»La reunión ha sido muy tensa, algunos decían que estos casos tan graves deberíamos denunciarlo a los arcángeles. Afortunadamente, ha prevalecido la idea de seguir la política del Santuario de servir como refugio de toda impureza. Un acuerdo general es que nadie entiende cómo ha pasado, usar un cuerpo humano no te hace partícipe, obligatoriamente, de percibir lo que sienten ellos como tuyo. Nadie sabe cómo te has enamorado, igual que si fueras un hombre. Me dicen que si la piscina no ha podido purificar tu esencia, nuestra magia y poderes no pueden hacer nada por ti. La única solución que

tienes es dejar morir ese amor desconocido.

»¿Y cómo puedo hacer eso sin morir yo? —le dijo decepcionado, al no encontrar una solución a su problema.

»Esto es nuevo y no conocemos la respuesta. Algunos humanos viven toda su vida sin ese sentimiento y no mueren por ello. Al contrario, muchos se vuelven a enamorar más aún que antes. Por lo que deduzco que de amor no se muere nadie. Es necesario que no vuelvas a ver a la humana. Nunca más. Puedes solicitar hacer otros trabajos diferentes.

»Pero yo solo soy feliz cuando voy a la Tierra —su sinceridad era absoluta.

»Lo sé, por eso debes evitarlo por tu bien y el de todos. Con el tiempo volverá la felicidad a ti. También puedes quedarte aquí como monje —le ofreció generosamente.

»¿Monje? Yo no tengo vuestros poderes —no se veía como religioso escuchando los problemas de los demás.

»Nuestros poderes provienen de la comunidad. No son innatos. Cuando ingresas, después del tiempo de reflexión, donde vemos si estás capacitado, se te dan los poderes necesarios para desarrollar tu trabajo, no antes.

»No lo sabía, pensaba que siempre habíais sido monjes.

»Sí, ya lo sé. Todos piensan lo mismo. Nadie se preocupa de conocer nuestra historia. Venís aquí, os resolvemos vuestros problemas y os marcháis.

»¿Es un reproche? —le preguntó Araziel, acostumbrado a los humanos.

»No, no, solo hablo —ellos también necesitaban desahogarse.

»De acuerdo, te agradezco el esfuerzo que haces por entenderme. Solicitaré un nuevo trabajo. Puedo decir que estoy cansado de viajar a la Tierra.

»Será lo mejor para todos. Ya sabes que te aprecio. Por ahora, permanecerás en el Santuario durante un tiempo, hasta que tu impureza se diluya.

Regresó a sus aposentos en aquel lugar santo donde, en cuanto se relajó, volvió a preguntarse como iría el embarazo de Lilith, no podía evitarlo. Ella no se apartaba de sus pensamientos. Si seguía así iba a estar mucho tiempo allí, por lo que ensayó cómo paralizar su mente y ocultó en un rincón profundo su amor por ella. De esta manera, los monjes percibieron que se estaba curando y su “sanador” le dio el alta, marchándose a casa. Llevaba mucho tiempo sin ver a su dragón y decidió visitarlo para darse una vuelta con él. Lo saludó y acarició como si fuese un amigo. Para su desgracia, en esos

momentos llegaba a las cuerdas su jefe de equipo que, al verlo, quiso saber por qué no se había entrevistado con él personalmente, y se aproximó para saludarlo. Como iba distraído no llevaba controlada su mente y su jefe se encontró con Lilith en el pensamiento del ángel. Gadreel, que así se llamaba su superior, le ordenó que lo siguiera hasta las estancias de los arcángeles. Araziel fue consciente de que lo habían descubierto y que lo detendrían si lo acompañaba, por lo que, en décimas de segundo, y sin prever las consecuencias, decidió huir para ver por última vez a su enamorada. Montó en el dragón y conectó su mente con él. Necesitaba actuar como si fueran uno para salir de aquella dimensión. Addugon levantó el vuelo y se dirigió al apartamento de su jinete. Al llegar, unos ángeles salían de sus casas y se asustaron. Nadie llevaba a los dragones a las viviendas. Se teletransportó a su residencia para recoger el bote de esencia mágica que tenía oculto, y volvió enseguida; agitó las riendas de su montura, elevándose para huir de allí, dirigiéndose al portal más próximo por donde desapareció, antes de que los arcángeles tuvieran tiempo de organizar su captura.

Región del Himalaya.

Hacía mucho tiempo que los dragones no volaban por los cielos de la Tierra. Al menos los de los ángeles, ya que los demonios habían conseguido sacar algunos de su dimensión y los escondían en guaridas ocultas con su magia negra. El portal se ensanchó lo suficiente para que Addugon pasara por él, luego alzó el vuelo para esconderse entre las nubes y se dirigieron a las montañas más altas, las del Himalaya. Araziel respiró profundamente, le gustaba respirar aquel aire que lo embriagaba. Su mente trabajaba rápido para buscar soluciones, al mismo tiempo que volaba. El dragón estaba sorprendido porque, además de las órdenes de vuelo, recibía muchos mensajes que no eran para él. Nunca su jinete lo había montado en esas condiciones. Araziel recordó a Abbadón y pensó que tal vez pudiera aconsejarle una solución. Vivía en unas enormes cuevas en aquel valle aromático y allí se dirigieron. Dejó su dragón escondido en una de ellas y se marchó andando en busca del demonio. Como había supuesto, lo encontró entre las flores. Lo saludó con el lenguaje de los humanos.

—Hola, Araziel, te noto muy alterado —le dijo, al verlo llegar a grandes pasos.

—Hola, Abbadón, necesito tu ayuda —le expresó sin rodeos.

—¿Por qué vienes a mí?, ya pagué mi deuda contigo.

—Ahora soy un huido —se sentía desesperado y, como tal, actuaba.

—¿Un huido? ¿Te has rebelado? —Abbadón no lo entendió.

—No, yo nunca me rebelaría contra el Creador. Lo sabes. He desobedecido a los arcángeles.

—¿Los arcángeles? No me gustan, no me dejan que hable con el Creador para pedirle perdón —decía el demonio, disgustado.

—Ahora soy yo el que necesita tu ayuda para que no me encuentren.

—También quieres esconder a Lilith, tu amada.

—Sí, también a ella. La amo y quiero vivir como humano para protegerla. Si ellos la encuentran también la matarán, está embarazada.

—Lo sé, lo sé, tus pensamientos solo hablan de eso. Pero... ¿Y si la han encontrado ya? El poder de los arcángeles es muy largo.

—Espero que no, ella tiene una cualidad, los ángeles no pueden leer su mente. Por eso esperarán a que yo me reúna con ella para localizarla —le explicó brevemente.

—Sabes bien que no podrás defenderla y, por muy bueno que seas, te van a machacar.

—Lo sé —sabía que no tenía nada que hacer frente al poder de sus superiores; aun así, buscaría la forma de protegerla, por eso estaba allí.

—¿Y quieres seguir adelante? —el demonio no entendía su interés por la humana.

—Sí, su vida es lo que más me importa. Por ella viviré eternamente en la oscuridad.

—Creo que tengo una solución para los dos. Pero a cambio me tienes que prometer que, si un día ves al Creador, intercederás por mí para que me deje vivir como un humano en este valle oloroso —le propuso Abbadón.

—¿Al Creador? Sabes que eso no ocurre. Nunca lo vemos.

—Bueno, si no ocurre, no tienes obligación.

—De acuerdo, si un día puedo, te prometo ayudarte. Dime cuál es la solución.

—Está bien, daremos un paseo entre las flores y me cuentas cómo ha surgido un amor que, en teoría, los ángeles no pueden sentir.

Durante un rato le contó todo lo que había vivido con la humana; cuando terminó, el demonio le dijo por fin la solución.

—En lo alto de la montaña, debajo de la nieve de aquel pico que se ve allí —dijo señalando con el dedo— hay un mineral de color azul, cuyas

propiedades tienen las mismas características que el espíritu de los ángeles.

—¿Eso cómo es posible? —ahora el sorprendido era él.

—No lo sé. Pienso que el Creador pudo hacer a los ángeles insuflándole su esencia a esas piedras.

—Bien, ¿y eso de qué me sirve?

—Sube y llena el zurrón con ellas, te esperaré en mi cueva, está cerca de donde has dejado tu dragón.

Subir a lo alto de la montaña sin usar sus poderes le resultó muy difícil. El frío era intenso y el tiempo cambiante; a pesar de las dificultades, no se amilanó; la vida de su amada estaba en juego y también la suya propia. Por fortuna, no eran las montañas más altas. Escalaba con las manos desnudas y los dedos se le iban entumeciendo, de forma que cada vez le costaba más trabajo trepar entre las rocas y la nieve. El cuerpo de los humanos estaba muy limitado físicamente y, para no agotarlo, debería llegar a la meta y bajar antes de que se hiciera de noche; con ese frío moriría y se vería obligado a usar sus poderes para buscar otro huésped. Ese lujo no estaba a su alcance, porque entonces podría ser descubierto y no volvería a verla. Suspiró aliviado cuando notó la esencia de las piedras. Era cierto. Se parecía a la percepción que tenía cuando se encontraba con uno de su especie, pero estaban vacías, inertes, sin vida. Había rocas de muchos tamaños: grandes, medianas, pequeñas. Supuso que daba igual las que cogiera, que todas debían de tener las mismas propiedades. Llenó el morral con las pequeñas y se lo cargó a la espalda, dispuesto a volver. Era muy tarde, en unas horas anochecería y la temperatura disminuiría peligrosamente. Decidió bajar por un camino diferente que le pareció más rápido. El morral pesaba mucho y su cuerpo, que no había tenido tiempo de descansar, estaba muy debilitado, por lo que respiró hondo y se dispuso a bajar. Por esa ruta la nieve estaba muy dura, helada, sus pies se escurrían constantemente y era difícil mantener el equilibrio. De pronto, percibió que se movía a gran velocidad, a pesar de haberse quedado quieto para observar la situación. La capa de hielo donde pisaba se había comenzado a desplazarse montaña abajo y no podía controlarla. Su cuerpo frágil se rompería en mil pedazos cuando llegara al final de aquella vertiente. Le pareció que viajaba por encima de otra capa de nieve que se mantenía estática, y saltó sobre ella. Su percepción fue errónea, toda la montaña se deslizaba hacia el fondo del valle. Poco a poco la nieve le fue tapando la poca luz del día que aún quedaba. Era consciente de que estaba siendo enterrado por aquella marea blanca y helada. Había bajado

en un alud desde lo alto de aquel monte y ahora su cuerpo ya no se movía, estaba atrapado. Intentó salir sin que pudiera mover los brazos o las piernas; la temperatura de su organismo estaba menguando rápidamente y pronto moriría de frío. Preparó su mente para abandonar aquel cuerpo, aunque ese hecho pudiera ser percibido por los arcángeles, y entonces recibió un golpe de aire frío que le interrumpió la acción.

—Vamos, sal de ahí rápidamente, antes de que tu cuerpo humano se congele —le decía Abbadón.

—No puedo, estoy paralizado por el frío.

El demonio cavó la nieve que tenía alrededor, lo cogió en brazos y se lo llevó a la cueva donde tenía preparado un buen fuego. Allí lo cubrió con pieles y esperó que el cuerpo se fuera recuperando. Estuvo adormecido dos días, al tercero comenzó a adquirir el color y la movilidad de los músculos. Parecía que tenía miles de alfileres clavados en el cuerpo y le dolía terriblemente todo.

—Mientras tú dormías he preparado unos moldes de piedra para hacer el medallón.

—¿Un medallón?

—Sí, debe ser algo que esté siempre pegado al cuerpo de la humana, para que sus poderes le sirvan. He pensado que un medallón lo puede llevar colgado en el cuello.

—¿Ya lo has hecho? —le preguntaba ingenuamente.

—¿Cómo lo voy a hacer sin ti? Es necesario que le insufles tu esencia para que lleve tus atribuciones, también le añadirás el aceite mágico y la energía que deba tener para ayudarte —le informó Abbadón.

—Llevo conmigo el tarro que me diste, aún me queda un poco.

—Sí, ya he visto que lo has usado. Eso significa que tienes cosas que ocultar.

—No, solo lo he usado cuando conocí a Lilith.

—Lo sé, solo pretendía conversar. Sentirse hombre es percibir la soledad, los humanos realmente no están preparados para vivir solos —era cierto, Abbadón tenía muchas ganas de hablar—. Creo que es hora de trabajar —le dijo, levantándose para dirigirse a una esquina donde tenía los hornos—. Acompañame, lo tengo todo preparado.

—¿Qué son esos montones de pedruscos negros que tienes en la explanada?

—Son piedras de fuego, las necesitamos para alcanzar la temperatura

necesaria para fundir la roca —se refería al carbón.

El ángel enamorado siguió a Abbadón y le ayudó echando el mineral de carbón en el recipiente que había preparado para fundirlas. Debería de mantener el fuego muy vivo para alcanzar la temperatura necesaria, y no pararon de traer y arrojar piedras negras para conseguir sus objetivos. El aire en la cueva se volvió irrespirable. Cuando las rocas azules estuvieron fundidas, Abbadón llenó el molde del medallón y los eslabones.

—Ahora debes insuflarle parte de tu esencia hasta que alcance el color azul verdoso; cuanto más le des, más poder tendrá. Entonces le añadirás las propiedades mágicas, que lo volverá indestructible, y los hechizos que desees, para que solo pueda ser usado por la destinataria; en mi mente los encontrarás. El ángel sopló su esencia sobre aquel molde que significaba la vida para su amada y, aunque pronto alcanzó el tono deseado, continuó dándole parte de su existencia hasta que su organismo se fue debilitando peligrosamente.

—Ya es suficiente —le gritó el demonio, temeroso de que Araziel perdiera aquel cuerpo en el intento.

Abbadón dio un golpe de magia para que los eslabones se unieran y después Araziel derramó, sobre el medallón y la cadena, el aceite mágico, al tiempo que le transmitía los poderes necesarios para que hiciera su trabajo. La magia de los demonios ahora le servía para construir un artilugio que le permitiría vivir el amor con su amada. El ángel quedó exhausto, su amigo lo cogió en brazos y lo retiró de las proximidades del fuego, lo dejó sobre unas pieles, sentándose a su lado.

—Ahora solo falta esperar. Al enfriarse, su color original se irá degradando hasta quedarse en gris, luego puedes llevárselo a tu amada.

—¿Funcionará? —preguntaba con su espíritu muy debilitado por el esfuerzo.

—Funcionará para ella, para ti no hay solución, salvo que puedas esconderte como yo.

—Nos esconderemos. Con tu aceite mágico podré esquivarlos. Quiero hacerla feliz.

—Te deseo suerte. Mi cuerpo necesita dormir. Yo me he enamorado de las flores y tú de una humana pelirroja; en realidad, somos muy parecidos —le comentaba alegre el demonio—. Por la mañana el medallón estará listo y tú habrás recuperado las fuerzas y podrás marcharte. No olvides tu compromiso conmigo —le recordó Abbadón.

—¿Ver al Creador? ¿Tú crees que podré escapar de los arcángeles y verlo algún día? Si eso ocurriera, le hablaré de ti.

Por la mañana, en cuanto despertó, cogió el medallón, que ahora tenía un color gris satinado, y fue a guardarlo en su zurrón. Deseaba partir inmediatamente. Entonces percibió una cara grabada en él. Era Lilith.

—La hice con la imagen que tienes en tus recuerdos. El medallón solo puede ser usado por ella o por alguna de sus hijas, que nazcan con parte de tu esencia —le explicó, al ver su extrañeza.

—Comprendo. Si lo conseguimos, te lo deberemos a ti. Gracias.

—Así es. No olvides el tarro de esencia mágica. Lo vas a necesitar.

Se despidió de su amigo y emprendió la marcha, consciente de que comenzaba una nueva etapa en su vida y, al igual que los humanos, no sabía qué podía encontrar en su camino»».

Anik interrumpió la historia del profesor de matemáticas, poniéndose de pie para preguntarle.

—Espera, espera, ¿ese medallón es el mismo que yo poseo?

—Sí, el mismo, ¿por qué me interrumpes?

—Perdona. Estoy emocionada, nunca imaginé que estuviera tan enamorado —le dije con la voz entrecortada.

Uriel me miraba sorprendido y sin decir nada. Me senté de nuevo en el sofá para acurrucarme a su lado. Samael respiró hondo y continuó contándonos la historia.

«Sabía que no podría descansar en los refugios de los ángeles y obtener comida para su cuerpo. Debía actuar como un hombre y ganarse los recursos que necesitaba. Para ello se fabricó un arco y talló un puñado de flechas para cazar. En aquel bosque abundaban los ciervos y pronto divisó uno que pasaba por allí, apuntó y disparó en un suspiro; lo alcanzó en el cuello, sin mucha gravedad y el animal huyó. Lo persiguió durante mucho tiempo, la frondosidad impedía que pudiera dispararle de nuevo, hasta que en un claro una flecha lo derribó y pudo obtener su trofeo. Era mucha carne para una persona sola, eso no tenía remedio. Le quitó la piel y las entrañas y lo puso a asar al fuego. El humo y el olor debieron atraer a un grupo de cazadores que se encontraba en el valle y se le acercaron. El ángel los percibió antes de que llegaran y preparó su arco para defenderse. No hizo falta, aquellos humanos no buscaban pelea. Se aproximaron y le pidieron permiso para sentarse junto a su fuego, a pesar de ser un grupo muy numeroso. Al comprobar que no eran peligrosos, dejó el

arco en el suelo y los invitó a compartir la comida. Vivían en un poblado de un valle cercano y venían a este bosque de caza porque había muchos animales. Su tribu no tenía nombre y el jefe se llamaba Gigiskan. Le contaron que solo viajaban los hombres; las mujeres y los niños se quedaban en la aldea. No eran gente guerrera, sino cazadores y nunca habían vivido la guerra. En realidad, aquellos lugares estaban poco poblados y no tenían competencia, ni en las tierras ni en la caza. No poseían animales domésticos, por lo que no sabían de caballos ni de perros o gatos, tampoco conocían a otros pueblos más desarrollados que ellos. Su vida era solo cazar y procrear. Estuvo varios días con ellos mientras su cuerpo descansaba. Cuando les dijo que pensaba seguir su camino, le regalaron carne seca y bayas. Tenía prisa por llegar, pero no podía ir más rápido. Andaba mientras había luz y dormía en cualquier sitio. Tardó varias semanas en encontrar una aldea habitada. Allí le indicaron el camino del campamento de soldados, que eran los únicos que poseían animales de montar. Una semana después, escuchó el trote de unos caballos que se acercaban, subió a un árbol desde donde pudo divisar un largo camino por donde viajaba una patrulla militar. Contó unos cien galopando en fila de dos, muy despreocupados y con poca disciplina. Observó que uno de ellos dejó la formación para ir a hacer sus necesidades. Se preparó sobre una rama y esperó que volviera al camino. No tardó mucho y, en cuanto pasó por debajo de su árbol, se dejó caer sobre él. Le tapó la boca y la nariz hasta que se desmayó, abandonándolo junto a unos matorrales, no sin antes apoderarse de su espada y su caballo. Luego se alejó del camino a través del bosque, para no encontrarse con nadie que pudiera delatarlo. Galopó hasta el anochecer, el caballo estaba agotado y no le quedó más remedio que parar a descansar. En aquel claro del bosque había abundante hierba y lo dejó pastar libremente. Aprovechó para comer un poco de carne seca y bayas. Ahora iba más rápido, pero aún estaba muy lejos para captar el aura de Lilith. Tampoco quería forzar su mente, por si se encontraba con algún ángel que lo estuviera buscando. Cuando el caballo dejó de pastar, lo ató y se subió a un árbol para pasar la noche. No quería ser sorprendido por nadie. Al amanecer, desde lo alto del árbol, pudo divisar una carreta que conducía una joven a gran velocidad; la seguían un grupo de seis jinetes, seguramente soldados renegados, que conservaban las armas y los caballos del ejército. Al llegar al claro del bosque, la adelantaron y la detuvieron en un lugar próximo a donde se encontraba Araziel. La conductora intentó huir corriendo y fue apresada por un jinete, que la llevó de nuevo junto a la carreta. La mujer se

dejó caer al suelo, tapándose la cara con las manos para no ver la de sus asaltantes.

—Asesinos. Habéis matado a mi marido. Dejadme en paz o matadme también —gritaba a pleno pulmón.

—Te mataremos cuando no nos valgas, ahora has de servirnos como mujer. Para eso has nacido.

La mujer lloraba desconsolada y Araziel no aguantó más. Bajó del árbol y se aproximó al grupo lentamente. Los bandidos, al verlo solo no se alarmaron, lo dejaron acercarse manteniendo una actitud defensiva, sin dejar de mirarlo fijamente, extrañados de la tranquilidad de aquel hombre que se jugaba la vida. No les pidió que la dejaran marchar, sabía que sería inútil. Desenvainó su espada de bronce y los salteadores hicieron lo mismo; lo rodearon para amedrentarlo, pero él no se dejó, y de un salto atravesó al que se encontraba más cerca, que cayó al suelo entre gemidos. Los demás comprendieron que era un enemigo peligroso, atacando todos al mismo tiempo. Se defendió parando sus golpes, y arremetió contra ellos, volviéndolos a sorprender. Uno se adelantó y fue su final. Otro intentó golpearlo por la espalda y murió de un corte en el cuello que le separó la cabeza. Los demás corrieron hasta sus caballos y huyeron despavoridos. Guardó la espada y socorrió a la mujer, que se encontraba en el suelo sin querer ver lo que pasaba a su alrededor. Su voz la tranquilizó. Lo miró con agradecimiento cuando fue consciente de que la había salvado de aquellos rufianes.

—Han asesinado a mi marido. Lo mataron y luego me forzaron durante toda la noche. Al amanecer se quedaron dormidos y pude escapar con la carreta, pero se dieron cuenta y me persiguieron.

—Lo siento, ¿dónde fue eso?

—En el valle —dijo, señalando por donde había venido.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—No me puedo ir y dejarlo que se lo coman las fieras; su espíritu no podrá ir al otro mundo, donde me esperará. Tengo que devolverlo a la tierra para que la Gran Madre lo acoja —hablaba de su compañero muerto.

Araziel pensó que no podía entretenerse, tampoco podía dejarla sola. Finalmente decidió que la acompañaría hasta que estuviera en lugar seguro.

—Enterraremos a tu marido, ¿tienes dónde ir después?

—Mis padres viven en una aldea próxima, iré con ellos.

Volvieron al valle, donde encontraron al difunto junto a una vivienda de

adobe con tejado de paja.

—Construimos esta casa para formar nuestra familia; queríamos arar la tierra para sembrar cebada y venderla en la ciudad; en la montaña hay un pequeño río cuyas aguas pueden ser traídas hasta aquí y el clima es propicio. Mi marido tenía muchos sueños, que han sido rotos por estos bandidos —le contaba entre lágrimas.

—Sí, hay muchos bandidos. Estos parajes están muy solos, deberíais haber buscado otras familias que os acompañaran en este proyecto.

—Mi esposo era tan bueno que no pensaba que pudiera haber gente con esa maldad.

—Pues la hay, y debemos estar preparados para defendernos.

La mujer, que pertenecía al pueblo guti, quería enterrar a su pareja siguiendo la tradición de los suyos, para que, al viajar a la otra vida, lo reconocieran y pudiera pasar; sacó de la casa una bolsita con ocre rojo y le untó la cara, las manos y los pies. Mientras, Araziel hizo un hoyo donde lo depositaron. Junto al cuerpo del fallecido, la viuda puso una vasija de barro con agua y una cesta con comida, lo cubrió con grandes piedras planas y tierra. Encima pusieron un montículo de rocas, a modo de pirámide, para que pareciera una tumba. Ató su caballo a la carreta y recogieron las cosas de la casa, partiendo de inmediato. Al anochecer llegaron a Ecbatana, la aldea de la mujer, y la dejó con su familia. Durmió en los establos de la casa y, antes de salir el sol, se marchó sin despedirse de nadie. A partir de allí, los humanos poblaban casi toda la zona, y los ángeles lo estarían buscando. Cruzó el Tigris por Assur y, al día siguiente, el Éufrates por la ciudad caldea de Mari. Siguió cabalgando por el camino de Damasco hacia Canaán, donde se habían asentado los hebreos, el pueblo de Abraham. Bajó hacia el sur por la tierra de los amonitas y se detuvo en Rabbath, capital de Amón. Su destino estaba próximo y podía ser detectado, por lo que extremó las precauciones y, siguiendo las instrucciones de Abbadón, cogió el bote de aceite mágico que llevaba, untándose la cabeza y las manos. Eso haría que su esencia no fuera percibida por los demás ángeles, aunque también le había comentado el demonio que los arcángeles podían detectarlo si intensificaba sus capacidades mentales. Cruzó el Jordán a la altura de Jericó, sin entrar en la ciudad, continuó en tierras amorreas por el camino de Salen, donde hizo otra parada. Siguió hacia el sur por Gueba y cerca de Belén encontró la primera comunidad hebrea. Preguntó por su patriarca y le dijeron que se encontraba en Hebrón, donde residía habitualmente. También le dieron un mensaje que le había

dejado Abraham para cuando preguntara por él: “hay gente extraña buscando a una mujer pelirroja y a su marido”. Entendió que pudieran estar vigilados y le dijo al jefe de la aldea que necesitaba ver al patriarca para llevarle un mensaje urgente y comprometido, muy peligroso para el pueblo y que nadie debía conocer.

—Es necesario que me entreviste con él en secreto. Ninguna persona ha de saber que voy a verlo.

Organizaron una pequeña caravana para llevar ganado a Hebrón y le dieron ropa de pastor para acompañarlos y pasar desapercibido. Ató su caballo a una carreta y participó con ellos en la conducción del ganado. Unos días después llegaron a su destino. Abraham vivía en el encinar de Mambre y allí se dirigió. No lo encontró, pues el patriarca había ido a Bersebá a solucionar un conflicto con los amorreos por un pozo. Preguntó por Lilith y le dijeron que estaba en el campo con las ovejas, podía esperarla en su casa de la aldea, junto a la fuente. Estuvo tentado de buscar su aura, pero no quería todavía usar sus poderes para evitar que fuesen descubiertos. Además, aunque la encontrara, ¿cómo dejarle un mensaje en su mente? No merecía la pena correr ese riesgo, primero tenía que entregarle el medallón y enseñarle a usarlo. Prefirió ir a buscarla. Salió con su caballo por los pastizales y la encontró en unos cerros próximos pastando su rebaño, al igual que otros pastores. Lilith lo vio y, reconociéndolo en la distancia, corrió a su encuentro. Él bajó del caballo y la recibió con los brazos abiertos, llevaba mucho tiempo añorando ese momento.

—Amor mío, creí que no volverías nunca, ¡llevo tanto tiempo esperando!
—le decía, secándose con la mano las lágrimas que caían por sus mejillas.

—Han ocurrido muchas cosas. Los arcángeles me persiguen...

—¿Saben lo nuestro? —preguntaba ella, asustada.

—Lo saben, fui muy torpe y lo descubrieron.

—Los espías de Abraham averiguaron que hay gente preguntando por ti a lo largo de toda la región; también preguntaban por una mujer pelirroja que le acompañaba, pero no me han descubierto; todos me han protegido —le informó Lilith.

—Ellos buscan la mente de una mujer enamorada y no saben que la tuya no la podemos leer. Por eso no te han descubierto. Te dejé muchas riquezas, ¿Por qué trabajas en el campo como un pastor? —quiso saber si había tenido problemas con sus tesoros.

—Por aburrimiento y también para camuflarme mejor con esta gente. Al

verme, nadie sospechará que no soy hebrea. Además, estoy más a gusto trabajando.

Araziel la observó: su pañuelo le tapaba el pelo y su aspecto le hacía parecerse a cualquier mujer de la zona. Entonces se dio cuenta de que tenía el vientre plano, puso su mano sobre él y se asustó.

—¿Dónde está mi hija?

—Tu hija nació hace ya seis años, es pelirroja como su madre y muy guapa —le contó muy feliz.

—Perdona, no puedo usar los poderes, ya que me podían detectar. ¿Ha nacido normal?, quiero decir... sin defectos.

—Sí. Tranquilízate, ha nacido como mujer. Por lo menos no tiene alas ni poder ninguno y, desde luego, tiene tanta hambre como cualquier niño —le decía sin soltarle la mano.

—Me das una gran alegría. Tenía miedo de que saliera un monstruo. No se me ocurrió especular que podría haber nacido ya.

No he pensado que el tiempo que he pasado en mi dimensión es diferente al vuestro —se disculpaba Araziel.

—¿De veras que no sabías el tiempo transcurrido? —en ese tiempo había pensado de todo, incluido de que no se acordaría de ellas.

—No, estuve muy entretenido con mis problemas y preocupaciones en un lugar al que llamamos: Santuario. Está gobernado por monjes con poderes para curar. Allí no existe el tiempo; cuando salí me descubrieron y tuve que huir sin pensar en nada, solo en volver a tu lado.

—¿Aún me quieres? —le preguntó, esperanzada en que nada hubiera cambiado en su corazón.

—Más que a mi vida. Por eso estoy aquí —la volvió a abrazar para que no dudara de ello.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé, nos ocultaremos y viviremos como una familia humana.

—¿Cómo lo haremos? —presentía que no los dejarían vivir en paz.

—Luego te cuento, ahora quiero conocer a mi hija.

—Vamos, ella está impaciente por tu regreso, te llevaré a verla.

Lilith ordenó a sus criados que cuidaran del ganado y montó con su amado en el caballo. Regresaron a la aldea. La niña jugaba en la puerta con otros niños al cuidado de una sierva. En cuanto la vio, a pesar de tener un pañuelo en la cabeza que le tapaba el pelo, la reconoció. Su madre la llamó y ella fue corriendo a su encuentro, sabía quién era aquel ángel con cuerpo de

hombre que la observaba con una sonrisa en la cara. Al llegar a su lado, Araziel la cogió en brazos y la elevó al cielo. Su cuerpo se estremeció de alegría. En sus miles de años de Rondas en la Tierra, nunca había sentido esa sensación que en ese momento le embriagaba el alma.

—Gracias, padre, por fin has venido —expresó la niña muy emocionada.

—Siento no haber regresado antes, hija. ¿Cómo sabes que soy tu padre? —le decía sin dejar de abrazarla.

—Mi madre me ha dicho que un día vendrías en un caballo y me abrazarías. Tú también me has reconocido.

—¿Cómo sabes eso, acaso lees mi mente? —le preguntó sorprendido por su perspicacia.

—Claro, igual que tú lees la mente de los demás.

Araziel y Lilith se miraron con cara de sorpresa.

—Pequeña Lilith, nunca me has dicho nada —le dijo su madre.

—No, mamá, nadie lo sabe. Al principio no lo entendía, me hablaban sin abrir la boca, luego lo comprendí. Ellos no lo saben. La gente me tendría miedo si lo supiera.

—¿La mía también puedes leerla?

—No, mamá, no logro leer tu mente, tampoco la de Abraham, pero sí puedo saber dónde te encuentras y dejarte un mensaje, y creo que, si me respondes, podemos hablar.

—No tenía ni idea. Y tienes razón, cariño; si la gente lo supiera, les darías miedo. Debes seguir manteniendo el secreto —le dijo su madre.

—Procura no leer los pensamientos de los demás, salvo que sea imprescindible. ¿Entiendes? —le explicaba Araziel.

—Lo sé, padre. Y tienes razón, a veces me aburro y juego a eso. No te preocupes, no lo haré más.

—¿Has notado algún poder más en ti, hija?

—No, padre. Solo eso.

—¿Tú sabes por qué no he podido venir antes?

—Conozco por qué no has venido antes a verme y sé que deseas estar a solas con mi madre.

—Y dices que ha cumplido seis años. Esta niña parece que tiene muchos más —le decía el ángel a su esposa.

Dejaron a la niña que siguiera jugando en la calle y ellos entraron en la casa, directamente a la alcoba. Lilith llevaba seis años esperando su regreso, sabía que volvería, que no las abandonaría, aunque el miedo a que no

regresara lo tuvo siempre presente. Ahora lo tenía allí y quería amarlo. Él también la deseaba, echaba de menos el calor de su piel, el sabor de sus besos. Hicieron el amor lentamente para saborearlo durante mucho rato, luego se abrazaron y se quedaron quietos como intentando que el tiempo no pasara. Ninguno de los dos quería ser el primero en separarse del otro. La voz de su hija les hizo reaccionar.

—Madre, padre, es hora de la cena.

Su hija, junto con la criada, se había encargado de preparar un cordero para celebrar su regreso, de adornar la mesa con flores y recibirlos a la salida de la alcoba con dátiles para endulzar sus bocas. Se sentía muy feliz con la presencia de su padre. Después de la cena, sacó el medallón y les explicó cómo funcionaba, pero Lilith no consiguió activarlo de ninguna manera y no pudo obtener ningún poder para defenderlas y comenzó a llorar. Araziel la consoló, no entendía qué había fallado y pensó que sería cuestión de práctica. Sin que nadie le dijera nada, Pequeña Lilith, cogió el medallón y lo colgó en su cuello, alzó su mano, tal como le enseñaba su padre a su madre y apareció una espada de fuego; luego se asustó al percibir cómo de su espalda salían unas alas blancas, igual que las de su progenitor. Bueno, todos se sorprendieron y Araziel entendió que la pequeña había heredado sus poderes. Igualmente practicaron el traslado instantáneo de un lugar a otro y Lilith tampoco lo consiguió; en cambio, su hija trasladaba a las dos de una habitación a otra como si fuera un juego. Araziel no dejó de untarse periódicamente el aceite mágico que permitía que no fuera descubierto por sus enemigos. Junto a su esposa e hija, cuidó y aumentó sus rebaños como cualquier familia hebrea. También quiso sacar los productos de la tierra, y desbrozó, roturó y aró una gran extensión de terreno, en un valle cercano a Bersebá, para sembrar trigo y cebada. Su vida como hombre no podía ser más placentera. Durante nueve años vivieron felices sin que nadie viniera a detenerlo. Cuando Pequeña Lilith cumplía quince años, celebraron una fiesta en la comunidad. Como ella, otros siete jóvenes también celebraban su paso a la vida adulta, cuatro mujeres y tres hombres. Las muchachas se casarían pronto en un matrimonio concertado por sus padres y en el que la dote decidía el pretendiente. Por orden de Abraham, solo podían hacerlo con gente de su propia tribu, siempre que no fueran familia directa. Pequeña Lilith aún no tenía pretendiente oficial y había dicho a sus padres que ella sería la que lo elegiría. En realidad, hacía tres años que rechazaban a todos los interesados en matrimonio, y fueron muchos, aún sin haber establecido su dote, que suponían

numerosa por la gran riqueza que acumulaban. La ceremonia consistía en un sacrificio de animales que los padres ofrecían a Yahveh, unas palabras de bienvenida por el jefe de la comunidad, en este caso el patriarca, y la cena, hecha con los animales sacrificados. Después organizaban un baile en la plaza de la aldea hasta la madrugada. Durante el baile, los centinelas alertaron de la llegada de tres extranjeros de aspecto extraño. Abraham los recibió y les invitó a participar en la ceremonia. Aceptaron la comida, aunque no probaron bocado, sino que se dedicaron a observar la gente con mucha atención, como si los analizaran. Araziel, en cuanto los vio, se marchó a su casa para untarse aceite y asegurar que no podían ver su esencia de ángel. Cuando se encontraron con las mentes de Lilith y de su hija, se sorprendieron y quisieron interrogarlas. Unos soldados hebreos se interpusieron, y los forasteros extendieron sus alas y sacaron las espadas de fuego para matarlos. Todos los presentes se asustaron y chillaron horrorizados. Los gritos alertaron a Araziel, que se desplazó al lugar, olvidándose de todas las precauciones. Los tres provocadores se sorprendieron al verlo y comprobar que tenía las alas desplegadas y, en su mano derecha, una espada de fuego. No podía ser un demonio, porque estos no pueden utilizar las espadas de los ángeles. Aunque no podían detectar su esencia, presintieron que se trataba del ángel huido. Entonces ocurrió algo que los dejó atónitos. Detrás de su padre apareció Pequeña Lilith con las alas a la espalda y una espada de fuego en la mano. Ella era una niña humana, ¿cómo podía poseer ese poder? No tuvieron tiempo de pensárselo. Los dos atacaron al mismo tiempo, matando al primero de ellos. A los otros no pudieron sorprenderlos y se defendieron durante un rato, hasta que fueron abatidos por Araziel. Sus cuerpos al morir desaparecieron. Todos los presentes los miraban atónitos, sin entender nada. Solo Abraham sabía quién era y los poderes que poseía. Entonces el cielo se ennegreció y la oscuridad envolvió la aldea. Sobre ella apareció un dragón que lanzaba bolas de fuego a todo lo que se movía y que era conducido por un jinete con alas blancas. El pueblo estaba en llamas y la gente corría a los bosques cercanos para refugiarse. Araziel y su hija se miraron un momento y luego se colocaron en medio de la plaza para atraerlo. Cuando el dragón los vio, se lanzó sobre ellos escupiendo fuego, que paraban con sus escudos. Aguantaron hasta que estuvo sobre sus cabezas, y entonces saltaron, golpeando al dragón en el cuello, uno por cada lado, y el animal volador se desplomó sin vida sobre la plaza, su cuerpo también desapareció. El jinete saltó y cayó cerca de ellos con su espada en la mano. Araziel lo conocía, era Paniel, un

ángel muy despiadado que tenía fama de buen guerrero. La lucha se desarrolló durante un buen rato sin que ninguno de los dos pudiera matar al otro. Entonces Pequeña Lilith, en un descuido, saltó sobre Paniel, golpeándolo con tanta fuerza que lo lanzó contra la tierra, dejándolo aturdido. Al intentar levantarse no pudo esquivar la espada de la joven y su cuello fue separado de su cabeza; tras su muerte, su cuerpo desapareció. Nadie reaccionaba, todos estaban asustados y temían que apareciera otro dragón que lo terminara de destruir todo. Aquello parecía una maldición del Creador. Algunos pensaron que hacía tiempo que no adoraban a Baal, y este se había enfadado enviándole una terrible plaga. Solo Abraham mantuvo la calma. Cuando la lucha terminó, se dirigió al centro de la plaza y ordenó que todos prestaran atención. Les dijo que luego les explicaría lo que había pasado, pero lo primero era apagar el incendio y atender a los heridos. La gente comenzó a reaccionar y se organizaron en grupos, como siempre que había una emergencia, intentando apagarlo. El trabajo resultó inútil porque las casas quedaron destruidas y las llamas arrasaban el bosque y los sembrados cercanos. El patriarca se reunió con Araziel y su familia para encontrar una solución.

—¿Cómo arreglamos esto, amigo mío? —le preguntaba muy nervioso.

—No te preocupes, arreglaré este desastre, haré que todos olviden lo que ha pasado y nadie recuerde a mi familia. Nos esconderemos en otra parte. Quizás en una ciudad con mucha gente, para pasar desapercibidos.

—Siento no poder ayudarte en esta ocasión —le contestó triste el patriarca.

—Lo sé, amigo. Quiero despedirme de ti y de tu familia. No volveremos a vernos —efectivamente, sería la última vez que se vieran, no quería que fuesen castigados por su ayuda.

—Te llevaré para siempre en mi corazón y rezaré a Yahveh para que te proteja —se despidió Abraham.

Se abrazaron, con tristeza en el corazón. Araziel se concentró y la vida de la aldea se paralizó; segundos después todos bailaban, como si no hubiera pasado nada. Abraham los buscó sin encontrarlos; donde fuera que estuvieran, les deseó suerte. Él era el único que los recordaba»».

Guadix, vida cotidiana.

Samael guardó silencio, Uriel y yo lo miramos sorprendidos.

—La historia de Lilith y Azaziel está llegando al final, ya es hora de que os preparéis para vuestra vida diaria; tengo clase a primera hora y no puedo faltar —nos dijo el demonio sonriendo.

—¿Vas a seguir con tu papel de profesor? —le pregunté.

—Por supuesto, me gusta. Estoy aquí para ayudarte con el medallón, y esto todavía no ha terminado.

—Está bien. Seguiré contando contigo. Si me engañas, te corto el cuello —le dije bromeando, aunque él sabía que era capaz.

—Me necesitas, cuando llegue el momento lo entenderás.

Nosotros decidimos pasear con el fresco de la mañana e ir primero a su cueva. Samael me dejó una sudadera que, aunque me estaba grande, me quitaría un poco de frío. Nos cogimos de la mano y caminábamos despacio, sin prisas. El sol, a nuestras espaldas, despuntaba en una mañana preciosa. Yo me sentía preocupada, estaba seria y pensativa, Uriel me contaba tonterías que le habían pasado de niño, y eso me hizo olvidar por momentos mis preocupaciones. Era difícil ser feliz con esa carga encima. Caminábamos cerca de la alcazaba cuando una niebla espesa ocultó la luz del sol, el cielo se oscureció y nos asustamos. Cogí a Uriel de la mano y corrimos a escondernos en un portal próximo. El aire se tornó irrespirable y tres dragones sobrevolaron nuestras cabezas y se alejaron hacia la catedral, sin que hicieran nada por atacarnos. Poco después la niebla se disipó y volvió a salir el sol. La gente se asomaba a las ventanas extrañada por la niebla repentina, parecía que nadie, salvo nosotros, había visto los dragones y sus jinetes. Llegamos a su cueva y nos despedimos, aunque volveríamos a vernos en un rato en el liceo.

—Si alguien te ataca, piensa en mí con fuerza y yo iré a salvarte, ¿de acuerdo? —le dije muy seria.

—Siempre estoy pensando en ti, ¿cómo sabrás cuándo te necesito de verdad? —él parecía despreocupado.

—Lo sabré. Ahora formas parte de mi vida. No dejaré que nadie te haga daño.

Dejé a Uriel preparando los libros para ese día y regresé a casa teletransportándome. Me sentía fuerte, poderosa, invencible. Había cambiado tanto la personalidad que las antiguas compañeras de colegio no me hubieran reconocido. Soy una chica nueva que ha pasado la noche fuera de casa sin que su madre pudiera sospecharlo. Tampoco se lo iba a decir, es imposible que entendiera que su bebé era, en realidad, la descendiente de un ángel. Pensaría que me había vuelto loca y se empeñaría en llevarme a un psiquiatra. No, no.

¡Ni pensarlo! Me eché en la cama y esperé que tocara el reloj. Cuando lo hizo, cogí la mochila y me fui a la cocina. Preparé un vaso de leche con Cola Cao y unos cruasanes con mantequilla, sentándome enfrente de mi madre, que me observaba en silencio, como si analizara todo lo que hacía. Cuando salía la oí decir:

—Eres toda una mujer, Anik. Estoy muy contenta contigo.

—Gracias, mamá. Yo también contigo. Tengo que irme al liceo, se me hace tarde —le contesté sin volverme, fui un poco seca, pero es que todavía extraño que se ponga así de amable.

En la puerta encontré a Carmen y nos marchamos juntas. Como siempre, ella no paró de hablar de su amor, unas veces estaba enfadada con él, y al momento lo quería más que a nada en el mundo. Después, comenzó con los profesores y siguió con las compañeras. Mi vida cotidiana volvía después de mi dieciséis cumpleaños.

CAPÍTULO TERCERO

11

DE MI RELACIÓN AMOROSA CON URIEL

Cuando llegué a Guadix, me sentía preocupada y asustada por un cambio tan importante en mi vida. Venía de una gran ciudad, en la que yo era un ser anónimo e insignificante, y llegaba a un pueblo donde todo el mundo se preocupaba por mí, diciéndome lo que debía hacer o no. Fue como llegar a Marte. Era otro planeta. Luego, a través del medallón, descubrí un universo al que pocos mortales tenían acceso. A pesar de esos poderes, seguía siendo una joven de quince (perdón, perdón), de dieciséis años recién cumplidos, a la que le preocupaba el amor, aprobar el curso y hacer muchos amigos, igual que a las demás chicas. También acaecía otro asunto que tenía en mi corazón: conocer quiénes habían sido mis ascendientes biológicos.

Guadix, abril de 1977.

Al contarme Samael que era hija adoptada, sentí mucha rabia por las mentiras de mis padres. Mi madre no lo negó, sino que confirmó la noticia, entregándome una carpeta con los datos que poseían de ellos. Eso fue posible porque la adopción no fue por cauces normales, sino a través de un amigo de mi padre, que era un alto cargo de ese departamento. Después ese enojo fue desapareciendo. Desde entonces, la curiosidad por saber de mis verdaderos progenitores va aumentando. En cuanto pueda iré a París para investigar cómo fueron sus vidas, qué hacían, en qué trabajaban. Ellos son el origen de todo para mí, y, aunque no supieran donde estaba el medallón, creo que podrían tener la clave para descifrarlo. Al menos, eso pienso. Poco a poco he ido

comprendiendo el porqué de los hechos que han ocurrido en mi vida. Como por ejemplo: la decisión de mi madre de trasladarse de París a Guadix; aunque ella no lo supiera, había sido cosa del destino para enlazar con la aparición del medallón, liberado de su confinamiento por un niño en el portal de la sierra de Huélago. Yo, como descendiente de Lilith, tengo un papel que cumplir, y es ahora el momento de conseguirlo. El problema es que no tengo la más mínima idea de cómo hacerlo y, mientras lo averiguo, debo intentar disfrutar de mi existencia, la vida de una adolescente que estudia primero de bachillerato. Ese día llegué a clase muy contenta y con ganas de ser feliz. Al entrar, Uriel estaba sentado en su sitio y, al verme, levantó la cabeza y sonrió. No me dijo nada, tal vez temeroso de un desplante. Quizás por eso dejé la mochila en mi mesa y me quedé mirándolo antes de sentarme. Él no sabía lo que hacer, y se puso de pie sin apartar sus ojos de los míos.

—Buenos días, Uriel. ¿Has descansado bien? —le pregunté muy melosa para sorpresa suya.

—Buenos días, Anik. Muy bien. ¿Y tú? —dijo imitando mi voz; esta vez su intento de ser gracioso no me molestó.

—¿Yo? Como los ángeles —le guiñé un ojo como signo de complicidad.

Los dos sonreímos y nos sentamos porque llegaba el profesor. Al terminar la clase fui al cuarto de baño y cuando regresé lo encontré sentado en mi asiento, hablando con mi compañera; intentó levantarse para volver a su pupitre y no dejé que lo hiciera, sino que acerqué mi cara a la suya y lo besé largamente. Alguien avisó de que venía el profesor, apartándome con rapidez para que volviera a su lugar. En cuanto ocupé el asiento, Carmen me susurró al oído:

—Por fin te veo besarlo, ¡Dios!, con lo bueno que está.

Para mi compañera había dos clases de hombres: los que están buenos y los que estaban menos buenos. Aquel beso en clase fue la apertura de la veda para nuestra relación, que por cierto, luego supe que todos la conocían; no sé para qué tanto disimular que me gustaba desde el primer día. En la clase siguiente eché mi mano hacia atrás y él la cogió durante todo el tiempo. El profesor nos vio y pasó de decirnos nada. A esas alturas todo el mundo sabía que éramos novios. Un novio, a pesar de que no deseaba comprometerme con nadie, ni tener amores, ni nada de eso. Yo, que ante todo, quería ser una chica independiente, sin ataduras de ningún tipo, ahora sentía la necesidad de contarle al mundo que lo quiero y que me quiere. La timidez había pasado a mejor vida. *¡Mon Dieu!* Lo que daría para que mis

compañeras de París lo supieran; debería escribirles una carta. Ni viéndolo, creerían el cambio de mi personalidad. Ahora, sin gafas y con el pelo suelto y bien peinado, estoy más *sexy*, mucho más atractiva, incluso mi cuerpo es mucho más esbelto y más delgado. La que más se ha dado cuenta de mi cambio ha sido mi madre, aunque ella ignora las verdaderas razones de esta transformación, o pienso yo que las desconoce. Al terminar la última clase, Uriel se quedó hablando con el profesor y yo decidí esperarlo en el pasillo. Mientras aguardaba, me abordó Anael, con su clásica sonrisa y su cara angelical. La verdad es que seguía siendo muy guapo, por supuesto, la diferencia es que ahora no me hacía tilín como a principio de curso.

—Es hora de que liberes a Araziel —dijo sin más al llegar a mi altura.

Yo me quedé muda, sorprendida, ¿qué sabía él de mi antepasado?

—¿Tú conoces a Araziel? —pude preguntarle al fin.

—Araziel es mi amigo, no se merecía lo que le hicieron.

—¿Acaso eres un ángel? —bajé la voz y miré alrededor por si alguien podía escucharnos. Entonces entendí por qué tenía un cuadro con una mujer que se me parecía, era Lilith.

—Lo fui —respondió con un tono apenas perceptible.

—A la sazón eres un demonio —los dos hablábamos susurrando.

—Lo soy, me rebelé para cambiar las cosas y no conseguí nada. No todos los demonios son malos. El concepto de los humanos está equivocado.

—¿Conoces a los que quieren matarme para quitarme el medallón?

—No, yo soy independiente y procuro no hacer el mal. Por alguna causa el destino me trajo a esta ciudad y, cuando te vi, entendí el porqué. Luego llegó Samael, atraído por el medallón. Los dos te ayudaremos a liberar a Araziel, nuestro amigo. Nada tengo que ver con los que te han atacado —contestó Anael, algo brusco o molesto por mi pregunta.

—*¡Merde!* Ni siquiera sé cómo puedo liberarlo. Nadie me ha enseñado el funcionamiento del maldito medallón.

—Busca en el origen, en tus padres.

—¿En mis padres?

—En tus padres biológicos. ¿Sabes que eres adoptada?

—Lo sé. Llegas tarde, lo he sabido hace poco —le informé, para que no pensara que me estaba diciendo algo interesante.

—Existe un libro escrito en lenguaje angélico que los humanos no pueden leer y que explica cómo funciona el medallón —esa noticia parecía más importante.

—Mi madre me dio una carpeta que les perteneció y entre sus cosas no encontré ningún libro de ese tipo —le aclaré.

—Si el libro no está aquí, búscalo en París; siempre estuvo en manos de tu familia —parecía estar muy seguro de lo que decía.

—¿En París? ¿Dónde? ¿Y cómo voy a ir a buscarlo? Soy una adolescente que estudia primero de BUP, ¿lo recuerdas?

—Entonces ve a Francia en cuanto puedas —parecía una orden.

—Estoy pensando en ir en cuanto termine el curso, si mi madre me lo permite. ¿Tú conoces los amores de Azael y Lilith?

—Por supuesto, Anik. Yo luché a su lado en la batalla de Sodoma y Gomorra —de nuevo me sorprendía. *¡Dieu!* A veces alucino olvidando en qué mundo estoy, es como si viviera otra vida.

—¿No me digas que tú estabas en la destrucción de Sodoma y Gomorra? —le pregunté directamente; al ser un pasaje muy famoso de la Biblia, quería conocer su versión.

—Sí. Estas ciudades se negaron a entregarlos y los arcángeles ordenaron un ataque que provocaron su destrucción —dijo sin mucha convicción.

—Samael me ha contado la historia de Azael y Lilith, pero ahí no ha llegado todavía. ¿Querrás contarme esa parte? —me gustaría saber todo lo que pasó en la desaparición de esas ciudades.

—Lo haré con mucho gusto, ven a mi casa esta tarde y espero que no salgas huyendo. Te puedo garantizar que no soy peligroso y que te respeto. Parece que el otro día fui muy torpe y pensaste otra cosa. Lo siento.

—Me puse algo nerviosa porque no entendí tus intenciones, yo también siento haber huido sin pedirte explicaciones. Eso ya está olvidado. Esta tarde no puedo, mejor por la noche, quiero que me la cuentes sin prisa. Iré con Uriel, quiero que él también conozca la historia —quise llevarlo para que me acompañara, me estaba acostumbrando a su presencia.

—No te lo recomiendo, ningún humano debe conocerla. He oído que sale contigo, aunque eso no quiere decir que sea de fiar —esa era su opinión, yo tenía otra diferente.

—Para mí lo es, y soy yo la que decide.

—Como quieras. Y tienes razón, eres tú la interesada; en ese caso os invitaré a cenar a los dos, prepararé unos espaguetis. Me salen muy buenos —lo entendió pronto, pero había un inconveniente.

—No me gusta la pasta —le dije; y era cierto, a mi padre tampoco le gustaba.

—¿Qué comes por la noche? —preguntaba sorprendido, quería prepararme algo, qué amable.

—¿Yo?... un vaso de leche y unos cruasanes —contesté con desgana.

—¿Nada más? —supongo que no me creía.

—Con eso tengo suficiente.

En ese momento llegó Uriel y le pregunté:

—¿Te gustan los espaguetis?

—Me encantan, con tomate y orégano.

—Entonces prepara espaguetis para vosotros dos. A las diez estaremos allí —le dije al profesor ante la sorpresa de mi novio. Le cogí la mano y eché a andar; en cuanto salimos fuera me preguntó:

—¿Qué significa eso de los espaguetis? —lo dijo en un tono que no me gustó.

—Esta noche vamos a cenar a su casa —le informé para que se fuera preparando.

—¿A su casa? —preguntó alzando la voz—. No me gusta la idea, a ese tío le gustas, siempre te mira demasiado.

—¿Qué quieres decir, gilipollo?

—Se dice gilipollas —me corrigió.

Habíamos salido del edificio y me aparté del paso de la gente para encararme con él. Me importaba un pimiento como se dijera. No quería enfadarme y estaba a punto de conseguirlo al seguir con el tema.

—Y no me llames gilipollas, decían que le gustabas y que te invitó a su casa —bajó el tono de voz al darse cuenta de que había algunos compañeros por los alrededores.

—¿Y tú crees a la gente?

—No.

—Entonces, ¿por qué me dices eso? —le dije con la voz enojada.

—No te enfades, oí que Carmen se lo contaba a Isa.

—¿Carmen? No sabes lo chismosa que es. Ya le ajustaré las cuentas mañana.

Le solté la mano y caminé sola, él vino detrás. Al poco me dejé alcanzar y se colocó a mi lado.

—Perdóname, Anik, por favor.

Me paré en seco y le hablé señalando con el dedo sobre su pecho:

—Escucha, Uriel, no he estado con nadie antes de ti. A partir de ahora solo me interesas tú, te quiero a ti y te quiero solo para mí. Y no acepto que

desconfíes de mí. ¿Entiendes? —espeté.

—Lo sé, yo solo vivo para ti —parecía una frase hecha, pero me gustó oírla.

—¿Crees que podrás aguantar mi carácter? —ya tenía otros problemas. Ese día no quería enojarme, aunque tuviera razones.

—Lo intentaré —decía ilusionado, al darse cuenta de que no me iba a enfadar con él, aunque hubiera metido la pata.

—Eso espero. Esta tarde no tenemos clase, ¿verdad?

—No.

—¿Qué vas a hacer? —se me ocurrió una idea.

—Estudiar matemáticas.

—Vente después de comer a mi casa y estudiamos juntos.

—¿A tu casa?

—¿No quieres? —pregunté burlona.

—Sabes que sí, me encanta estar contigo, pero la verdad es que nunca estudiamos cuando estamos juntos —y tenía razón, pero ahora iba a ser diferente.

—Creo que tienes muy flojas las matemáticas y quiero ayudarte a repasarlas —mi interés era solo eso.

—Vale, ¿crees que a tu madre le va a gustar?, puede que sospeche algo y te regañe —¡ah, mi madre! Él no sabe que ya no me sermonea; además, está conforme con mi relación, es hora de aclararlo.

—Mi madre ya lo sabe y le gustas, dice que eres muy guapo y que tengo buen gusto.

—¿De verdad? Creí que el otro día, cuando estuve en tu casa, no le había caído bien —comentó extrañado.

—Te equivocas. Le gustaste. Lo que pasó fue que se quedó sorprendida al verte y, además, se encontraba enferma; por eso estaba tan seria. Por cierto, cuando acabemos el curso quiero ir a París, ¿me acompañas? —había olvidado decírselo. Puso cara de no entender nada.

—¿A París? Dudo que mi padre me dé permiso y, mucho menos, dinero —sus palabras no me inquietaron, ya lo resolveríamos cuando llegara el caso.

—No te preocupes, lo solucionaremos en su momento.

—De acuerdo, iremos a la Francia, ya veré cómo —decía resignado; pobrecillo, a veces lo desconcierto con mis pretensiones.

Nos despedimos en la calle San Miguel con un beso y él se marchó a su cueva. Me estaba gustando eso de saborear sus labios en cuanto tenía ocasión.

Yo comí pronto y luego me fui a la cama para esperarlo. A las cuatro oí cómo llamaba a la puerta y salí corriendo para abrísela, lo cogí de la mano y lo llevé a mi habitación. Mi mamá estaba echando la siesta, aunque yo le había advertido que pasaríamos la tarde estudiando para el examen de matemáticas y luego iríamos a casa de una amiga, donde estaríamos toda la noche. Le mentí, pero si le digo la verdad, no se lo creería. Hizo los correspondientes consejos de madre sin ponerme impedimentos.

—Venga, vamos a estudiar —decía Uriel nada más llegar.

—Tranquilo, tenemos toda la tarde; primero tomaremos un café y a las cinco comenzamos en serio.

—De acuerdo; por mí, bien.

—¿Sabes que el profe de historias es un demonio? —le dije de sopetón.

—¿Anael? ¿Qué? ¿Otro? ¿Cómo lo sabes? —volví a sorprenderlo.

—Me lo ha dicho él.

—¿Y quieres ir a su casa? —bueno, no nos iba a comer, digo yo. No le respondí por no enfadarme de nuevo.

—Era amigo de Araziel antes de la sublevación de los ángeles. Luego se escondió igual que Samael. Dice que no tiene nada que ver con los que me han atacado, ni sabe nada de ellos —intenté tranquilizarlo, creo que no le gusta porque está algo celoso.

—¿Y puede ayudarte? —la pregunta encerraba desconfianza.

—Conoce la historia de Lilith y Araziel, quiero que me cuente su versión, dice que estuvo en la destrucción de Sodoma y Gomorra.

—A lo mejor ha leído la Biblia y por eso la conoce.

—No sé, quiero darle una oportunidad, me ha dicho que existe un libro, para manejar el medallón, que perteneció a mi familia y que lo busque en París.

—¿Por eso quieres ir a París? —eso pareció interesarle más.

—Sí. Bueno, por eso y para conocer los orígenes de mis padres biológicos. Además, porque quiero mostrarte la ciudad donde nací. A mi padre le gustaba enseñarme lugares bonitos y diferentes, paseábamos por los parques e íbamos a los museos. La conocía muy bien. Aunque lo más bonito de París es mi barrio, en realidad es un pueblo dentro de la capital, se llama *Bautte aux Cailles*. Quiero llevarte a esos lugares... Ven a mi lado.

Estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en la pared. Se colocó junto a mí y nos besamos.

—Sé que me deseas; tienes que saber que aún no estoy preparada, ¿lo

entiendes? —le dije para que no se hiciera falsas ilusiones.

—Lo entiendo, seré paciente —respondió sin mucho ánimo.

—Además, le he prometido a mi madre que no te meteré en la cama.

—¿Eso te ha dicho? —puso cara de sorpresa o preocupación.

—Sí.

—Joder. ¿Qué pensará de mí?

—No es por ti, es por mí. Tranquilo. Ahora, vamos a estudiar. ¡Vale!

Nos sentamos en la mesa y comenzamos a prepararnos el examen de matemáticas. Mi madre sabía que estábamos allí y no nos interrumpió. Aprovechamos el tiempo y estudiamos hasta que comenzó a oscurecer.

—Estoy bastante cansado, cariño, ¿nos damos un paseo por el parque? —decía mi amor, que no quería seguir con las matemáticas.

—Me parece bien. Tengo la cabeza embotada —a mí me apetecía andar, aunque no estuviera cansada.

Le dijimos adiós a mi madre y nos fuimos a la calle. En el parque había bastante gente paseando y nos sentamos en un banco del final, junto a la estatua del escritor Pedro Antonio de Alarcón, siempre vigilante. Enseguida llegó Carmen con varias amigas y se quedaron con nosotros para no dejarnos tranquilos en todo el tiempo. Cuando se marcharon, nos fuimos al J.J., el bar de Moisés, y allí estuvimos con dos Coca Colas hasta cerca de las diez. A esa hora nos esperaba Anael en su casa. Llegamos puntuales y nos tenía la mesa preparada. A petición de Uriel comí unos poquitos espaguetis porque no los había probado nunca y me gustaron, aunque por la noche no suelo comer.

DE CÓMO LILITH PERDIÓ EL MEDALLÓN

Nos sentamos en el salón y comenzó a contarnos la historia de su amigo al que nos presentó como un ángel bueno y muy trabajador, que no solo cumplía con sus obligaciones, sino que si alguno de los ángeles no podía, él lo sustituía sin preguntar nada. Era partidario de ayudar sin tapujos a los humanos y no dejarlos ir por el mal camino. Le gustaba guerrear y siempre peleaba a favor del más débil. Cuando llegó el momento de la sublevación muchos se dejaron llevar por la palabrería de los dirigentes sin analizar la situación. Él consideró que nadie puede vencer al Creador, y permaneció a su lado, aunque pensaba que había muchas cosas que cambiar.

—¿Quieres que te hable de Sodoma y Gomorra? Te contaré la verdadera historia de esas ciudades —me comentó, comenzando su relato a continuación.

Hace más de 5.000 años.

«Lilith y Araziel se habían escondido con los hebreos gracias al aceite mágico de Abbadón. Yo también lo uso, ahora hay muchos fabricantes y lo podemos conseguir sin problemas. Aun así, fueron descubiertos por casualidad y tuvieron que huir. Se refugiaron en Sodoma, donde el rey Bera era su aliado. Este quería nombrarlo comandante de su ejército y aceptó. Se hizo cargo de dirigir a los soldados de la ciudad, pensando que así estaría ocupado y pasaría desapercibido. Lilith y su hija ocuparon un pequeño palacio muy cerca del templo de Astarté. Pasaron varios meses sin que nadie preguntara por ellos, aunque sabían que sería cuestión de tiempo que los encontraran. Durante ese período se hizo muy evidente la incapacidad de Lilith para hacer funcionar el medallón; en cambio, Pequeña Lilith lo hacía muy bien. Esto hizo que la hija lo llevara siempre con ella y tuviera la orden de proteger a su madre. Sabía que podía luchar y vencer a uno o varios ángeles. También trabajó en un plan de fuga para su esposa e hija, por si sus perseguidores las encontraban. Por desgracia sus temores se cumplieron y, al

final del invierno, aparecieron unos guerreros preguntando por ellos. El color del pelo de la madre y de la hija era muy llamativo, y pronto fueron localizados. Esa noche estaban cenando, en la mesa de la cocina, sopa de verduras y carne de cordero asado. Durante la comida el medallón se encendió con un tono fluorescente que les indicaba peligro. Araziel ordenó a Lilith y a los criados retirarse a sus habitaciones. Mientras, el padre y la hija esperaron a los atacantes en el patio de la casa. El portón de madera fue derribado con violencia; por allí entraron seis guerreros con sus alas y sus espadas de fuego desplegadas, parecía no importarles que tanta gente los viera. Los asaltantes enseguida los rodearon y arremetieron contra ellos, que por fortuna se movían con gran rapidez, como si jugaran al gato y al ratón. En uno de esos saltos Araziel no se movió, sino que paró con su escudo la espada de fuego y, con la otra mano, lanzó la suya sobre el agresor, pillándolo de sorpresa y partiendo su cuerpo en dos. Al caer al suelo desapareció. Los otros cinco se miraron y cambiaron de actitud. Ahora no embestían de la misma manera, sino que giraban alrededor de ellos esperando un momento de descuido. Pequeña Lilith miró a su padre y le lanzó un guiño. Después saltó sobre el de su izquierda, que se desplazó para evitar su espada, al tiempo que Araziel lo hacía sobre él, en su nuevo emplazamiento, y le cortaba la cabeza. Parecía que su hija había heredado sus poderes guerreros. Y se entendían a la perfección. Ahora quedaban cuatro. En el transcurso de la pelea se fueron separando del suelo y continuaron sobre el cielo de la ciudad intercambiando sus haces de fuego hasta que Araziel pudo matar a dos de ellos, que desaparecieron en el aire. Los otros supervivientes, que luchaban con Pequeña Lilith, al ver que ahora eran dos contra dos, bajaron al suelo y corrieron hacia la calle, al tiempo que ocultaban sus atributos de ángel, desapareciendo con rapidez. Tenían claro que solos no podrían vencerlos, informarían a sus jefes para que dieran parte a los arcángeles. Solo ellos podrían poner en marcha el ejército celestial. Araziel y su hija bajaron al suelo y plegaron sus alas y sus espadas. Al momento llegó una patrulla de soldados, alertados por los ciudadanos. El capitán, que había visto la pelea en el aire, lo miraba atónito.

—¿Necesita ayuda, comandante? —le preguntó el oficial, cuadrándose al llegar a él y asumiendo que lo que había visto no era normal.

—No, gracias, ya han huido. Solo querían robar.

—Esos guerreros no parecían ladrones. Yo he visto desaparecer a dos de ellos en el cielo, al ser alcanzados por un fuego que salía de su mano derecha, y a los otros dos, bajar hasta el suelo y huir. Sin contar que todos tenían alas.

Eso está por encima de mi entendimiento. Debo informar al rey —le advirtió de sus deberes.

—Cumple con tu obligación. Dile que iré más tarde para darle una explicación; primero, voy a atender a mi familia.

—Así lo haré.

Se marcharon los soldados y él volvió con su hija. En la puerta cada vez había más gente que se acercaba a preguntar por aquel prodigio. Pequeña Lilith se abrazó a su padre.

—¿Vendrán más? —preguntó Lilith, que acababa de salir.

—Peor aún, informarán a los arcángeles y conociendo a Metaniel, traerá su ejército celestial para atraparme.

—¿Qué hacemos entonces? —volvía a interrogar temerosa.

—Huir, pero tengo que engañarles para que crean que hemos muerto.

—¿Y cómo podemos hacerlo? —no dejaba de mirar el cielo por si aparecían más enemigos.

—Durante estos meses he construido un túnel que lleva fuera de la ciudad. Quiero que os marchéis inmediatamente por él. A la salida hay un bosque, buscad un caballo que pastará por allí con una cuerda entre las patas, para que no se vaya muy lejos. Yo lucharé para defender la ciudad y, si en el transcurso de la batalla se ponen las cosas feas, huiré y me reencontraré con vosotras —explicó Araziel.

—Padre, si te quedas, te matarán; tú has dicho que ellos son muy poderosos. Vámonos todos juntos.

—Si vienen, atacarán la ciudad buscándome, debo quedarme a defenderla. Vamos a preparar lo que os tenéis que llevar para sobrevivir, por si yo no puedo reunirme con vosotras.

Al entrar a la casa encontraron un hombre sentado junto a la chimenea. Era yo. Araziel desplegó sus alas y sacó la espada de fuego para defenderse.

»Araziel, no te ofusques, ¿no conoces a los amigos? —le dije a través de su pensamiento.

»¿Qué haces aquí, Anael? Pensaba que estabas preso en el Infierno —me reconoció enseguida.

»No me gusta la oscuridad, amigo. Llevo escondido miles de años. Estaba de paso en la ciudad y he oído tu hazaña. No he podido renunciar a verte. Les has dado una buena lección.

»Sabes que no. Volverán con refuerzos.

»¿Te atreverás a enfrentarte a los arcángeles?

»Si estuviera solo preferiría huir. Ellos atacarán la ciudad y he de ayudar en su defensa, no puedo abandonarlos; además, tengo esposa e hija y he de luchar por ellas —dijo Araziel con firmeza.

»Pensaba que eran demonios que se habían untado aceite mágico, porque no he podido leer sus mentes.

»Son humanas y su mente es opaca. Ignoro por qué.

»La gente decía que la joven pelirroja usaba una espada de fuego y que tenía alas.

»Es cierto, su poder proviene de un medallón que me fabricó Abbadón, ¿lo recuerdas?

»Claro, él es el que nos provee de aceite mágico para ocultarnos. No sabía que se podía reproducir la espada de fuego —comenté.

»Solo funciona con mi hija.

»Comprendo. ¿Tu hija es solo humana?

»Por ahora es solo humana, aunque ha heredado parte de mis poderes.

»Sabía de demonios que han tenido hijos con mujeres y nunca ha nacido ninguno con alguna capacidad del progenitor. Es cierto que debido a que los diablos hemos perdido casi todos los poderes. Hasta hoy, nunca había conocido el caso de un ángel que tuviera hijos humanos y que heredara alguna cualidad del padre. ¿Sabes que las matarán y a ti te mandarán al Infierno?

»Para eso es el medallón, no quiero que nadie pueda hacerles daño. Si me llevan al Infierno, ella puede liberarme. No consentiré que nadie nos impida vivir nuestro amor.

»Si es humana, morirá. ¿Lo arriesgas todo por unos años de felicidad?

»El medallón la convertirá en inmortal como yo.

»¿A las dos?

»No, solo a una; en principio, mi hija deberá vivir su vida humana.

Los dos hablaban sin palabras, sus mentes estaban unidas como antes de la rebelión, hace miles de años. Pequeña Lilith escuchaba atentamente. Ninguno se había dado cuenta de que ella podía oírlos como si fuera un ángel. Lilith, al percatarse de ese hecho, se llevó a su hija con la intención de preparar algo de ropa y de comida para el camino. Ellos salieron al patio donde continuaron su charla. La noche era cerrada y la gente se había marchado de la puerta. Cuando volvieron al interior, ellas los esperaban sentadas junto al fuego.

—Este es Anael, un amigo —me presentó a su familia.

—Quieres decir, un demonio —contestó su esposa.

—Sí, es cierto. A pesar del tiempo, sigue siendo un amigo y ha venido a

ayudarme —dijo en mi defensa.

—¿Cómo te va a ayudar si ya sabes que ellos no tienen poderes para luchar? —le decía Lilith.

—Él es un gran guerrero, yo lo sé bien y es capaz de derrotar a un ángel —Araziel me alababa como camarada.

—Aun así, sois solamente dos para luchar contra todo un ejército de ángeles —expresaba su esposa nerviosa.

—Tenemos a los soldados del rey Bera para combatir, ellos nunca han luchado contra un ejército humano bien preparado; no sabrán cómo hacerlo para que no muera mucha gente y, si les hacemos frente, es posible que desistan antes de destruir toda una ciudad —Araziel intentaba calmarla. En realidad no sabía qué iba a pasar.

—Y si Bera decide no luchar, ¿qué vais a hacer entonces? ¿Lucharéis solos? —preguntaba muy angustiada.

—Les conviene defenderse para evitar que arrasen la ciudad. Lo convenceré para que luche con todo su poder. Me voy a su palacio para prepararlo todo. Anael se quedará con vosotras.

Cuando llegó Araziel a palacio, el rey estaba reunido con todos los consejeros y nobles de la ciudad. Le hicieron esperar un rato a las puertas de la sala. Un murmullo de voces y discusiones se oía mientras llegaba hasta el pedestal del rey y se inclinaba para reverenciarle.

—Me han dicho que ha ocurrido un prodigio en la ciudad. Parece que seis guerreros han intentado robar en tu casa.

—Es cierto, mi señor.

—Y que lo has impedido con una espada de fuego.

—Es cierto, mi señor.

—¿Puedes explicarme cómo el jefe de mi ejército tiene una espada de fuego y alas en las espaldas?

—Puedo, pero debéis prometerme que lo que esta noche diga no saldrá de esta habitación.

—Con tanta gente en la sala es imposible que yo pueda cumplir esa promesa. Toda la ciudad sabe del portento, déjate de rodeos y cuéntanos quién eres y quiénes eran esos guerreros. Lo de ladrones no se lo cree nadie.

—Está bien, confesaré que soy un ángel de Él.

—¿Él, el dios? —preguntaba muy sorprendido.

—Sí, así es.

—¿Y quiénes eran los otros guerreros? También tenían espadas de fuego

—el soberano quería explicaciones de lo que había ocurrido.

—Ángeles de Baal —le contestó el comandante.

—Baal es hijo de Él, ¿acaso están en guerra? —el rey estaba muy sorprendido, aunque parecía creerse la historia, ya que como sumo sacerdote conocía las disputas de los dioses.

—Lo estamos. Si Baal vence, se convertirá en dios supremo y el mundo será un caos. Solo Él puede gobernar el mundo con equilibrio.

—Es cierto, Baal es el dios de la tormenta y nos trae el agua; si le damos el poder absoluto, no sabemos de qué será capaz. ¿Y qué dice Astarté, la esposa de Él?

—Astarté apoya a su marido y usará sus poderes para derrotar a su hijo y que todo vuelva a la normalidad.

—Me alegro. Hace tiempo que hemos notado que algo pasa entre los dioses, que no se ocupan de nosotros. Ahora entiendo que si están en guerra, el mundo esté tan abandonado, a pesar de los sacrificios —decía el rey mucho más tranquilo—, ¿y qué va a ocurrir ahora?

—Debemos prepararnos para la lucha y apoyar a Él.

—¿Crees que vendrán a esta ciudad? —preguntaba Bera, muy preocupado por lo que pudiera ocurrir.

—Sus ángeles han sido derrotados, estoy seguro que querrá venganza y vendrá con todo su ejército para matarme. Si nos enfrentamos a los guerreros de Baal, daremos tiempo para que los ejércitos de Él y de Astarté se organicen y puedan vencerlo.

Además, Él te lo agradecerá cuando llegue la paz.

—De acuerdo, preparadlo todo para la defensa de la ciudad. Advierte a los soldados de cómo deben pelear contra estos enemigos. Convocaré a los sacerdotes para realizar las ofrendas a Astarté y a Él para que sepan que estamos de su lado.

Araziel salió contento de la sala y convocó a todos sus capitanes. Les contó que los dioses estaban en guerra y que pronto iban a ser atacados por un ejército de ángeles que vendrían por el cielo a lomos de dragones. Tanto los soldados como la población estaban acostumbrados a oír historias y leyendas sobre ellos. La ciudad se había posicionado a favor del dios Él, y todos debían de contribuir a la victoria. Convendría advertir a los soldados que atacarían con fuego desde el cielo y que debían protegerse escondiéndose y embistiendo con flechas y lanzas a los dragones para derribarlos. La noticia se corrió por toda la ciudad, y parte de la población se unió a la tropa para

defender al dios supremo Él. El ángel volvió a su casa y ordenó a su esposa e hija que partieran al amanecer; al principio se negaron, finalmente le obedecieron, aunque a regañadientes. Pequeña Lilith no quería separarse de su padre temiendo no verlo nunca más; además, leía en su mente su preocupación por la situación que se avecinaba y su temor a ser capturado y encerrado en el Infierno. Ellos se marcharon a montar su puesto de mando en la torre de la fortaleza, la más alta de la ciudad; desde allí se controlaban todos los barrios. Ellas salieron por el túnel excavado desde la bodega hasta el bosque de un valle cercano. Buscaron el caballo que había dejado Araziel, sin encontrarlo, y decidieron continuar a pie por el camino que llevaba a Gomorra. Pedirían ayuda al rey Birsa y esperarían a que Araziel volviera con ellas. Caminaban en silencio, hombro con hombro, temerosas de que la lucha empezara en la ciudad que habían abandonado. El sol despuntaba lentamente cuando apareció un grupo de carromatos de campesinos, que llevaban sus productos para vender en el mercado de Gomorra. Se apartaron para dejarles paso y del último se bajó un joven muy amable y las invitó a subir, que aún quedaba mucho camino para la ciudad. Aceptaron. Se subieron en una de las carretas, sentándose en un lateral, el muchacho lo hizo al lado de Pequeña Lilith.

—Me llamo Caleb, hijo de Asad el Justo; voy con toda mi familia a la ciudad, a vender los productos de nuestra granja —se presentó el joven, que parecía muy alegre.

—Yo soy Lilith, y esta es mi madre, que se llama como yo. También vamos a Gomorra, teníamos un caballo y nos lo han robado. En la ciudad nos encontraremos con mi padre —no quería usar la verdad y le salió una verdad a medias.

—¿Y no se confunde la gente cuando os llaman? —preguntó, intentando mantener una conversación.

—No, a mí me dicen Pequeña Lilith.

—Eres muy guapa, Pequeña Lilith. ¿Estás comprometida?

—Soy muy joven para el matrimonio —opinó la joven.

—Eres toda una mujer y muy guapa.

—Te repites, Caleb; eso ya lo has dicho.

—Per... perdona —le expresó con el rostro muy colorado.

Pequeña Lilith sonreía al leer su pensamiento. Sus miradas se cruzaban intentando disimular, era evidente que se habían gustado, lo que obligó a intervenir a la madre de la joven.

—Jovencito, el llevarnos en tu carreta y evitarnos una gran caminata no te

da derecho a hablar así ante una mujer que no es de tu familia, deberías de saberlo —le dijo Lilith al joven sonrojado.

—¡Madre! —protestó la joven.

—Perdón, señora, no pretendía molestar. Somos la familia de Asad el Justo, mi padre. Vivimos en Arad, una aldea al este. Si un día pasan por allí, serán muy bien recibidas.

—Gracias, joven; mi hija ya nos ha presentado. Ahora te agradecería que no dialogaras con ella. Si quieres conversación, habla con alguien de tu sexo.

El joven guardó silencio ante la reprimenda recibida; de vez en cuando miraba, disimuladamente, a Pequeña Lilith, que sonreía divertida por los pensamientos de aquel joven tan guapo. Caleb cogió una manta y la echó sobre la joven para evitar el frescor de la mañana, ella la extendió cubriendo parte de él. Con el traqueteo del carro, los cuerpos de los dos se fueron acercando de forma que quedaron hombro con hombro. Lilith se percató, y decidió dejarlos; al fin y al cabo no podía ocurrir nada, prefería que su hija se distrajera del drama que les esperaba. Bajo la manta, la hija de Araziel buscó la mano del joven y entrelazó sus dedos como si fuese un juego. Hasta ese día nunca había encontrado un hombre que le gustara como esposo y este, que acababa de conocer, le encantaba; tenía un alma limpia y pura, como pudo comprobar al leer su mente. Ante el silencio impuesto por la madre, Caleb siguió hablándole en sus pensamientos sin saber que ella podía oírlos.

»Eres la mujer más guapa que he visto, me gustaría pasar toda la vida contigo. Yo viviría para ti, para hacerte feliz.

»Tú también me gustas, Caleb.

El joven la miró sorprendido, su cara expresaba toda su sorpresa; al momento pensó que era una trampa de su mente y le sonrió.

»Qué tonto estoy, he creído que hablabas en mi cabeza. »No te asustes, soy yo, tengo este don; si te asustas, todo lo que has pensado de mí es mentira.

»Te juro que es verdad, mi corazón late por ti.

»El mío late para ti, ¿no lo oyes?

»Lo oigo, lo oigo.

El carro entraba por la puerta este de la ciudad y se dirigió al puesto de aduana para pagar los impuestos. Una voz fuerte y ronca llamó al joven. Separaron las manos, temerosos de ser descubiertos.

—Tengo que ir a ayudar a mi padre. Antes de entrar hay que pagar al rey —le decía mientras saltaba al suelo y corría hasta donde estaban los soldados, para descargar los sacos que correspondían a los impuestos.

Lilith se bajó de la carreta e indicó a su hija que lo hiciera. Esperaron a que terminaran los trámites para agradecerles su ayuda, y luego se despidieron de la familia de Asad el Justo. Mientras los campesinos se dirigieron a la explanada donde ponían el mercado, ellos se alejaron buscando el palacio del rey. Los dos jóvenes siguieron hablando en la mente de Caleb.

»Me gustaría volver a verte —le dijo él.

»Ven a buscarme después del mercado.

»¿Dónde puedo encontrarte? —preguntaba ilusionado.

»Tú búscame, ya te diré dónde».

En ese momento Anik le interrumpió con gesto serio.

—Anael, no te distraigas con los jóvenes. ¿Qué ha pasado con Araziel?

—Ese joven se casó con Pequeña Lilith; por lo tanto, es tu antepasado.

—Luego me cuentas, si quieres, los amores de Pequeña Lilith. Pero dime: ¿por qué yo no puedo leer la mente como ella?

—No lo sé. Ella es hija directa de un ángel. Quizás las demás generaciones hayan olvidado que podían hacerlo. También, con el tiempo, la esencia se ha diluido o, tal vez, puedas hacerlo y no lo sepas.

—El medallón no me ha dado ese poder, al menos hasta ahora.

—Tal vez necesites aprender. Yo ignoro si puedes hacerlo o no, dependerá si lo has heredado. De todas las Lilith que he conocido, solo Pequeña Lilith pudo conseguirlo sin el medallón.

—¿Y la espada de fuego? Si era un huido de los arcángeles, ¿cómo podía usarla? —quiso saber Anik.

—Araziel todavía tenía todos sus poderes. Los arcángeles no podían quitárselos, solo el Creador puede hacerlo.

—Comprendo, debía de quererlas mucho para enfrentarse al poder del cielo. ¿Quieres seguir con la destrucción de Sodoma?

—Está bien, sigo con la historia, quiero que sepas que la hija de mi amigo fue la mujer más interesante que he conocido jamás. Seguiré con Araziel y un servidor, que se disponían a luchar en la batalla más grande desde la rebelión de los ángeles rebeldes.

Volví a sentarme de nuevo en el sofá. Me eché en el hombro de Uriel y él abrió el brazo para acomodarme en su pecho. Al ver su ternura al mirarme, hubiera preferido besarlo y estar a solas con él, pero estábamos allí para otra historia, la de Lilith y Araziel.

«Nadie durmió aquella noche por la preocupación de un posible ataque de los ángeles de Baal. Cuando llegó la mañana, sin que ocurriese nada, muchos

de los civiles que habían ido a apoyar a su ejército, pensaron que era una falacia y al mediodía volvieron a sus casas. Araziel ordenó a todos los soldados mantenerse en sus puestos de combate. Él sabía que, tarde o temprano, atacarían. Al atardecer el cielo se volvió negro y parecía que la noche llegaba antes de su hora como preludio del ataque. Enseguida dio la voz de alerta, que se extendió rápidamente por toda la ciudad, para que los hombres que pudieran luchar se incorporaran a sus puestos, junto a los soldados. El rey Bera se puso al frente de las tropas y ocupó la zona de mando, en la torre de la fortaleza. Yo me encargué del este y Araziel del oeste. Los minutos se hicieron eternos en aquella espera. De la oscuridad del cielo surgieron cientos de dragones azules, que volaban en círculos para que sus jinetes pudieran observar el campo de batalla. Araziel, en lo alto de la torre vigía del oeste, observaba el movimiento de los atacantes, intentado reconocerlos y valorar sus capacidades guerreras. Durante un rato se limitaron a dar vueltas alrededor de la ciudad, hasta que aparecieron los arcángeles en sus dragones rojos. Los doce dirigentes del ejército celestial, que formaban el Consejo Mayor de Gobierno, se quedaron en lo más alto del cielo, desde donde podían observar la ciudad y evaluar la situación para dar las órdenes oportunas. A una señal de Metaniel, todos los dragones azules se lanzaron en picado escupiendo bolas de fuego, que incendiaron la mayoría de las casas de adobe y paja de los barrios más pobres. Los defensores esperaban a tenerlos lo más cerca posible del suelo para arrojar sus flechas y lanzas sobre el vientre de los dragones, que era la zona más sensible de estas bestias. Aunque la mayoría de las veces estas rebotaban en su dura piel. Muchos de los dragones fueron heridos al acercarse demasiado y cayeron estrepitosamente, ante la sorpresa de sus jinetes, que se vieron rodando en el suelo a merced de las huestes y milicias que defendían la ciudad. Los soldados tenían órdenes de atacarlos desde lejos, sin aceptar la lucha cuerpo a cuerpo. La moral de la tropa era muy alta ante la creencia de que luchaban a favor del dios supremo: Él. El resto de los habitantes de Sodoma sabía qué, cuando comenzara el ataque, debería de esconderse tras los muros de piedra, intentando permanecer al margen de la disputa. Los arcángeles no esperaban esa actitud tan belicosa de los humanos y decidieron un nuevo ataque mucho más agresivo, sin evaluar las consecuencias que podría tener. Esta vez hicieron más daño, pero muchos dragones, al atacar más cerca de la superficie, fueron muertos y diezmados, por lo que reagruparon a su ejército y llamaron al resto de dragones rojos para incorporarlos a la lucha. El ataque de los dragones rojos fue tremendo y

mucho más destructor de lo que ellos esperaban. Cuando estuvieron listos se abalanzaron en picado, lanzando, al igual que antes, sus bolas de fuego; con la diferencia de que estas eran mucho más poderosas, y no solo incendiaban, sino que golpeaban la tierra con una fuerza tremenda, produciendo un terremoto que hizo temblar todo el recinto amurallado. Algunos edificios comenzaron a hundirse y, por los huecos y las grietas producidas, salía de las profundidades de la tierra un fuerte olor a azufre que explosionaba al contacto con el fuego, provocando un cataclismo de proporciones gigantescas, afectando no solo a la ciudad y a sus habitantes, también a los dragones que la sobrevolaban. Un elemento inesperado influyó decisivamente en la batalla: el subsuelo, que contenía una gran cantidad de gas oculto y que, al sufrir la potencia del fuego de los dragones rojos y abrirse grietas por doquier, explotaba al contacto con los incendios producidos por la lucha. Eso motivó el hundimiento del suelo, lo que provocó que las aguas del mar interior, que estaba a solo unos kilómetros, inundara la zona sumergiendo la ciudad en el fondo del mar Salado. El aire impregnado de azufre era irrespirable para todos. Metaniel, que mandaba aquel ejército, quedó sorprendido al ver desaparecer la ciudad. Naturalmente que no era culpa suya, sino de Araziel, al que buscó entre los edificios que aún no se habían hundido y lo localizó en una torre rodeada de agua; cuando su dragón llegó al lugar, saltó de su montura para caer a unos metros de él. Los dos se miraron desafiantes con las alas desplegadas y con sus espadas de fuego en las manos; la del arcángel era de color azul y mucho más poderosa que la del ángel. Araziel sabía que había sido vencido, pero vendería cara su derrota. Yo, desde la otra torre los observaba, mientras la ciudad desaparecía, poco a poco, bajo el mar. Al percibir que mi amigo tenía pocas probabilidades de salir victorioso. O era muerto o enviado a la cárcel eterna, para vivir en la oscuridad perpetua. Decidí ayudarlo, a pesar de que al acercarme a Metaniel iba a correr un gran riesgo de ser también atrapado. Hice un esfuerzo y me concentré en el arma más importante que el Creador había dejado a los demonios: el poder desplazarnos de un lugar a otro instantáneamente. En esta ocasión el destino era móvil, uno de los dragones rojos, y podía resultar peligroso si no hacía bien el cálculo de aparición. El arcángel del dragón elegido, que estaba pendiente de lo que acontecía en la ciudad, no tuvo tiempo de defenderse. Lo empujé al vacío. El jinete, antes de caer, intentó volver a subir con sus alas, aunque de poco le sirvieron. En lugar de reaccionar y salvarse, cuando se dio cuenta, estaba en un agujero de fuego y azufre que le quitó la vida en segundos. Dominé al

dragón en un momento, en cuanto conseguí conectar con su mente. Me sentí contento al montar de nuevo uno de estos animales; además, los dragones rojos eran extraordinariamente veloces. Lo lancé en picado sobre Metaniel, que no esperaba este tipo de ataque, lanzándolo al borde de la torre, y a punto estuvo de caer sobre el océano, que ardía aceleradamente. El dragón se paró en seco y Araziel subió a la grupa, le pedí máxima velocidad y enseguida desaparecimos en el cielo. El arcángel más poderoso había sido derrotado sin saber qué había pasado realmente. Su ofuscación por el golpe recibido le impedía reaccionar y su enemigo estaba ya muy lejos. Llamó a su dragón y montó rápido en él para seguir la estela de los dos huidos. No podían fugarse de ninguna manera. Llegamos en un momento a la ciudad de Gomorra, que ya estaba advertida del ataque sobre Sodoma. Al acercarnos vimos que el ejército se encontraba sobre las murallas, dispuesto a defender la ciudad. Araziel pudo ver a Lilith en la torre de la ciudadela del rey y me indicó que lo llevara allí. Su esposa lo reconoció y se lo dijo a Birsá, que dio la orden de que no nos atacaran. Aterrizamos en una explanada próxima y ordené al dragón que se quedara allí. La expectación por ver a un animal de los que usaban los ángeles en las guerras entre los dioses era enorme. Poco a poco se fue agolpando la gente en las proximidades sin que se atrevieran a molestarlo, más cuando el dragón, de vez en cuando, lanzaba por la boca un poco de fuego sin intentar herir a ningún humano. Araziel corrió hasta donde estaba su esposa y la abrazó, esta lloraba desconsoladamente.

—Tranquila, todo ha salido bien, estoy a salvo; el problema es que ahora vendrán hasta aquí y debemos seguir peleando —intentó calmar su ansiedad.

—Pequeña Lilith está a salvo. La envié con una familia de Arad que conocimos en el camino. Creo que son buena gente y la ayudarán. No quiso llevarse el medallón, decía que lo fabricaste para mí, pero yo no sé usarlo —le informó con urgencia.

—Lo sé, mi amor. Ella ha conectado con mi mente y me lo ha contado todo. El medallón te dará la inmortalidad para que puedas vivirla conmigo; con paciencia conseguirás que funcione. No te preocupes. Pequeña Lilith dice que está enamorada y que sabe que va a ser feliz.

—¿Tú crees que se puede enamorar tan rápido?

—¿Acaso no nos ocurrió a nosotros? —preguntó Araziel sonriendo.

—Tienes razón.

Se besaron con pasión, pero no había tiempo para más, y se fueron a donde estaba el rey para informarle:

—Cuéntame, Araziel, necesitamos saber inmediatamente qué ha ocurrido en Sodoma —le dijo Birsa impaciente de noticias.

—La victoria ha sido de Bera —tuvo que mentirle para continuar la lucha —, el ejército de los ángeles de Baal ha sido derrotado en nombre del dios Él, su padre. Sin embargo, se están reagrupando en el cielo con la intención de atacar Gomorra, tu ciudad, para entregársela a Baal y compensar la pérdida de Sodoma. Yo he venido a avisarte para que prepares su defensa.

—Gracias, Araziel, la defensa está lista, ningún hijo debe arrebatarse el poder a su padre. Baal debe ser castigado por esta acción.

Enseguida apareció un nuevo dragón por el cielo, montado por el jefe de los arcángeles, que daba vueltas en círculo, observando cómo plantear la siguiente batalla para que no le ocurriera como en Sodoma. No quería que Araziel se escapara de nuevo y echara por tierra el prestigio conseguido a lo largo de su existencia. Desde que fue elegido para estar al frente del gobierno de los seres alados y del control sobre la marcha del planeta Tierra, no había sido derrotado jamás por nadie. Araziel había infringido la ley y debería ser castigado por ello. En esta ocasión preparó a los ángeles y sus dragones azules en primera fila, y tras ellos, los dragones rojos y sus jinetes arcángeles para culminar el ataque. Había tenido muchas bajas, tanto de unos como de otros, y no podía consentir más muertes en sus filas. Estudió la estrategia conjuntamente con su Consejo Mayor de Gobierno. Primero ordenó el ataque de los ángeles, que cayeron en picado sobre la ciudad, lanzando sus bolas de fuego contra las defensas que habían dispuesto los humanos, pero en esta ocasión levantaron el vuelo sin que pudieran ser alcanzados. La ciudad comenzó a arder y la gente corría asustada. El segundo ataque, al igual que en Sodoma, produjo un fuerte terremoto y los edificios comenzaron a derrumbarse, al tiempo que se formaban grietas por donde salía el gas, que explotaba produciendo nuevos incendios y derribos. El aire era irrespirable y un humo negro ocupaba todo el cielo. La ciudad comenzó a desaparecer bajo la tierra y el mar lo inundaba todo lentamente. Araziel y Lilith luchaban codo con codo contra algunos dragones alocados que se aproximaban demasiado a la superficie. El ataque sistemático de los animales de fuego supuso, en esta ocasión, una victoria para los arcángeles casi sin bajas. Los esposos, viendo la batalla perdida, intentaron huir en su dragón, que esperaba muy nervioso sobre un tejado. Yo decidí escapar por otro lado para tener más posibilidades de éxito. Localicé un dragón rojo que se había quedado sin jinete y daba vueltas sin saber qué hacer. Me trasladé hasta él y

cabalgué muy lejos de allí. Nuestros protagonistas montaron en el dragón con la esperanza de no ser vistos, y desaparecieron a gran velocidad de aquella región. Araziel recordó las montañas del Himalaya, donde podría esconderse, y se dirigió hacia allí. No pudo llegar, pues cuando pensaba que nadie le perseguía, apareció Metaniel, oculto en una nube negra e intentó derribarlo. Logró esquivarlo sin poder evitar que los persiguiera y, por más que quiso dejarlo atrás o escabullirse en una nube, no lo consiguió. Aun así, no perdía la esperanza de escapar, aunque se preocupó cuando su montura comenzó a tener síntomas de cansancio y había perdido reflejos. Una bola de fuego cayó sobre el dragón y le quemó las alas. El animal chilló asustado al comenzar a descender a gran velocidad hacia el suelo. Araziel intentó minimizar la caída controlando al dragón, lo que resultaba imposible dada la gravedad de las heridas de sus alas. Antes del final de aquel viaje, el ángel se volvió y le dijo a su amada:

—Lo siento, Lilith. Te quiero. Utiliza el medallón para buscarme, con él podrás liberarme y volveremos a estar juntos.

Poco después el dragón se golpeó contra el suelo y saltaron por los aires. Araziel quedó aturdido y no pudo sacar su espada de fuego para enfrentarse a su perseguidor. Cuando Metaniel llegó a su lado, le arrojó una red especial que anulaba sus poderes de ángel, dejándolo inmóvil. Luego se interpuso entre la mujer, que había conseguido levantarse, y su esposo, que se encontraba prisionero en el suelo. Le lanzó un rayo para eliminarla y solucionar el problema sin que fuera alcanzada. El medallón había abierto un escudo a su alrededor, protegiéndola ante cualquier ataque. El arcángel no podía creer lo que estaba viendo. No podía hacerle daño a la humana. Ella se paró al ver que aquel ser se interponía entre los dos.

—Dame el medallón o lo mato —le dijo con crueldad poniendo su espada de fuego sobre el cuello de Araziel.

El corazón de la esposa pareció que explotaba de dolor. Si él moría, la vida no tendría sentido, ¿para qué quería un medallón mágico, si ya no podía vivir con su amor!

—Si te doy el medallón, ¿lo dejarás en libertad? —le preguntó con ingenuidad.

—No puedo dejarlo en libertad, le perdonaré la vida y también a ti y a tu hija.

—¿Y qué harás con él? —preguntaba temerosa.

—Vivirá. Será juzgado por haber incumplido la ley del Creador.

—Está bien. Toma el medallón, y maldito seas por no dejar que nos amemos.

Lilith le lanzó el medallón a la cara y Metaniel intentó cogerlo, sin conseguirlo. Cada vez que intentaba atraparlo, se alejaba de él, como si tuviera un repelente anti arcángeles.

—¿Por qué no puedo cogerlo? —se preguntó enfadado.

—Porque está hecho exclusivamente para mí. Solo yo, Lilith, puedo utilizarlo —le dijo la mujer, que lo miraba con desprecio.

—Entonces lo destruiré —gritó el arcángel, mientras lo golpeaba con su espada de fuego.

A pesar de los golpes el medallón seguía intacto. Al ver que no le hacía nada, se dirigió a la mujer.

—Si no puedo destruirlo, lo esconderé donde ningún humano pueda encontrarlo jamás.

Lo golpeó con una fuerza tremenda, transportándolo hasta el otro extremo de la Tierra, donde quedó enterrado en uno de los portales de tránsito entre este mundo y la dimensión de los ángeles. Metaniel anuló el portal y lo tapó de modo que nunca más se pudiera transitar por él. El medallón quedó atrapado en medio de dos mundos sin que nadie pudiera recuperarlo. Cuando terminó se dirigió a ella de nuevo.

—Estás libre mujer; vive tu vida humana y olvida a este ángel que ha pecado contra el Creador.

El arcángel desapareció llevándose a su prisionero, y dejando a Lilith sola y abandonada en medio de aquella desolación. Ignoraba dónde estaba. Sin el medallón, parecía que no era nada y se puso a llorar; enseguida recordó que necesitaba encontrar a su hija y comenzar una nueva vida. No sabía a dónde dirigirse; decidió hacerlo hacia el sur, pensó que encontraría lugares más cálidos. Sin comida ni agua, estaba agotada y creía desfallecer. Solo la imagen de su hija le permitía seguir adelante, aunque poco a poco iba perdiendo las escasas fuerzas que le quedaban y, finalmente, se dejó caer al suelo con el pensamiento en Azaziel. No sabía cuántos días llevaba andando sin parar, apenas si dormía en ratitos de desvanecimiento y el agotamiento la venció, no podía más; cerró los ojos y se dejó morir en aquellas tierras inhóspitas. De pronto, sintió cómo alguien la cogía en brazos y la subía a través de una montaña. Después entró en una cueva, dejándola sobre una cama. Aquel individuo parecía tener alas en la espalda, ¿sería un ángel? ¿Estaría soñando? La gruta le parecía conocida, como si ya hubiese estado allí.

Intentó incorporarse sin conseguirlo. Se le cerraban los ojos sin querer. Volvió a dormirse. Al despertar no podía saber cuánto tiempo llevaba en aquel lugar, aunque se encontró recuperada y logró levantarse. Estaba sola. Reconoció la habitación como el refugio de ángeles donde había estado con su esposo. No lo había soñado. Aquello era real, sin embargo ignoraba quién la había traído hasta ese lugar. Araziel no ha podido ser. Se sentó en la mesa y esta se llenó de comida. Cogió una vasija con una sopa humeante y la bebió a sorbos, parece que le hizo bien y su cuerpo fue recobrando el vigor de antaño. Luego, comió algo de cordero, y una manzana. Su pensamiento seguía preocupado por saber cómo había llegado hasta allí. Recordó que la puerta era mágica y ella no sabía abrirla. ¿Acaso era aquello una prisión? Se echó sobre la cama y cerró los ojos, deseaba seguir durmiendo y olvidarlo todo. Una voz dulce y angelical la despertó.

—Estabas muy agotada. ¿Te has recuperado ya?

—Estoy mucho mejor, gracias. ¿Has sido tú el ángel que me ha traído aquí? —preguntó impaciente.

—Sí, pero no soy un ángel, sino un demonio. Oí tus súplicas y te busqué. Luego he sabido lo de la persecución y cómo Metaniel atrapó a Araziel y te obligó a que le entregaras el medallón —su voz la tranquilizó.

—Se lo entregué para salvar la vida de mi esposo —sabía que no tenía otra opción. Aun así, se sentía muy mal.

—Lo sé. Lo sé —quiso tranquilizarla.

—¿Quién eres tú? ¿Por qué arriesgas tu vida tontamente al ayudarme? —preguntaba con mucha curiosidad.

—Soy Samael, un amigo de tu marido.

—¿Samael? —ella no recordaba conocerlo.

—El mismo. No tienes que preocuparte. Para liberar a Araziel basta que tú o tus descendientes recuperéis el medallón y realicéis la magia correspondiente.

—¿El medallón se puede recuperar? —su espíritu se llenó de esperanza.

—Seguro que sí. Siempre habrá alguna manera de hacerlo o que ocurra un milagro. La esperanza nunca debe perderse.

—Tus palabras alivian mi corazón. Ahora necesito ir a casa de mi hija —esa era ahora su prioridad.

—La aldea donde vive tu hija está muy cerca, a unas dos semanas de camino. En la puerta hay dos caballos, te acompañaré hasta allí. Luego me iré a esconderme durante un tiempo. Metaniel está muy enfadado y puede hacernos

mucho daño.

Samael la acompañó hasta Arad y Lilith pudo abrazar de nuevo a su hija, que ya sabía todo lo que había ocurrido. Pequeña Lilith se había casado con aquel joven nada más llegar a la aldea y estaban construyendo su propia casa. Se quedó con ellos y vivió una vida muy larga y triste. Yo me marché a otras zonas del mundo para evitar que me encontraran. De esta manera se perdió el medallón y Azaziel fue condenado y encerrado en el Infierno. Allí espera su liberación.

Guadix, vida cotidiana. Abril de 1977.

Sequé mis lágrimas y suspiré. Uriel me abrazó con más fuerza, al notar que estaba afectada por la historia. Anael fue hasta la cocina y trajo un vaso de agua que bebí de un trago.

—Ni lo que Samael me ha relatado, ni lo que me has contado tú, me sirve para saber cómo funciona el medallón —le dije entre lágrimas.

—¿Samael nunca te habló del libro que escribió Pequeña Lilith?

—No, ni siquiera lo ha mencionado —le dije poniendo cara de decepcionada; si existía un libro con instrucciones, la cosa podría cambiar.

—Tal vez no lo recuerde. Nosotros no lo sabemos todo —quiso justificar a su amigo por no decírmelo.

—Me resulta raro que tú lo sepas y él no —le manifesté mi opinión, algo contrariada.

—Hablaré con él y le pediré una explicación. Cuando Azaziel regresó y vivieron con los hebreos, le explicó cómo funcionaba el medallón. Y con esos conocimientos escribió luego el libro para que sus descendientes lo usaran cuando pudieran recuperar el colgante mágico. En cualquier caso, la hija de Azaziel había recibido muchos de los poderes de su padre, no solo leer la mente de los demás o utilizar la espada de fuego; por ejemplo, conocía el lenguaje de los ángeles. Ningún humano puede interpretarlo. Escribió el libro en angélico. Al morir tus padres biológicos, debió quedar en algún escondite y allí estará. Por eso te decía que debes buscarlo en París, donde vivían o trabajaban tus papás. Siempre lo ha tenido tu familia.

—Sí, ya lo he hablado con Uriel, iremos a París este verano para buscar información sobre ellos. Primero debemos aprobar el curso.

—Tienes razón. No debes dejar de vivir tu vida humana. Tu preparación cultural es muy importante para tu futuro.

Seguimos hablando sobre el amor, la magia, los poderes... y, naturalmente, Anael terminó contándonos muchas cosas de las que había hecho en su vida. Lo había conocido todo a lo largo de miles de años, aunque nos confesó que, para no sentirse mal, con el paso de los años cambiaba de cuerpo cada cierto tiempo, y con cada ser adquiría una nueva personalidad e intentaba olvidar el pasado. Hablando sobre esos temas llegó el amanecer y nos marchamos a mi casa. Uriel no quería entrar, casi le obligué. Mi madre, en cuanto escuchó el ruido de la puerta, se levantó muy asustada. Al vernos, se quedó de piedra, pero disimuló.

—Mamá, ya hemos terminado de estudiar; es temprano para irnos al liceo y vamos a esperar aquí. Siento haberte despertado.

—No me has despertado, hija. En realidad, no he podido dormir pensando en que estabas fuera, llevo toda la noche esperando que volvieras.

—Sé cuidarme y no me va a pasar nada. Debes acostumbrarte a que sea independiente, Uriel me ha acompañado, con él estoy segura. ¿No crees?

—Por supuesto que sí. No puedo evitar preocuparme. Lo siento. Tengo que pensar que has crecido y que eres una mujer; me acostumbraré, dame tiempo. ¿Queréis desayunar?

— *Oui*, pero lo voy a preparar yo.

—Nada de eso, os lo llevaré a tu habitación. ¿Tú qué desayunas, Uriel? —creo que mi madre había decidido integrarlo en la familia.

—Él, leche con Cola Cao y galletas —le contesté yo rápidamente.

—Leche con Cola Cao, señora; y deja que responda yo, también sé hablar —me objetó sonriendo, y tenía razón.

— *D'accord, d'accord*, perdona —le dije melosa, no era mi intención enfadarlo.

Nos fuimos a mi habitación, estaba muy cansada y me eché sobre la cama. Él se sentó a mi lado acariciándome el pelo. Di media vuelta y lo miré haciendo un gesto, como imitando un beso. Entonces acercó su boca para besarme. Me gustaba cómo besaba, primero me transmitía un cosquilleo absorbiendo mis labios con fuerza, para luego buscar mi lengua y jugar entre ellas, hasta dejarme sin respiración. El tac tac de los nudillos de mi madre nos interrumpió. Uriel se levantó, sentándose en la silla, lejos de mí. Ella entró con una bandeja y la dejó sobre la mesa de estudio.

—A comer, que sois jóvenes y necesitáis energía —creo que pretendía ser amable.

—Gracias, mamá.

—Gracias, señora.

—Por favor, Uriel, no me gusta lo de señora, llámame María, que es mi nombre —le dijo marchándose.

Mi madre me sorprendió de nuevo con esa familiaridad, y resultaba muy agradable su actitud. Si Uriel era el hombre que yo había elegido para compartir mi vida, deseaba que también le gustara a ella. Nos había traído dos vasos de leche, un bote de Cola Cao, un plato de galletas María y otro con cruasanes y bollos, además de mantequilla para untar. Y nos lo comimos todo. Una noche en vela nos había dado mucha hambre. Nos fuimos al liceo entre bromas y juegos. Por el camino nos encontramos con Carmen y nuestros compañeros, y estuvimos hablando sobre el examen de matemáticas, que nos preocupaba a todos. Cuando llegábamos al instituto vi a Antonio que acompañaba a su amiga de COU, Yipy, y parecían muy animados. Delante de ellos, Samael andaba rápido con su cartera debajo del brazo. Lo llamé y me esperó. Mis compañeros, incluido Uriel, continuaron para clase. Nos apartamos hacia el campo de fútbol y, cuando ya estaba segura de que nadie nos oía, le pregunté:

—¿Por qué no me hablaste del libro de Pequeña Lilith?

—Perdona, Anik, ese libro ya no existe. Pensé que tú podrías llegar a manejar el medallón de forma intuitiva. Por eso estaba contigo. Si no te he hablado de él, ha sido porque aún no he llegado a esa historia. ¿Quién te lo ha contado? —parecía sorprendido por mi pregunta tan directa.

—Ha sido Anael.

—¡Ah! —expresó entendiéndolo. Parecía que se imaginaba que sería él.

—Uriel y yo estuvimos en su casa anoche y nos contó lo que faltaba de la historia —le dije como explicación.

—Bueno, él es más indicado que yo para contar la parte final; al fin y al cabo, también participó en la batalla. Por desgracia, luego huyó, escondiéndose cobardemente y abandonando a Lilith a su suerte. Yo la ayudé a encontrar a su hija, a la que enseñé el lenguaje de los ángeles, aunque había heredado la capacidad de hablarlo, con la esperanza de que pudiera recuperar el medallón. No fue posible. Y le animé a escribir el libro para que sus descendientes supieran manejarlo cuando apareciera el medallón. El libro se perdió y eso no tiene remedio.

—¿Por qué dices que el libro ya no existe? —pregunté muy interesada en la historia.

—El libro fue quemado en 1234 en Toulouse por orden del inquisidor

Guillaume Pelhisson —dijo secamente, como si eso fuera un mal recuerdo.

—¿1234? —parecía que cada cosa que decía me sorprendía más.

—Sí. Una tal Lugana de Magdala, cuyo nombre judío era Lilith, fue acusada por la Inquisición de comerse niños y de mantener relaciones con un diablo.

—¿Era mi antepasada?

—Sí.

—¿Y qué le ocurrió? —quería saber cómo se había perdido el libro. *¡Mon Dieu!* ¡Qué mala suerte!

—Fue traicionada en su lecho de muerte por una amiga. Ella vivía en la comunidad cátara, que era perseguida por la Iglesia, y le acusaron de tener relaciones con un demonio y parir un monstruo; el acta de acusación la tituló el inquisidor: “*Sortilegis et divinis et invocatoribus demonorum*”, y fue juzgada, condenada y quemada públicamente. Tenía en su casa unos libros que nadie entendía y también los quemaron.

—El demonio que la visitaba eras tú —expresé mi pensamiento en voz alta.

—Sí, fuimos amantes durante un tiempo, pero no quería que sufriera por mí y la alentaba a que se casara con un humano.

Cuando ocurrieron esos hechos yo no estaba a su lado.

—¿Estás seguro de que el libro fue quemado?

—Quemaron todas sus pertenencias. Su hija fue criada por unos parientes de París y luego se convirtió en una bella mujer, de la que se enamoró un rico judío y se casó con ella. Nunca supo qué ocurrió con el libro.

—¿Y podía haberse quedado en algún lugar oculto? —mi pregunta expresaba mi deseo de mantener alguna esperanza.

—Si es así, nadie lo sabía. Lugana Lilith nunca me dijo nada. Quizás debiera ir a Toulouse y buscar alguna pista.

—Iremos juntos —le afirmé con contundencia.

—¿Juntos? —se quedó sorprendido de mi propuesta.

—Juntos: Uriel, tú y yo.

—¿Y el curso? —dijo muy sorprendido.

—Será en las vacaciones de verano. Para que sus padres y mi madre no se opongan, ¿te parece bien? —le respondí, lo tenía todo decidido y me apetecía ir a París.

Llegué tarde a la primera clase y Uriel me miró sorprendido, como diciendo: —“¿dónde has estado?”—. No era esa mi preocupación, en realidad

estuve durante toda la mañana con otra cosa en la cabeza: ¿cómo sería la dimensión de los ángeles? Llegué a la conclusión de que, si el comienzo de la historia del medallón está en aquella cueva de Huelago, debería ir allí a buscar la verdad. Aunque me surgía otra duda. ¿Podré entrar por el portal donde mi amigo encontró el medallón? No lo sé. Tendré que intentarlo y para eso debo visitarlo. Por supuesto, no le diré nada a Samael, será una simple excursión a la sierra. Por la tarde me fui a buscar a Antonio para ver la manera de llegar a su pueblo. La puerta de su casa estaba abierta, como siempre. Subí las escaleras hasta la habitación que hacía de salita y me lo encontré estudiando junto a un compañero de COU, que ya se marchaba. Nos quedamos en silencio durante unos momentos.

—¿Cómo estás, Anik? —me preguntó rompiendo el hielo.

—Bien, y a ti, ¿cómo te va?

—Fenomenal. Me he enamorado otra vez.

—¿Otra vez? Me alegro, te veo muy entusiasmado —le dije con alegría, preocupada porque sus amores anteriores no le habían ido muy bien.

—Sí, de otra chica.

—¡Ah! Cuenta —le pedí muy interesada.

—Bueno, no estoy seguro todavía, aún le doy vueltas, pero ahora solo pienso en ella. Me paso todo el día soñando que le digo que la quiero y esas cosas.

—¿Y la otra? Yusy, mi compañera —quería saber qué había ocurrido, si hace poco tiempo decía estar enamorado de ella.

—Nunca pasó de ser una buena amiga. Parece que mi corazón ha entendido que debe seguir buscando el amor. Es una tontería esperar un amor imposible. No quiero que me ocurra como la vez anterior.

—Me alegro por ti. ¿La conozco?

—Claro, está en COU, se llama Yipy —me dijo Antonio sonriendo.

—¡Ah! Sí, la que te acompaña ahora al instituto. ¿Se lo vas a decir?

—No lo sé. Primero quiero estar seguro.

—Sí, es mejor así... Quería pedirte una cosa. Quiero ir a ver la cueva de tu pueblo, donde encontraste el medallón —le dije sorprendiéndolo.

—¿A Huélagó? —preguntó extrañado, como diciendo: “¿A mi pueblo?”.

—Sí, quiero ir a ver la cueva por si el medallón me dice algo.

—De acuerdo, podemos ir el viernes por la tarde, en el tren. Yo tengo allí la casa de mis padres, ellos trabajan en Mallorca y no están. Como vamos a estar solos, deberías llevar a alguien que te acompañe. Por el qué dirán. Ya

sabes.

—De acuerdo, le diré a Carmen que me acompañe. ¿Puede venir Uriel?

—Claro, por supuesto, si tú quieres. ¿Él está enterado del medallón mágico? —quiso saber Antonio.

—Sí.

—¿De los poderes también?

—Sí.

—¿Y Carmen?

—Carmen no, pero no pasa nada, yo me encargo.

—En ese caso no hay problema, hay camas para todos. Pero no podemos dejarlo para más tarde, porque en mayo los de COU tenemos exámenes finales.

—¿Por qué tan pronto? Todavía queda curso.

—Por la selectividad. Son las pruebas de acceso a la universidad.

—¡Ah!

Hablé con ellos y les pedí que me acompañaran. A Carmen le dieron permiso sin problemas, solo tuvo que decir que íbamos doce chicas, y su madre pensó que si iban tantas, no sería malo. Yo no sabía cómo decírselo a la mía; desde que supe que era adoptada está muy sensible, y sé que llora de vez en cuando. Le conté el mismo cuento que mi amiga y me dio el permiso, aunque me pareció que sabía que la engañaba. Con Uriel no tuve ningún inconveniente.

PRIMERA VISITA A LA DIMENSIÓN DE LOS ÁNGELES

El viernes, veintidós de abril, por la tarde, Antonio, Carmen, Uriel y yo nos encontramos en el puente del río Verde. Desde allí nos fuimos andando hasta la estación de ferrocarril de Guadix, para trasladarnos en tren a Huélago. Un poco delante de nosotros, iban tres chicas andando por la vereda que hay en el lado izquierdo y que te permite caminar sin el agobio de los coches. Al acercarnos reconocí a mis dos compañeras y al nuevo amor de Antonio. Yo iba conversando con Uriel, y Antonio se adelantó a saludar a su enamorada. Le cogió una de las asas del bolso para ayudarle y caminar juntos para poder charlar. Creo que ella también se siente atraída por él o, al menos, eso me parece. Carmen caminó junto a nuestras colegas sin dejar de hablar en todo el trayecto. Nosotros caminábamos detrás de ellos hablando de todo, como dos buenos amigos. Eso me encantaba de mi novio, podía tratarlo como un camarada.

Huélago, viernes, 22 de abril de 1977.

El tren tardó una media hora en llegar a la estación de Huélago. El pueblo no estaba allí, sino a varios kilómetros en el fondo de un barranco, y teníamos que bajar andando. Un coche vino a recoger a las otras chicas y nos invitaron a subir a Carmen y a mí; como todos no cabíamos en aquel Seat 850, declinamos la invitación. Quisimos ser solidarios y caminar junto a ellos.

—Allí está la cueva que vamos a visitar —dijo Antonio señalando una sierra que se veía al frente.

—Está muy lejos para ir andando —comentaba Carmen, preocupada por la caminata.

—No. No está lejos, se va muy bien andando. Pero esta noche no va a ser. Mejor mañana —pronunció en tono jocoso.

La expresión causó una carcajada general. El camino fue muy divertido. Tardamos en llegar al pueblo más que el tren desde Guadix. Al llegar la noche el frío se hizo notar, aunque fuera primavera. El anfitrión preparó una fogata en la chimenea y nos sentamos alrededor mientras él iba a acondicionar la cama

de matrimonio de sus padres para las dos chicas, ellos dormirían en otra habitación. Comimos unos filetes asados en las ascuas y después hablamos durante varias horas de muchos temas: del instituto, de los profesores, de literatura, de historia, como si no tuviésemos problemas. Llegó la hora de acostarnos y, la verdad, no teníamos ganas. Fue Carmen la que dijo que durmiéramos junto al fuego, a todos nos pareció divertido. Antonio puso más leña en la lumbre y trajo dos colchones de cama pequeña que juntos fueron suficientes para acostarnos con unas mantas por encima. Permanecemos hablando hasta que nos quedamos dormidos. Me desperté entre los brazos de Uriel, sus buenos días me parecieron maravillosos. Sin embargo, presentía que aquel sábado no iba a ser un día normal. Nos pusimos ropa cómoda para andar y desayunamos leche con cacao y magdalenas; yo hubiera preferido un cruasán tostado con mantequilla y mermelada, pero Antonio no tenía. Partimos inmediatamente camino de la sierra. Al salir, el aire era frío, llenamos una botellas de agua en la Pocilla, que era la fuente del pueblo, y continuamos la marcha cruzando el río Ramblón, que superamos saltando sobre unas piedras colocadas en su cauce. Proseguimos por un camino rural muy empinado que nos subió hasta una gran llanura que denominan Meseta y desde la cual se divisaba la sierra. Paramos un momento para volver la vista atrás y avistar el pueblo, que a esas horas se veía muy bonito. Carmen y yo caminábamos juntas y más despacio que ellos. Decidí explicarle un poquito de la historia del medallón, y cuando terminé me dijo:

—¿Te estás quedando conmigo?

—Te estoy contando la verdad.

—Pues no me la creo. Eso son tonterías. Sé que a veces soy ingenua; de ahí a que me cuentes esas trolas, va un trecho.

Lo dejé ahí, para qué explicarle más a una incrédula. Cuando lo vea seguro, que lo cree. El único interés en decírselo era que no se asustara si veía algo raro; de todas formas, luego tendré que borrarle la memoria. En fin, ella era así. Pasamos al lado de la Venta del Puntal y cruzamos la carretera nacional, para coger un camino que recorría la falda de la sierra y que dejaba a un lado el cortijo: “el Puntal”; ambos se llaman así porque están en la punta de la montaña o, dicho de otro modo, donde comienza la sierra que termina en Granada. Poco después llegamos a otro cortijo: “las Grajas”. Por detrás de este comenzaba una vereda que ascendía hasta la cima, a unos dos mil metros de altitud, y subimos por ella. Dos horas después teníamos a la vista el lugar al que queríamos llegar. Junto al camino, en un cortante de piedra en el

lado izquierdo, había una cueva, y algunos creímos que era la que buscábamos.

—¡Hemos llegado! —exclamó satisfecho Uriel, con una sonrisa cansada; llevábamos caminando dos horas cuesta arriba sin parar.

—No, no. Esa no es la cueva. La que buscamos está en el otro lado de la explanada y no es visible. Esta parece grande, pero es muy corta, solo tiene unos metros subiéndote por unas rocas y no se llega a ninguna parte. Hay algunas estalactitas en el techo, la pena es que la gente se las lleva de recuerdo a su casa. En cuanto descansemos, busco la que te interesa —le respondió

Antonio, que ni siquiera paró para mirar. Dejamos el camino por el que subíamos, que continuaba hacia Darro, pasando por el cortijo de “las Señoretas”, donde hay un pozo de agua, y seguimos por una vereda entre lavandas y tomillos que impregnaban el aire con un aroma que embriagaba, hasta llegar a una fuente que tenía unos pilares delante para que bebieran agua los animales.

—Esta es la fuente “los Dornajos”, pero le llamamos: “los Najos” o “los Hornajos”, según el que pronuncie. Primero vamos a descansar un poco —ordenó Antonio, porque íbamos algo cansados, sobre todo ellos.

Nos tumbamos en la hierba bajo el único árbol que había cerca del agua. Desde aquel lugar se podían ver, cuando estaba claro, unas maravillosas vistas. Antonio nos fue indicando los lugares que se divisaban y que él conocía muy bien.

—Allí está Huélagó, aquello es la estación de Moreda y el pueblo está detrás de aquel cerro. Más allá: Laborcillas y después de aquella colina está Piñar, y por ahí, a la izquierda, queda Bogarre, y luego Iznalloz. Desde lo alto, por el otro lado, en los días claros se puede ver hasta Guadix —decía señalando con la mano los lugares.

Entonces recordé aquel sueño repetitivo en el que alguien me decía: —“allí está Huélagó”—. Me pregunté si aquello ya lo había vivido o si era una reminiscencia de otra vida. No lo sabía. Todo era tan fantasioso que, de contarlo, nadie lo creería. De lo que sí estaba segura es que tenía que entrar y buscar alguna pista sobre el medallón. Antonio no recordaba el lugar exacto de la cueva y mientras descansábamos estuvo buscando la entrada. Encontró la gran piedra que taponó la entrada en su momento, y subió siguiendo el rastro de caída de la roca, hasta unos matorrales que ocultaban un hueco en la tierra. La erosión había tapado parte del acceso y solo quedaba visible un agujero grande por donde se podía entrar.

—Aquí está la cueva —gritó Antonio eufórico.

Yo estaba muy nerviosa mientras preparábamos las linternas. No sabía qué me podía encontrar dentro de la gruta o al otro lado, si es que llevaba a algún sitio. Entramos a gatas por la abertura que quedaba, pero enseguida nos pudimos poner de pie. Aquello parecía una mina un poco estrecha. Saqué el medallón por fuera y lo dejé colgando sobre mi pecho. Ya no hizo falta ninguna luz artificial. De repente todo el pasillo se iluminó. Las paredes amarillas brillaban como el sol. Carmen alucinaba, aunque creía que era una linterna muy potente. Avanzamos unos treinta metros, hasta llegar a una sala pequeña de tipo circular, y allí se acababa la cueva. En una pared parecía verse dibujada algo parecido a una circunferencia, la toqué con mi mano y una puerta se abrió. Una luz blanca muy intensa, que parecía una cortina, impedía ver lo que había en el interior.

—¿Entramos? —les dije muy decidida.

—¿A dónde? —contestaron los tres.

—No lo sé, por esa puerta, para ver lo que hay más allá.

—¿Qué puerta? —decían muy sorprendidos.

—¿No veis la entrada? —les señalaba con las manos el lugar, ellos no lo veían porque seguían poniendo cara de sorpresa.

—Solo veo piedras amarillas —me dijo Uriel cogiéndome la mano.

—¿Tú ves una puerta? —preguntó Antonio, que se imaginaba lo que ocurría.

—Sí, se ha abierto cuando he tocado aquella roca que tiene dibujado un redondez —les expliqué, quería que me creyeran.

—Pues nosotros no la vemos. Será mejor que no entres, puede que no te permita volver a este lado —Uriel se preocupaba por mí.

—Yo veo una puerta de chocolate, nos la podemos comer de postre en el almuerzo —decía Carmen, que seguía sin creer nada y pensaba que estaba de broma.

—Tengo que entrar. Necesito averiguar qué debo hacer con el medallón. No puedo seguir con esta incertidumbre.

Me abracé a Uriel, apretando con fuerza como en una despedida, no sabía qué podía encontrar al otro lado y sobre todo: ¿podría volver? De pronto me quedé sin fuerzas, desmayándome en sus brazos. El pobre se asustó y, al verme sin conocimiento, me sentó apoyando mi espalda en la pared, para intentar reanimarme. Los tres gritaban preocupados, pretendiendo que recobrará el sentido. Tardé un rato en darme cuenta de que estaba viendo la escena desde

fuera. Podía verme a mí misma y a Uriel, zarandeándome para que volviera en mí. Me dolió su pena. Entonces sentí un profundo dolor, ¿estaría muerta? ¿Acababa de morir? Me acerqué para tomarme el pulso. Ellos retrocedieron asustados al ver mi espíritu alado. El pulso era normal. No estaba muerta.

—No os asustéis, estoy bien —les dije, aunque parecían no creerme, bueno, más bien estaban impresionados.

—¿Eres un fantasma con alas? —preguntó Carmen aterrada.

—No, no soy un fantasma, parece que mi espíritu se ha separado de mi cuerpo. Lo ha hecho el medallón para que pueda traspasar esa puerta, al igual que los ángeles.

—¿Espíritus? ¿Ángeles? Qué es lo que pasa. La que se va a desmayar soy yo —decía Carmen que parecía descompuesta.

—¿Qué hacemos nosotros? —preguntaba Uriel, que iba comprendiendo lo que había ocurrido.

—Sacad mi cuerpo fuera y esperad a que yo vuelva. Si no reaparezco, buscad ayuda, no le contéis nada del medallón, solo que me desmayé y ya está. *¡D'accord!* —le ordené, porque si no, íbamos a estar allí todo el tiempo.

—No será necesario, Anik; volverás, lo sé muy bien. Mi corazón te espera —decía Uriel, y yo sabía que era cierto.

—¿Eres un ángel, Anik? —preguntaba sorprendido Antonio.

No les hice caso, ya lo solucionaría cuando regresara. *¡Mon Dieu!* Moví las alas para comprobar si me obedecían y casi me caigo al aletear. Para utilizarlas necesitaría algo de práctica. Recordé a Samael cuando me dijo que las usaban para equilibrarse.

—Tranquilos, no sé lo que soy, intentaré averiguarlo ahí dentro.

Me dirigí hacia aquella apertura, dispuesta a enfrentarme a lo que hiciera falta. Entré en el portal y di media vuelta para decir adiós a mis compañeros. Ellos ya no me veían. Lo primero que percibí fue una luz muy intensa. Miré hacia arriba y no se divisaba ningún sol, ni nubes, ni cielo, solo una luminiscencia que lo envolvía todo. Tardé un rato en acostumbrarme. El paisaje era blanco, monótono, plano. Comencé a andar y ante mis ojos apareció un camino dibujado en el suelo. ¿Dónde me llevaría? Me sentía como Alicia en el País de las Maravillas, igual que si fuera desnuda con el medallón colgado al cuello, y me preocupó encontrarme con alguien; si fuera así, ¿qué le iba a decir? Realmente no sabía que hacía allí, ni siquiera dónde estaba, ni qué era lo debía hacer. Poco después, llegué a una ciudad; digo ciudad, porque tenía calles y edificios, no había coches, ni nadie paseando o

transitando. Tampoco vi letreros con los nombres de los lugares o de las calles, ni señales de tráfico ni de ningún tipo. De pronto comencé a percibir miles de gentes hablando al mismo tiempo, y la cabeza se me llenó de frases inconexas que me costaba trabajo distinguir. Dejé de andar para intentar comprender qué me ocurría. Poco a poco fui entendiendo lo que hablaban, era como si oyese el pensamiento de la gente. Realmente no sabía dónde ir, pensé en regresar. No lo hice. Caminaba como una autómatas, como si alguien guiara mis pasos, y me encontré con un edificio formado por pequeños apartamentos. Al pararme enfrente del primero, la puerta se abrió y, sin saber por qué, entré, aunque no sabía qué me podía encontrar. Allí no había nada, ni siquiera muebles. Las paredes eran como de cristal blanco, fui hasta el fondo y toqué una por curiosidad: apareció un armario lleno de ropa de todas las épocas. Entendí que aquel debía ser el apartamento de Araziel, y aquella indumentaria la que utilizaba cuando iba a la Tierra. Allí todo estaba oculto. Palpé la misma pared hasta que una puerta se abrió y dejó al descubierto un mueble lleno de tablillas de arcilla con escritura cuneiforme. Cogí una y la podía leer del mismo modo que el francés o el español. Al lado, surgió otro armario lleno de vasijas y objetos de barro. En aquellas alacenas guardaba sus recuerdos de la Tierra, su colección particular de la vida en nuestro planeta en la época en la que él lo visitaba. El amor de Araziel por lo humano era muy real, tal como me había contado Samael. Bueno, he encontrado la casa de Araziel, ¿Y ahora, qué? ¿Qué hago? Me asomé a lo que parecía ser un balcón que daba a una calle y entonces vi unos espíritus con un aspecto extraño; parecían seres semitransparentes con forma humana, su cabeza era más grande que la nuestra, la cara muy agradable, de aspecto piadoso, aunque sus ojos parecían mirar al infinito. Eran muy llamativas las dos alas a la espalda, de color casi blanco, un poco más opaco que el resto del cuerpo y que apenas movían. Similares a las que yo llevaba en la espalda, aunque las que me aparecían con el cuerpo de mujer eran más blancas. Caminaban con piernas como nosotros, pero los pies parecían amorfos, como si no tuviesen dedos. Al caminar no tenían prisa y tampoco se entretenían entre ellos. Casi todos vestían con una túnica de color gris con capucha; unos la llevaban sobre la cabeza y otros no. Encontré una bata de ese tipo y me la coloqué. Automáticamente las alas sobresalían de la tela, como si hubiera una abertura, y salí a la calle para darme una vuelta por la ciudad. Me crucé con muchos de ellos sin que ocurriera nada. Hablaban o, mejor dicho, pensaban en un lenguaje extraño con sonidos guturales, que entendía perfectamente. Tuve

miedo por si me descubrían y enseguida regresé al apartamento vacío, pensé que estaría más bonito con muebles, un sofá para sentarse, unos cuadros... y, al momento, la habitación cambió, las paredes aparecieron pintadas de rosas con unos lienzos de París colgados en la pared, una mesa con fruta en el centro y un sofá, donde me senté para contemplar aquel prodigio. No sé cuánto tiempo estuve sentada reflexionando sobre aquello y todo lo que me había ocurrido en los últimos meses. Cuando mi espíritu se relajó, todo lo veía más claro. Era hija de ángeles y humanos; con el poder que me otorga el medallón, puedo ser humana en la Tierra y ángel en su dimensión. Allí sentada no iba a encontrar nada que me dijera cómo funcionaba el medallón, eso lo debo encontrar en el libro que escribió Pequeña Lilith y que debe de estar en París o en algún lugar de Francia. Decidí regresar con mis amigos, a los que imaginaba muy preocupados. Al menos había satisfecho la curiosidad de saber cómo era el lugar donde viven los ángeles, muy diferente a lo que creemos que es el cielo. Volví por la misma ruta y, al traspasar el portal, regresé a mi cuerpo, que enseguida se tensó y comenzó a toser al respirar de nuevo. La alegría de todos fue inmensa, en realidad estaban asustados por lo que pudiera pasar. Uriel me besó antes de que pudiera contestarle a sus preguntas, y a las de todos.

—Me encuentro bien. No ha pasado nada.

—¿Qué hay en el cielo, Anik?, ¿qué has visto?, ¿has encontrado a tu padre? —preguntaba Carmen, que parecía estar más animada, como si su miedo hubiese desaparecido.

—¿Mi padre? No, allí solo viven los ángeles.

—¿Los ángeles? ¡Señor! Cuando lo contemos en el instituto no se lo van a creer.

—¡Nadie va a contar nada! —le grité.

—Vale, vale, no diré nada.

Uriel me levantó del suelo para que anduviera un poco y estirara las piernas.

—Tu cuerpo ha estado todo el día sin moverse, tienes que hacer un poco de ejercicio.

—¿Cuánto he tardado en regresar? —pregunté, sin saber el tiempo transcurrido.

—Todo el día; ya se está poniendo el sol.

—*¡Mon Dieu!* Para mí solo ha sido un momento.

—¿Puedes andar?

—Estoy bien, creo que sí.

—Por favor, cuéntanos qué has visto —preguntó Antonio con curiosidad.

Les pedí que se sentaran y les narré todo lo que me había pasado. Al terminar, guardaron silencio, como si no se lo creyeran. Yo sabía lo que tenía que hacer.

—Es hora de regresar a Huélago. Siento decir que tengo que borrar vuestras memorias, recordaréis un día estupendo por la sierra y olvidaréis que soy un ángel.

—¿Qué estás diciendo, Anik? ¿Cómo nos vas a borrar la memoria? Yo te prometo que no diré nada de lo que he visto. Además, si lo digo, me van a tomar por loca —decía Carmen muy entusiasmada.

Para mí, ella es una buena amiga y la quiero mucho; no puedo confiar en ella porque, al ser tan cotilla, cualquier secreto deja de serlo. De Antonio puedo fiarme, él me entregó el medallón; sin embargo, creo que es mejor para su vida que no conozca esos detalles de mí y, sobre todo, es mejor que no sepa que la cueva es realmente un portal a otra dimensión. Apreté el medallón con la mano y deseé que olvidaran la parte donde me convertía en ángel y traspasaba el portal; a cambio, le introduje la visita a la cueva donde no vieron nada extraño, y un largo paseo por la cima de la sierra. Uriel, como siempre, conservó la memoria de lo que había vivido. Pasamos otra noche en la casa de Antonio. Esta vez dormimos en las camas: Carmen y yo en la de matrimonio, y los hombres en camas individuales, en otra habitación.

EL FIN DE CURSO Y LA LLEGADA DEL VERANO

La visita al mundo de los ángeles provocó en mí una reafirmación de mi yo. La dualidad de mi alma se hizo evidente al poder entrar en el mundo espiritual. Allí me sentí diferente, no solo por llevar unas alas en mi espalda o por entender el lenguaje de los seres alados, sino porque me sentía en casa. Aquel mundo era también el mío. Soy consciente de ser un producto nuevo, un experimento casual, imprevisible en la concepción del mundo clásico. La unión de un ángel y una mujer había dado lugar a un nuevo ser de apariencia humana, pero con algunas atribuciones de los ángeles. Poderes que se hacen evidentes con el medallón. Es indudable que ya los tengo, aunque no sepa usarlos, y creo que el libro de Pequeña Lilith debe tener la clave. Ahora más que nunca tengo la obligación de encontrarlo. Hoy, sobre todo, me siento mujer y como tal soy amada. Nunca pensé que un joven tan guapo como Uriel pudiera enamorarse de mí, no fue fácil aceptarlo; poco a poco fui superando los miedos y temores de la niñez, como pensar que, al ser muy fea, nunca le gustaría a ningún chico. Por ello me siento feliz, aun contando los problemas que todos tenemos y los añadidos del medallón. Mi deseo es seguir siendo una chica normal, que buscaba el amor y lo ha encontrado. Desde mi visita al portal de Huélagó, Uriel y yo nos hemos centrado en estudiar y aprobar el curso. Naturalmente que hablamos sobre lo que allí ocurrió y, a pesar de lo fantástico del asunto, lo ha aceptado como si eso fuera una cosa normal. Un día, al acariciarme la espalda, noté como que buscaba algo que demostrara la existencia de mis alas de ángel. No encontró nada en mi cuerpo humano. El amor nos ha hecho muy responsables. Bueno, a veces no lo somos tanto, pues cuando me voy a su cueva a preparar algún examen terminamos tonteando. Por eso, si tenemos que estudiar de verdad, vamos a mi casa, donde, como le dije a mi madre, no pienso meterlo en la cama. En general estoy contenta, hemos trabajado bastante, tanto en mayo como en junio, y los exámenes nos han ido

muy bien. Para mí sigue siendo fácil aprender y aprobar, aunque lo mantengo en secreto y simulo que estudio para que Uriel continúe su ritmo.

Guadix, junio de 1977.

Oficialmente el curso ya ha terminado, solo nos quedan un par de exámenes de recuperación, de los cuales no tenemos que examinarnos, porque ya los aprobamos en su momento. En una semana recogeremos las notas oficiales, aunque ya sé que las he aprobado todas, solo falta saber la nota final. Ahora tenemos que preparar el viaje a Francia. Primero a París, para investigar si hay alguna pista en la vida de mis padres biológicos que permita encontrar el libro; y si no, iremos a Toulouse, donde se le pierde la pista. Si existe el palacio de mi antepasada, lo podemos buscar allí. Samael ha resuelto el problema del viaje inscribiéndonos en un intercambio cultural, donde iremos acompañados por un profesor: él, en este caso. Mi madre se ha visto en la obligación de darme el correspondiente permiso. Aunque ha impuesto una condición: ella nos acompañará, porque quiere resolver algunos asuntos en París. Dice que es muy peligroso viajar con dos hombres tan guapos. No hemos podido decirle que no. Uriel no lo tiene tan fácil y se ha ido a Baza a resolverlo. Quise acompañarlo y no me ha dejado, —"sería peor"—, dijo. Creo que podría haber convencido a sus padres utilizando mis dotes personales de persuasión y, si fallan, ejercer mis poderes.

—Ni hablar —espetó—, puedo hacerlo yo solo.

Como iba a estar varios días fuera, me sentía un poco triste porque Carmen tampoco está, y me aburro. Ayer fui a ver a Antonio, que, después de haber aprobado el curso, está preparando la selectividad para ingresar en la universidad. Como ya conocía el camino, entré en su casa sin llamar, empujé la puerta con la rodilla; lo había visto hacerlo a él, y subí las escaleras. Se encontraba en el salón de su casa, por llamarlo de alguna manera, estudiando con unos amigos a los que ya conocía del instituto. Los saludé y me fui a la terraza, se vino conmigo y charlamos un rato.

—Sigue estudiando, no te quiero molestar —le dije excusándome por la visita.

—No te preocupes, estuvimos estudiando toda la noche y estamos muy cansados. La verdad es que no me concentro y no estudio nada, creo que lo vamos a dejar. En el fondo nos da igual aprobar o no. Lo hacemos por gusto.

—Ya lo sé. Conozco que no necesitáis aprobar ese examen para estudiar

magisterio. Pero si quieres cambiar de carrera ya la tienes aprobada. Mejor que no lo dejes. ¿Y si decides estudiar periodismo?

—El periodismo lo he descartado porque es muy costoso ir a Madrid o a Barcelona para hacer la carrera. Tú lo has aprobado todo y creo que tu novio también. Enhorabuena.

—Sí, hemos tenido suerte. Bueno, también hemos empollado mucho.

—¿Te gustó mi pueblo? —preguntó Antonio cambiando de tema.

—Claro, tiene paisajes muy bonitos. Me traje unos recuerdos que guardaré para toda la vida —y era cierto, nunca olvidaré ese viaje.

—Gracias. Me alegré mucho al comprobar en la excursión que estabais juntos. ¿Sabes que ya me declararé? —confesó con alegría.

—¿Con una poesía? —le dije un poco irónica; luego me arrepentí de mi tono.

—No —soltó una carcajada por mi ocurrencia—, no, no. Esta vez de palabra —parecía feliz al hablarme.

—Cuéntamelo —quise saber cómo había sido y me senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. El viento acariciaba mi cara impregnándola de frescor. Enfrente, en una terraza próxima, un perro pastor comenzó a ladrarnos sin que consiguiera que le hiciéramos caso. Antonio se sentó a mi lado y continuó hablando.

—En cuanto salgo a la terraza comienza a ladrarme —me dijo refiriéndose al perro—. Te cuento como fue: Después del fracaso de mis amores con tu compañera, Yipy se convirtió en mi confidente y en la amiga que me consolaba y encontré en ella el amor que buscaba. Un día nos besamos y me declaré.

—¿Cómo te declaraste? —para mí es necesario un “te quiero” formal.

—Bueno, después del primer beso le dije: —“Te quiero”—, como un susurro; ella me sonrió y dispuso sus labios para que los volviera a besar.

—¿Y no te dijo que también te quería? —me comportaba como una cotilla que lo quería saber todo.

—No, no fue necesario, sus labios derrochaban cariño.

—Me alegro de que por fin encuentres el amor. Me gustaría felicitarla a ella también —le dije de corazón, me gusta que mis amigos se sientan felices.

—Está estudiando en el pueblo, iré a verla este fin de semana.

—¿Y sus padres? —seguía sintiendo curiosidad.

—Lo llevamos en secreto, ella tiene miedo de que si se enteran, la encierren —decía con cierta pena

—¿Y por qué la iban a encerrar? —pregunté incrédula, no me podía creer

lo que oía.

—Eso dice ella; su madre es una controladora y le tiene mucho miedo.

—Pero en los tiempos que estamos los padres no deben decidir la vida de los hijos —reflexionaba en voz alta, sabía muy bien que en España alguna gente pensaba como en el pasado y los derechos de las personas no eran reconocidos. Francia estaba más adelantada en ese aspecto.

—Cuando llegue el momento lo solucionaremos. Nadie puede impedir que nos amemos —decía sonriendo, parecía feliz y muy seguro de sí mismo.

—¿Y cuándo la ves? —si no podía ir a su casa... ¿cómo lo hacían?

—En casa de una amiga. Yipy va a verla cuando su madre sale a comprar y, por casualidad, me encuentra allí. En realidad estoy todo el día esperando que pueda salir para verla.

—Comprendo. Me gusta tu historia y me alegro por ti y por ella.

—Gracias. Y tu relación con Uriel, ¿va bien? —ahora me tocaba responderle a mí, aunque poco le podía decir.

—Muy bien, este verano nos vamos a París.

—¿Solos? —abrió los ojos sorprendido.

—No, ya nos gustaría. Se trata de un intercambio cultural. Nos acompaña el profesor de matemáticas y, también, mi madre.

—¿Vas a llevar a tu madre? —volvió a sorprenderse como un niño pequeño.

—No he tenido más remedio. Sin su permiso no podíamos ir.

—Es verdad, aún necesitamos el permiso de los padres. Espero que lo paséis bien.

Se levantó para mirar hacia el balcón, para comprobar que sus amigos seguían allí. Yo también lo hice y continuamos hablando apoyados en la barandilla de hierro.

—Me gustaría saber algo sobre el tema del medallón. ¿Cómo lo llevas? ¿Has avanzado algo? —hablaba en voz baja, aunque estábamos solos.

—Sí, he aprendido algunas cosas, poco más te puedo decir.

—¿En la cueva encontraste algo que te ayudara? No consigo recordar mucho de la visita.

—No, no encontré nada y nos fuimos a pasear por la sierra.

—Me resulta raro porque fuimos a eso, y cuando estuve de niño tenía unas paredes de calcita amarilla muy bonitas, solo por eso merecía la pena entrar. A veces pienso que nos borraste la memoria de lo que allí pasó.

—¿Qué te crees, que soy maga?

—Bueno, si tenemos en cuenta que el medallón es mágico, y eso si lo recuerdo perfectamente, podrías haberte convertido en bruja —me dijo con ironía.

—Tranquilo, te aseguro que no soy una bruja.

No quise darle más explicaciones y le pregunté por sus poesías.

—¿Sigues escribiendo poemas? —le pregunté para que se relajara, lo veía un poco tenso.

—Sí, claro, sigo escribiendo, ahora son más alegres, aunque la calidad me preocupa menos. Pero ha ocurrido un problema muy gordo y solo me quedan unas pocas —hasta ese momento parecía un chico feliz, de repente entristeció.

—¿Eso qué significa? —no le entendí, pero parecía grave.

—Joder, Anik, antes de encontrar el amor, en una noche de soledad se me fue la cabeza y quemé todas las libretas llenas de poemas y, además, un montón de obras de teatro; el trabajo de muchos años, desaparecido para siempre. Quería acabar con lo que era, para ser un hombre nuevo. Ya me he arrepentido, lo que hice no tiene remedio. Por fortuna, algunos de mis cuadernos y otros versos sueltos estaban en Huélago, y esos se han salvado.

—¡Vaya tontería que hiciste! ¿Y eres un hombre nuevo?

—Lo soy, conseguí meter aquel amor en el baúl de los recuerdos y enamorarme de nuevo. Abandoné la soledad y ahora soy feliz —dijo Antonio triunfante.

—Cuando te conocí estabas enamorado de una chica del instituto de abajo...

—Sí. Carmencita, la Loquilla de abajo.

—Sí —se me escapó una pequeña risotada que le hizo sonreír—, luego te enamoraste de mi compañera...

—Yusy, la Loquilla de arriba.

—Y ahora estás enamorado de tu amiga de COU —concluí.

—Yipy, también le decimos la Loca.

—¿Solo te enamoras de locas?

—Eso parece... Debo de estar loco.

—Un loco poeta.

—Un poeta loco de dudas en debate, como dice un amigo mío, no lo olvides —decía divertido.

—Tres amores en un curso es mucho para el corazón —volví a reír—. ¿Crees que lo aguantará?

—Espero que sí. En la vida solo tengo una ambición: amar y ser amado, lo

demás es secundario.

—Eso es bonito. Te deseo mucha suerte.

Después de un rato de charla, lo dejé en la cocina preparando una ensalada para la cena, fui al salón a despedirme de sus amigos y me marché. En casa, acompañé a mi madre, que comía un revoltijo de lechuga con atún, queso y jamón york, mientras charlaba sin parar sobre el viaje a París. Le ilusionaba volver a su antigua casa, ella no había querido venderla, ni tampoco alquilarla. Habíamos vivido muchos momentos felices allí; bueno, también amargos, como la muerte de mi padre. Cambiar el domicilio a Guadix le había permitido desconectar y acostumbrarse a una nueva vida sin su marido. Quizás ya se siente mejor, o me lo parece a mí. Desde luego, la noto un poco rara, diferente, más segura de sí misma. Tomé un vaso de leche caliente con Cola Cao y cogí un libro que mi madre había comprado, titulado “Cómo ser mujer y no morir en el intento”; lo había escrito otra señora, Carmen Rico-Godoy y comencé a leerlo en la cama. El libro estaba interesante, aunque mi cabeza estaba en otro sitio, me apetecía ver o hablar con Uriel, ¿estará durmiendo?, ¿pensará en mí? Si Pequeña Lilith podía comunicarse con su padre en la distancia, quizás yo podría hacerlo con él. Concentré mi pensamiento en Uriel y, de pronto, comencé a oír voces que parecían venir de lejos; unas apenas se oían y otras retumbaban en mi cabeza como un enjambre de abejas. Me asusté.

» ¡Merde! , ¡merde! , no quiero oír a la gente.

Salté de la cama y abrí la ventana para tomar el aire. La noche era fresca y agradable. Por fortuna, las voces cesaron. Sentí miedo de oír los pensamientos de los demás, sería horrible. No parecía sencillo distinguir unas voces de otras. ¿Y si me traslado donde está Uriel? Dicho y hecho. Cerré los ojos y me encontré en la habitación donde debía estar Uriel, aunque allí no había nadie. ¿Lo habré hecho mal?, imposible, no, no, su ropa está sobre la silla. En ese momento oí el ruido de la cisterna en el cuarto de baño e intenté tranquilizarme porque me sentía muy cansada, con pocas fuerzas para mantenerme en pie, y decidí esperarlo dentro de la cama. Unos golpecitos se oyeron en la puerta. ¿Quién lo llamará a estas horas? —pensé. No tuve tiempo de esconderme; una joven de mi edad apareció diciendo:

—Uriel, no me puedo dormir, ¿me puedo quedar contigo un rato?

La joven puso cara de sorpresa o de susto al ver a otra chica en la cama, aunque reaccionó rápido y cerró la puerta por temor a que alguien pudiera verme. Yo también me asusté un poco y no supe articular palabra para

tranquilizarla. Por suerte no chilló, ni salió corriendo a dar la alarma. Fue ella la que me preguntó, bajando el tono de voz:

—¿Quién eres tú?

—Soy Anik —acerté a decir casi en susurros.

—Anik, ¿la novia de Uriel? ¿Mi hermano te tiene escondida?

—Sí.

—¡Madre mía!, con la bronca que tuvo con mi padre. Como te descubran, se va a armar.

—Espero que no, no quiero causar problemas.

—Me alegro de conocerte. Yo soy Lola, la hermana de Uriel.

—¡Encantada! Creo que me voy a enfadar con él, ¡no me ha hablado de ti! ¿Sois más hermanos?

—No, solo él y yo. Este año he estado muy sola porque él se marchó a Guadix; me alegro que haya tenido la suerte de conocerte. No te preocupes, no suele hablar mucho de su familia, no se lleva bien con mi padre.

—¿Por qué?

—Mi padre quiere que le ayude a trabajar y él quiere estudiar, siempre están de pelea.

Se metió en la cama, dándome dos besos en las mejillas. Parecía muy simpática y actuaba como si me conociera de toda la vida. Lola era alta, casi como su hermano, con el pelo largo y castaño, algo alborotado, los ojos marrones y la cara redonda con una nariz muy bonita. Llevaba puesto un pijama rosa claro con unos ositos dibujados. No le encontré ningún parecido a su hermano. Cuando Uriel salió del cuarto de baño se asustó. Por nada del mundo hubiera imaginado verme allí, al lado de su hermana. La carcajada de Lola fue tremenda aunque, al darse cuenta, se tapó la boca con la mano.

—Anik, Lola, ¿qué hacéis en mi cama? —preguntó al fin, con la voz alterada.

—Conocernos, tonto, ¿por qué no me has dicho que te la habías traído? ¿Os habéis casado o solo estáis juntos? Bueno, da lo mismo —estaba emocionadísima con la situación que habíamos provocado y me resultó gracioso.

—No, no, por favor, solo somos novios. Es muy pronto para casarnos todavía —le respondí rápidamente. Aún no me veía como esposa.

—¡Qué emocionante! ¿Y cómo has entrado aquí sin que nadie te viera? —exclamó ella.

—Lola, márchate a tu cuarto y no se te ocurra decir nada —le ordenó

pareciendo enfadarse, para que yo no contestara.

—Tranquilo, seré una tumba. Ya me voy, impaciente.

Salió de la cama para marcharse cuando recordé que me había venido en pijama.

—Oye, Lola —le dije—, no me he traído ropa para cambiarme; podrías dejarme un pantalón vaquero y una blusa; bueno, también unas braguitas.

—Por supuesto, cuñada, ven a mi habitación y eliges.

—De acuerdo —le dije, y fui a levantarme para acompañarla.

—Nada de eso —dijo mi enamorado—, papá aún no se ha acostado y puede encontrarse con ella. ¿Cómo se lo explicamos?

—Yo se lo puedo explicar —le recordé.

—No, tú no intervengas, ya hablaremos —me dijo un poco molesto; la verdad es que tenía razón para enfadarse conmigo.

—Bueno, se la traigo en un momento. No sé cómo la has metido, pero dime una cosa, ¿cómo la vas a sacar?

—Ya lo veremos, ahora tráele la ropa y acuéstate.

—¡Sí, *bwana*, a sus órdenes!

Volvió al momento con varios pantalones y unas cuantas blusas y braguitas.

—Ahí tienes, creo que te estarán bien, ponte lo que quieras. Nos vemos mañana.

Se marchó, pero antes de cerrar la puerta me guiñó un ojo sonriendo.

—Qué lo paséis bien... y no hagáis ruido.

Nos quedamos solos y Uriel me miró muy serio; yo esperaba que me sermoneara por presentarme así. Sin embargo, me abrazó. Durante un rato no dijimos nada.

—¿No confías en mí? —finalmente me habló.

—Claro que confío en ti. Tenía ganas de verte. ¿Estás enfadado?

—No, no estoy enfadado. Y tenías razón, no he conseguido solucionar nada con mi padre.

—¿No te ha dado permiso?

—Sí, me ha autorizado y me ha firmado el papel para poder ir. Pero nos hemos peleado y dice que puedo hacer lo que quiera, que él no va a financiar mi vida. Que tiene que comprar un tractor y no me dará dinero para el viaje.

—Lo siento, mi amor. Lamento que te enfades con tu padre por acompañarme a París, debería ser yo quien hablara con él. Es mi culpa. Por el dinero no te preocupes, he heredado de mi abuelo mucho más de lo que necesitamos, y por supuesto, lo mío es también tuyo —contesté rápidamente.

—No. No quiero que intervengas. ¡No pensarás que voy a vivir de ti! — me dijo muy serio.

—Por supuesto que no. Piensa un poco, vamos a Francia porque yo te lo he pedido, estás ayudándome en mi lucha por el medallón. Es justo que yo pague los gastos.

—No pensaba en el viaje, sino en seguir estudiando. Si tengo que trabajar, no podré estudiar, y yo quiero ser médico.

—Ese problema lo resolveremos cuando volvamos de Francia. Si necesitas dinero, yo te lo puedo prestar; luego ya me lo devolverás cuando trabajes como doctor.

—Podría ser una solución para no depender de él.

Me abrazó con alegría, parecía que su tristeza había desaparecido.

—Has venido en pijama y le has pedido ropa a mi hermana, ¿piensas quedarte mañana?

—Me apetecía verte, por eso he aparecido por tu habitación. El viaje me ha fatigado, no creo que tenga fuerzas para volver inmediatamente. ¿Por qué no me hablaste de tu hermana? Ahora quiero conocerla, y también a tus padres.

—No suelo hablar de mi familia, y no surgiría el tema. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué te coja de la mano y te los presente? ¿Cómo le digo a mi padre que estás aquí? Pensaría que miento.

—Tampoco tienes que asustarlos. No le vas a decir que tu novia es medio ángel. Mañana le pides el coche para ir a la estación de autobuses. Yo me teletransporto hasta allí. Volvemos juntos y me presentas a tu familia. ¿Qué te parece? Lo mismo le gusto y tu padre cambia de opinión. ¿Y tu madre? De ella no me dices nada. A tu hermana sí le habías hablado de mí.

—Con Lola me llevo muy bien, ya lo has visto. Ella me cuenta sus problemas con los chicos y yo le hablo de los míos. Mamá no dice nada, nunca expresa sus sentimientos. Yo sé que me apoya, pero no va a contradecir a mi padre, que será difícil que cambie de opinión. La idea de que conozcas a mi familia es genial. Si no quise que vinieras fue para que no presenciaras las peleas con mi padre.

—Mi amor, tus problemas son también los míos. No me voy a asustar porque discutas con él. Cuando vea que nuestra relación es seria lo mismo cambia de opinión.

—¿Tú crees?

—Por intentarlo que no quede. *¿D'accord?*

—¡Vale!

Nos acurrucamos y estuvimos hablando de nuestra niñez durante mucho rato, hasta que nos quedamos dormidos, ya cerca del amanecer. Poco después llamaron a la puerta y nos asustamos, era su hermana, que entró y la cerró rápidamente. Encendió la luz.

—Soy yo, ¿estáis despiertos?

—¿Qué quieres, hermanita? ¿Tienes ganas de molestar por la mañana?

—Ninguna. Papá ha preguntado por qué no te has levantado, quiere que le ayudemos a cargar el remolque. Y tendrás que desayunar antes. Te aconsejo que salgas de la cama ya. ¿Cómo estás, Anik?

—Muy bien, Lola —le dije muy alegre—; hemos decidido que, en cuanto pueda, me va a sacar en el maletero del coche, y volveremos como si llegara de viaje.

—Me alegro, así podremos estar juntas. Te contaré todo sobre mi hermano, cosas que nadie sabe.

—¡Miedo me das! —le decía a su hermana—. Ahora vete, que voy a vestirme.

—Ya me voy, ¡impaciente! Hasta luego, Anik.

Se fue cerrando la puerta con suavidad. Uriel se vistió sin mucha prisa, parecía que no le apetecía ir a ayudar a su padre. Antes de irse me dio un beso y pidió que lo esperara sin hacer ruido. No lo hice, tenía miedo que alguien entrara y se complicaran las cosas. Sin pensarlo mucho decidí marcharme a casa, le dejé una nota diciendo que me esperara en la parada del autobús y me teletransporté a mi habitación. No debí hacerlo tan pronto. Me sentí muy cansada y sin fuerzas para levantarme, comprendí lo que dijo Samael, los ángeles no utilizaban ese sistema para viajar así, porque agotaba sus energías. Parece que el cansancio está en función de la dificultad del viaje y de la capacidad para usar la menor energía posible, y yo no soy muy experta que digamos, no me siento capaz de repetir el salto. Le había dicho que me esperara en la estación de autobuses y así tendría que ser. Iría en autobús. Encontré a mi madre en la cocina preparando ya el almuerzo con la criada. Le dije que iba a la casa de Uriel para conocer a su familia; se volvió un poco sorprendida para decirme:

—Tienes mala cara. ¿Estás bien?

—*Oui*, no he dormido nada. Estoy algo nerviosa —quise justificarme. Debía de tener un aspecto horrible. Últimamente descansaba poco.

—Se te pasará. ¿Quieres que te lleve?

—No, por favor, quiero ir sola. Sacaré billete en un coche de viajeros,

estaré allí varios días. Te llamaré para decirte cuándo vuelvo.

—¿Estás segura? —por un momento pareció que mi madre dudaba; sonrió y no dijo nada más.

—Lo estoy —contesté con firmeza.

Me asombré de nuevo diciéndole a mi madre que iba a ver a mi novio, lo curioso fue que no pusiera pegase. No preparé ropa, pues le había dicho a Lola que no tenía para cambiarme y, además, la que llevaba puesta era suya. Cogí solo una mochila con mis cosas personales. De esta manera, mi cuñada, pensaría que había salido de su casa escondida en el coche y volvía fingiendo que llegaba en autobús. Y ahora eso era real. Saqué el billete para las once, pero la salida se retrasó un cuarto de hora. Me dormí en cuanto pasamos por el Puente Verde y no me desperté hasta que Uriel, que me esperaba de pie en la acera, junto a la parada del bus, dio unos golpecitos en los cristales de mi ventana y, al verlo sonreír, me tranquilicé, parecía que suspiraba aliviado. Me besó en cuanto puse un pie en tierra y se dirigió al lateral del vehículo, donde los viajeros recogían el equipaje.

—¿Cuál es tu bolso?

—Solo traigo esta mochila, tu hermana me ha prestado ropa.

¿Recuerdas? —le dije enseñándosela.

—Es verdad. Perdona. ¿Quieres tomar algo? ¿O nos vamos a mi casa?

—Vamos a dar un paseo por tu ciudad primero, ¿quieres?

—¡Vale! Mi padre me ha dado el día libre cuando le he dicho que venías a casa.

—¡Qué bien!

Recorrimos las calles del centro de Baza mientras contaba su historia. Lo noté entusiasmado con la ciudad. Regresamos al coche y nos dirigimos a conocer a su familia, que vivía en una gran finca a las afueras: “mi cortijo”, lo llamaba él. Paró el coche en la puerta de la casa principal, y su madre y su hermana estaban allí esperándonos. Las saludé, noté a su madre muy ilusionada y contenta. Mi cuñada quiso enseñarme la finca.

—Vamos en mi coche —expresó su hermana para mostrarnos su adquisición, un auto de segunda mano algo viejo.

—¿Crees que arrancará? —le preguntó irónicamente Uriel.

—Funciona perfectamente, ya lo verás —decía muy convencida, dirigiéndose al vehículo, que lo tenía aparcado a unos metros.

El coche era un Deuche, o sea, un Citroën 2cv, que los españoles llaman dos caballos. Lo había pintado ella misma de rosa y parece ser que tenía

problemas para arrancar. Después de varios intentos le pidió a su hermano que lo empujara, nos bajamos los dos y comenzamos a empujar. Arrancó enseguida y volvimos a subir. Hacía calor y quité la loneta del techo para que entrara el aire. Me gustaban estos coches, no por ser franceses, que también, sino por lo prácticos que resultaban. Eso sí, los vaivenes de la suspensión por aquel camino pedregoso eran espectaculares. Recorrimos parte de la hacienda y, como le dije que hacía excesivo calor, nos llevó hasta una alameda donde nos tumbamos en la hierba y el aire que circulaba era más agradable. En esos momentos siempre añoraba el verde y el frescor de Francia.

—¿Hay algún río para bañarse? —se me ocurrió preguntar.

—¿En el río? No, los ríos llevan poca agua, nosotros nos bañamos en la balsa —dijo ella.

—¿Qué es una balsa? —no tenía ni idea, nunca la había oído.

—Un estanque para almacenar agua de riego.

—Gracias, Uriel. Todavía hay muchas palabras del español que no conozco.

—Pues para haberte criado en el extranjero hablas muy bien el español. La “r” es la que te falla a veces —comentaba mi cuñada, era raro que no me hubiera dicho algo de mi acento.

—Sí, lo sé, mi padre se reía porque no lograba pronunciarla bien.

—¿Queréis que vayamos a bañarnos? —comentó Uriel.

—*D'accord!* —le dije yo.

—No tenemos bañador y si vamos a por ellos a la casa, mamá no nos va a dejar volver para bañarnos, querrá que le ayude a hacer la comida —su hermana parecía no tener ganas; tal vez le daba vergüenza. Como a mí me apetecía, insistí.

—Pues mejor nos bañamos desnudos, si estamos solos no importa. Por fa, me apetece —les pedí, sin pensar que ella era muy tímida.

—Bueno, vamos, y si queréis, os bañáis vosotros —dijo finalmente Lola sin muchas ganas y solo para complacerme.

Debió de pensar que las francesas somos muy descaradas. Tuvimos que volver a empujar el Citroën para arrancarlo. Por un camino tortuoso subimos a la parte alta de la finca, junto a los pinos; al lado de una caseta pequeña estaba la alberca. Aquello quedaba muy solitario y nadie nos molestaría. Además, si alguien se acercaba, lo veríamos desde lejos. Me desnudé dejando solo el medallón colgado de mi cuello, y salté al agua, que estaba bastante fría, a pesar del fuerte sol que caía en ese momento. Su color era verdecino, como si

criara algas en el fondo; no me importó mucho. Me gustaba bañarme y estaba acostumbrada a ducharme con agua fría, aunque las piscinas que había cerca de mi casa, en París, tenían el agua caliente de un manantial natural a más de quinientos metros. Comencé a hacer largos de un lado a otro bajo la mirada de los dos hermanos.

—¡Vamos! ¿No me vais a acompañar? —les dije chapoteando para darles envidia.

Uriel comenzó a quitarse la ropa con intención de meterse, se lanzó de cabeza sin pensarlo y nadó hasta mí. Empezamos a jugar como dos chiquillos. Estaba feliz a su lado. Su hermana, avergonzada, se alejó y se fue a la sombra de los pinos; luego se lo pensó mejor y volvió, sentándose en el borde contemplando cómo nos divertíamos en el agua. Yo la quise convencer para que se bañara. Seguro que le apetecía.

—Por fa, métete un ratito conmigo —supliqué con voz de niña pequeña.

—Me da vergüenza desnudarme.

—Solo estamos los tres —volví a insistir; consideraba que, al haber confianza, no pasaba nada.

—Pues eso. Ten cuidado que no se te pierda el medallón, el suelo está sucio y es difícil encontrar algo. ¿Me dejas verlo?

Lo dijo quitándose las zapatillas y metiendo las piernas en el agua para refrescarse. Hacía tiempo que no habíamos tenido ninguna incidencia con los demonios y me sentía relajada. Nadé hasta donde estaba y, sin quitármelo, se lo enseñé.

—Deja que me lo ponga un momento.

Me lo sacó del cuello y se lo colocó en el suyo.

—¿Te lo ha regalado Uriel? Parece muy antiguo.

—No, me lo entregó un amigo. Había pertenecido a mi familia en el pasado —le dije, y era verdad; claro, que eso ocurrió hace unos miles de años.

—¡Ah!, es muy bonito y tiene un tacto muy suave. La mujer se parece a ti.

—Sí, fue una antepasada.

Miraba la cara de Lilith muy interesada. Uriel, mientras tanto, hacía largos de un lado a otro de la piscina.

—Mira, Lola, yo me vuelvo y te metes. En el agua no se ve nada; ¡vamos! —le comentó Uriel.

—¡Vale! Pero no mires.

Lola se desnudó mirando con el rabillo del ojo a su hermano y se metió

con rapidez. Ya en el agua se le fue la vergüenza y comenzó a nadar y a jugar con nosotros. Pensábamos que estábamos solos en aquellos parajes y nos sentíamos muy felices. Fue mi cuñada la que, mirando al cielo, dijo asustada:

—¿Eso son dragones volando?

En unos segundos el cielo se volvió oscuro; luego pareció iluminarse por una ráfaga de fuego, que pasó por encima de nuestras cabezas incendiando los pinos próximos. Sin ni siquiera verlos, me abalancé sobre Lola y le quité el medallón con la mano izquierda al tiempo que saltaba del agua aleteando con mis alas y mi espada de fuego en la mano derecha. No tuve tiempo de pensar. El ataque de los cuatro demonios y sus dragones fue simultáneo y una gran bola de fuego vino sobre nosotros. La paré con mi escudo y evité que hubiera destruido la balsa con sus bañistas dentro. Pero llevaba tanta fuerza, que me lanzó contra el suelo unos metros más lejos, dejándome aturdida; el medallón se me escapó de la mano, y Uriel, al darse cuenta, salió del agua para atenderme. Mis atributos de ángel desaparecieron y uno de los dragones se posó en el suelo, saltando de su lomo un demonio alado, que se dirigía a mí con su espada de acero. Por fortuna desperté a tiempo y cogí el medallón, para colgarmelo en el cuello, antes de que aquel diablo llegara a mi lado; activé de nuevo la espada, clavándosela en el pecho, cuando se disponía a hacer lo mismo conmigo. Cayó al suelo con cara de sorpresa, levantándose enseguida, y entonces salté sobre él ayudándome de las alas y le corté la cabeza. Su cuerpo se desvaneció. Monté sobre su dragón y fui a buscar a los otros, antes de que hicieran más daño. Al ver lo que había hecho, volvieron grupas y se alejaron envueltos en una nube negra. No quise perseguirlos, primero debería consolar a mi cuñada, que chillaba asustada en un rincón de la piscina. Posé el animal junto a la balsa y Uriel se acercó para abrazarme. Solo entonces su hermana dejó de chillar, aunque seguía asustada.

—¿Sabes montar un dragón? —Uriel seguía sorprendiéndose de mí.

—¡No sé lo que sé, cariño! De momento hay que calmar a tu hermana —le grité histérica.

Plegué de nuevo mis alas y mis armas y la sacamos del agua, temblando, no cesaba de mirar al dragón. La abracé y le pedí que se calmara, su cuerpo pareció obedecerme, su mente seguía colapsada.

—¿Qué hacemos con el dragón? —preguntó Uriel preocupado.

—No lo sé, cariño. Aquí no podemos tenerlo. Se descubriría y sería un acontecimiento que no nos podemos permitir. Le pediré que vuelva a casa. A lo mejor obedece y se marcha. Me dirigí al dragón, que parecía esperarme; lo

acaricié y le hablé en su lenguaje: —“vuelve a casa, tu jinete ha muerto y yo no te puedo acompañar”—, levantó el vuelo y desapareció en las alturas.

Volví con Lola, que no cesaba de repetir la misma frase una y otra vez, como si viviese en un bucle.

—Uriel, Uriel, Anik tiene alas y ha matado a un ángel y le ha robado el dragón. Uriel, Uriel... —la abracé y le borré los últimos recuerdos desde que vio a los dragones.

—¡Uriel, te he dicho mil veces que no quería verte desnudo! —le gritó, al verlo a su lado.

—Tranquila, hermanita, te has mareado y te hemos sacado del agua. Parece que ya estás bien.

—¿Me he mareado? No me acuerdo.

—A lo mejor ha sido del susto. Ha caído un rayo y ha incendiado los pinos —le dije yo, poniéndome de pie y observando cómo ardían varios árboles.

—¿Qué va a decir papá? Cuando se entere nos va a echar la culpa a nosotros por venir —Lola estaba preocupada por si su padre la responsabilizaba de lo ocurrido.

—Será mejor que no digamos nada. Ya lo descubrirá cuando venga por aquí —le respondió su hermano.

—¿Y dónde está la tormenta? —preguntaba, extrañada de no ver una nube.

—Ha sido muy rápido, hermana, por eso te has asustado. Por fortuna no ha sido nada grave. Las nubes han desaparecido tan rápido como llegaron.

—A nosotros no nos ha pasado nada. Pero los pinos están achicharrados —decía consternada.

—Volverán a crecer. Será mejor que volvamos a casa. Ya es hora del almuerzo.

Nos vestimos rápidamente en silencio. Mis ojos tropezaron con los de Uriel y pude ver su preocupación por lo que había ocurrido. Hemos estado en peligro. Debo ser más cuidadosa. Ellos están a la espera de un descuido para atacarme. Esto debe servirme de lección. ¿Cómo saben dónde estoy?, tal vez me siguen al teletransportarme, o quizás me vigilen. No lo sé. Al llegar al cortijo, nos fuimos derechos a la cocina para ayudar a su madre. Nos indicó que pusiéramos la mesa, mientras ella terminaba de preparar la comida.

—¿Qué tenemos para comer? —preguntó su hija impaciente.

—Arroz con carne. Espero que le guste a Anik.

—Mamá, podías haber hecho algo especial, no todos los días trae Uriel a una novia —protestó Lola.

—Si tu hermano me hubiera advertido antes, compro algo para hacérselo. Pero solo tenía un poco de carne.

—Ha sido culpa mía por no avisar con tiempo —les dije para suavizar la conversación.

Por la ventana descubrí a su padre que se aproximaba a la casa y decidí ir a su encuentro. Ellos estaban entretenidos y no se percataron de mi marcha. Lo esperé en la puerta. Al verme, se quedó observándome, y yo le dediqué la mejor de mis sonrisas.

—¿Tú eres la novia de Uriel? —dijo como saludo y me dio dos besos.

—Sí, me llamo Anik y soy de Guadix, aunque he nacido en Francia, bueno, eso ya debe usted de saberlo —le comuniqué lo obvio, pero, bueno, no nos conocíamos.

—Lo sé, Uriel ya lo comentó —me lo confirmó.

—No quisiera que mi presencia le molestase —deseaba llevarlo a otro terreno para hablarle de su hijo.

—No, por favor; al contrario, estoy encantado de conocerte, me alegro de que mi hijo vaya sentando la cabeza. Veo que eres una chica guapa, inteligente y decidida. Creo que le ayudarás a centrarse —dijo con confianza; eso era bueno para mis planes de llegar a su corazón, y fui al grano.

—¿Sabe que él quiere estudiar medicina? No aspira a trabajar el campo —le dije, con miedo a meter la pata.

—Lo sé, lo sé, y estoy de acuerdo. Lo que yo quiero es que durante los veranos trabaje conmigo. Esa fue mi propuesta para que estudiara, y él aceptó. Ahora dice que se va a Francia con el instituto. Las dos cosas no pueden ser —él mismo sacó el tema de Francia; ahora tenía oportunidad de hablarle.

—Eso es culpa mía. Lo del instituto es verdad, es un intercambio cultural con otros alumnos. Pero, en realidad, él va porque yo le he pedido que nos acompañe a mi madre y a mí. Tengo que resolver unos problemas y quería que estuviese conmigo para asesorarme. Se trata de mi futuro y necesito que él y mi madre me aconsejen; si un día nos casamos, nos afectará a los dos. Siento causarle problemas por eso. Es muy importante para mí. Si quiere, yo le contrato a alguien para que le ayude. Puedo hacerlo —le hablaba en un tono cariñoso, casi suplicante; en realidad, no sabía cómo plantearle el tema, y salió así, de forma natural, y parece que dio resultado.

—No es necesario. Solo pretendo que aprenda a llevar la finca, por si un día tiene que hacerse cargo de ella. Su hermana es muy joven y yo estoy enfermo. Él no lo sabe aún. No quería influenciarle en su decisión.

—Lo comprendo y lo siento —eso me llegó al alma, el hombre tenía sus razones para que su hijo se aplicara en el manejo de la finca.

—Gracias.

—¿Por qué se pelean? —mi pregunta fue muy directa y temí molestarlo; sin embargo, quiso explicarme la situación.

—Porque los dos tenemos el mismo carácter y chocamos, parece que no podemos evitarlo. Yo no sabía que iba a París contigo, creí que era con el instituto y que deseaba ir para estar con los amigos y así evitar el trabajo. Él me pide las cosas sin explicarme ni justificar nada. Si lo vuestro es serio me parece que todo cambia. Le diré que puede ir y le pagaré los gastos. Siento el malentendido —me resultó sincero y me gustó que me hablara con esa confianza.

Sin poderlo evitar me abalancé sobre él y lo abracé con fuerza. Le di un beso en la mejilla y corrí a la cocina. Entré alocadamente y me dirigí a Uriel; mi llegada les interrumpió la conversación.

—He conocido a tu padre y hemos hablado del viaje a Francia.

—No quiero que intervengas, ya hablé yo con él —me dijo muy serio, y temí que se enfadase conmigo.

—Pero tú no tienes mi sonrisa —le señalé con cara de “por favor, no te enfades”.

—Tampoco te explicas como ella. ¿Por qué no me dijiste que tu novia y su madre precisan que las acompañaras? —interrumpió su padre, que acababa de entrar.

—Papá, ¿eso qué importa! Te he dicho que necesito ir. ¿No es suficiente?

—No, no te explicaste bien. Yo creí que ibas con los del instituto para divertirlos. Me apañaré este verano sin ti.

La noticia produjo un momento de silencio; enseguida Uriel, entendiendo el cambio de actitud de su padre, comenzó a sonreír sin dejar de mirarme.

—Gracias, papá —le dijo como agradecimiento.

—En cuanto pueda te ingresaré el dinero en tu cartilla de la Caja Postal. ¿Está la comida, niña? —su padre daba por zanjada la cuestión, y yo me alegré del resultado, y sin usar ningún poder de ángel.

—Siéntate a ver la tele. Ya te avisaré —le contestaba su mujer.

—¿Te pongo una cerveza, papá? —se ofreció Lola para agradar a su padre.

—Gracias, hija. Llévame al salón —le dijo, marchándose de la cocina para sentarse en su sillón, enfrente de la tele.

—No le pongas “tapa”, que luego no come —ordenó su madre.

—Ponme unas aceitunas —se escuchó decir desde la otra habitación.

Todos sonreímos y mi cuñada le llevó la cerveza y un platito de aceitunas verdes. Almorzamos en el comedor, que hacía las veces de salón de estar. Pusieron la vajilla nueva, que solo sacaban para las ocasiones especiales, y esta lo era. Después de la cena, Uriel pidió permiso a su padre y nos llevó, a su hermana y a mí, a una discoteca del pueblo, donde estuvimos bailando hasta las tantas. Pude descubrir que tengo un novio muy popular; durante toda la noche no cesaron de saludarlo y alegrarse de verlo. Sobre todo chicas, a él lo miraban como si quisieran comérselo y a mí como diciendo: —“¿quién es esta pelirroja para llevárselo?”—. También tenía muchos amigos, esos me preocupaban menos. La que estaba muy contenta era Lola, porque a ella no la dejaban salir sola. Me presentó a un amigo, Rafael, del que parece está enamorada; él también debía de estarlo, porque no se separó ni un momento de su lado. Volvimos a la hora estipulada y nos acostamos. Por supuesto que esa noche dormí en la cama de mi cuñada.

—¿Es tu novio? —le pregunté, ya acostadas.

—No, ¡qué va! Solo somos amigos.

—¿Nada más que amigos? —yo creía que algo más o, al menos, eso me pareció al verlos juntos.

—Bueno, nos gustamos; él me gusta y sé que yo le gusto, pero no hablamos de eso. Todavía es pronto —parecía muy razonable al hablar. Creo que mi cuñada es mucho más madura de lo que indica su edad, a veces enjuicia mejor que yo.

—Nunca es pronto para el amor. Seguro que cuando llegue el momento lo sabréis —le dije como consejo de amiga.

—Cuéntame cómo conociste a Uriel y cuando se te declaró —al pedírmelo sus ojos se encendían, se notaba que lo quería mucho y lo admiraba. A mí me hubiera gustado tener un hermano mayor.

—¿Y si se enfada? —le dije a sabiendas que Uriel no se enfadaría porque le contara nuestro amor.

—Te prometo no decirle nada —y puso la mano abierta para que se la chocara, como si fuese un pacto entre mujeres.

Le conté un poco de nuestra historia de amor y luego hablamos de los chicos, casi nos sorprende el sol despiertas. Cuando su madre nos llamó, teníamos tanto sueño que nos costaba trabajo abrir los ojos y más a mí, que llevaba dos noches sin dormir, además de dos viajes en el espacio-tiempo, que

me tenían agotada. Al día siguiente Uriel y su padre viajaron a Granada para arreglar el tema del pasaporte. Lola y yo nos dedicamos a pasear por la finca y, por la tarde, fuimos a Baza a tomar café con unos amigos suyos, entre los que estaba, naturalmente, Rafael. Las dos nos lo pasamos genial juntas. Por la noche llamé por teléfono a mi madre y le informé que me quedaría un par de días más y que estaba muy contenta. Para que Uriel ayudara a su padre, le propuse realizar el viaje a París cuando terminara de recoger la cosecha. Así teníamos tiempo para arreglar el tema del papeleo, sin agobios ni prisas. Mi madre decidió alquilar un apartamento en Marbella, le apetecía bañarse en la playa y, por supuesto, le dije que sí. Tengo que confesar que, a pesar de los deseos de estar con mi amor, no fui a verlo en durante ese tiempo. El que sí venía de vez en cuando era Samael, para informarnos de los trámites del viaje a París. Si le hubiese leído su mente hubiera descubierto cosas interesantes. Yo me dediqué a tomar el sol y bañarme en la playa, comía en un chiringuito y volvía por la tarde; mientras, mi madre se quedaba en la piscina. Al principio pensé que iba a ser fácil no ver a Uriel, que aguantaría bien, luego se convirtió en un martirio, lo hice para no distraerlo de su trabajo y que su padre quedara contento. A primeros de agosto ya teníamos todos los pormenores del viaje preparados.

CAPÍTULO CUARTO

15

EL VIAJE A PARÍS, LA VUELTA A CASA

Mi madre y Samael acordaron viajar en avión. Poco más de dos horas de vuelo y de nuevo en casa, nuestro antiguo hogar. Las dos echábamos de menos París. A mí me gustó mucho porque nunca había subido a un avión y quería experimentar esa sensación. Cuando viajamos por primera vez a Guadix lo hicimos en tren y me pareció muy largo y pesado.

Agosto de 1977.

El vuelo fue genial, fuimos todo el tiempo charlando y se nos hizo muy corto. En los asientos de delante, mi madre y el profe no cesaron de dialogar sobre la historia de París; pensé que habían congeniado muy bien, no vi indicios por los que tuviera que extrañarme. Solo eran una madre parlanchina y un profesor muy amable y guapo. Nosotros hablamos de muchas cosas, fundamentalmente de música. Los grupos que yo escuchaba en Francia eran muy diferentes a los que se oían en España, aunque esa conversación ya la habíamos tenido antes. En algunos momentos nos llamaba la atención el paisaje que se veía por la ventanilla y nos quedábamos un rato observando; luego volvíamos a nuestra charla. A la salida del aeropuerto cogimos un taxi. Nada más oír hablar al taxista me cambió el chip y comencé a hablar en francés. Mi madre y Samael hicieron lo mismo. Uriel me miraba sin decir nada, parecía que no quería que se le notara que no sabía hablar francés, se sentía desplazado. No me di cuenta de que no había abierto la boca hasta que llegamos a mi casa, en la *rue Babillot*, del barrio de *La Batte aux Cailles*, del distrito 13 de París.

—Perdóname, cari, con la emoción se me va la olla y no me he dado cuenta de que tú no hablas francés. ¡Lo siento! —le dije para disculparme.

—No te preocupes, me parece normal; cuando necesite saber algo, te

pregunto —expresó sonriendo.

Fui a darle un beso, pero me corté al darme cuenta de que ellos me observaban. Samael nos acompañó para ayudarnos a llevar las maletas hasta el piso y luego se marchó a su hotel. Menos mal, porque no había sitio para todos. La vivienda era pequeña, suficiente para un matrimonio con su hija, es decir: un salón rectangular con chimenea de mármol blanco, una cocina no muy grande y dos dormitorios con armarios empotrados y espejos en las puertas. Todas las habitaciones tienen sus ventanas hacia la *place* Paul Verlaine, aunque la entrada del edificio está por *rue* Babillot. El suelo es de láminas de madera, muy cálido para el frío invierno. Afortunadamente, mi madre había avisado a la señora que antes le ayudaba en la limpieza, para que dejara la casa lista para cuando llegáramos, y la mujer, no solo lo había limpiado todo, sino que había llenado tanto el frigorífico como la despensa. Lo primero que hicimos fue distribuirnos los dormitorios. A Uriel le dejamos el dormitorio pequeño y yo me instalé con mi madre. Sacamos la ropa de la maleta y la colgamos en el armario; la que llegaba arrugada la apartó para plancharla. Estaba concentrada, absorbida en mis pensamientos, cuando descubrí que mi madre lloraba.

—Me acuerdo de tu padre —dijo, al saberse observada.

La entendí, yo también lo echaba de menos y, al entrar, tuve ganas de llorar. Repasamos todas las habitaciones para comprobar su estado.

—¿Habéis instalado el teléfono? —preguntó Uriel, que regresaba del dormitorio.

—No lo sé. Descuelga y comprueba si tiene línea; para llamar a España tienes que marcar el prefijo 0034 —le informé, aunque creo que él ya lo sabía.

—Sí, hay línea, ¿puedo a llamar a mis padres? —preguntaba mi amor con timidez.

—Por supuesto —le dije yo, quería que se sintiera como en su casa.

—¿Funciona? Sophie es maravillosa. Le dije que nos preparara el piso para instalarnos sin más y me ha puesto hasta el teléfono. Qué niña más mona —comentó mi madre.

—*Oui*, lo es, pero ya no es una chiquilla —opiné yo.

—¿Quién es Sophie? —preguntaba mi novio.

—La chica de la limpieza que ayudaba a mi madre; bueno, ya es una señora, viene por casa desde que nací y tenemos mucha confianza en ella —le expliqué para satisfacer su curiosidad.

—Voy a saludar a Marie, la vecina, y decirle que estamos aquí.

Enseguida vuelvo. Luego iremos al *restaurant* de *Monsieur Pierre* para almorzar. No pienso llegar y ponerme a hacer de comer. Mi madre salió y, al quedarnos solos, me acerqué a Uriel, que miraba fijamente el paisaje que se veía desde la ventana, y lo abracé por detrás; por un momento cerré los ojos y absorbí su fragancia; me gustaba cómo olía su pelo y su piel. Ese aroma fue al principio una tortura, ya que al sentarme delante de él, estaba todo el día con su olor metido en mi nariz. Luego, durante la noche, lo echaba de menos y deseaba volver a sentirlo tan cerca. Ahora lo tenía a mi alcance y me sentía feliz.

—¡Qué bonitas vistas! Me gusta París —decía con admiración.

—Sí, es una ciudad con mucho encanto. Mi barrio es el más bonito de todos, no es tan famoso como los turísticos, pero conserva su embrujo. Aquí nos conocemos casi todos, ya lo verás, es como un pueblo grande dentro de una ciudad.

—¿Cómo se llama?

—El nombre del barrio es: *La Batte aux Cailles*, pertenece al distrito 13 de París, que tiene veinte.

—¡Joder, qué grande!

—Para mí, no. Antes de ir a España apenas si salía de mi barrio. De pequeña pensaba que París era mi calle. Cuando crecí, mi padre solía llevarme a visitar monumentos y museos, entonces descubrí que era más grande de lo que pensaba. A él le gustaba viajar conmigo y con mi madre por el *Senne* en un *batobus* —le dije, evocando mis recuerdos.

—¿*Batobus*? —preguntó sorprendido, imitando mi acento.

—Sí, un barco para turistas. Puedes conocer casi todo París desde el río.

—¿Me vas a llevar a mí? —parecía un niño.

—Por supuesto, te enseñaré París para que se lo puedas contar a tus amigos. Pero sobre todo te enseñaré mi barrio.

—¿Dónde está el Sena? —quiso saber Uriel.

—A la derecha. Todas las calles principales van a parar al río. Estamos en una colina, así que todas las calles suben o bajan. Esto que se ve desde el salón y desde mi dormitorio es la *place* Paul Verlaine. Aquel edificio que se ve al otro lado —le señalé con el dedo— es la piscina pública del barrio. Allí me he bañado desde niña todos los veranos. Dentro hay una piscina solo para nadar y tiene más de treinta metros de largo por doce de ancho. En el exterior hay dos piscinas de agua caliente para bañarse.

—¿Caliente?

—Sí, sale de un pozo de más de quinientos metros de profundidad.

—¡Ah! Qué bien. ¿Iremos a bañarnos un día? —preguntaba entusiasmado, con la sonrisa de oreja a oreja.

—Por supuesto, en cuanto podamos; hay mucho que ver.

—Estupendo. ¿Aquello es una iglesia?

—Sí, *Sainte Anne*.

—Me gusta tu barrio —y se volvía para abrazarme.

Estaba en París y deseaba ver a mis amigas y, de camino, enseñarles mi conquista en España. Bueno, en realidad, a las dos únicas amigas que tengo en Francia. En este año he hecho más amigos en Guadix que en el resto de mi vida en este país.

—Las dos mejores amigas que tengo viven en este edificio, ¿quieres que vayamos a verlas? —le pregunté sabiendo su respuesta.

—Por supuesto, me encantará conocer a tus amigas. Lo que siento es no poder comunicarme con ellas.

—No te preocupes, ellas hablan un poco de español.

Ardía en ganas de abrazarlas. Las llamé por teléfono y prefirieron venir a mi casa. No querían esperar. Nos abrazamos durante no sé cuánto tiempo. *¡Mon Dieu!* Mi corazón danzaba de alegría, comenzamos a reír y a saltar las tres juntas. Cuando nos calmamos, me acerqué a Uriel, que nos contemplaba divertido, y lo cogí de la mano.

—*Filles, attention, voila Uriel, mon copain.*

¡Dieu!, en lugar de saludarlo me volvieron a abrazar a mí. Creo que en este año no habían madurado como yo. “Está buenísimo”, “qué guapo”, susurraban entre risas. Luego lo abrazaron a él y lo besaron, en las mejillas, claro.

—*Moi, je suis Danielle* —lo saludó en francés.

—En español, por favor, Uriel no habla francés —les informé.

—Yo soy Danielle, puedes llamarme Dani —repitió mi amiga con mucha simpatía.

—Y yo, Sarah.

—Me alegro de conocerlos —les dijo cuando pudo.

—¡Dios, qué guapo! —apuntaba Dani, mirándome y mordiéndose el labio —. ¿Todos los chicos de España son así?

—Allí hay de todo, lo mismo que aquí —le dije entre risas—. Lo difícil es encontrar al que te llene la vida.

—¿Y este te la llena? —preguntó con picardía Sarah.

Las dos reían a carcajada sin poderlo evitar. No le contesté, no era necesario. Su alegría me reconfortaba.

—¿Cómo os habéis conocido? —preguntó Dani entusiasmada.

—En el *lycée*. Somos compañeros. Cuando le conocí pensé que era muy creído porque tenía muchas admiradoras. Un día, al salir de clase, me salvó de que me atropellara un coche y nos hicimos amigos —les conté para satisfacer su curiosidad.

—¿Un héroe? Has cazado un héroe guapísimo, Anik. Me alegro tanto por ti —Sarah suspiraba.

—No le hagáis caso, fue ella la que me hechizó —Uriel quería participar en aquella alegría.

—Claro, soy una bruja —le cogí la nuca con mi mano y acerqué su boca a la mía, besándolo suavemente. Ellas, sin dejar de reír, nos miraban, asombradas de mi desparpajo.

—¿Ya no llevas gafas? Estás mucho más guapa —decía Sarah.

—No, ya no las necesito, mi vista ha mejorado sola.

—*C'est l'amour* —comentó Dani.

—Seguro que sí —dije yo.

—*¡Très bien!* —exclamaron las dos.

Nos fuimos a mi antigua habitación, ahora ocupada por mi chico, quizás por la costumbre de que siempre hablábamos allí para estar fuera de la vista de los adultos, y nos sentamos en la cama entre risas y frases tontas. Uriel cogió la única silla que había, colocando el espaldar mirando hacia nosotras, y se sentó a caballo sin dejar de observarnos. Nos acosaron a preguntas durante todo el tiempo. Les conté algunas anécdotas de nuestra relación para satisfacer su curiosidad. *¡Oh, là, là!* Si ellas supieran todo lo que había vivido. Si pudiera decirles lo fuerte que soy. No, es mejor que recuerden cómo era. Me sentía contenta porque sabía que su alegría era sincera. Después ellas nos contaron sus aventuras en el *lycée*, cómo eran los nuevos compañeros, que hubieran sido los míos, y también confesaron que ninguna de las dos salía con chicos, —“no somos populares, ya lo sabes”—, decían. Por eso estaban tan alegres de que yo hubiera encontrado el amor y, además, con un *garçon* tan guapo. Estuvimos hablando hasta la hora de comer. Se marcharon con la promesa de vernos muy pronto. Luego mi madre nos llevó a un restaurante cercano, al que antes íbamos con mi padre. No habíamos vuelto por allí desde entonces. Parece que mi mamá quiere superar esa etapa. En teoría teníamos dos días para recorrer París antes de comenzar las

actividades extraescolares, claro que mi madre no sabía que el intercambio cultural era falso y que realmente habíamos venido a investigar mi origen y si mis padres biológicos tenían alguna relación con el libro angélico, o al menos, eso pensaba yo. Después del almuerzo, mi mamá quiso dejarnos solos y se marchó para visitar a sus amigas del barrio. Definitivamente creo que ahora piensa que soy adulta, o confía mucho en Uriel. La veo diferente, más alegre, como si quisiera recobrar su vida de mujer. Desde que murió mi papá ha dedicado el cien por cien de su tiempo a cuidarme, y ahora ya me puedo defender yo solita. Me ilusionaba pasear con mi novio por el *Senne* en el *batobus*, al igual que lo hacía con mi padre, y decidimos ir andando al río. Aunque había un buen trecho, a los dos nos apetecía caminar, especialmente a mí, que deseaba enseñarle cómo era París por dentro. A pesar del calor que hacía ese verano, al transitar por aquellas callejuelas estrechas, donde daba la sombra, no lo notamos mucho e íbamos a gusto. Sacamos los billetes y nos subimos en el barco, que estaba abarrotado de turistas. Al sentarnos, apoyé mi cabeza en su pecho para sentirme más cómoda. Yo me encontraba en una nube, como si no hubiera nadie más en el mundo. Pero no estábamos solos, y no lo digo por los demás viajeros, sino porque cuando el buque se disponía a partir del embarcadero, todo el mundo miró hacia *Notre Dame*. Mi alma se estremeció por un momento. Junto a las dos torres apareció una nube negra que parecía envolverlo todo; si el jorobado estuviera allí pensaría que era de noche. Presentí que podían ser los demonios. Instintivamente metí la mano dentro de mi camiseta y toqué el medallón; no tenía miedo, tampoco me atacarían en el barco con tanta gente, aunque se estaban volviendo muy atrevidos. La niebla pronto se disipó sin que ocurriera nada. Parecía que solo era un fenómeno meteorológico, como un ensayo de la atmósfera; yo sabía que había algo más, oculto a los ojos de todos. Uriel ni se percató de ese momento, como turista miraba hacia los lados intentando percibir toda la belleza que inspiraba el *Senne*. No quise decirle nada para no preocuparlo. Hicimos el recorrido inverso en otro barco y volvimos a *l'Île de la Cité* para pasear por sus bulevares, y tomarnos una gran copa de helado en una terraza, contemplando cómo pasaban los *batobus*, repletos de gente armada con cámaras fotográficas. Fue una tarde magnífica; estaba tan feliz paseando de la mano de Uriel, por la orilla del *Senne*, que olvidé lo que realmente nos había llevado de nuevo a la ciudad donde nací. No quise agobiarlo con la visita a monumentos, eso lo dejé para el día siguiente, que iríamos con mi madre. Volvimos a casa en el metro, un medio de transporte desconocido para Uriel.

Nos llevaron a cenar a un restaurante de lujo elegido por mi madre: Maxim's, que está entre la Plaza de la Concordia y la *Madeleine*. Nunca habíamos estado allí porque siempre estaba lleno de turistas y mi padre elegía otros más pequeños, con menos gente, de tipo familiar. Ahora nos sentíamos unos visitantes más. Samael estaba volcado con mi madre, parecía que se habían enamorado. Yo no sabía qué hacer. Cómo decirle que era un demonio, aunque no sea como nosotros entendemos los diablos. No, no se lo podía decir. Tampoco que era inmortal, ni que tenía miles de años, aunque pareciera más joven que ella. No, tampoco podía decirle eso. Mejor no le digo nada y que disfrute del momento; lo que sí debo hacer es advertirle a él y decirle que procure no hacerle daño, que ha sufrido mucho con la muerte de mi padre y que lo estaré vigilando. Nunca recordaba mis poderes ocultos y de pronto estaba metido en la mente de Samael:

»Samael, si le haces daño, te cortaré el cuello —le amenacé creyendo que lo estaba pensando en mi cabeza, como si lo estuviera ensayando.

»Tranquila, Anik, quiero a tu madre. Estoy enamorado de ella, no haré nada que le perjudique —en un primer momento me sorprendió que respondiera a mi amenaza; luego entendí lo que estaba ocurriendo, había entrado en su mente sin darme cuenta.

»¿Estás seguro? —pregunté, como si hablara con él normalmente—, ha sufrido mucho con la muerte de mi padre.

»Lo sé. Por eso quiero hacerla feliz. Quisiera compartir mi vida humana con ella. Como eres su única familia, te pido permiso para hacerlo.

»De acuerdo, ella también te quiere, pero dale tiempo y respétala.

»Ahora solo pienso en ella. Por cierto, no sabía que hacías esto.

»¿Esto?

»Meterte en los pensamientos ajenos —respondió molesto.

»No lo hago, solamente estaba preocupada por mi madre, que la veo muy lanzada contigo, y no quiero que sufra; tú llevas ventaja. Lo he hecho sin querer; ya ves, mi primera vez en esto...

»La respetaré y solo haré aquello que ella desee de mí... Y déjame, que no puedo atenderla como es debido.

»Perdona, solo una cosa, en el río he visto las nubes negras que provocan cuando aparecen. Pero a ellos no los he visto.

»¿Dónde ha sido?

»En los torreones de la catedral de Notre Dame.

»Mañana vamos allí. Creo que siguen al medallón. Tendremos que tener

cuidado.

»Lo tendremos, ya me he enfrentado muchas veces a ellos. No les tengo miedo —mis palabras sonaron algo prepotentes.

»Lo sé, pero pueden hacerle daño a tu madre o a tu novio.

» *¡Dieu!* Eso me preocupa más.

»Yo estaré contigo. No permitiremos que les pase nada, debemos ser precavidos.

Dejé su mente y volví a mi conversación con Uriel. Lo veía tan guapo y tan frágil que me asustó pensar que le podía pasar algo. Por la mañana, Samael nos recogió en un taxi para llevarnos hasta *l'Île de la Cité*. Como todo turista que se precie, desayunamos en el famoso *Café le Flore*, con unas vistas preciosas de la catedral. Después, fuimos a visitar *Notre Dame* y, en lugar de ponernos a la cola, nos dirigimos a la entrada del personal y llamamos a la puerta. Nos abrió un hombre ya mayor, que nos hizo pasar. Luego nos llevó por unos pasillos muy estrechos y entramos en la Catedral. Samael nos hizo de cicerón y nos fue contando la historia y los pormenores de su construcción; es probable que él la viera construirse, pero eso no lo voy a comentar. Para subir a las torres hay que salir a la calle y entrar por un lateral, nosotros lo hicimos por una puertecita escondida en una de las capillas y subimos por unas escaleras muy estrechas que tenían muchos más de los trescientos ochenta y siete escalones oficiales. Nuestro guía no dejó de hablar durante todo el trayecto, contando anécdotas sobre la construcción de esas escaleras. Quizás debí sospechar algo cuando observé que mi madre no se extrañara de que Samael conociera tantos detalles de la historia de París, particularidades que no vienen en ningún libro. No, no malicié nada. Al contrario, la veía muy centrada en subir las escaleras y me preocupó que pudiera cansarse. Salimos a una habitación grande, iluminada por lámparas muy viejas, que incluso tenían telarañas. Aquello parecía una biblioteca de libros muy antiguos. Las paredes estaban llenas de estantes de madera labrada, que tenían unas puertas con cristales opacos que no dejaban ver el interior con claridad; luego supimos que no era vidrio, sino un mineral llamado mica que, al sacar las láminas muy finas, es transparente. En el centro, había una gran mesa ricamente esculpida, llena de legajos y manuscritos escritos en latín y que parecían muy antiguos. Todos nos quedamos asombrados ante la belleza de aquel lugar. Allí no hacía frío ni calor, y seguro que ese microclima permitía conservar muy bien aquellos libros.

—¿Dónde estamos? Esto me parece a mí, una biblioteca secreta de otra

época —Uriel no pudo contener su curiosidad.

—No es secreta, pero tampoco está para que la visite el público. Aquí solo vienen estudiosos del tema, y necesitan la aprobación del Vaticano —le aclaró Samael.

Mientras mi madre y Uriel iban cogiendo libros de las estanterías y echándoles un vistazo, nosotros hablamos a través de las mentes.

»¿Qué es esto, Samael?

»La biblioteca del obispo Madaix, vivió en el siglo XIII y solicitó que le mandaran todos los escritos herejes que aparecieron en los procesos de la inquisición para estudiarlos, y luego debía destruirlos. En lugar de eso los guardó en esta habitación secreta que muy pocos conocen.

»¿Para qué me traes aquí?

»Para buscar el libro, aquí hay libros heréticos de esa época.

»¿Y si está en el entorno de mi padre biológico? —le pregunté contrariada.

»Lo comprobaremos, pero no lo creo, el libro desapareció en el siglo XIII.

»¿Cómo es? Aquí hay varios miles de libros, ¿cómo lo voy a encontrar? —creo que le grité o, al menos, me puse de mal humor; había planeado esto sin consultármelo.

»Pareces enfadada. El libro tiene las pastas de madera con dibujos geométricos, y están atadas con lazos de seda; las hojas son de piel de cordero, no es llamativo, salvo que está escrito con runas y ningún humano sabe leerlo.

»Perdona, estoy nerviosa, ellos están cerca.

»No sé. Ahora los siento lejos de aquí.

»No. Yo los siento muy próximos.

»Imposible, lo notaría.

»Estaré equivocada, buscaré ese libro.

Les dije a mi madre y a Uriel qué tipo de libro buscábamos y ninguno se sorprendió que buscásemos un libro. Las puertas de las estanterías tenían cerraduras, por suerte las llaves estaban puestas. Estante a estante fui tocando los libros y examinando los que me producían alguna vibración, sin encontrar ninguno en lenguaje angélico, todos estaban en latín y hablaban de religión. Aunque no había estudiado latín, lo entendía sin problemas. El tiempo pasaba y Uriel se acercó a mí, preocupado por mi actitud. Él pensaba que íbamos a ver un monumento y estábamos allí mirando libros antiguos, sin darle ninguna explicación. No hizo falta decirle nada, mi cara le expresaba que tuviera paciencia y parece que lo entendió. En cambio, comenzó a

extrañarme la actitud de mi madre, que parecía que buscaba algo entre los estantes. Empecé a pensar que ella lo sabía y estuve tentada a entrar en su mente para averiguarlo, aunque no lo hice. Desde el primer momento creí que buscar allí era una pérdida de tiempo. No había nada en aquel local que me hiciera vibrar en esa búsqueda y, en el fondo, estaba aburrida de todo aquello. Yo deseaba ver los monumentos de la mano de mi novio y no leer libros en latín sobre teorías que para nada me interesaban. Miré a Samael y entendió que el libro no se encontraba en aquella biblioteca.

»De acuerdo, yo también creo que no está aquí, era mejor comprobarlo. ¿Seguimos con el plan turístico?

»Sí, mi madre y mi novio quieren ver París desde las torres.

»¡Vale! —me dijo su pensamiento mientras sus labios sonreían por nuestra complicidad.

—Ya hemos visto suficientes libros antiguos. Vámonos, hay que ver París desde las torres —y se marchó hacia una puertecita que había al fondo, los demás le seguimos.

Salimos a un nuevo pasillo estrechísimo y, de nuevo, otras escaleras por las que apenas si cabíamos. Tampoco conté los escalones. Nos encontramos una nueva puerta y, al abrirla, nos topamos con las escaleras que utilizaban los turistas para subir a las torres y una gran cantidad de gente, de forma que nos mezclamos poco a poco entre ellos. Al llegar arriba nos sorprendió una espesa niebla, que no dejaba ver nada. Los turistas se quejaban de la mala suerte, porque no podían observar París desde las alturas. Subir trescientos sesenta y siete escalones para encontrarse con esa niebla era toda una putada. Resultaba imposible ver algo en esas circunstancias y traté de localizar a los demás para marcharnos, y Uriel no estaba. Lo llamé a voces y no me contestó. Me asusté. Solo entonces intenté conectar con él, escaneando su mente, y un murmullo de voces llegó a mí; tardé un rato en ignorarlas y aprender a rastrear en silencio la mente que me interesaba. Uriel no aparecía por ningún lado. Mi madre, con cara de espanto, no preguntó ni dijo nada, y me pareció extraño. Decidí entrar en su mente y pude comprobar que lo sabía todo. ¿Cómo lo había averiguado? ¡Merde! Samael se lo había contado y ella había disimulado muy bien. ¡Mon Dieu! ¡Qué tonta estoy! Ahora entiendo por qué confía tanto en mí desde hace un tiempo. Conforme pasaban los minutos mi corazón se desesperaba más. Seguía escaneando sin encontrar la mente de mi amor. ¡Mon Dieu! Si le pasa algo, me muero.

—No lo encuentro —dije enojada en voz alta.

—Yo tampoco, debe estar desmayado, y su cerebro no tiene actividad o le han aplicado el gel de invisibilidad, de los que usamos nosotros —comentó el profesor.

—Sí, eso debe ser; si hubiera muerto, mi corazón lo sabría —expresé con esperanza.

—¿Qué hacemos, hija mía? —preguntaba con desesperación mi madre.

—Esperar a que pueda averiguar dónde lo tienen.

Mi madre no se lo pensó, fue a la salida y preguntó al funcionario si había salido alguien inconsciente. La respuesta fue afirmativa, un hombre corpulento había sacado en brazos a un joven de cabello rubio, desmayado. Indicó, además, que había rechazado que llamaran a los servicios médicos para examinarlo. De esa manera tan simple supimos que los demonios lo habían secuestrado. Tenía la esperanza de que cuando despertara podría averiguar dónde estaba, si no le estaban aplicando los productos de invisibilidad que ellos poseen. Si fuera así, lo teníamos complicado. Volvimos a casa muy tristes, parecía que me faltaba el corazón. Estaba rabiosa conmigo por no haber sabido cuidar de él. Sin querer, al hacer un gesto de desesperación, la espada de fuego apareció y rompí el mueble de la entrada, al tiempo que las alas casi derriban el espejo. Eso me irritó todavía más.

—*¡Mon Dieu!* ¿Qué he hecho? —se me escapó sin querer, al llegar al salón.

—Tranquila, Anik. Estás muy nerviosa —dijo mi madre acercándose para abrazarme, aunque todavía tenía la espada en la mano. El abrazo me vino bien, pero continuaba colérica. Guardé la espada prometiéndome que tendría más cuidado con mi mal carácter, y las alas se plegaron. Mi madre no comentó nada, como si no hubiera visto mi faceta de ángel. Durante el resto del día no hicimos nada, salvo esperar a contactar con él o tener alguna noticia suya, aunque fuera a través de los demonios. Yo no sabía cómo actuar y le pedí consejo a Samael.

—¿Qué hago, Samael?

—No podemos hacer nada, salvo permanecer de guardia. Voy a salir y pedir ayuda a mis amigos, por si ellos han visto algo sospechoso en los últimos días.

—¿Y si me traslado a donde esté?

—Imposible, si tu mente no lo encuentra, no sabría a dónde ir. Incluso si lo supieras, podría ser una trampa. Eres novata en el teletransporte y cuando ejerces ese poder sin experiencia, gastas mucha energía y, si el viaje es muy

largo, tus fuerzas quedan agotadas por un tiempo, durante el cual podrían matarte, sin que pudieras defenderte, ni defenderlo. Con la práctica mejorarás y podrás controlarlo perfectamente —me aclaró el demonio, y tenía razón.

—*D'accord*, seguiré escaneando —no podía hacer otra cosa, salvo buscarlo desesperadamente.

El escaneo casi continuo no tuvo éxito, lo que me ofuscaba todavía más. Nos quedamos a solas mi madre y yo, mirándonos como nunca lo habíamos hecho y, después de abrazarnos fuertemente durante un buen rato, comenzamos a hablar, creo que también lo necesitábamos.

—Lo siento, hija, confío en que todo salga bien. Sé que harás lo más conveniente —mi madre estaba muy apenada y apenas si le salía la voz.

—No sé lo que es más beneficioso, mamá. Estoy dispuesta a renunciar al poder del medallón para salvar la vida de Uriel —le decía también aturdida y desesperada.

—Estoy segura de que, en su momento, sabrás lo que hacer. Debes confiar en ti.

—¿Desde cuándo estás al corriente? —tenía curiosidad por conocer su respuesta, yo ya sabía parte de la verdad.

—Bueno, la vida te da sorpresas; cuando yo creía que nunca sentiría nada por otro hombre, ocurrió. Un día me encontré con Samael en Guadix, estaba comprando ropa en los almacenes San Juan, al lado mío, y le ayudé a elegir un traje. Al salir me invitó a un café y aproveché para preguntarle por ti, por tus estudios, naturalmente, hablamos mucho rato y congeniamos. A partir de entonces nos encontrábamos de vez en cuando, no sé si casual o no, y nos sentíamos muy a gusto, y así surgió la relación.

—No necesitabas ocultar lo que sentías. Eres una mujer libre, puedes hacer lo que quieras. Yo no te voy a reprochar nada.

—Ahora lo sé, hija, pero me daba vergüenza que lo supieras, pensaba que podía molestarte por tu padre.

—Papá te quería mucho y deseaba tu felicidad. Él ya no está. Tienes todo el derecho a reconstruir tu vida. Si lo hubiese sabido, te habría dicho que se quedara en casa, en lugar de irse a un hotel —le dije, para que supiera mi pensamiento, deseaba verla feliz.

—¿Y dónde dormiría Uriel? ¿En el sofá? —sus preguntas eran muy irónicas; como madre, eso de dormir con el novio no le gustaba mucho.

—Por supuesto, no le pasaría nada —le dije yo para darle la razón.

—No, no, es mejor como estamos.

—No te preocupes, te entiendo, pero aún no me has dicho cuándo supiste que yo era diferente —volví a preguntar lo que me interesaba.

—¡Ah! Se me va el santo al cielo con Samael; cuando preguntaste si eras adoptada, se lo comenté y confesó que él tenía la culpa de todo, que se había enamorado de mí y debía revelarme algo muy secreto. Me confesó que era un demonio que vivía oculto en la Tierra, que era inmortal y que si no lo aceptaba, borraría la conversación de mi memoria. En principio yo no lo creí —hablaba en voz baja, como si temiera que la oyera alguien.

—Ya me imagino. Yo tampoco lo hubiera creído.

—Luego me contó la historia del medallón, así supe que eras descendiente de esa Lilith y que tenías una misión que cumplir.

Pensé que se estaba riendo de mí, aunque había algunos detalles por los que dudé y le pedí que hiciera una demostración para creerle —hablaba con sinceridad y me gustaba su confianza.

—¿Y te la hizo?

—Claro. Como sabía que me apetecía ver el mar, dijo que cerrara los ojos y, cuando los abrí, estábamos en una playa; menos mal que era de noche y nadie nos vio aparecer. Entonces le creí, mejor eso que volverme loca. Le hice prometer que no utilizaría los poderes conmigo, que yo quería vivir una vida normal. Por ahora estoy satisfecha, se comporta como lo haría cualquier hombre que desea conquistar a una mujer.

—Me alegro. Debiste de hablar conmigo.

—Tenía miedo de que mi relación contigo cambiara —confesó con sinceridad.

—Gracias. Ahora podré comentar contigo de estas cosas. A veces me hubiera gustado contártelo todo, pero ya sabes, era difícil de explicar —le dije para justificarme.

—Es mejor que descansemos algo. Hay que estar preparadas para lo que venga —como madre tenía razón, hablando no conseguíamos nada y nuestros cuerpos necesitaban descansar.

—Gracias, mamá, intentemos dormir un poco.

Pasé la noche a su lado, pero apenas si pegué ojo. Al comenzar a salir el sol ya estaba levantada y le preparé el desayuno. Me sentía muy cansada de escanear continuamente, intentado encontrar la mente de Uriel. *¡Mon Dieu!* ¿Dónde estaría mi amor? Cuando Samael llegó estábamos las dos desayunando y le preparé un café.

—No hay rastro de él. Sin embargo, hay mucho movimiento demoníaco en

París —nos dijo nada más llegar.

—¿Eso qué significa? —le pregunté yo, impaciente.

—Se han visto entrar muchos demonios en la embajada israelita. Durante días el trasiego fue frenético; sin embargo, desde ayer toda actividad desapareció.

—¿Desapareció? ¿Qué quieres decir?

—Sí, eso he dicho. Todos los demonios que entraban y salían se han evaporado.

—Quieres decir que han utilizado algún producto para desaparecer.

—Es más complejo aún. Con esos productos se anula la radioactividad de la mente. Pero deja un rastro pequeño si se teletransportan, como un hueco en el espacio que es casi indetectable cuando lo hace un demonio solo, ocurre que al ser muchos, el hueco es perceptible desde lejos para nosotros. No los vemos, aunque sabemos que están ahí. Pues bien, el hueco ha desaparecido. No entendemos qué ha ocurrido. Es probable que estén muy bien organizados y su jefe, además de los poderes de los demonios, sea un gran mago y con su magia tape las estelas que provocan al viajar —al profesor le gustaba explicarlo todo muy bien.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —le preguntaba yo, desesperada.

—No sé. Estoy desconcertado con este asunto.

—A mí se me ocurre una idea —les dije, sorprendiéndolos. Por fin las ideas volvían a mi mente.

—¿Cuál? —preguntaron los dos.

—Mis padres biológicos eran judíos, ¿no es cierto? Vamos a comenzar la investigación sobre ellos. *Maman*, coge los papeles de mi adopción, que nos vamos.

—¿A dónde? —preguntó mi madre, desconcertada.

—A la embajada de Israel, está muy cerca de *Avenue des Champs-Élysées*.

El cielo se veía nublado, pero no amenazaba lluvia. Eso hacía que el calor fuera sofocante, parecía que habíamos vuelto a las tierras de Andalucía. Llegamos en el momento de abrir las puertas para al público. Pasamos los controles y nos dirigimos a la mesa de información. Nos dieron un número para ser atendidos por un funcionario. En la sala de espera volví a escanear el edificio y no lo encontré; sin embargo, en una habitación del edificio hubo algo que me retuvo un momento, estaba pensando en ir a ver qué había allí, cuando nos llamaron. El funcionario hablaba por teléfono en hebreo y

nos sentamos esperando que nos atendiera. Cuando concluyó se dirigió a nosotros:

—¿En qué les puedo servir? —nos dijo en un correcto francés.

Yo le contesté en hebreo, nunca lo había hablado antes, pero me salió natural. El joven se sorprendió y nos obsequió con una sonrisa. Cogió un formulario y fue rellenándolo con mis respuestas.

—¿Conoce usted sus derechos por ser judía?

—Tengo nacionalidad española, aunque siempre he vivido en Francia.

—No importa su nacionalidad, tiene usted los mismos derechos que cualquier ciudadano de Israel. Si desea la nacionalidad judía, solo tiene que solicitarla, su aprobación es inmediata debido a su nacimiento.

—Gracias, por ahora sólo deseo conocer quiénes eran mis padres biológicos.

—Comprendo, le daré un pase para que pueda visitar los archivos de la embajada. Allí le dirán todo lo que se conozca de ellos. Al final del pasillo les atenderá un funcionario, que es responsable del departamento que busca. Él podrá responder a las preguntas sobre sus padres biológicos —dijo amablemente el funcionario.

—Gracias.

—Por favor, quisiera ver a Françoise Moulier —solicitó Samael.

—Se trata del mismo funcionario. Al final del pasillo. Llamen a la puerta.

No fue necesario, nos esperaba a la entrada de su despacho. Saludó efusivamente al profesor y nos invitó a entrar.

—Pasen, les atenderé con mucho gusto.

Mientras entrábamos y nos sentábamos en unas sillas, oí perfectamente su conversación.

»¿Estás loco, Samael? ¿Cómo se te ocurre venir aquí con la mente abierta preguntando por los herederos de Lilith? Vas a poner a todos los demonios en alerta. ¿Quién es ese ángel que te acompaña? No lo conozco.

»No es un ángel, tampoco un demonio. Sencillamente es Lilith.

»¿La enamorada de Araziel?

»No fastidies, sabes que ella era humana y murió. Esta es su heredera actual.

»Comprendo, creí que también había muerto. ¿Y por qué tiene halo de ángel?

»No murió, sobrevivió al accidente y fue adoptada por una familia española. Además, ha recuperado el medallón, por eso lleva su aureola.

»¿Cómo? Eso es imposible.

»Fue encontrado por un niño en “un portal” que estaba abandonado, y el medallón fue a ella.

»¿Y tiene todos los poderes de Araziel?

»Tengo más poderes que cualquier demonio, no hagas que te lo demuestre. Ahora queremos ver los archivos sobre mis padres biológicos. ¿Puede ser? —intervine enérgicamente.

»Perdóname, Lilith, no podía saber que eras tú. Yo fui amigo de Araziel; si lo liberas, lucharé a su lado.

El funcionario no le dijo nada más, no quería molestarla y enfadarla; cuanto antes le entregase lo que pide, mejor. Se levantó y le habló en voz alta:

—Enseguida traigo los expedientes.

Desapareció por la puerta del fondo. Mi madre miraba impaciente sin decir nada, imaginaba que estábamos hablando a través de la mente. La espera se hizo tensa.

—No creo que aquí encuentres ningún indicio del libro. Si lo hubiera, lo sabría —decía Samael, algo pesimista.

—Lo sé. No creo que el libro esté aquí; sin embargo, percibo un posible rastro de Uriel en algún lugar de este edificio; por lo tanto, alguien de la embajada debe saberlo... ¿Quizás tu amigo?

—No es mi amigo, solo un refugiado más.

—Le preguntaré. Si no me responde, debo presionarlo.

—De acuerdo, yo te cubro.

Mi madre siguió callada, sabía que lo que ocurría estaba por encima de lo que ella podía hacer. Poco después volvió el funcionario con varias carpetas.

—Aquí tienes todo lo que sabemos de tus padres biológicos, incluidos los datos de su accidente. El Mosad cree que fueron asesinados, pero no hay pruebas concluyentes.

—¿Asesinados? —pregunté escéptica.

—Solo son conjeturas, no hay pruebas concluyentes —repitió.

—Está bien. Me gustaría llevarme los informes a casa. ¿Puedo?

—Son confidenciales; sin embargo, no me voy a oponer. Estás en tu derecho de conocer la verdad. Solo son copias. Llévatelos, los originales están en Israel. Y por favor, devuélvelos o destrúyelos cuando no los necesites.

—Más tarde intentaré averiguar qué les ha ocurrido a mis padres biológicos. Ahora tengo que salvar a alguien que quiero. Han secuestrado a mi

novio y lo estoy buscando. Sabemos que han estado aquí y quiero que digas todo lo que sepas antes de que me enfade contigo.

En ese momento alcé mi mano y apareció la espada de fuego y mis alas a la espalda. El funcionario no se movió. Probablemente lo esperaba y no estaba dispuesto a que le cortaran el cuello, por eso habló enseguida y nos contó lo que sabía, quizás temía que cumpliera mi amenaza.

—Sé que tuvieron un humano en el sótano, pero ya no están, todos han desaparecido, se lo llevaron con ellos. Te juro que no tengo ni idea de dónde han ido. Su jefe es un demonio muy poderoso llamado Dibbuk, se trata de uno de los jefes y todos obedecemos sus órdenes. Samael, dile que fui amigo de Azaziel, que lucharé a vuestro lado. No tengo nada que ver con los desalmados que han ocupado la embajada, por favor —confesó, un poco nervioso.

—¿Dibbuk? ¿Quién es Dibbuk? No conozco a ningún demonio con ese nombre —comentó Samael.

—Pues posee tanto poder que nos tiene atemorizados a todos. Apareció un día y se eligió en jefe, es lo único que sabemos de él. Algunos dicen que es el mismo Lucifer, que se ha escapado de la cárcel que tanto tememos: el Infierno.

—Me da igual su nombre. No permitiré que le pase nada a Uriel. Necesito algún dato que me lleve hasta él —le pedí yo. No puedo perder más tiempo.

—Sólo sé que lo han tenido en el sótano y que ya no están. Siento no poder ayudarla más.

—Es sincero, Anik. No sabe más —Samael quiso defenderlo.

—Lo sé, por eso está vivo. Antes de irnos quisiera visitar el sótano.

—Está prohibido que baje personal ajeno a la embajada, hoy haré una excepción. Vengan conmigo. Le seguimos a través de la puerta y recorrimos un largo pasillo para llegar a unos ascensores. Me evocó la serie antigua que veía mi padre: “*Super agente 86*”, cuando el protagonista recorre un pasaje parecido y se van cerrando las puertas a su paso. El funcionario metió su llave y tecleó una clave para que el ascensor se moviera. Nunca había visto uno tan moderno. En unos segundos estábamos en el sótano. Al salir nos encontramos con otro pasadizo similar con muchas puertas. Se paró en la última, metió su llave y tecleó otra clave. Entró y encendió la luz, pudimos comprobar que estaba vacía.

—Yo no encuentro ningún rastro de él, ni siquiera de los demonios —señaló Samael.

—Se nota que no eres humano, ¿acaso no percibes su aroma? Él ha estado en esta habitación —nada más entrar su perfume vino a mi olfato de manera

inconfundible.

—¿El aroma de Uriel? —después de miles de años conviviendo con los humanos, seguían sorprendiéndolo.

—Sí, lo reconocería entre millones de seres. ¿Me acompañáis? Voy a buscarlo.

—Espera, chiquilla, puede ser una trampa y, si te matan, todo se acabó — Samael tenía razón, no podía actuar sin razonar primero.

—¿Qué hacemos entonces? —le pregunté indecisa.

—Volvamos a casa y lo planeamos —me pareció razonable, necesitaba establecer un plan que permitiera rescatar a mi novio, y no íbamos a hacerlo delante de aquel funcionario.

—De acuerdo. No podemos exponernos sin saber a qué nos enfrentamos —le di la razón.

Salimos de la embajada sin decir palabra. En el taxi comencé a leer los documentos escritos en hebreo, el idioma de mis padres. En realidad eran unos desconocidos para mí, quizás por eso cada día tenía más curiosidad por saber de ellos. Los informes decían que fueron asesinados por otros espías del telón de acero. Sin embargo, en la mente del funcionario de la embajada leí que habían muerto por luchas internas del Mosad. Creo que ellos no habían tenido nunca el libro. Aunque deseaba saber quiénes fueron mis padres, ahora no era el momento de averiguarlo. La vida de mi novio me parecía más importante. Me sentía frustrada, preocupada por no ser capaz de salvar a mi enamorado. Sin embargo, iba a ser su aroma, ese que me embriagaba cuando lo conocí, el que me llevara hasta él. Samael interrumpió mis pensamientos.

—Anik, tengo una idea y creo que es la solución. Nos vamos a Toulouse, allí tengo una casa que ha existido a lo largo de todos los tiempos y desde donde podemos operar.

—¿Por qué Toulouse y no París? —pregunté yo, que en ese momento no entendía el cambio.

—Es sencillo, mi casa está conectada con todos los períodos del hombre y te será más fácil encontrarlo. Solo tienes que seguir su perfume.

—¿Entonces, crees que se lo han llevado a otra época para que no lo encuentre? —él tenía más experiencia en estas cosas y se supone que sabía más, aunque yo también había llegado a esa conclusión.

—Sí, estoy seguro. Además, ellos desean que lo encuentres para un intercambio, o también para ponerte una trampa y atraparte a ti. Deberás seguir el rastro del perfume; desde allí lo puedes hacer mejor y evitaremos los

engaños, si los hay. Presiento que el secuestro tiene algo que ver con el libro de Pequeña Lilith y este desapareció en la Edad Media.

—De acuerdo. Iremos a Toulouse, pero es un viaje muy largo para ir en coche —le dije por sentirme cansada.

—Iremos en avión.

—¿Ahora? ¿Sin pasar por casa? —preguntó mi madre, algo desconcertada por nuestra conversación.

—Sí, en un par de horas sale un vuelo —informó Samael. Mejor, yo tenía ganas de actuar lo más pronto posible, no saber dónde estaba me tenía compungido el corazón.

—Perdón señor, cambiamos de destino; llévenos al aeropuerto, por favor, necesitamos coger un avión con urgencia —le solicité al taxista en francés, que inmediatamente cogió el desvío y nos llevó lo más rápidamente que pudo. Al bajarnos estuvo observándonos un rato, mientras desaparecíamos en la entrada de la terminal nacional. Le debimos de parecer gente rara. Llegamos a tiempo de comprar los billetes y coger el avión a Toulouse. Allí, un taxi nos llevó hasta una urbanización a las afueras de la ciudad, donde Samael poseía un lujoso chalet.

—Esta casa es un poco singular, en ella guardo recuerdos de todas las épocas y solo vengo aquí en caso de emergencia —nos dijo al llegar.

La entrada de la casa parecía normal, el salón y la cocina eran similares a muchas casas modernas. Samael se dirigió a una estantería y presionó varios libros. Como en las películas de terror, primero oímos un sonido de hierros desencajándose, y luego la estantería giró permitiendo el paso a otra estancia. Se trataba de un largo pasillo, casi interminable, con habitaciones a los lados, y comenzamos a andar por él, sin dejar de mirar y admirar lo que veíamos. Cada estancia estaba llena de objetos de una época. Podíamos estudiar la historia del mundo solo con las cosas que allí había. Se paró en la que parecía ser de la Edad Media y abrió unos armarios. Mi madre y yo nos dirigimos hasta unos vestidos preciosos, muy bien bordados; Samael nos dijo que los dejáramos y nos sacó unos mantos marrones que parecían sacos.

—Poneos esto y quitaos las bragas y sujetadores; en aquella época las mujeres no conocían esas prendas y no podemos llevar lo que no existía —nos ordenó el demonio.

Verdaderamente los mantos eran horribles; en realidad, eran un trozo de tela gruesa con un agujero para la cabeza y unas mangas muy anchas; también tenían capucha para proteger del frío o de la lluvia. Ese tejido daba mucho

calor y más en verano. Nos lo atamos a la cintura con una cuerda trenzada de la misma tela. *¡Mon Dieu!* Mi madre y yo nos miramos con unas caras que expresaban lo horrorosas que nos veíamos.

—Ahora nos cogemos de la mano para trasladarnos; yo no te puedo ayudar, porque no recuerdo ese perfume. Concéntrate en su fragancia y tu poder te llevará a la época donde él está; recuerda: debes dirigirte a este mismo lugar, así evitaremos trampas. Hazlo con decisión; si tardas mucho, podemos morir en el viaje —aconsejó Samael, que de esto debería saber bastante.

—Sé que soy una principiante, y también que estoy segura de saber hacerlo —le dije con firmeza, la vida de mi novio estaba en juego y no le iba a fallar.

—Confío plenamente en ti —respondió el demonio.

—Yo también, hija, nunca estuve más segura que contigo.

MI PRIMER VIAJE AL PASADO

Hicimos un círculo y nos cogimos de las manos, como si fuéramos a jugar a un juego antiguo de esos que todavía practican en los pueblos de España.

—¿Estás lista, mamá? —le dije; en realidad me daba tiempo para prepararme yo.

—Dispuesta y alucinada —recalcó mi madre.

—De acuerdo. Respirad hondo, que nos vamos.

Aspiré el aire como si aspirara el perfume de Uriel, la oscuridad inundó la habitación durante un tiempo que no podría determinar. Cuando se hizo la luz, estábamos en la misma estancia medieval de la casa de Samael. Todo parecía igual. Sin embargo, me sentía cansada, muy cansada, tanto que caí de rodillas al suelo y me desmayé. No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento. Cuando desperté, mi madre y Samael me habían sentado en una silla junto a la chimenea de la casa. Ya no estábamos en la habitación medieval, sino en una pequeña cabaña de madera, cuyo único mobiliario consistía en una mesa en el centro de la pequeña estancia. ¿Dónde nos encontrábamos? ¿Seguiríamos en 1977?

—Necesitas descansar, has gastado toda la energía disponibles de tu cuerpo —me dijo Samael.

¡Mon Dieu!, ¿a dónde los había llevado? Estaba triste y eso hacía que mi pensamiento tuviera dudas. ¿Y si no soy capaz de liberar a Uriel? Lloraba desconsolada. Sentí el abrazo de mi madre y su mano acariciando mi pelo. De pronto, la oscuridad volvió de nuevo. Me desperté sola en una habitación semioscura, iluminada solamente por el fuego que se consumía lentamente en la chimenea. Intenté incorporarme para observar mejor la situación. Estaba en el suelo, tumbada sobre una manta, bajo la cual había hierba seca a modo de colchón; el mareo se había pasado y parecía más fuerte. Al ponerme de pie pude comprobar que no había ventanas ni muebles, salvo una mesa de madera para comer en el centro de la estancia y un taburete junto al fuego. Sentía preocupación por saber qué había ocurrido y sobre todo, ¿a dónde les había trasladado? Era la primera vez que hacía eso de viajar en el tiempo y parece que no era tan sencillo. Tenía miedo de haberlo hecho mal. Resultaba menos cansado viajar de un lugar a otro en la misma época, como cuando me

trasladaba a la casa de Uriel. Abrí la puerta para salir a la calle y encontrar alguna pista; solo avisté un espeso bosque de robles que rodeaba aquella cabaña, que bien podría ser la morada de un leñador. Ni idea de dónde podíamos estar. Oí unos golpes secos detrás de la casa y caminé en esa dirección con mucha precaución, no sabía qué peligros podía encontrar.

5 de agosto de 1234.

Me tranquilicé cuando oí la voz de Samael, que preparaba un carro tirado por dos mulos. Mi madre, al verme, corrió para abrazarme.

— *Ma petite*, ¿estás bien? ¿Has descansado? Samael decía que solo estabas agotada por el viaje en el espacio-tiempo —me hablaba apretándome entre sus brazos, con alegría de verme restablecida.

—Sí, estoy bien, ¿dónde estamos? —esa era mi preocupación al despertar.

—No lo sé. ¿Dónde estamos, Samael? —preguntó a su vez mi madre.

—En el condado de Toulouse, muy cerca del río Garona. En cuanto estés lista partimos para la ciudad. En esta época todo estaba cubierto de bosques —respondió con tranquilidad.

—¿Qué época? —pregunté escéptica.

—El año cristiano es el de 1234. El aroma de Uriel te ha llevado a la época en que el libro fue destruido, tal vez ellos quieren el medallón y el libro. Ambos son necesarios. Hoy es cinco de agosto de 1234. Por fortuna, ya han pasado las guerras de los cruzados y podemos viajar tranquilos sin llamar la atención, solo hay que tener cuidado con la inquisición.

— *¡Merde!* La inquisición —se me ocurrió decir.

—Sí, tú lo has dicho. Hace un año que el papa Gregorio IX nombró a los inquisidores papales en Tolosa, Albi y Carcasona. Esta es tierra de cismáticos y el pontífice de Roma intenta aniquilar a los herejes. Antes de partir hacia la ciudad, debemos impermeabilizar nuestras mentes para que no puedan ser detectadas por los demonios. Sacó de un hueco del carro un tarro y lo puso entre mis manos.

—Úntate con este unguento la cabeza y toda la cara hasta el cuello, luego las manos. Servirá para tapar tu aureola de ángel.

Yo ya lo he hecho. Debes abstenerte de escanear las mentes por ahora. Así no podrán localizarnos. Los efectos van desapareciendo con el tiempo, ya te avisaré cuándo debes volver a hacerlo —ordenó; parecía que él tomaba el mando.

—Entonces, hemos viajado a la época correcta —no me sentía segura de

haberlo hecho bien.

—No lo sé. Lo sabremos si encontramos a tu novio aquí. Al menos hemos viajado a mi casa en el siglo XIII. Enseguida partimos para Toulouse, allí tengo contactos que nos pueden ayudar —eso no me quitaba la ansiedad que sentía desde que lo secuestraron.

—Si alguien nos pregunta, ¿en qué lengua le hablo? ¿En francés o en castellano? —preguntó mi madre.

—Mejor que no hables, aquí hablan su propia lengua y el idioma del norte no es bien recibido —le dije yo.

—Prestadme atención —el profesor quiso organizar nuestros papeles—. Vamos a situarnos. Yo soy un leñador al servicio de la viuda de Lugana, y vosotras: Liôia, mi esposa, que es muda; y Lilith, nuestra hija. Esta es la cabaña donde vivimos. ¿Qué os parece? —nos propuso Samael como parte del plan; me pareció bien; en realidad, lo único que me interesaba es encontrar a Uriel, lo demás daba igual — *D'accord* —respondimos las dos.

Me unté aquel unguento por la cara y el pelo, funcionaba como una crema de belleza y desaparecía al frotarla. Terminó de preparar la carreta y partimos hacia la ciudad. Los tres íbamos en el estante y me sentía nerviosa e impaciente por enfrentarme a esos demonios y liberar a Uriel. ¿Cómo estará? ¡*Mon Dieu!* , cuántas ganas de tenerlo de nuevo en mis brazos. El camino era muy estrecho y apenas si cabía el carro. Nos internamos por un bosque tan espeso que no dejaba pasar la luz, de manera que, aunque fuera por la mañana, parecía estar anocheciendo. El viento ululaba al pasar entre los árboles, formando una música que parecía de terror, y te hacía mirar a todos lados, esperando un ataque de cualquier bestia abominable. Sin embargo, solamente veíamos árboles y más árboles, como en una película sin fin. Media hora después llegamos a un camino algo más ancho; eso me hizo pensar que debía de ser importante. El carronato iba muy lento, no solo por el estado del camino, sino porque los mulos que lo tiraban no tenían prisa. Samael conducía como un carretero de toda la vida, dejando que los animales fueran a su ritmo. Poco después volvimos a desviarnos por otra vía estrecha y enseguida le prestamos atención a la nueva ruta; aunque no le preguntamos, considerábamos que sabía a dónde nos llevaba.

—Vamos a visitar a una vieja amiga, habita una cabaña en un claro del bosque, si es que todavía está viva —nos informó para despejar nuestras dudas.

Efectivamente, el camino pasó de la oscuridad del bosque a un claro muy

iluminado, que tenía en el centro una cabaña similar a la que habíamos dejado. Samael bajó del carro y se aproximó a la puerta, donde lo esperaba una señora que parecía una pordiosera. Jorobada, con los ojos saltones y la nariz larga, como si fuera una bruja de las películas; si me la encuentro a solas, seguro que me asusto. Se abrazaron efusivamente. El profesor nos hizo una señal para que bajáramos y entraron en la cabaña. Nosotras les seguimos. La mujer intentaba guisar algo en una vasija que tenía colgada sobre el fuego y se sentó en un tronco para removerla.

—Nunca creí que volverías por aquí —dijo en su lengua, que entendí perfectamente, aunque no la había oído antes—, ¿has cambiado de cuerpo?

—Sí, el otro se me hizo viejo.

—Lástima, me gustaba más. Mi cuerpo también se está haciendo mayor, pero de verdad. Ya estoy cansada de la vida. Moriré pronto y podré descansar.

—Siento no poder ayudarte en ese campo, ya lo sabes.

—Lo sé y estoy preparada, he visto tantas atrocidades que seré feliz cuando deje de respirar. ¿Qué te trae por aquí?

—Estas son Lilôia y su hija Lilith, descendientes de Lugana. Lilith ha recuperado el medallón perdido. Ahora viene a buscar el libro angélico, lo necesita. Además, han secuestrado a su novio y creemos que lo tienen escondido en Toulouse.

—Comprendo, pero creo que has llegado tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Lugana de Magdala fue quemada el mes pasado en una hoguera pública en la plaza, frente a la iglesia. Su casa y todos sus bienes fueron confiscados y repartidos por el inquisidor Guillaume —informó la mujer.

—Sabía que había ocurrido, lo lamento mucho, yo no puedo intervenir en esos asuntos. Ya lo sabes, y ella también era consciente ¿Cómo ha sido?

—La miseria humana, Samael. Ella era mujer muy rica y, además, estaba sola. Parece ser que, por confianza, le contó a una amiga su aventura contigo después de la muerte de su esposo. Cometió el error de decirle que un demonio se acostaba con ella. Su amiga la denunció a la inquisición, la torturaron hasta que confesó su pecado y luego la quemaron en un espectáculo público al que asistieron todos los ciudadanos de Toulouse. Los libros y sus cosas personales también fueron quemados en la hoguera. Tenía grandes riquezas, que fueron repartidas entre el obispo, el conde de Toulouse y el denunciante anónimo, su mejor amiga. Me imagino que el libro que buscas terminó con los demás.

—¿Quién es Lugana? —preguntó mi madre en francés, pues solo se había enterado de algo de la historia.

—¿Esa es la lengua que hablarán en el futuro los hombres libres? —interrogó la mujer con ironía, como si adivinara el futuro.

—Sí, el francés dominará esta tierra —Samael le respondió con sinceridad, parecía que le tenía mucha confianza.

—Por fortuna no tendré que verlo y sufrir por ello —manifestó la hechicera.

Guardó silencio, parecía apesadumbrada por la noticia. Los hombres libres eran los habitantes del *Midi*, donde se hablaban tres lenguas muy similares. Los francos del norte, que hablaban francés, eran sus enemigos.

—Lugana de Magdala es la antepasada de tu hija, su nombre en hebreo era Lilith —le explicó Samael a mi madre.

—¿Tiene algo que ver con María Magdalena? Leí que se había refugiado por estas tierras —volvió a preguntar mi mamá.

—Lugana era oriunda de Magdala, al igual que la mujer de los evangelios, pero no tiene nada que ver con ella. Sus antepasados huyeron de Israel en el siglo I y se refugiaron en estas tierras. Al menos, ella no me contó nada de eso y yo estaba en otra parte del mundo en la época de Jesús de Nazaret. Algunos cristianos confundieron a una mujer llamada María de Magdala con la discípula de Jesús: María Magdalena.

—¿Lugana tenía hijos o hijas? —pregunté para que aliviaran la tensión—. Si yo existo, debe haber una hija.

—Lugana tenía una hija, nació poco antes de morir su esposo, ¿sabes dónde está? —nuestro demonio se dirigió a la mujer.

—Se la llevó el obispo Raymond, creo que piensa venderla como esclava en África.

—¿Qué edad tiene ahora? —pregunté yo.

—Diez añitos, pronto se convertirá en mujer y será muy cotizada entre los musulmanes. Las pelirrojas están muy solicitadas.

—Debemos buscar el libro en su casa y también liberar a su hija. Se lo debo —expresó Samael con indignación—. Nos vamos, Marie, tenemos mucho trabajo.

—Espera, debes conocer que en el palacio del obispo hay muchos... demonios.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, lo mismo que he percibido que tú llegabas. Tal vez tengan ahí al

novio de la joven. Ten cuidado y ven a verme antes de desaparecer.

—Lo haré si continúo con vida. ¿Por qué sigues aquí sola?

—Aquí nadie me hace daño. Unos me respetan y vienen a pedirme consejo o a solicitar ungüentos para sus dolencias; y otros me consideran una bruja y temen que, si me hacen daño, les caerá una maldición; por eso me dejan en paz —se justificó, su voz sabía a tristeza, como una persona que reconoce que ha llegado al final de su vida.

—Adiós, Marie —se despidió Samael.

—¡Suerte, Lilith! Me alegro de conocerte, y no te fies nunca de los demonios, unos te engañan y otros desaparecen cuando más falta hacen —dijo, mirando a Samael.

—Gracias, señora, lo tendré en cuenta —le hablé en su dialecto.

—Eres muy guapa, jovencita. No te preocupes por tu prometido, volverá contigo, lo sé —quiso darme esperanzas y se lo agradecí con una sonrisa.

Salimos de la cabaña en silencio. La señora continuó removiendo la olla como si nadie hubiera pasado por allí; subimos al carro y volvimos al camino principal. No hablamos ni comentamos nada. Durante los siguientes minutos, Samael penetró en la mente de mi madre y le contó su vida anterior en el siglo XIII. Mejor así, al menos ella se quedaría más tranquila y evitaría celos tontos. Unos aldeanos se acercaban en dirección contraria a nosotros y les prestamos atención. Las vestimentas que usaban se parecían mucho a las nuestras. Se trataba de campesinos que volvían a su aldea, después de vender los productos de su granja en el mercado. Nos miraban de lejos y, al cruzarse, agacharon la cabeza sin saludarnos. Los años de guerra y la actuación de la inquisición los había llevado a la desconfianza hacia los forasteros.

El rescate de Uriel.

El camino nos llevó a la puerta oeste de la ciudad que, para defenderse, había construido unas murallas muy gruesas y altas, con abundantes torres de vigilancia ocupadas por soldados. Por primera vez veía una metrópoli con todas sus defensas militares de lo que nosotros llamamos la Edad Media, y me quedé impresionada. No había duda de que aquella era una sociedad preparada para la guerra. Aunque no estábamos allí para una visita turística, sino para rescatar a mi novio. Los soldados, que hacían guardia en la puerta, echaron un vistazo al carro sin llegar a detenernos. Entramos en la ciudad por unas estrechas calles hasta una plaza, que parecía importante; luego accedimos

por un callejón y nos paramos en la parte trasera de un palacio.

—Esperad aquí —dijo Samael.

Bajó del carro y llamó a una puerta pequeña, que había en un lateral. Al poco salió una mujer joven con la cabeza tapada por un pañuelo. Hablaron un rato y nos indicó que la siguiéramos. Nos condujo hasta la cocina, una habitación grande con una gran chimenea y las paredes llenas de estantes con ollas, sartenes, y vasijas de cobre y barro. En medio de la estancia, una gran tabla apoyada sobre troncos hacía las funciones de mesa. Sentada junto al fuego, una mujer mayor removía el contenido de un puchero y le habló con un tono muy apagado, sin volverse.

—Llegas tarde, Lugana ha muerto —le reprochó.

—Hola, Anne, ya lo sé. No puedo impedir que esas cosas sucedan; además, me encontraba en otro lugar, muy lejos de aquí, ahora vengo por otro asunto —le respondió Samael con la voz triste.

—Se cansó de vivir esperándote. Te dejó un mensaje: está en mi mente. Solo es para ti.

Samael se sentó al lado y durante un rato permaneció en silencio con la mirada fija en el fuego, mientras leía el mensaje en los recuerdos de la criada. Ni mi madre ni yo quisimos interrumpir esos momentos dolorosos para él.

—Muchas gracias por tu fidelidad. Lo siento mucho. Lamento que sufriera tanto —dijo al fin, cuando terminó.

—Es tarde para lamentar. Ocupate de su hija —le amonestó en un tono muy duro.

—Lo haré —respondió con la voz quebrada.

—Sentaos a la mesa; si venís de lejos, tendréis hambre; siento no tener otros manjares. Ahora, la casa es del conde de Toulouse y todavía no ha venido a hacerse cargo de ella, por lo que no tenemos dinero para comprar.

—Te agradecemos lo que nos ofreces. Estas son Lilôia y su hija Lilith, buscamos al novio de Lilith, que fue secuestrado y creemos que está prisionero aquí.

—¿Lilith? —preguntó sorprendida.

—Sí, es pariente lejano de Lugana.

—Mejor que no lo sepa nadie, pueden acusarla también de herejía —el recelo de la gente era general. Tenían miedo a todo.

—Gracias, lo tendremos en cuenta.

—¿Sabes dónde tienes que llevar a la niña? No te puedes fiar de nadie de aquí —parecía muy preocupada, aunque daba por hecho que la íbamos a

rescatar.

—Sí, con sus parientes de París.

La señora llenó unos cuencos de barro con pan duro, añadiéndole el guiso de la olla y colocándolos sobre la mesa. No nos atrevimos a decir que no, y nos sentamos a comer. Si es que aquello era comida. En realidad, agua con un poco de verdura o hierbas que no supe distinguir y pan negro. Lo probé con precaución por su mala pinta, luego comprobé que tenía un sabor muy agradable.

—Está hecho con malangas, enojosa y lengua de gato. La malanga resucita a un muerto —se dirigió a mí.

—Está muy bueno —le comenté sonriéndole, y era verdad, pero no sabía de qué plantas me estaba hablando.

—Si tienes hambre, te lo comes igual que si fuese un manjar y, además, fortalece el espíritu —dijo como justificación.

Comimos en silencio, desde el desayuno en París no habíamos probado bocado alguno y aquella sopa parecía dar fuerza. Poco después de comer llegó otro criado muy exaltado, hablando en voz alta:

—Están preparando una hoguera para la señora Ángela Barthe.

—¡Qué dices, insensato! Ángela está en el lecho de muerte. Ayer fui a verla y se está muriendo de vieja, ¿por qué la van a quemar? —le increpó Anne.

—Según me han contado, le pidió a sus criados que buscara a un “Perfecto” por toda la ciudad —se refería a como llamaban a los obispos de los herejes.

—En estos tiempos son difíciles de localizar —le dijo la criada, sabía de qué hablaba.

—No, si lo encontraron. La visitó en su lecho de muerte para darle « *el consolamentum* » —el “*consolamentum*” era un compromiso de no caer nunca en pecado; los mismos obispos lo impartían a los moribundos, para que así pudieran transmigrar a otro cuerpo más apropiado y ofrecerle la oportunidad de su salvación, caso de no ir al cielo directamente.

—¿Y qué ocurrió?

—Parece que alguno de sus criados la denunció a la inquisición.

—¡Dios mío! Para cobrar la recompensa. El maldito obispo católico se está haciendo rico a costa de la buena gente —exclamó Anne indignada.

—El obispo, junto al inquisidor y otros frailes, se presentó en la casa, pidiendo ver a la señora. Los criados, asustados, los llevaron hasta su alcoba

y le dijeron que había llegado el obispo. Ángela entendió que era uno de los obispos de los hombres buenos y le habló con confianza. El obispo de los lobos, tal como lo llamaba el pueblo, no la sacó de su error, sino que le preguntó por sus creencias y si estas eran firmes; ella le confesó su fe. Entonces el obispo romano se identificó y la condenó por confesión herética. Mandó que prepararan la hoguera, sin espera de juicio, y ha ordenado que todos los habitantes de la ciudad se personen en la plaza para contemplar el espectáculo. Lo sé todo por Chantal, su criada.

—Podemos verlo desde el balcón, y así cumplir el mandato. No podemos arriesgarnos de que nos acusen de desobediencia. ¡Estoy cansada del olor a carne quemada! —dijo la mujer.

Anne le estuvo contando a Samael los últimos años de la vida de su ama. Mi madre y yo nos asomamos al balcón para dejarlos hablar. Los frailes descargaban leña de los carros que llegaban del bosque y preparaban una pila. Luego se metieron en la iglesia a esperar. Llegó un grupo de soldados que montó guardia junto a la leña. Al rato comenzaron a oírse muchas voces algo lejanas, que se iban aproximando a la plaza. Cuatro frailes llevaban una cama con una mujer atada a ella; detrás, un gentío vociferaba, increpándolos, pero sin intervenir. Llegaron hasta la pila, dejaron la cama encima de los troncos y se retiraron a la puerta de la iglesia. Del interior surgió el obispo Raymond, y todo el mundo guardaba silencio, por el miedo que sentían hacia él. Le siguieron los otros monjes, que comenzaron a entonar canciones religiosas. Yo no me lo podía creer, íbamos a ver quemar a un ser humano por culpa de sus creencias y ¡la iglesia católica era la celebrante! ¡*Mon Dieu!* ¡Qué aberración! Los libros no describen un espectáculo tan horrible. Samael y Anne salieron al balcón para ver qué ocurría.

—¿Podemos hacer algo, Samael? —le pregunté, asomándome por detrás y con ganas de acabar con esa farsa.

—No, esa mujer está muerta. Ya nada se puede hacer. De todas formas, es mejor no intervenir en los acontecimientos que ya han pasado. Eso cambiaría la historia.

—Lo sé. Pero soy humana y me duele lo que hacen.

—La iglesia católica ha perdido su poder en este país y quiere recuperarlo a base de terror. Esta pantomima es solo un mensaje para la población: “quién lo haga, le pasará igual”.

—¿Cómo puede el Creador permitir eso?

—El Creador no interviene en la vida de los hombres. Son ellos los que

toman sus propias decisiones —afirmó Samael, que sabía bien de qué hablaba.

—Eso no es lo que me enseñaron; además, ellos actúan en nombre del Creador.

—¿De cuál? Los hombres han adorado a miles de dioses. Cada religión tiene su propia enseñanza, y esta varía según las épocas. El ser humano es así.

—¿Y los ángeles? ¿En esta época no vienen de Ronda por aquí?

—Los ángeles hace años que esquivan esta zona, saben que está llena de demonios y no quieren enfrentarse a ellos. Se han acomodado en sus menesteres.

Le creí. Al fin y al cabo, él había vivido varios miles de años sobre la Tierra y sabía de lo que hablaba, yo solo llevaba dieciséis insignificantes años. Varios soldados se aproximaron con antorchas y prendieron la leña por varios sitios. En unos minutos la fogata alcanzaba la cama con la señora atada a ella. Qué importaba si estaba viva o muerta, aquello era algo horrible, y más aún que lo hicieran en nombre del Creador. ¡Merde! Hasta el balcón llegaba el olor a carne chamuscada. Mi madre y yo nos metimos dentro para no seguir viendo aquel horrible espectáculo. La pobre señora había muerto mientras la transportaban a la hoguera. Según supimos después, el obispo católico le ordenó que se levantara y les acompañara, ella no tenía fuerza para nada, ni siquiera podía mantenerse de pie; entonces la ataron a la cama para poder bajar las escaleras de la casa y llevarla hasta la plaza donde sería ejecutada. Sus tierras y todas sus riquezas se las repartirían entre el obispo, el conde y el delator. Así, quemar a la gente era fácil y rentable. En el balcón observé cómo el obispo y los frailes que había detrás no tenían áurea de humanos, tampoco de demonios, seguramente la tendrían oculta. El mandatario católico no cesó de mirar hacia allí mientras estuvimos en él. Tal vez percibió el mismo detalle en nosotros.

—¿Has notado lo mismo que yo? Ya nos han visto. Tendremos que tener cuidado a partir de ahora —le dije a Samael.

—Sí, y no creo que ataquen ahora. Han raptado a Uriel para un intercambio, seguro que enseguida se ponen en contacto con nosotros —opinó el demonio en voz alta.

Efectivamente, en cuanto acabó la fogata enviaron a un emisario con un mensaje: nos esperaban a las doce de la noche en la catedral, debíamos llevar con nosotros el medallón y el libro, si deseábamos que el joven rubio viviera. Daban por hecho que poseíamos el libro. Mi corazón se alegró al saber que habíamos encontrado a Uriel. Ahora faltaba que pudiera liberarlo sin que

sufriera daño, y eso me daba miedo solo en pensarlo.

—Con ese mensaje sabemos que Uriel está aquí y que el libro no se encontraba entre los que quemaron. Lugana debía tenerlo escondido, para evitar que se perdiera por alguna causa. Registremos la casa —dijo Samael, convencido de lo que decía.

—¿Por dónde comenzamos a buscar? —pregunté inquieta.

—Nosotros no lo encontraríamos jamás, seguro que ellos ya han buscado. Si está escondido en esta casa, solo tú puedes encontrarlo, Lilith —respondió el demonio.

—¿Qué quieres decir? No sé cómo —no recordaba poseer el poder de la adivinación, podría hacer lo mismo que todos, escudriñar los lugares más insólitos.

—Utiliza tu mente para localizar su rastro, ya no tenemos que ocultarnos —no creía que así fuera a recuperarlo, pero por intentarlo que no quede; a lo mejor tenía suerte y lo hallaba. Nunca se sabe.

Recorrí la casa imaginando dónde podía encontrarlo sin lograr detectarlo como pretendía Samael, tampoco lo había visto nunca. Volví a la cocina al lado de ellos, llorando. Mi madre me abrazó de nuevo; últimamente parecía que su trabajo consistía en consolarme.

—No llores, mi niña, seguro que se te ocurre algo —decía, intentando tranquilizarme.

—Tengo miedo de que le suceda algo a Uriel —expresé en voz alta; ese era mi desasosiego, no ser capaz de rescatarlo.

—No sufras por eso, no le harán nada, no les conviene hacerle daño. Tu amor podrá más que el odio de esos demonios —mi madre tenía razón, estaba enamorada y esa es la fuerza más poderosa del universo.

Me tragué mis lágrimas y me senté en el suelo al lado de ella. Recordé que cuando tenía un problema siempre iba a su lado, solo que en estas circunstancias poco podía hacer, salvo darme fuerzas para encontrar la solución.

—¿Cuál era el lugar más querido de Lugana? —pregunté de repente.

Todos miramos a Anne. Ella se quedó pensativa por la pregunta. Por supuesto que lo sabía, claro que lo conocía, aunque se tomó un momento para responder.

—Al morir su esposo, y luego, cuando se marchó Samael, pasaba todo su tiempo ocioso en la torre de la casa, sola y triste. Mandó traer ventanas con cristales, para que en el invierno no hiciera frío —contestó al fin.

Me levanté y cogí una vela para dirigirme a la torre, mi madre y Samael me siguieron. Ya había estado en esa estancia vacía con unos bancos de piedra para sentarse y mirar por la ventana. Mi corazón parecía buscar algo en aquel lugar. Observé la sala sin percibir nada. Los cristales abiertos dejaban pasar el aire de la noche, también el olor a quemado. Quise que la espada de fuego apareciera en mi mano y las alas se desplegaron en mi espalda, pero nadie se sorprendió por el hecho. Fui tocando la pared, sin que ocurriera nada. Sentada en uno de los bancos de piedra, intenté imaginar cómo Lugana podía ver el cielo desde allí y contemplar las estrellas en las noches despejadas. Pero aquella noche no era clara, unos negros nubarrones lo ocultaban; con la espada toqué las piedras sobre las que estaba sentada y percibí que esta cambiaba de color al posicionarla en un punto concreto. Hice desaparecer la espada y, como siempre ocurría, las alas se plegaron y también se esfumaron. Con los dedos toqué ese lugar y la piedra se movió, entonces la extraje y apareció un agujero oscuro. Aquel era el escondite de Lugana. Metí la mano con algo de miedo por si había algún bicho y encontré el manuscrito que buscábamos. Mi alegría fue enorme, el libro de Pequeña Lilith no había sido destruido. Lo saqué y lo apreté contra mi pecho. El medallón iluminó la torre como si fuera de día. En la portada, con letras de fuego, decía:

‡¥¶ ÿ¥§¶ μ¶ ïö¥‡‡‡‡¶¶

Aquellos garabatos extraños, conocidos como runas, se hicieron legibles: “EL LIBRO DEL MEDALLÓN DE LILITH: explicación de cómo se creó y cuál es su finalidad”. Abrí el libro y, conforme iba leyendo, las letras se iban iluminando mágicamente. Me senté y comencé a recitar en voz alta la historia de amor de Lilith y Araziel. Todos se sentaron para oírme, incluido Samael. Durante un buen rato estuve leyendo y ellos escuchando embobados por la belleza de las palabras que salían de mi boca. Cuando alcancé la segunda parte, dirigida a Lilith, no pude seguir con la lectura en voz alta, ese fragmento solo lo podía conocer una Lilith. La tercera parte estaba dedicada a los sortilegios para abrir las puertas de la cárcel de los demonios, y dejé de leer.

—No pronuncies esas runas; si la puerta se abre a distancia, no podrías controlarlo desde el pasado. Antes hemos de salvar a Uriel y a la hija de Lugana. Es preferible que liberes a Araziel en tu época, es decir, en la época actual del medallón —me dijo Samael categórico.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí. El medallón fue construido para una misión: liberar a Azaziel. Si lo haces ahora, ¿en qué tiempo-espacio se abrirán las puertas? ¿En la época real de la Tierra o en el pasado que nos encontramos? No lo sabemos.

—Tienes razón. Lo dejaremos para cuando volvamos. Ahora nos tenemos que centrar en pelear y vencer a esa gente, sin dañar a Uriel y a la niña —la idea de que pudieran ser heridos me angustiaba.

—Ellos saben que tu amor humano no permitirá que le pase nada a tu novio. Lo que no pueden imaginar es la potencia de tu poder —Samael intentaba darme ánimo y se lo agradecía.

—No sé cómo lo voy a hacer. No quiero que a ellos no les ocurra nada malo —expresé muy preocupada.

—Lo sabrás en su momento, estoy seguro. Se aproxima la medianoche, debemos prepararnos. Tu madre se quedará con Anne. Iremos los dos. Yo estoy dispuesto a morir por ti; sin embargo, espero volver a 1977 y vivir con ella nuestro amor. Aunque compartiría su vida en cualquier época.

—Te deseo vivo —le dijo mi mamá.

Necesitaba serenarme. Despejar mi cabeza de preocupaciones para poder actuar. Podía decir que tenía ventaja, ellos no podían leer mi mente, y yo sí las suyas. Apreté el medallón con las manos y le pedí que siguiera obedeciéndome, aunque no estuviera en contacto con mi cuerpo. No sé si eso daría resultado, ni siquiera si serviría para algo; en ese momento creí que sí, y con eso bastaba. Lo que no podía hacer era dejar que le hicieran daño a Uriel. *¡Mon Dieu!* Preferiría morir yo. Mi madre y Samael se quedaron hablando en la torre. Nosotros bajamos a la cocina para dejarles un momento de privacidad. Al poco volvieron junto a nosotros y mi madre se acercó a mí.

—Tengo miedo, hija, sé que tú debes cumplir con tu obligación. He venido voluntariamente y acepto cualquier cosa que pueda ocurrir. Recupera a Uriel y nos marcharemos de nuevo a nuestra casa de Guadix, pasando antes por París. Te quiero, mi vida.

—Volveré, he de llevarte a casa. Te lo prometo —le dije, sin saber si podría cumplir.

Ahora era ella la que lloraba. Me abrazó con muchas fuerzas y respondí a su abrazo. Samael y yo salimos a la calle caminando con paso firme hacia la iglesia-catedral. Recordé la película: “*Solo ante el peligro*”, que le gustaba a mi padre; en ella, el *sheriff* Will Kane caminaba al encuentro del malvado, que llegaba en tren, para enfrentarse a él, sin ayuda de nadie. En mi caso tenía el

auxilio de Samael, aunque los dos estábamos solos ante el peligro. Bordeamos los restos de la hoguera y nos paramos enfrente de la puerta principal. La iglesia era románica, aunque en aquel periodo el estilo no se llamara así, ni de ninguna manera. Estaba dedicada a Saint-Étienne y todavía no habían iniciado las reformas que conocemos en la época moderna. Anne nos había descrito su interior y cómo llegar al pasadizo secreto que llevaba al palacio episcopal, por si la niña la tenían escondida en casa del obispo católico, —“el obispo de los lobos”—, decía ella en su lenguaje. Samael se había puesto una espada al cincho, como si fuese un caballero, y entró primero; a continuación lo hice yo. Los dos nos quedamos parados junto a la entrada, necesitábamos saber a qué nos enfrentábamos. Avancé unos pasos para no dar la sensación de miedo. Sinceramente, un poco de temor sí tenía, aquella situación era imprevisible y me jugaba la vida de Uriel y probablemente la mía y la de mi madre; mucho para no estar preocupada. Observé el escenario que iba a ser el campo de batalla. Al fondo, en el altar mayor, haciendo un semicírculo, doce frailes parecían rezar con la cabeza agachada y las manos ocultas en el hábito, pero no eran frailes, sino demonios. Ya no ocultaban su aura de ángeles oscuros. En el centro del altar, colgando en el aire, estaba Uriel, y encima de este se mantenía suspendida, mediante magia, una gran piedra plana atravesada por espadas con la punta hacia abajo. Debajo, otra roca llena de espadas muy afiladas, que lo matarían si caía. Calculé las posibilidades de teletransportarme hasta él y protegerlo con mi cuerpo, era imposible que pudiera mantenerlo libre de las dos piedras. Un segundo de retraso y moriría atravesado por los aceros. Lo tenían muy bien montado. De todas formas, me alegré de verlo de nuevo. Él parecía drogado, con la mirada perdida. Para que supiera que estaba allí, le hablé en voz alta.

—Cariño, ya he llegado. Vengo a por ti.

—Anik, amor mío. ¡Libérame por favor! ¡Ahhhh! —gritó de dolor.

—Dejadlo en paz. ¡He venido a negociar! —les dije con rabia, mientras analizaba todos los detalles.

De la sacristía salían el obispo Raymond y una niña pelirroja que se parecía tremendamente a mí. Le seguía con decisión, no parecía que estuviera retenida y supuse que era la niña Lilith.

—¡Hola, Lilith! Un movimiento tuyo que descentre a mis acólitos, y tu novio morirá. Permíteme presentarme: soy Dibbuk y llevo muchos siglos esperando que encontraras el medallón. Lo necesito para liberar a mis guerreros alados —me decía, amenazando a Uriel, y presentía que era capaz

de matarlo en un segundo, antes de cualquier reacción mía.

—En primer lugar, no me llamo Lilith y, en segundo, yo no encontré el medallón, sino que vino a mí. Solo se lo entregaré a su fabricante, Araziel, y para ello tengo que salvarlo de su cárcel.

Después su poder desaparecerá —mi voz no parecía firme, pero hacía lo que podía.

—Araziel será liberado junto a todos los que están retenidos en la oscuridad. ¿Vas a permitir que tu novio muera por un retraso en su liberación? —intentaba asustarme, y lo conseguía.

—Libera a mi prometido y lucharé contigo; si me vences, el medallón será tuyo —se me ocurrió, a sabiendas que no aceptaría.

—¿Estás loca? No vamos a luchar. Me entregarás el medallón junto con el libro, y después liberaré a tu prometido cuando estemos a salvo. O eso, o la muerte para todos. Piénsalo, nada puedes hacer, salvo aceptar mi propuesta —su voz sonaba fuerte y terrorífica al mismo tiempo.

—Si te entrego el medallón, nos matarás después —le dije presentando indicios de debilidad, deseaba que se confiara por su superioridad.

—Te prometo que lo liberaré y os permitiré que regreséis a vuestra época, para que viváis una vida de humanos llena de felicidad. A mí solo me interesan el medallón y el libro, lo demás no me afecta.

—Tus promesas no valen nada, Dibbuk. Eres un farsante. Ni siquiera reconozco tu aura, ni recuerdo a nadie con ese nombre. ¿Quién eres realmente? —habló Samael, que permanecía al lado vigilando para protegerme.

—Qué importa eso, Samael. Márchate y respetaremos tu vida, esto no va contigo. Durante miles de años has huido de todos los problemas, ¿por qué ahora quieres luchar? ¡Ah! El amor de la humana será tu fin —el demonio quería dividirnos.

—Me quedo, y mataré a muchos antes de morir —sentenció Samael, poniendo su mano sobre la espada que colgaba de su cintura.

Miré a Samael en señal de agradecimiento; en realidad, no sabía lo que hacer. No esperaba algo tan difícil. Si le entrego el medallón, estaré en sus manos y, si lucho, Uriel puede morir. Por más vueltas que le daba no encontraba la solución.

—No podemos esperar eternamente, mis acólitos se cansan y las espadas pueden caer. Sería desagradable.

Necesitaba pensar algún plan, algo que me diera un poco de ventaja, solo precisaba eso, ser más inteligente que mi contrincante, como decía mi padre

cuando yo intentaba vencerle jugando en la hierba del parque. Aunque en esta ocasión todo era muy arriesgado.

—De acuerdo. Te entregaré el medallón y el libro. Quiero que confíes en mí y lo liberes primero —se me ocurrió probar, por si caía la breva, sabía que no iba a ser.

—Imposible. No puedo arriesgarme a que decidas luchar. Déjalos en el altar y retírate a donde estás ahora.

—Tú sabes que solamente yo puedo hacer funcionar el medallón —le amenacé con esa cuestión.

—Te equivocas, yo también puedo —dijo la niña, que había permanecido en silencio hasta ese momento.

Eso me hizo poner cara no solo de sorpresa, sino de terror, con eso no contaba. *¡Mon Dieu!* ¿Qué hago ahora? La intervención de la niña nos sorprendió a todos. Si estaba con ellos, todo cambiaba. A mí no me necesitaban para nada. Recordé que Araziel se comunicaba con su hija desde la distancia, a pesar de que la mente de Pequeña Lilith era impenetrable, como la mía. Lo mismo podemos comunicarnos entre las Lilith. Quise probar y funcionó.

»»Hola, pequeña, soy descendiente tuyo y vengo del futuro. Siento conocerte en estas circunstancias.

»»Lo sé. Pero no soy una niña, te he observado desde que llegas-te a la ciudad.

»»¿Y vas a colaborar con estos demonios?

»»Con ellos seré inmortal y dominaremos el mundo. Ningún poder podrá con nosotros.

»»¿Vosotros? ¿Crees que te dejará vivir cuando liberes a Satán y a los suyos? —quería asustarla; al fin y al cabo, era una niña.

»»Me ha prometido que gobernaremos juntos.

»»Sus promesas no sirven. Mentirá lo que sea necesario. El Creador no permitirá que los demonios gobiernen el mundo.

»»El mundo fue creado por Satán. El Creador solo gobierna lo espiritual —me dijo uno de los muchos preceptos de la religión de esta zona y me pareció extraño en una niña, pero no sospeché nada raro.

»»¿Acaso has olvidado todo lo que te enseñó tu madre antes de morir? —quise conocer sus sentimientos e indagué en la herida; si hacía un mes que había muerto su madre, debería de tener el dolor muy visible.

»»Lugana está muerta. Ella deseó morir y me abandonó, dejándome sin

nada —parecía afligida, aunque no era una respuesta adecuada, su madre nunca la dejó voluntariamente.

»No, no te abandonó. Una madre nunca abandona a sus hijos.

»Por favor, libérame —oí decir como un susurro, y la comunicación se rompió bruscamente.

La voz que escuché salía del interior de su mente y era diferente a la que me hablaba. *¡Mon Dieu!* La niña estaba pidiendo socorro. De alguna manera, un demonio ha entrado en su cuerpo y la ha poseído. Por eso me habla así. Intenté conectar de nuevo.

»¡Cállate! Lo estabas haciendo bien —le reprochaba la voz del demonio.

Salí de su mente mientras miraba a Samael, tenía que actuar rápido, aunque fuera muy peligroso.

—Está bien. Lo haré. Quiero que te marches ahora mismo, Samael. Deseo que vuelvas con mi madre a París para hacerla feliz —le ordené, mirándolo fijamente y arqueando los párpados, con la esperanza de que entendiera el doble significado de mis palabras.

—No, no voy a dejarte sola. No puedo. Se lo debo a tu madre.

—Me lo debes a mí. Y quiero que me lo pagues sin más dilación. ¡Márchate! —le grité.

—Está bien, lo haré por ti. Iré a recoger a tu madre y me largaré de aquí —sus palabras sonaban sinceras, necesitaba que ellos se confiaran al verme sola.

No quería decirle nada que les diera una pista. Creo que captó lo que quería y salió de la iglesia, dejándome desguarnecida entre aquellos demonios. Sabía muy bien que, en cuanto les entregara lo que querían, estaría a su merced, pero tenía que correr el riesgo. No encontré otra opción. Jamás me había sentido tan segura de mí misma y, al mismo tiempo, tan asustada. Avancé hasta el altar y deposité el medallón y el libro angélico sobre la mesa de piedra. Luego retrocedí unos metros y esperé.

—Libera a Uriel y nos marcharemos —dije mirando a Dibbuk, como si creyera en su palabra de malvado.

La niña Lilith, que era mi tatarara... tatarara... tatarabuela, se acercó al altar para coger el medallón, colgándoselo al cuello, y le llevó el libro al obispo católico o, mejor dicho, al jefe de los demonios, que lo hojeó con cara de satisfacción. Yo quise hacer una prueba y ordené al medallón que se activara, su luz iluminó la iglesia como si fuera de día.

—Funciona —dijo la niña, pensando que había sido ella.

Todos los diablos sonrieron complacidos y miraron a su jefe pidiéndole instrucciones.

—Mi pequeña pelirroja, libertaremos a nuestros soldados, que fueron injustamente encerrados, y podremos dominar el mundo. Tú serás mi ayudante y estarás siempre a mi lado —le decía a mi antepasada.

—Sí, amo, yo te ayudaré —dijo ella sonriéndole y poniéndose a su lado.

—Liberadlo, ella ya no puede hacernos nada —ordenó el jefe a los frailes.

Las piedras y espadas que amenazaban a mi novio desaparecieron. *¡Mon Dieu!* Sólo era una ilusión óptica. Me dio rabia que me hubieran engañado tan fácilmente. Uriel cayó al suelo y se quedó quieto. Corrí a su lado y comprobé que seguía vivo, parecía desmayado. Lo arrastré para apartarlo de allí cuando comenzara la lucha, ante la mirada de todos los demonios.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó uno de los frailes.

—Matadlos, ya tenemos lo que queríamos —la orden fue contundente.

Yo la esperaba y no se lo iba a poner fácil. Dos de ellos se dirigieron hacia nosotros con su espada de acero en la mano. Para defenderme, levanté mi brazo, y la espada de fuego apareció sin problemas y las alas se desplegaron majestuosas, ante la sorpresa de los demonios que venían a matarme. No sabía cómo lo había hecho, parece ser que el medallón solo me obedecía a mí, y aunque no estuviera sobre mi pecho, seguía acatando mis órdenes. De un tajo separé las cabezas de sus cuerpos humanos y cayeron al suelo sin vida.

—¡Tiene la espada de fuego! —gritó otro de sus acólitos.

Todos rodearon a su jefe para protegerlo en cuanto el demonio dio la voz de alarma.

—Es imposible, matadlos inmediatamente —decía el jefe de los ángeles oscuros, que parecía no creer lo que estaba viendo. Por eso ordenó a todos sus efectivos que atacaran.

A los demonios disfrazados de frailes se les añadieron cientos de monstruitos, como el que maté en casa de Antonio, que salían de todas partes de la iglesia. Eran tantos que no veía otra cosa. Todos se abalanzaron contra mí. Me puse delante de Uriel para protegerlo y lancé la llama de mi espada contra ellos. Los primeros cayeron al suelo, pero eran muchos más. Teniendo que proteger a mi novio no podía luchar libremente, ya que al ser tan numerosos podrían herirlo. Llamé a Samael con la mente, al que suponía fuera, esperando mis instrucciones y, en unos segundos, se abrió paso cortando cuellos de monstruitos con su espada de acero, para llegar hasta nosotros.

»Yo cuidaré de tu chico. Tú acaba con ellos antes de que su jefe huya con el medallón y el libro —me dijo en cuanto llegó al lado de Uriel.

»De acuerdo Samael. La niña está poseída y hay que liberarla también —le informé.

»Sí, se lo debo a su madre. Confío en ti.

Libre del cuidado de mi amor, me elevé en el aire para ver la situación, aleteando las alas. Eran tantos que tardaría mucho tiempo matándolos uno a uno. No visualicé al obispo, que había huido en cuanto comenzamos a luchar, y pude ver cómo Samael se había llevado a Uriel a un rincón, desde donde podía defenderlo mejor. Me desplazé a su lado y respiré hondo. No sabía si aquello podía funcionar, necesitaba acabar con aquellos diablillos antes de que sus jefes escaparan con el medallón y el libro. Junté las manos y concentré toda mi energía en ellas. Apareció una gran bola de fuego que iba creciendo rápidamente. Los diablos se quedaron mirándola, a la espera de un ataque. Estiré mis brazos y, conforme se fue expandiendo, iba matando a todos los que se encontraba en su recorrido. Tenía tanta fuerza que la pared de la iglesia también desapareció, cayendo al suelo parte del tejado. La iglesia quedó casi destruida y la mayoría de los monstruitos muertos. Solo unos pocos, que se encontraban en el techo, habían sobrevivido y huyeron despavoridos. En ese momento despertó Uriel muy asustado. Corrí hacia él abrazándolo y besando sus labios, para que se calmara. *¡Dieu!* Cuánto lo había echado de menos.

—Tranquilo, mi amor. Tengo que terminar este trabajo. Volveré pronto. No te separes de nuestro profesor —le dije con cariño.

—Anik, mi amor. Cuánto miedo he pasado esperándote. No me dejes —me decía con la voz muy débil.

—Yo también. Ten paciencia, pronto estaremos en casa.

»¡Rápido, Anik! No te entretengas. ¡No permitas que se escapen con el medallón! —oí que gritaba Samael en su mente.

»Tienes razón, no puedo dejarlos escapar.

Dejé a mi novio y corrí hacia el palacio episcopal. La puerta que daba a las galerías se había desencajado por la onda expansiva y estaba abierta. Conecté con la niña Lilith y supe que se dirigían hacia un cuarto blindado que poseía el obispo, y en el que pensaban que yo no podría penetrar; desde allí cambiarían de época evitando que fueran localizados. Tan obsesionada estaba con alcanzarlos, que no vi como un demonio se había emboscado en una de las curvas de aquel largo pasillo, y me dio un zarpazo con su espada de acero. Por fortuna, yo iba veloz y apenas si pudo alcanzarme en el brazo izquierdo,

no lo hizo con muchas fuerzas y el hueso paró el golpe. Me dolió. Cabreada, lo corté por la mitad y se esfumó. Al ver salir la sangre a borbotones de mi brazo, caí al suelo asustada; nunca me habían herido y el dolor era terrible. Con los dedos uní la carne separada y, por instinto, le soplé; comprobé alucinada cómo se cerraba y desaparecía cualquier indicio de lesión. El dolor también cesó. Ignoraba que tenía poderes de autocuración. Eso me recordó la historia de Araziel cuando estuvo en aquel lugar al que llamaban: el Santuario y los ángeles monjes tenían poderes curativos. Volví a levantarme y corrí para alcanzar a Dibbuk antes de que se alejara demasiado. Al fin encontré una puerta, no esperé a llegar y comprobé si estaba abierta; con la palma de la mano lancé un poco de energía y una pequeña bola de fuego voló, haciéndola desaparecer. Aquello parecía una capilla, pero allí no había nadie. Conecté con la niña Lilith y pude comprobar que deseaba pelear para desalojar aquel bicho que controlaba su cuerpo y obligaba a su mente a obedecerlo.

»Concentra tus energías y atácalo, lo noto cansado por mantener tu organismo activo —le dije.

Así lo hizo y, en un momento, lo dominó y, finalmente, lo mató, quedando su mente libre. La niña seguía siendo conducida por otros demonios, que todavía no se habían dado cuenta de lo que había ocurrido.

»Por fin puedo respirar tranquila. Sabía que estabas cerca porque el medallón se ha vuelto a encender. Ellos creen que soy yo. Pero no tengo ni idea de lo que está pasando. Gracias por tu ayuda, sin ti no hubiera podido expulsarlo.

»Esto todavía no ha terminado, ¿dónde te encuentras?

»En una galería subterránea. Quitá la piedra de la tumba que hay delante del altar y baja las escaleras, llegarás a una cripta, solo hay una puerta de salida que lleva a donde estoy. Date prisa. Si se dan cuenta de lo que he hecho, pueden matarme.

»Mantén la calma y disimula.

»¡Ah! Imposible, acaban de descubrir que el demonio que me poseía ha muerto, y me han puesto un cuchillo en el cuello para que les obedezca.

»Tranquila, voy a salvarte.

Me sentía llena de potencia y seguridad y actuaba con decisión, sin pensar mucho, por algo tenía una parte humana. No era el momento de sentir miedo; tampoco sabía si lo que iba a hacer era posible. De cualquier manera, me sentía capaz de lograr cualquier cosa que surgiera de mi cabeza. En ese momento llegaron Samael y Uriel a la capilla, allí encontraron mi cuerpo

desmayado en el suelo. Los dos creyeron que había muerto y sus corazones se estremecieron. ¿Qué me había ocurrido? Samael se quedó perplejo al encontrarme inmóvil y no detectar por ningún lado mi alma. Parecía como si hubiese desaparecido de este mundo. Detrás llegó Uriel, su grito de dolor al verme en el suelo sonó por todo el palacio episcopal. Le arrebató mi cuerpo a Samael y lo pegó a su pecho.

—Tranquilo, tu novia no está muerta. Su cuerpo dormirá hasta que ella vuelva —intentaba calmar su dolor.

—¿Qué quieres decir? —preguntaba con la voz rota por el sufrimiento.

—Su cuerpo estará como dormido hasta que ella regrese —quiso explicarle el demonio a mi amor, que estaba ofuscado y su mente no razonaba nada.

—¿Pero dónde está ella? —no entendía lo que el profesor le quería decir.

—No lo sé. Todos han desaparecido. No encuentro su aura por ningún lado, tampoco la de los demonios a los que perseguía —intentó explicárselo, pero él también estaba roto y preocupado por cómo se lo diría a mi madre.

—¿Crees que la han secuestrado? —le preguntó Uriel, intentando imaginarse lo que había ocurrido.

—No sé lo que ha sucedido. Es probable que sí. En cualquier caso, tengo fe en que resolverá la situación y volverá con nosotros.

—¿Qué hacemos ahora? —Uriel seguía desorientado, aquello suponía un trauma para él, y Samael era la única referencia.

—Estas tierras y esta época no son buenas para la madre de Anik ni para ti. Aquí corréis peligro. Regresemos a la casa de Lugana, por la mañana volveremos a mi cabaña. Desde allí nos llevaremos su cuerpo hasta 1977. Regresaremos a casa —Samael pensaba que era lo mejor.

—¿Y si ella no puede localizarnos? —apenas si salía la voz de sus labios.

—Si no lo hace ahora es porque está atrapada en algún lugar. Cuando se libere regresará a su cuerpo. Nosotros lo mantendremos vivo.

Pobrecito, *mon amour*, tenía el alma rota. Después de su secuestro esperaba que yo lo liberara enseguida, y lo que hice fue abandonarlo de esta manera. ¡*Mon Dieu*, me dolía sentir su dolor! El ruido de la lucha en la iglesia había atraído a mucha gente, que se arremolinaba en torno a la puerta sin atreverse a entrar. Samael me cogió de nuevo en sus brazos y salieron a la calle por un lateral del palacio. Siguieron por unos callejones traseros hasta que pudieron llegar a la casa de Lugana sin ser vistos, podría haber más demonios por los alrededores. Mi madre esperaba impaciente que

volviéramos. Cuando los vio llegar con mi cuerpo sintió que se desmayaba. Creyó que estaba muerta. Samael le explicó lo que había pasado y cómo me habían encontrado. Por la noche no podían salir de la ciudad, porque las puertas estaban cerradas y custodiadas por soldados; así que esperaron hasta la salida del sol para marchar junto a los campesinos y leñadores, que trabajaban fuera de las murallas. Se despidieron de Anne y del resto de los criados, deseándoles suerte y partieron. Realmente, en esa época, tenían un mundo muy complicado para ellos. No tuvieron problemas para atravesar las puertas de la ciudad, a esas horas eran muchos los campesinos que marchaban para hacer las faenas del campo, y los soldados se limitaban a que salieran en orden y no hubiera altercados con las prisas por estar a tiempo en el lugar de trabajo. Se desviaron del camino para visitar a Marie, la hechicera. La encontraron en su lecho de muerte. Antes de morir les pidió que la enterraran junto al gran roble que se encontraba detrás de la cabaña. En cuanto murió, Samael cogió un pico y una pala e hizo un hoyo debajo del citado roble. Depositaron su cuerpo desnudo y lo cubrieron de tierra, su deseo era fundirse con la naturaleza como un elemento más. Junto al árbol encontraron unas piedras largas y lisas de un color amarillento, que utilizaron para colocarlas encima de la tumba en forma de uve invertida. Con los años, aquel lugar se convertiría en un centro de peregrinación para mucha gente necesitada de milagros. Llegaron a la cabaña y Samael puso en libertad a los mulos. Ya no los necesitaría, en el bosque no faltaba la hierba fresca para comer. Uriel me cogió en brazos, mientras las lágrimas no dejaban de caer por sus mejillas, y siguió a Samael, que entró y se dirigió a la puerta de atrás. Al abrirla, no encontró el bosque que rodeaba la casita, sino las habitaciones mágicas donde guardaba todo lo que había necesitado en cada época. Cuando llegaron a la habitación de la Edad Media, desde donde habíamos viajado en el tiempo, me depositó en una cama de madera toscamente labrada. Mi madre, sin dejar de sollozar, les seguía sin decir palabra, y se abrazó a Samael buscando consuelo.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó.

—Esperaremos unos días por si puede volver —respondió Samael.

Así lo hicieron, esperaron varios días sin que tuvieran noticias de mí. A pesar del dolor por el fracaso, Samael programó la vuelta a casa, llevando mi cuerpo dormido. Mientras tanto, mi alma seguía luchando por salir del atolladero donde se había metido.

—Te llevaré primero a ti —le dijo a mi madre—, luego a ella y finalmente

a Uriel. Así siempre habrá alguien cuidándola. Yo no tengo tanta potencia para llevaros a todos de una vez, como hizo Anik.

—No, marchaos vosotros. Nosotros nos quedamos. Yo la esperaré hasta que vuelva. Ella está aquí. Lo sé —dijo Uriel con la mano de su novia cogida, y se sentó en un lado de la cama.

—No sabemos dónde está y este lugar es arriesgado para vosotros. Los hombres del obispo, así como los inquisidores, nos buscarán y si nos encuentran, pueden matarnos. Ya habéis visto como manipulan al pueblo, son muy peligrosos.

—No me importa, no quiero marcharme sin ella —decía mi amor con obstinación, creía que si me esperaba, yo volvería a su lado antes.

—Ella viene con nosotros; mientras su alma viva, su cuerpo la esperará. Esté donde esté. Es un ángel, puede hacerlo —le explicó para tranquilizarlo.

—No es un ángel, es Anik, mi novia. Es una mujer, aunque el medallón le haya dado atribuciones extrañas para nosotros.

—Tienes razón, Uriel, pero los poderes ya estaban en ella, el medallón solo los ha revelado —Samael quería convencerlo.

—Uriel, esta época es muy peligrosa para quedarnos aquí. La cuidaremos mucho mejor en casa. Allí esperaremos a que vuelva —le dijo mi madre cariñosamente.

Parece que las palabras de mi madre “la cuidaremos mucho mejor en casa” le hicieron efecto, y aceptó el volver a 1977 con mi cuerpo. Resueltas las dudas, Samael cogió a mi madre y la preparó para el viaje.

—¿Estás lista, cariño?

—Estoy en tus manos.

Samael la abrazó y suspiró para coger energía. Cuando mi madre abrió los ojos de nuevo, estaban en la misma habitación, en 1977. El demonio, con los ojos fijos en el frente, se dejó caer al suelo y mi madre se asustó.

—Samael, Samael, cariño, ¿qué te pasa?

—Perdona, saltar de una época a otra resulta muy fatigoso y no me encuentro bien. Es como si fueran muchos viajes juntos, y mi alma ya estaba muy cansada. Necesitaré horas para poder volver con ellos.

—Tranquilo, acuéstate en esa cama y descansa lo que necesites; yo estaré a tu lado.

Se durmió en los brazos de su amante. En los miles de años que había vivido nunca había estado tan preocupado, ni siquiera durante la Guerra de los Cielos. Los sentimientos humanos distorsionaban sus conocimientos,

haciéndolos imprevisibles. Pero... ¿dónde habitaba mi alma? Es decir, ¿dónde estaba yo? Me encontraba en el interior de la niña Lilith. Creí que corría verdadero peligro y me trasladé a su cuerpo sin pensarlo y sin saber que podía hacerlo. ¡Lo hice! Bueno, al fin y al cabo, era un ser espiritual. Cuando me di cuenta fue demasiado tarde, era una trampa en la que inocentemente había caído. En un primer momento no supe qué pasaba. No tenía experiencia en la posesión de otros cuerpos. Ella no opuso resistencia, confiaba en que yo la salvaría. Tenía que actuar rápido. Intenté empuñar mi espada, aún antes de ver por sus ojos, y no sentí la energía salir por la mano del cuerpo poseído. Ni siquiera podía ver dónde estaba. La oscuridad envolvía el cuerpo de la pequeña. Quise volver al mío y no pude. Mis poderes no funcionaban.

»Me han puesto una capucha en la cabeza para que no puedas ver nada — dijo la niña para informarme.

Busqué el medallón en su pecho, colgado del cuello no había nada. Habían utilizado a la niña para atraparme. ¿Qué estaba ocurriendo? No tenía respuestas, la pequeña me fue aclarando la cuestión.

»Estamos en una habitación especial. Aquí no funciona el medallón, puedes entrar, pero no puedes salir, no he podido avisarte a tiempo porque no sabía que ibas a hacer eso —me dijo angustiada.

» ¡Merde! ¿Dónde está el medallón? ¿Cuántos son ellos?

»Lo tiene Dibbuk, es el jefe de los demonios. Ahora son tres porque siempre viaja con sus dos ayudantes.

En un momento dado, ataron el cuerpo donde me encontraba con cadenas, para inmovilizarlo. Se hizo la luz y pude ver, a través de los ojos de la pequeña, a los tres demonios enfrente de mí. Se trataba de una habitación grande, diáfana, con las paredes blancas y sin ningún tipo de muebles.

—Volvemos a encontrarnos, jovencita. Esta vez no permitiré que escapes. No quiero más fallos. Tengo el medallón y el libro explicativo. Necesito liberar inmediatamente a mis seguidores de esa cárcel impenetrable donde están encerrados —decía eufórico.

—¿Para qué quieres a las dos? Deja que ella vuelva a casa.

—Os necesito a las dos; si ella no puede, deberás hacerlo tú; si no, morirán tus seres queridos —me dejó muy claro sus intenciones—. Siento no poder atenderte mejor, tengo que resolver unos asuntos en otro lugar.

Dibbuk desapareció y nos quedamos a solas con sus ayudantes, que observaban a la niña con curiosidad. Traté de ordenar los pensamientos en mi mente, que parecía un torbellino agitando mi cabeza. Me sentía perdida y

necesitaba confianza para salir de allí. Intenté de nuevo volver a mi cuerpo y no ocurrió nada, era indudable que allí no funcionaban mis poderes. Indagué sus mentes y me sorprendió que pudiera entrar, eso significaba que algunas de mis atribuciones sí funcionaban, aunque no tuviese el medallón colgado de mi garganta. A lo mejor se encontraba cerca. Dentro de aquella habitación no podía salir del cuerpo de Lilith para volver al mío, y se me ocurrió que tal vez pueda entrar en otro que estuviera en el mismo lugar. A la vista había dos y quise probar. Me trasladé al primer demonio y desenvainé su espada antes de que se diera cuenta e intentara expulsarme de él, para decapitar a su compañero, que ni siquiera se enteró de lo que ocurría; luego repetí la operación sobre lo que debía ser el cuello del cuerpo que acababa de poseer, de forma que lo mataba al mismo tiempo que me salía de él. Mi alma etérea quedó libre, aleteando mis alas para mantener el equilibrio. La niña tenía los ojos abiertos, muy sorprendida. Rompí el candado que ataban las cadenas y la liberé.

—Gracias. Me alegro de conocerte. Siento que por mi culpa te hayan atrapado. No sabía que mis descendientes podían ser ángeles —dijo con la voz entrecortada.

—Somos mitad humanos, mitad ángeles. La parte angelical está oculta y por eso no podemos usarla hasta que el medallón permite separarlas. Lo descubrí un día que visitaba la dimensión de los ángeles. Me sorprendió comprobar que mi alma podía abandonar el cuerpo como un ser independiente —le expliqué con rapidez.

—¿Has estado en el cielo? —preguntaba sorprendida.

—Sí. Bueno, no es como dicen los hombres. Allí solo viven los ángeles.

—¿Cómo hallaste el medallón? —parecía muy curiosa.

—Él vino a mí. Lo encontró un niño y lo guardó, hasta que aparecí en su vida y me lo entregó. Al principio no sabía qué significaba, porque mis padres murieron, y me crió una familia diferente, que no sabía nada del colgante mágico. Por fortuna tuve la ayuda de Samael para entenderlo.

—Madre me dijo que si Samael volvía, que confiara en él —sus palabras significaban que la mía había elegido bien.

—Sí, yo también confío. Ahora debemos buscar la fórmula de salir de esta prisión. Intenté palpar las paredes, que parecían hechas de un material muy raro, como si fueran volubles, es decir, que podían modificarse. Tenía la sensación de que era una prisión hecha con magia, para impedir que mis poderes funcionaran con el exterior. Se me ocurrió una idea que resultó genial.

Cogí una esquina, como si fuera una cuerda y la llevé al extremo opuesto, formando un triángulo del que quedamos fuera, en otra habitación donde habían construido la anterior. Era imposible pensar que salir fuera tan fácil. Supongo que los demonios que la construyeron no pensaron en lo imprevisibles que somos los humanos. Estábamos libres. Volvía a sentir mis energías, como si hubiera tomado un reconstituyente energético. Podía haberme marchado a mi cuerpo y volver con mi amor. Pero no sabía si conservaría mis poderes lejos del medallón. Además, era mío, me había acostumbrado a llevarlo en mi pecho y necesitaba su tacto. Presentía que se encontraba cerca y decidí buscarlo. No sabíamos dónde estábamos. Tuve la sensación de que aquel lugar lo habían construido expresamente para esconderse, de forma que si cambias de época, tienes todo lo que necesitas, igual que en la casa de Samael. Aquello era un enorme museo con los objetos clasificados por salas temáticas: cada estancia, una época. Recorrimos todas las habitaciones sin encontrar ningún indicio del medallón. Finalmente entramos en la última, diáfana, con las paredes blancas y sin ningún tipo de decoración; nos acercamos al único objeto que había: un cajón dorado. Se me ocurrió que podía ser la caja de Pandora y provocar una catástrofe, por lo que me quedé quieta, dudando lo que hacer. La pequeña no tuvo tantas precauciones, y la abrió sin consultarme nada. Nos quedamos sorprendidas, solo había dos cosas, una espada y un bastón. Ella, que no se estaba quieta ni un segundo, cogió el bastón y lo agitó. Al momento el aire se separó, y quedó en medio un vacío oscuro, había dividido esa zona de la estancia en dos partes separadas por la nada. ¡Merde! En manos de un imprudente podría resultar peligroso. Le regañé.

—Lilith, deja eso, no sabemos qué puede provocar.

Repitió el movimiento al revés y todo volvió a estar como antes. Al menos mi antepasada era inteligente y sabía resolver los problemas.

—Es un bastón mágico —comentó la chiquilla.

—Sí, tienen objetos de todas las épocas. Podría ser el bastón de Moisés.

—¿De Moisés? ¿Con el que separó las aguas para huir de los egipcios?

—Sí. Eso fue lo que hizo Moisés, dividir las aguas en dos y luego dejarlo como al principio.

—Es cierto. La Biblia dice que Dios se lo dio a Moisés. Entonces, podría haber sido construido por Él. ¿Me lo puedo quedar, por favor? —lo pedía como una niña que deseaba un regalo.

—Quédatelo, pero ten cuidado al utilizarlo —no sabía si mis advertencias

podrían tener efecto, porque hacía las cosas sin pensarlas.

—Lo tendré. Madre decía que soy más adulta de lo que mi edad hace ver.

—Si lo decía tu madre, debe ser verdad. Yo, por mi parte, me había fijado en otra cosa: la espada.

La cogí entre mis manos y pude comprobar que tenía un tacto suave que me recordaba a algo. Enseguida me di cuenta de que estaba hecha del mismo material que el medallón. Por eso, al tocarla, producía la misma sensación. La saqué de su funda y la empuñadura se fundió con mi mano, como si formara parte de mi cuerpo de ángel y, al igual que yo, se volvió casi transparente. Mis alas se agitaron muy nerviosas, tanto que casi no me podía mantener en el mismo sitio. Casi me asusté de la sorpresa. Nerviosa, la envainé de nuevo y mis alas se tranquilizaron. La empuñadura de la espada volvió a su forma original. Era indudable que tenía algún poder que yo desconocía, pero ahora no era el momento de averiguarlo. Decidí llevarla conmigo, por si la pudiera necesitar, y me la sujeté a la cintura; aunque si tenía mi espada de fuego, para qué quería otra. Luego descubrí que el destino fue quien hizo que la cogiera, porque la necesitaría después. Seguimos buscando el medallón. Pensaba que el jefe de los diablos lo había escondido junto con el libro, en algún lugar de aquel recinto, porque mis poderes seguían funcionando.

—Volvemos a recorrer las estancias de nuevo, para ver si nos hemos pasado algún rincón —le comenté a Lilith—, tenemos que encontrarlo. Debe estar oculto en algún lugar cercano.

No encontramos nada en el segundo recorrido y volvimos a aquella habitación diáfana con las paredes blancas. De pronto recordé el apartamento de Araziel, en la dimensión de los ángeles. Allí todo estaba en armarios ocultos en las paredes, y esa habitación no tenía nada a la vista, salvo el arca que ya habíamos registrado. Entonces ordené al medallón que se iluminara y una zona de la pared cambió de color. La toqué con mis manos y apareció un armario de oro puro, con cristales azules en las puertas, y de cuyo interior salía la luz. Abrí la portezuela y lo vi: mi medallón y el libro angélico al lado. Allí estaba mi tesoro. Lo cogí, besándolo de alegría y colgándolo en mi cuello etéreo; enseguida adoptó el mismo tono que tenía mi alma; por fin volvía a mí. También recogí el libro para llevármelo. Lo necesitaba *¡Mon Dieu!* ¡Qué alegría! Ahora volvía a ser poderosa para enfrentarme a cualquier demonio. Era indudable que ese Dibbuk no esperaba que pudiera liberarme de la prisión que nos había construido. Mientras tanto, Uriel seguía guardando mi cuerpo en la cabaña de Samael. El profesor aún no había vuelto a por él y las

cosas se le complicaron. Supo que estaba en peligro cuando la habitación mágica donde estaba desaparecía y, de pronto, volvían a la pequeña cabaña. En la chimenea, el fuego seguía encendido y el olor a quemado lo inundaba todo, al tiempo que se llenaba de humo y el aire se volvía irrespirable. Comprobó horrorizado que el techo de paja comenzaba a arder y poco después las paredes, construidas a base de troncos de robles. Si se quedaba allí, moriría, y mi cuerpo con él. Cogió la espada que le había dejado Samael, por si tenía algún problema, y me alzó en sus brazos para sacarme a la calle. Al salir, se encontró con un gentío que se abalanzó sobre él, sin darle tiempo a defenderse. Nos ataron las manos a la espalda, aunque yo estaba sin conocimiento, y nos echaron sobre dos burros como si fuésemos sacos de semillas, para llevarnos a Toulouse. El grupo de gente estaba comandado por unos frailes que recitaban frases apocalípticas de la Biblia, mientras el populacho entonaba cánticos religiosos, y profería gritos e insultos contra nosotros. Nos consideraban los autores de la destrucción de la iglesia y de la muerte de los frailes. En la plaza ya tenían preparada una nueva hoguera como la que había quemado por la tarde a la vieja moribunda. Parece que no se habían saciado de carne carbonizada. Ni siquiera pensaron en juzgarnos, daban por hecho que las acusaciones, fueran cuales fueran, eran ciertas y nos incineraban para purificar nuestro cuerpo. Nunca pensé que Hitler había tenido tan buenos maestros. Nos ataron a un poste, en el centro de la pila de leña, y esperaron al inquisidor, que había sido informado de la detención de los autores de la matanza de los frailes; en cuanto llegó, le comunicaron las novedades.

—Este joven y esta mujer han sido poseídos por el demonio, que les ha dado poder para asesinar a los ayudantes del obispo y destruir la iglesia. Ya veis el resultado. Por fortuna, interpusimos la cruz y tuvieron que huir, incapaces de enfrentarse a ella. Los hemos seguido y atrapado, ahora deben morir en el fuego para purificar sus cuerpos.

Los gritos de la gente aumentaron de volumen mientras el inquisidor y los frailes que le seguían sonreían satisfechos. —“¡Quemad a los demonios!”—, repetía una y otra vez el populacho.

—Escuche la voz del joven, es el demonio que le hace hablar una lengua extraña. Ahora va a conocer el poder de la iglesia verdadera. Su cuerpo será purificado. ¡Alabado sea por siempre el poder de la cruz! —le contaba otro fraile, refiriéndose a Uriel.

—¡Alabado sea por siempre el poder de la cruz! Gloria a la iglesia de

nuestro Señor —repetían los demás frailes.

—Hágase la voluntad de Dios. Que comience inmediatamente la purificación —ordenó el inquisidor.

Un soldado se acercó y echó unas antorchas ardiendo en varios puntos de la pila. El fuego se fue avivando ante la expectación de la gente y, al poco tiempo, el humo comenzó a llegar a la garganta de Uriel, que les gritaba en castellano, sin que ellos entendieran nada de lo que decía. El pobre estaba asustado, pensando que iba a morir quemado y miraba mi cuerpo inerte, esperando que yo volviera y pudiera salvarlo. ¡Pobrecillo! Sus gritos angustiados llegaron a mí, rompiéndome el corazón.

— *¡Mon Dieu!* Mi amor me necesita, no puedo perder más tiempo. Nos vamos, Lilith.

La cogí de la mano y nos trasladamos a Toulouse. Aparecimos en medio de la hoguera encendida. Por fin recuperaba mi cuerpo. A mi lado, la niña Lilith miraba alrededor, alucinada por el gentío y el fuego. Se produjo un murmullo generalizado al ver aparecer a la pequeña junto a mí. Pensaron que era “la Virgen María niña”, que se mostraba para salvarme. Yo me encontraba atada al poste y no me podía mover. Las llamas estaban cerca de nosotros y, si no hacía algo, moriríamos quemados. Iba a salir de mi cuerpo para liberarme, cuando vi cómo Lilith agitaba el bastón que llevaba en las manos y decía:

—Apaga este fuego y haz desaparecer el humo.

El fuego y el humo desaparecieron en un momento. Todo el populacho que presenciaba el espectáculo se arrodilló, creyendo que presenciaba un milagro.

—Desátalos —dijo, golpeando con su bastón las cuerdas, y nuestros cuerpos quedaron liberados.

Los frailes que habían participado en la captura no se arrodillaron, sino que sacaron sus espadas de acero y se dispusieron a atacarnos. En realidad, eran demonios que manipulaban a la población. Salimos de aquella hoguera y me dispuse a luchar contra ellos. Desenvainé la espada mágica que me había traído del escondite del jefe de los demonios, quería probar cuál era su poder y, al igual que antes, su empuñadura se fusionó con mi cuerpo, como si fuese una extensión de él. Sin embargo, no tuve que utilizarla. En ese momento llegaba Samael dispuesto a salvarnos. Detrás de él apareció una legión de ángeles montados sobre dragones, que se pusieron a pelear y matar a todos los demonios presentes y a los que estaban escondidos, incluido al inquisidor. Estaba tan sorprendida que enfundé la espada y me quedé quieta esperando los resultados.

—Llegas tarde, profesor —le dije con ironía.

—Me alegro de que hayas vuelto. Cuando no pude contactar contigo, creí que te habían atrapado en otra época.

—Así fue, pero no permitiré que nadie me separe de mi amor. ¿Quiénes son estos guerreros?

—Una patrulla de ángeles, se dedican a buscar demonios a través de todas las épocas históricas. Contacté con ellos y les pedí ayuda. Creí que me iba a enfrentar a Dibbuk.

—Dibbuk huyó, imposible saber dónde se ha escondido. Por fortuna he podido recuperar el medallón y el libro.

Entonces me di cuenta de que el tiempo se había detenido. Todos, incluso Uriel, se habían quedado como muñecos, salvo la niña Lilith, Samael y yo. Los ángeles nos rodearon con sus espadas de fuego en las manos.

—Estas son las descendientes de Araziel y la humana Lilith, no podéis hacerles daño, fueron perdonadas por el arcángel Metaniel, guardad las espadas de fuego —les dijo nuestro demonio.

—Es cierto, pero a cambio del medallón, ¿lo recuerdas? Debe entregárnoslo.

—No pienso volver a entregar mi medallón a nadie. Para cogerlo deberéis matarme.

En ese momento volví a desenvainar la espada mágica y me preparé para la lucha. Sólo moverla hizo temblar la tierra y provocó un terremoto intenso. La gente inmóvil cayó al suelo y algunos edificios se derrumbaron. Lilith agitó su bastón y se puso en posición defensiva, dispuesta a ayudarme. Samael sacó su espada de acero y se colocó al otro lado. Los ángeles se quedaron perplejos al ver cómo la espada y yo éramos un solo cuerpo.

—Has encontrado la espada del Creador y esta se ha fusionado contigo. Eres un alma pura. No podemos matarte —dijo el que mandaba la patrulla.

—¿Qué queréis decir? La espada y el bastón los hemos encontrado en el escondite de Dibbuk.

—¿Has visitado su escondite y has podido salir? Nosotros llevamos milenios buscándolo. No hemos podido hallarlo porque está cubierto de magia negra.

—No lo encontré. Me tendió una trampa para que fuera. Lo que no contaba era que podría liberarme y matar a sus ayudantes. Él se había marchado —le expliqué sin bajar la guardia.

—La espada del Creador y el bastón de Moisés son objetos sagrados para

nosotros y no podemos permitir que estén en manos ajenas —expresaba el jefe de la patrulla alada.

—Lo ignorábamos, las hemos encontrado y nos han parecido interesantes, desconocíamos su origen. Pero estos objetos son nuestros —opiné yo, porque no me gustaba su prepotencia.

—La espada y el bastón estaban custodiados en nuestro Santuario y fueron robados hace miles de años, desde entonces los buscamos sin éxito. Debemos llevarlos de nuevo a su lugar de origen. Si no nos los entregas, debemos llamar a los arcángeles, ellos sí pueden pelear contra ti.

—Espera, Jeliel. No podemos comenzar otra guerra. Os he llamado para salvarla de los demonios, no para luchar contra ella.

Podemos llegar a un acuerdo —intervino Samael, intentando que aquello no fuera a mayores.

—¿Qué acuerdo? —pregunté yo, un poco escéptica.

—Podéis llevaros la espada del Creador y el bastón de Moisés para que se custodie en el Santuario. Te darán un premio por haberlos recuperado. Dejad que Lilith continúe llevando el medallón; al fin y al cabo, este no es problema vuestro —el profesor era bueno negociando para evitar el enfrentamiento; sabía que, en el fondo, a mí no me interesaban esos objetos y la propuesta era acertada.

—De acuerdo. Entrégnanos la espada y el bastón y os dejaremos marchar. Debes saber que, en cuanto Metaniel sepa que el medallón ha sido encontrado, irá a buscarlo —era indudable que les interesaba más la espada y el bastón que el colgante.

—Él ya lo sabe —le confirmé yo, aunque no me hicieron mucho caso. La negociación era entre dos antiguos conocidos y a mí me ignoraron.

—De acuerdo, Samael, con esta acción nuestra deuda queda zanjada —afirmó el ángel que reconocía que estaba allí porque le debía un favor a Samael.

—Ahora estamos en paz, Jeliel.

Me pareció una buena solución y les entregué la espada mágica; Lilith, en cambio, no quería desprenderse del bastón y hubo que convencerla. Al final, lo cedió con mucho pesar. Recogí el libro angélico del suelo y levanté al inmóvil de mi novio, que se había quedado con la mirada perdida. En ese momento lo besé en los labios y despertó. Él, lo primero que hizo fue abrazarme. El resto de la gente seguía con el tiempo detenido.

—Venga, mi amor, nos vamos a casa —le dije con cariño.

—¿Me he dormido en medio de este follón? —preguntaba muy sorprendido, sin saber qué había pasado.

—Luego te cuento, cariño —quería salir de allí lo más pronto posible.

No quise luchar y matar a ángeles de verdad; además, la espada no me pertenecía, no la necesitaba. El medallón, en cambio, era mío, había venido a mí por su voluntad. Y juntos teníamos una meta que cumplir. A mi lado, la niña Lilith me miraba entristecida, como si le hubiesen robado unas golosinas.

—¿Te vas de verdad? —preguntaba compungida, con una cara de decirme: “llévame contigo”. Pero eso no era posible.

—Sí, cariño, tengo que regresar a la época en la que nací y vivir mi vida —le dije de forma sencilla

—¿No nos volveremos a ver? —sus palabras sonaban muy tristes, al ver que la marcha era inminente.

—¿Quién sabe? Lo mismo te hago una visita para asistir a tu boda —eso le hizo reír.

—¿Mi boda? —dijo con ironía, y soltó una carcajada—. Todavía falta mucho para eso. ¿Me puedo ir contigo? Aquí estoy sola. Desde que mi madre murió no tengo a nadie, y la inquisición me ha robado todo lo que ella poseía.

Samael se acercó y la abrazó.

—No vas a estar sola, tu madre me dejó el encargo de llevarte con tus familiares en París. Vendré a verte muchas veces. Nunca estarás sola. Yo quise mucho a tu madre y también a tu padre y cuidaré de ti —el profesor quiso consolarla.

—Gracias, Samael, mi madre me pidió que confiara en ti. Decía que eras un demonio bueno.

—Tu madre era una gran mujer. Ahora despídete de Anik y de Uriel, te llevaré a París.

La niña Lilith me abrazó, no sé por cuánto tiempo, no quería apartarse de mí. Finalmente cambió de idea y se separó, cogiéndose de la mano de Samael.

—Dicen que París es una ciudad muy grande y que tiene un río muy bonito, me gustará vivir allí. Adiós, Anik, me ha gustado conocerte. Me alegro que hayas encontrado el medallón y que, por fin, las descendientes de Lilith descansen y puedan vivir su vida, sin pensar en buscar ese colgante. Adiós, Uriel. Os deseo que seáis muy felices.

—Adiós, Lilith, estoy segura de que serás una gran mujer. Intentaré visitarte en alguna ocasión. Me alegro de haberte conocido —le dije como despedida, con mucho cariño, por las aventuras que habíamos vivido juntas.

—Hasta luego. Tengo que dejarlo todo listo para que Lilith tenga una vida llena de felicidad y no le falte de nada. Nos veremos en 1977 —se despedía el demonio. Cogió de la mano a la niña y desaparecieron.

El tiempo seguía detenido. Los ángeles se habían retirado un poco para darnos intimidad, esperando nuestra marcha; luego recompondría aquello para que la gente no recordara lo que había pasado y continuara con su vida cotidiana. Miré a los ángeles a modo de despedida, abracé a Uriel y pensé en mi madre, quería trasladarme a dónde ella estuviera.

Vuelta a la actualidad.

Aparecimos junto a la piscina, en el chalet de Samael, en 1977. Mi madre nadaba en el agua. Me encontraba bien, un poco cansada, pero me sentía tan feliz que apenas si lo notaba. Desde luego, no como en el viaje de ida, que me agotó por completo y necesité varios días para recuperarme. Creo que voy controlando mis viajes en el espacio-tiempo. En el presente, el calor era sofocante, seguíamos en agosto. Dejé el libro en una mesa y me quité aquel horrible manto para quedarme desnuda y lanzarme al agua. Uriel hizo lo mismo para bañarse conmigo. ¡Vaya susto que le dimos a mi madre! Cuando se dio cuenta de que había alguien más en el agua, chilló como una condenada.

—Mamá, mamá, somos nosotros —le grité para que se calmara.

— *Ma petite fille*, mi niña, por fin has vuelto. Creí que te había perdido para siempre —gritó de alegría, y su cara cambió de expresión.

—Aunque tuve problemas, pude volver a tiempo. Al llegar a su lado nos abrazamos. *¡Mon Dieu!* Cuánto la quería. Llegó Uriel y también lo abrazó con fuerza.

—Me alegro de veros juntos..., pero ¿qué hacéis desnudos en el agua?

—Te hemos visto nadar y nos ha dado envidia.

—Creí que estaba sola. Desde que se fue Samael estoy nerviosa esperando que volvierais. Tengo ganas de abrazarlo.

Salió del agua buscándolo.

—Mamá, mamá, Samael no ha venido —le dije al verla correr desesperada.

La expresión de su rostro fue de terror.

—¡Tranquila, mamá! Se marchó con la niña para dejársela a sus parientes.

—¿Está bien?

—Sí, sí, todo terminó bien, recuperé el medallón y el libro. Samael volvió

con una patrulla de ángeles que nos ayudaron.

—¿Ángeles? ¿Te ayudaron los ángeles?

—Sí, mamá, gracias a Samael, que llegó a tiempo. ¿Por qué te extrañas? Tú estás enamorada de uno y tienes una hija que es medio ángel.

—Samael fue un ángel, ahora es un demonio bueno. Él lo tiene asumido.

—Mamá —me reí divertida—, los demonios son ángeles a los que el Creador les quitó algunos poderes por hacer algo que no debían.

—Sí, es cierto, hija, Samael me lo explicó. Salid del agua y vestíos, no me gusta que estéis desnudos —sabía que le daba vergüenza.

— *Oui, maman.*

Le hicimos caso a mamá y fuimos a la habitación de la Edad Media para buscar nuestra ropa. Nos vestimos y volvimos al salón. Mi madre ojeaba el libro.

—Qué lenguaje más raro, es imposible adivinar lo que dicen estos signos —exclamaba, sin dejar de pasar las páginas.

—Es como se escribe el lenguaje de los ángeles —le dije por decir.

—¿Y tú sabes leerlo correctamente?

— *Oui, mamá.* Las runas del medallón están escritas en angélico y, en cuanto Antonio me lo enseñó, supe lo que decían, aunque en aquel momento no sabía que era la lengua de los ángeles.

—Samael me contó que tú estabas predestinada a encontrar el medallón, que posees cualidades mucho más desarrolladas que las anteriores Lilith, incluso tienes más fuerza que la hija de Lili-th y Azaziel. Yo estoy muy contenta de ser tu madre y te lo digo de verdad —contaba mi mamá, con verdadera satisfacción.

—Y yo de ser tu hija —quería que ella lo tuviera claro.

Nos abrazamos de nuevo, acabábamos de pasar malos momentos y necesitábamos reconfortarnos. Uriel no decía nada, solo andaba detrás de mí, como si no quisiera perderme de vista; fui a su lado y también lo abracé. Lo había puesto en peligro sin oír ni una sola palabra de reproche. Ahora sé, a ciencia cierta, que está dispuesto a compartir su vida conmigo en cualquier circunstancia. El secuestro había interrumpido nuestra visita a París. Me apetecía volver y enseñarle la ciudad más bonita del universo, aunque primero deberíamos descansar.

—Por la mañana regresamos a París —les comuniqué.

—Yo no pienso irme hasta que vuelva Samael. Vosotros podéis marcharos. Esperadnos allí —dijo mi madre, poniéndose brava.

—No, mamá, él volverá a tu lado. Da lo mismo dónde te encuentres y prefiero que vengas conmigo y nos acompañes. Te necesitamos.

—Tienes razón, aquí sola me voy a consumir. ¿Cómo nos vamos?

—En avión, mamá, lo mismo que vinimos. Estamos en 1977.

Aunque he aprendido mucho en los viajes que he realizado y mi cuerpo ahora se cansa menos, no quiero forzarlo.

—De acuerdo, llamaré por teléfono para reservar los billetes y también a un taxi para que venga a recogernos por la mañana.

Nos dormimos en el sofá. Por la mañana, cuando nos despertó mi madre, seguíamos unidos como si fuésemos uno. Nos duchamos y desayunamos, mi madre había preparado unas tortitas de harina, a falta de bollería. Llegó el taxi y nos llevó al aeropuerto; el vuelo salió a su hora y llegamos a París en un santiamén. Otro taxi nos llevó a casa. Allí esperaríamos el regreso de Samael. Teníamos todavía una semana para visitar la ciudad antes de volver a España. Quise actuar como si no hubiera pasado nada. Llamé por teléfono a mis amigas y nos fuimos a la piscina a darnos un baño. Les propuse que nos acompañaran a enseñar la capital a Uriel y les encantó la idea. Mi madre quería esperar a su enamorado en casa. No quería que volviera y la encontrara pasándose bien. Samael regresó unos días después, nos contó que había dejado la niña con sus tíos en el París de 1234. Para que viviera bien, le había llevado abundantes riquezas. La niña Lilith se convertiría en una gran mujer en su época, me gustaría visitarla para su boda, no sé si será posible. Los siguientes días fueron maravillosos, al menos así lo sentía después de lo pasado. Visité la torre Eiffel y el resto del París turístico junto a Uriel y mis amigas; también aquellas zonas que yo amaba y que no estaban en las rutas de los visitantes extranjeros. Uriel parecía encantado y se portó muy cariñoso haciendo que olvidara todos los problemas del medallón. No encontramos ningún indicio de demonios, pero, por si acaso, no lo perdí de vista ni un momento, no quería que nadie me lo volviera a secuestrar.

VISITA A MIS PADRES BIOLÓGICOS

Se acercaba el momento del regreso y no había vuelto a mirar los papeles sobre mis padres biológicos. El secuestro de Uriel y el descubrimiento del libro de Pequeña Lilith lo habían alterado todo y precipitado los acontecimientos. Fue mi madre la que me lo recordó. En la ficha de la embajada podía leerse su dirección, lugar de trabajo, etc. Los demás informes tenían el sello rojo de *secrets*, y eran muchos. Probablemente el funcionario, al saber quién era yo, no quiso ocultarme nada. En uno, recomendaban a mi padre para jefe del Servicio de Inteligencia Israelí, en París. En otro, el más interesante, hacía un estudio de su accidente de tráfico, con un razonamiento técnico de un perito sobre las causas: alegando un fallo de los frenos provocado por un atentado. Otro, redactado por el Mosad, decía que sospechaban de un asesinato de espías del otro lado del “telón de acero”. Sin embargo, en la mente del funcionario pude leer que, en realidad, lo había matado el propio servicio de inteligencia para el que trabajaba. Tal vez algún demonio, enterado de que mi madre era la descendiente de un ángel. La reciente experiencia de mi viaje al siglo XIII, me hizo pensar que también podía conocer a mis padres, aunque sabía que ya no podía cambiar su destino. Por la noche, desperté sobresaltada y, como no pude volver a dormir, me levanté para ir al salón; allí encontré a mi madre mirando por la ventana, y a Uriel durmiendo en el sofá.

—¿No puedes dormir? —me preguntó ella muy bajito.

—No. Me he despertado y no consigo dormirme.

—¿Tus padres? Si te apetece hablar... ya sabes —hablaba con sinceridad, ella sabía que ese tema me dolía.

—Lo sé, mamá. Es solo que... me hubiera gustado conocerlos.

—Lo entiendo. ¿Te gustaría visitarlos? Con tus poderes puedes hacerlo. Quizás puedas evitar su accidente.

—Aunque evitara el accidente morirían por otra causa. Ya me lo explicó Samael, que no podemos cambiar el curso de los acontecimientos, aunque quisiéramos. Además, si interviniera en la historia, podría llamar la atención

de los arcángeles y no me interesa enfrentarme a ellos. Todavía no.

—Lo siento, me gustaría acompañarte —decía mi madre.

—Yo no pienso dejarte ir sola a ninguna parte —dijo Uriel, que acababa de abrir los ojos.

—¿Te he despertado? —le pregunté melosa, acercándome para acariciarle el pelo y sentarme a su lado en el brazo del sofá.

—No, con este calor no se puede dormir —comentó sonriendo; en realidad, estaba dormido, pero no quiso echarme la culpa.

—Mañana sería el cumpleaños de mi madre biológica. Estaría bien ir a felicitarla y conocerla. No me atrevo, cómo le explico quién soy, es difícil.

—Lo entiendo, hija. A mí también me hubiera gustado decirle que eres una hija maravillosa y que te he criado con mucho amor —hablaba mi madre, sin pensar en lo que decía.

—Mamá. Eso no puede ser, si voy a verla, que aún no lo tengo claro, no le puedo decir que va a morir. ¿Entiendes? —cómo le iba a decir que morirían después de nacer yo. Por supuesto que no.

—Me da miedo separarme de ti, cariño —decía mi amor, abrazándome por detrás.

—¡Vamos a dormir! Es muy tarde y necesitamos descansar —les ordené al sentirme agobiada.

Al día siguiente no teníamos programado nada. Ellos se marcharon a pasear por el Sena y nosotros nos fuimos a la piscina con mis amigas. Quedamos para el almuerzo en un restaurante del centro y, por la tarde, cogí el libro angélico y lo guardé en mi bolso de tela, que llevaba a modo de bandolera, no quería que se volviera a separar de mí. Decidí conocer a mis padres biológicos. Llamé a la señora de la limpieza, que era muy buena costurera, y le pedí que me ayudara a arreglarme un vestido antiguo de verano, que mi madre conservaba de su juventud. Lo hicimos en su casa para mis acompañantes no estuviesen encima de lo que hacía. Aunque yo era mucho más alta que ella, tenía un buen falso y pudimos alargarlo un poco; luego le añadimos, con una tela parecida, a las tirantes y lo dejamos perfecto para mí. Me lo probé ante un espejo y me pareció precioso. Recordaba como en un sueño que una mujer llegaba y me sonreía. Por la posición, podía estar en la cuna, y la mujer podía ser mi madre. Me apeteció conocerla antes de nacer yo. Mi inexperiencia me hizo pensar que el día que nací, mi madre debería estar en el hospital. Viajaría al cinco de marzo de 1961 al *American Hospital of Paris*, el día antes de mi nacimiento. En la otra ocasión aparecí en

una habitación secreta de la casa de Samael, me trasladé en el tiempo al mismo lugar; ahora no sabía dónde podía ir a parar. Lo mismo lo hacía en medio de mucha gente y causaba un alboroto. Decidí ir al hospital y viajar desde allí. No quise decirles nada a ellos. Me dirigí al centro sanitario donde nací. Cuando llegué había un guardia en la puerta, aproveché un descuido y me colé sin que se enterara. Todas las áreas estaban llenas de gente, necesitaba un lugar solitario. Bajé a los sótanos y, al ver vacío un largo pasillo, decidí hacerlo. Cerré los ojos pensando en aquel lugar y en la fecha señalada y cuando los abrí estaba en el mismo pasillo y nadie a la vista. El lugar era el mismo, pero, ¿y la fecha? ¿Sería la elegida?

5 de marzo de 1961, un día antes de mi nacimiento.

Subí la escalera preocupada por si surgía algún problema; había mucha gente por los pasillos y nadie se sorprendió de verme con aquel vestido. En realidad, encajaba perfectamente con la manera de vestir de la época. Recorrí primero el área de maternidad, y no la encontré por ningún sitio. Suponía que ella tenía un aspecto parecido al mío, al menos debía ser pelirroja, y su cara como de hermana gemela, claro que más mayor. Tal vez no estuvo ingresada antes, sino que entró de urgencias, lo mismo me he equivocado de día. Fui a admisión y pregunté por ella. En el registro no había nadie con ese nombre. Pude ver cómo una enfermera rellenaba un formulario con la fecha elegida; por lo tanto, no me había equivocado. Decidí ir a su casa para comprobar si estaba allí; recordé que podía escanear la mente de mi padre. ¡Merde! Podía haberlo hecho antes. Lo encontré pronto y me pareció que tenía problemas. Estaba muy preocupado y su corazón latía muy rápido. Eso no era bueno. Parecía que tuviese retenido en algún lugar de París y percibí que mi madre estaba con él. Gritaba que dejaran en paz a alguien. ¿Pero a quién? Ya me estaba acostumbrando a que mi instinto actuara sin pensarlo. Aparecí en una habitación en penumbra. Tres individuos enormes, altos y gordos, se quedaron mirándome perplejos. Yo caí de rodillas por la inercia y el cansancio, intenté esconderme. Creo que voy aprendiendo a viajar consumiendo menos energía. Enseguida vi una mujer sentada en una silla, con unas cuerdas alrededor de su cuerpo, y en el suelo un hombre con el rostro ensangrentado y las manos atadas a la espalda. Supuse que eran mis padres.

—¿De dónde ha salido esta? —dijo uno de los matones.

—Se parece a la mujer, ¿será su hermana? —expresaba otro.

—Yo me ocupo de ella —manifestó el tercero.

La mujer me miraba asombrada, tenía los ojos muy abiertos, como si hubiera descubierto quién soy. Recordé que, aunque tenía la mente opaca, en realidad yo estaba en su vientre, y pensé que podía comunicarme con ella. Entré para tranquilizarla, sin saber si era posible; ya lo hice con la niña Lilith y resultó; solo conseguí asustarla más.

»»Hola, no te asustes, mamá —le dije de saludo, y dio un chillido como si la estuvieran torturando a ella.

—Barak, Barak, el bebé me habla.

Su marido, desde el suelo, la miraba a ella y luego a mí.

—¿Quién eres? —me preguntaba incrédulo—. Te pareces a ella.

Entré en la mente de mi padre para explicarle la situación y su sorpresa fue mayúscula.

»»Hola, papá, no te preocupes, os sacaré de aquí.

»»¿Papá? ¿Cómo puedes hablarme? ¿Quién eres?

»»Soy tu hija que viene del futuro. La que va a nacer esta madrugada.

»»¿Mi hija?

Mi padre, sin apenas fuerza por la paliza, cayó al suelo al intentar levantarse, y se desmayó. Yo le hablé a mi madre.

»»Mamá, ¿estás bien?

»»Sí. ¿Realmente eres mi bebé?

»»Bueno, lo soy, con dieciséis años. Vengo del futuro.

»»¿Del futuro? ¿Cómo puedes viajar en el tiempo?

En ese momento me cogió uno de aquellos matones y, levantándome como si fuera una pluma, me dejó caer sobre una silla, a la espalda de mi madre. El bolso saltó por los aires y, al llegar al suelo, el libro salió despedido. Temí que pudieran dañarlo, por fortuna el matachín no le prestó atención, cogió una cuerda que tenía al lado y ató mi cuerpo a la silla, antes de que pudiera hacer nada. En realidad, no opuse ninguna resistencia, quería ver qué es lo que pretendían los matones.

—¿Quién eres? ¿Quién te envía? —gritó uno de ellos.

No esperó respuesta, la bofetada sonó como una campana. ¡Merde! Cómo me dolió. Creyó que me había desmayado cuando mi cabeza se desplomó y mi cuerpo quedó inerte al salir mi espíritu, sin que se percatara del hecho.

—Si le das tan fuerte, no podrá decirnos nada —le reprochó su compinche, al verme desmayada.

—Si me preguntas de nuevo, te responderé a todo —le dije a sus espaldas.

Los tres matones y mi madre me miraron, sin llegar a creerse del todo lo que estaban viendo.

—¡Tiene alas! —decía uno de ellos, al contemplar mi espíritu de ángel.

Ellos retrocedieron sin que les diera tiempo para escapar. La espada de fuego apareció en mi mano y corté por la mitad al primero que estaba más cerca. Cayó al suelo entre borbotones de sangre.

»»Son humanos —pensé.

Acostumbrada a matar demonios, aquello me pareció asqueroso. Me dirigí al segundo, que intentaba retroceder y ponerse fuera de mi alcance, lo decapité de un golpe con la espada. El tercero echó a correr intentando huir, encontrándose conmigo en la salida; guardé mi arma y le di un puñetazo con tanta fuerza que salió disparado contra la pared y se desplomó sin sentido. Liberé a mi madre, que enseguida corrió a socorrer a su marido. Yo me desaté y volví a mi cuerpo humano. Acudí junto a ellos, en ese momento mi padre recobraba la conciencia. Ambos se abrazaron. Mi progenitor le tocó la barriga a mi madre.

—¿Estáis bien, Lilith? —en su voz se notaba la preocupación.

—Sí, estamos bien.

Se incorporó con dificultad, sorprendiéndose al ver a dos de ellos muertos y al otro desmayado. Me miró de nuevo en silencio durante unos segundos.

»»¿Tú has hecho eso? —mi padre quiso seguir hablando conmigo en su mente.

»»Tenía que hacerlo. ¿Por qué os tenían secuestrados? —deseaba conocer qué estaba ocurriendo.

»»Son espías soviéticos, quieren saber dónde escondemos a un amigo que ha desaparecido con unos planos secretos de un nuevo misil. No podíamos decírselo, porque no lo sabemos.

Mi madre lo interrumpió, ella necesitaba preguntar cosas de mí.

—¿Eres mi hija? —preguntó sin apenas voz.

—Lo soy, siento daros este susto. Ya he cumplido dieciséis años.

—¿Eso que he visto ha sido el medallón? —mi madre se había dado cuenta.

—Sí, lo encontró un niño en España y me lo entregó.

—¡Por fin! Tantos siglos esperando ese momento. ¿Realmente tienes los poderes de Araziel?

—No lo sé, mamá. Los estoy descubriendo.

—¿Y por qué tienes alas?

—Somos mitad ángeles y mitad humanos. Tenemos la parte de ángel oculta, y el medallón hace que florezca. Si salgo de mi cuerpo, solo se ve mi parte de ángel —intenté responderle de la manera más simple.

Los dos me abrazaron con fuerza, noté su barriga sobre mi cuerpo. Yo estaba allí dentro. Aquello era alucinante.

—¡Cuéntanos! Si vienes del futuro, ¿qué haces aquí? —si había ido a verlos, había sido por algo, pensaba mi padre, y quiso saber cuál era el problema. Iba a contestarle que quería conocerlos antes de que murieran, por fortuna no lo hice.

—Supe que tendríais problemas la noche anterior a mi nacimiento y vine a ayudaros —les dije para justificarme, qué otra cosa podría contarles.

—¿Puedes hacer eso? —preguntaba incrédulo mi progenitor.

Al ver sus caras de satisfacción comprendí cómo quieren los padres a los hijos.

—Puedo, gracias al medallón.

—¡Qué alegría saber que mi bebé nacerá bien y se convertirá en una mujer muy guapa! —decía ella satisfecha, aunque todavía le quedaba el parto, cosa que parecía olvidar por momentos.

—Como su madre —le aclaró mi padre, que por su mirada me pareció muy enamorado.

Me hubiera gustado conocer a mis padres en una situación menos tensa y poder intimar como padres e hija. Lo tenía complicado con dos cadáveres al lado y un matón inconsciente. Allí no debíamos estar en ese momento, sino camino del hospital. Aun así, me sentía feliz de verlos tan contentos.

—Papá. Esta no es vuestra casa. ¿Verdad? —pregunté para hacerles volver a la realidad.

—No, nos citaron aquí para encontrarnos con nuestro amigo. Ya has visto que era una emboscada.

—En ese caso debemos marcharnos de este lugar. No creo que puedas explicar lo que ha pasado —esa era mi preocupación, alejarnos de allí para no comprometerlos.

Mi padre se dirigió al que estaba inconsciente y le ató las manos a la espalda. En ese momento, ella lanzó un quejido cogiéndose la barriga. Los dos la miramos suponiendo lo que iba a ocurrir.

—El bebé va a nacer —dijo mi madre emocionada.

—Iremos al hospital, el coche está fuera —le indicó mi padre, levantándose y corriendo a su lado.

—No, no da tiempo. Viene muy deprisa —decía angustiada, mirando a su marido. Me preocupé, mi intervención podría cambiar mi nacimiento, y eso no estaba previsto.

—Parece que tengo prisa en nacer —comenté yo, intentando ser graciosa, pero mi madre estaba en otra cosa y no le hizo ninguna gracia.

Se dejó caer al suelo y se quitó las bragas sin dejar de chillar.

—¡Va a nacer! ¡Va a nacer!

Los dos la miramos sin saber a ciencia cierta qué hacer, cuando alguien gritó desde fuera, al tiempo que golpeaba la puerta:

—Policía, policía. Abran la puerta o entraremos por la fuerza.

Nos quedamos como tontos mirando en esa dirección. Finalmente, mi padre reaccionó.

—Hay que salir de aquí. Si nos encuentran con estos cuerpos, vamos a tener problemas graves. ¿Cómo les explico la muerte de esos? —decía, señalando los cadáveres.

Pero había un inconveniente, mi madre estaba de parto, y eso no se podía posponer.

—No podemos huir, estoy pariendo. La niña va a salir ya...Aaahhh —gritó mi madre, sin dejar de quejarse por los dolores de las contracciones.

Tuve la sensación de que había metido la pata. Probablemente, si yo no hubiera llegado, la policía los habría salvado, hubieran detenido a los matones y la llevarían al hospital para mi nacimiento la próxima madrugada. Sin embargo, al intervenir, el parto se ha adelantado y voy a nacer antes de lo previsto. Además, están los cadáveres, en cuanto les hagan la autopsia van a descubrir algo anormal en esas muertes. Tengo que recomponer lo que ha pasado. Recogí el libro y lo guardé en el bolso que colgué de mi cuello.

—Rápido, acercaos a mí, os voy a sacar de aquí.

—¿Sin que nos vean? —preguntaba mi padre, que todavía no había entendido los poderes de su hija.

—No preguntes y hazlo —le ordené, no había tiempo para explicaciones.

Mi padre cogió en brazos a mi madre y se acercó a mí. Ella no dejaba de jadear y chillar de vez en cuando.

—Cerrad los ojos un momento —les dije, para que fuera más fácil para ellos.

Yo me abracé a los dos y nos trasladamos a las urgencias del hospital. Aparecimos a la entrada. La enfermera, que estaba distraída con sus pensamientos, se sorprendió pensando que no nos había visto llegar y se

asustó al ver un hombre con una mujer embarazada en brazos.

—¡Está de parto! ¡Está de parto! —gritó mi padre muy nervioso.

—Déjela en esa camilla —le dijo la enfermera, señalando una que estaba al lado.

La enfermera se percató de la situación y pulsó un botón rojo. Al momento aparecieron varios médicos y enfermeras, que la llevaron a toda velocidad a una de las habitaciones próximas. Nosotros íbamos detrás, pero no nos dejaron entrar y nos cerraron la puerta, indicándonos que fuéramos a la sala de espera. La encargada de la admisión de pacientes nos llamó para que diéramos los datos de la parturienta. Mi padre lo hizo y nos marchamos a la citada sala a esperar mi nacimiento.

—Una curiosidad, hija: ¿no ocurre nada porque estés aquí, al mismo tiempo que naces? —preguntaba mi padre preocupado, todavía estaba asimilando mi llegada del futuro.

—No. Yo pertenezco a otra época, soy algo ajeno a este mundo y puedo vivir simultáneamente, como si fuésemos dos seres diferentes. Lo que no puedo es cambiar los acontecimientos y no sé si he metido la pata. ¿Comprendes? Esto no es una película.

—Comprendo, hija. Cuando me casé con tu madre y me contó su historia, creí que se estaba quedando conmigo, que era una broma. Tardé mucho tiempo en aceptarlo. En el fondo nunca la creí del todo, aunque dudaba que una mujer tan inteligente me contara una historia tan fantásica que no fuera cierta. Ahora me encuentro contigo y lo entiendo todo —me decía con una sonrisa que mostraba su nerviosismo.

—Sí, es de locos —respondí con la mirada perdida, a mí también me costó comprenderlo.

Apoyé mi cabeza en su hombro y le cogí por el brazo. *¡Dieu!* Aspiré su aroma, reteniéndolo en mi mente para la eternidad. Desde que supe que era adoptada he soñado tantas veces con ver cómo eran, y ahora podía estar con ellos. ¡Me pareció maravilloso! Mi madre creía que el parto era inminente, se equivocaba, resultó que el estrés vivido le había provocado esa situación y, una vez tranquilizada, se relajó, y nací en la madrugada del día seis, la fecha que yo conocía. Los dos estábamos impacientes de noticias y, cuando la enfermera nos anunció que podíamos entrar a verla, me cogió de la mano y corrimos hacia la habitación que le habían asignado. Al entrar, mi madre nos miraba sonriente con la niña en los brazos.

—¿Estás bien? —le preguntamos al mismo tiempo.

—Sí. Todo ha ido bien —ella estaba muy satisfecha, tenía a su hija en brazos, y eso era lo más importante del mundo.

Su sonrisa lo decía todo. Mi padre le dio un beso en los labios, sin dejar de mirar la niña.

—Barak, esta es tu hija Lilith Berg, la que va a encontrar el medallón y cumplirá el destino de mi familia —le dijo a mi padre, ofreciéndosela.

La cogió en brazos, acercándola a su rostro y la besó en la frente. Luego se la devolvió a su madre. Las miradas de felicidad de los dos eran tan grandes que me sentía muy enternecida, y comencé a llorar.

—Estoy muy emocionada —les dije entre lágrimas. La situación no era para menos.

Ni qué decir tiene que la niña era una preciosidad, con esa cara redondita tan pequeña, esos deditos tan pequeños. Todo tan pequeño. Nunca había pensado lo frágiles que somos al nacer. Bueno, qué voy a decir de mí. Y pensar que toda mi niñez consideré que era muy fea por usar gafas. Ahora sabía que siempre fui guapa. Aquel momento maravilloso terminó cuando llegó una enfermera y dijo que se tenía que llevar a la niña para que la examinara el médico. La cogió de los brazos de mi madre y la depositó en la cuna. Los tres nos quedamos mirando cómo la sacaban de la habitación. Mientras se la llevaba, comentamos lo bonita que era, y lo bien que estaba para ser una recién nacida. Fue mi padre el que comentó:

—¿No la ha examinado el médico al nacer?

Nos miramos un segundo y salimos corriendo. Demasiado tarde. El pasillo estaba vacío, al frente había un ascensor. Corrimos hacia él. Bajaba. Mi padre corrió escalera abajo y yo, sin pensarlo, me autotrasladé a donde se encontraba la niña; ya no estaba en el ascensor, sino en una habitación, donde nos esperaban tres demonios. Uno de ellos la amenazaba con una daga en el cuello. Seguramente siguieron mi estela al teletransportarme, y ahora ponía en peligro a mi familia biológica. Segundos después entraba mi padre, que se quedó parado al ver lo que ocurría, creyendo que era un nuevo ataque contra él.

—No puedo decirlos dónde está mi amigo, no lo sé. Lo juro por mi hija —les expuso muy apurado.

—No nos interesa tu amigo, ni tú tampoco. Solo queremos el medallón y el libro; si ella nos lo entrega, no le ocurrirá nada a nadie —dijo uno de ellos.

—No tengo el libro, está escondido en otra época —les contesté yo.

—No puedes engañarnos, tu padre te ha visto guardarlo en el bolso —dijo

con brusquedad.

—Lo siento, hija —comentó mi progenitor, haciendo un gesto de complicidad.

—No te preocupes, papá, les daré el dichoso medallón y el libro.

Me abracé a mi padre y mi cuerpo quedó inerte, no tuvo más remedio que cogerme en brazos, pensando que me había desmayado mientras gritaba:

—Lilith, Lilith ¿Qué te ocurre?

Los demonios miraban preocupados sin saber qué me ocurría, cuando saqué mi espada y corté el cuello del que amenazaba al bebé. Su cuerpo cayó al suelo y desapareció.

»Este no es humano —me dije.

Los otros desenvainaron sus espadas de acero, sin que pudieran hacer nada frente a mí al atacarme simultáneamente; paré sus golpes y en dos saltos los partí por la mitad, desapareciendo inmediatamente. No me gustaba prolongar las peleas más de lo necesario. Mi padre ya no se sorprendió, me dejó en el suelo y corrió hacia la niña, cogiéndola en brazos al tiempo que le decía:

—Mi pequeña, te llevaremos con tu madre.

Yo volví a mi cuerpo y regresamos a la habitación. Al entrar vi a un individuo, que detecté era otro demonio, junto a la cama. Saqué mi espada de fuego y mis alas se desplegaron.

—¡Quieta, Anik! —gritó Samael, que estaba junto a la ventana.

Al ver a Samael guardé la espada y volví a mi estado natural, esperé sus explicaciones.

—Es un amigo de Araziel y mío. Se quedará cerca de tus padres como guardaespaldas, por si ellos vuelven. Evitará que te hagan daño, pero no podrá intervenir en asuntos exclusivamente humanos. ¿Entiendes?

—Lo entiendo.

Claro que lo comprendía; evitarán que los demonios me hagan daño, sin poder evitar que mis padres mueran en un accidente provocado por otros seres humanos. ¡Claro que lo entiendo! Pero no deseo que pase eso. No quiero que mueran tan jóvenes.

—¿Y la niña? —preguntó mi madre preocupada.

Mi padre apareció detrás y se la entregó. Su sonrisa se iluminó de nuevo.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber.

—Nada, ha sido un malentendido —le respondió mi padre.

—Barak, sabes que no me puedes mentir.

—Lo sé, pero es la mejor respuesta.

Todos reímos con sus palabras. Ayudamos a mi madre a levantarse de la cama y sentarse en un sillón que había al lado. Mi padre cogió una silla y se sentó junto a ella. Al verlos tan enamorados me sentí muy feliz. Me acerqué a la ventana para hablar con Samael.

—¿Me has seguido? —le pregunté al amante de mi madre adoptiva, que observaba la situación sin intervenir.

—Ha sido empeño de tu madre —me explicó, sin darse cuenta del significado de sus palabras.

—¿Mío? —comentó mi madre biológica—. ¿Por qué? Nuestro futuro debe ser muy interesante, ¿no?

—No es bueno conocer el futuro, mamá, nadie debe conocerlo, es mejor no saber —le dije yo—. Es hora de marcharme —ya tenía suficiente, mi ilusión de conocer a mis padres biológicos se había cumplido y, además, he presenciado mi nacimiento y he visto su felicidad, ¿qué más podía pedir a la vida?

—Viéndote sé que todo va a ir bien. Sean cuales fueran tus razones, me alegro de saber que mi niña será una mujer tan guapa y tan poderosa. Ha recaído en ti la responsabilidad de todo nuestro linaje; liberarás al primer progenitor, Araziel, para eso hemos nacido y vivido —decía muy contenta al mirarme.

—Sí, mamá, lo haré en cuanto esté preparada. No quiero cometer errores.

—Lo harás bien, hija mía —me dijo, abriendo los brazos para que me acercara.

La abracé con tristeza, luego a mi padre.

—Nos vamos, Samael, mi propósito se ha cumplido.

Los miré por última vez y le cogí las manos a Samael. Él se dejaba llevar por mi poder, que era más potente que el suyo, y nos trasladamos al salón del piso, en nuestra época.

París, época actual.

Los dos viajeros nos miramos sonriendo al ver el panorama. En un sillón, mi madre adoptiva dormía plácidamente. Me quedé mirándola un momento, recordando que aunque no me pariera, sí me había criado como una madre, y por eso la quiero mucho. Enfrente, en el otro, Uriel, mi enamorado, al que quería más que a mi vida, también dormía en idéntica postura. Samael la

cogió con cuidado y la llevó a la cama. Yo hice otro tanto con mi novio, lo dejé sobre el colchón y le quité la ropa despacito, para no despertarlo. *¡Mon Dieu!* Cómo había cambiado mi vida el medallón. Durante un rato estuve mirándolo embobada. Él sí era un ángel, con su cara redondita, su nariz justa, sus ojos grandes de color azul claro y su melenita rubia. *¡Oh, là, là!* ¡Qué guapo! En ese momento me sentía feliz, a pesar del dolorcito que llevaba en el alma al despedirme de mis padres biológicos; creo que he entendido que la vida es así y, aunque duela, hay que aceptarla. Hacía tanto calor que decidí darme una ducha. El agua fría refrescó mi rostro, y el resto del cuerpo se sintió mejor. Comencé a soñar con Uriel y, de pronto, abrí los ojos al oírle gritar del susto.

—¡Aaaahhh! Agua, agua.

>>¡Joder! Debo controlar mi mente —me dije, muy enfadada por mi descuido.

Había deseado estar con él en la cama y mi mente me había trasladado, sin que yo fuera consciente de ello. Las sábanas se impregnaron del agua que mi cuerpo había llevado y, al mojarse, despertó, saltando de la cama asustado. Lo dos de pie, uno a cada lado del lecho, nos mirábamos extrañados. Ni siquiera me di cuenta de que estábamos desnudos.

—¿Qué ha ocurrido? —me preguntaba sorprendido.

—Nada. Me estaba duchando y he aparecido aquí. ¡Lo siento!

—La cama está chorreando... ¿Cuándo has vuelto?

En lugar de responderle, quité las sábanas y le di la vuelta al colchón en un plis plas.

—Ya no —le dije con muy mal humor.

—No me preocupa que la cama esté mojada. ¿Quién me ha traído a la cama y me ha desnudado?

—¿Qué insinúas, que he estado con alguien y me ha sorprendido su mujer y he tenido que huir?

—¿Y vivía en el agua?

—¿Qué dices?

—¿Qué dices tú?

>>¿Qué me ocurre? ¿Por qué me he puesto de mal humor? —gritaba en mi mente.

Estaba un poco histérica porque él no me comprendía. ¿Y cómo me iba a entender si estaba dormido? Creo que no saber controlar mi mente ha sacado mi mal humor, si hace un momento yo quería besarlo. *¡Merde!* Qué bruta soy.

—Perdona, no quería despertarte.

—No pasa nada, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué te has enfadado?

Me subí a la cama de rodillas y le abrí los brazos. Él hizo lo mismo. Nos abrazamos.

—Tu madre y yo te esperábamos en el sillón, parece que me quedé dormido. ¿Tú me has traído a la cama?

—Sí, te traje y te desnudé... ¿Puedo hacerlo, verdad?

—Puedes —me decía con una sonrisa angelical.

—Como hace mucho calor, decidí refrescarme; en la ducha me acordé de ti y entonces me trasladé a tu lado sin querer. Por eso me he puesto de mal humor, tengo que aprender a controlar mi mente y que sepa distinguir cuando sueño que deseo algo, y cuándo quiero ir a ese sitio. ¿Comprendes? —
anhelaba que me entendiera.

—Comprendo. Estás aprendiendo. Olvídalo. ¿Has conocido a tus padres?

—Sí, sí. Venía muy contenta de haberme encontrado con ellos y, al mismo tiempo, triste por no poder hacer nada para que no murieran.

—Sí, eso debe ser muy duro.

—Perdona, voy a ponerme el pijama, dormiré en el sofá. Estoy muy cansada —hubiera preferido quedarme entre sus brazos.

Cogí una toalla y me sequé, luego me puse el pijama para dormir; él se colocó el suyo y luego se tumbó descansando su cabeza sobre la almohada. Me invitó con las manos a su regazo.

—¡Quédate conmigo! No pasará nada.

Me cobijé en su pecho y aspiré su aroma. Su olor seguía deleitándome. Ese perfume que me había permitido encontrarlo y traerlo de nuevo a mi lado.

—¿Quieres contarme lo que has vivido?

—No, no tengo ganas ahora, mejor en otro momento.

—Bueno, no te preocupes, estaré dispuesto cuando te apetezca. Duérmete en mis brazos.

Cerré los ojos e intenté dormir. Tenía la cabeza mojada y no me dormía. Decidí ir al cuarto de baño a por un gorrito para el pelo. Samael salía en ese momento.

—La... la... la ducha... Alguien se la ha dejado abierta y el ruido del agua no me deja dormir. Solo me he levantado a cerrar el grifo, tu madre duerme. Que descanses.

Se marchó con una mirada pícaro, pero no le hice caso. Tenía razón, era culpa mía. Me puse un gorrito para la humedad del pelo y volví al dormitorio.

Él me esperaba preocupado. Regresé a su lado y me refugié de nuevo en su regazo.

—Era tan guapa y tan pequeña.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí, yo. ¿No te lo crees? Estuve en mi nacimiento.

—¿Puedes hacer eso sin que pase nada?

—Lo mismo me preguntó mi padre biológico. Sí, puedo vivir con mi otro yo sin que pase nada, solo que no puedo intervenir para cambiar las cosas importantes.

—¿Cómo eras de pequeña?

—Diminuta, solo estuve un rato después del parto. Me imaginé que un día tendríamos una hija así.

—¿Te gustaría tener una hija conmigo?

—Claro que me gustaría, pero no ahora, somos muy jóvenes para criar. Tenemos que estudiar, ir a la universidad, buscar un empleo... Tú, de médico; a mí me gustaría ser enfermera, o periodista, o historiadora y viajar a otra épocas para entenderlas mejor.

—Umm, me gusta, ¡quisiera acompañarte!

—Bueno, si te portas bien, te podría dejar.

Nos dormimos profundamente. A media mañana nos despertó mi madre, que ya había sido informada de mi visita a 1961, y no dijo nada a que estuviera en la cama con mi novio; bueno; solo habíamos dormido, pero con su mentalidad creí que nos sermonearía. Claro que Samael la había cambiado mucho.

—Os traigo el desayuno, tortolitos —parecía que nos visitaba en la luna de miel.

—Gracias, mamá, tengo hambre, pero no era necesario, podemos levantarnos —me sentía incómoda, con mi madre trayendo el desayuno a la cama.

—Hoy es el último día en París. Debes despedirte de tus amigas y, si queréis comprar algún regalo, tenéis todo el día para hacerlo —nos recordó mi madre—. Samael nos quiere invitar a todos, incluidas a mis amigas, a cenar en un restaurante de su gusto, «*Le Caveau*», en la *rue* de la Huchette. Puedes llevar a tus compañeras si quieres, pero tienen que pedir permiso, porque volveremos después de la medianoche. Hay una exhibición de jazz y a

él le gusta. Nosotros nos vamos a pasear y despedirnos de París. Os veré allí esta noche —dijo mi madre, marchándose sin esperar respuesta.

Otro día de despedidas. Después del desayuno nos levantamos un poco tarde y, cuando pasé por el piso de mis amigas, ya se habían ido a la piscina. Fuimos a buscarlas y también nos dimos un baño. Este agosto resultó un mes muy caluroso, con temperaturas muy por encima de la media. A la una las invité a comer en un restaurante del barrio y después nos fuimos al centro, para comprarle los regalos a la familia de Uriel y a los amigos de Guadix y Baza. El día se nos pasó rápido. Me sentía muy a gusto con Uriel, Dani y Sarah. La cena me gustó menos. La música estaba bien, con mucho ritmo, aunque los jóvenes nos aburrimos un poco; los mayores, sin embargo, se lo pasaron genial. Era madrugada cuando dejamos a mis amigas en sus casas y nos refugiamos en la nuestra. No nos acostamos, estuvimos charlando en el salón hasta que llegó el taxi para llevarnos al aeropuerto. A las ocho de la mañana partía el avión, con el que volveríamos de nuevo a Madrid y de allí a Guadix. Nuestra visita a París había terminado.

CAPÍTULO QUINTO

18

EL REGRESO A GUADIX Y EL FIN DEL VERANO

Fue subirnos al avión y dormirnos. Una de las azafatas nos despertó después del aterrizaje en Madrid, cuando apenas si quedaban pasajeros a bordo. Recogimos las maletas y, antes de salir del aeropuerto, fuimos a desayunar a la cafetería. Uriel tomó chocolate con porras, que son como los churros de Guadix, pero cortos y gordos. Yo, un vaso de leche y algo parecido a un cruasán. Mi madre y Samael tomaron café con leche. Después del desayuno teníamos planeado coger un taxi para regresar a nuestra casa; Samael propuso alquilar un coche en el aeropuerto y a nosotros nos gustó más esa idea, porque podíamos llevar el ritmo que nos apeteciera.

Agosto de 1977.

Si pensábamos que en París estaba haciendo mucho calor, ahora creíamos que aquello no era nada. El aire parecía salido de un horno, costaba trabajo respirar; menos mal que el viento, que entraba por la ventanilla abierta, aligeraba un poco la sensación de sofoco. Por el camino paramos infinidad de veces porque mi madre tenía que estirar las piernas, y aprovechábamos para tomarnos un refresco. La comida la hicimos en uno de esos bares de carretera, muy diferente a los restaurantes franceses; Uriel quedó encantado de comerse varias chuletas con patatas y huevos fritos. Tuve la sensación de que echaba de menos las comidas de aquí. El viaje se me hizo muy pesado por esa calzada todo recta, donde no encontrabas un árbol ni en la lejanía, salvo las parras, claro, y me parecía que duraba una eternidad. Samael disfrutaba conduciendo y charlando con mi madre. A veces tenía la sensación de que

estaban más enamorados que nosotros, o que conectaban mejor entre ellos, y se entienden a la perfección. A lo mejor eran los años, porque yo, lo mismo me siento muy feliz, que al rato estoy de mal humor. Dicen que eso es la crisis adolescente; sea lo que sea, antes no era así, al menos que yo recuerde. Espero que esa adolescencia se me pase pronto y las hormonas se estabilicen. Anochece cuando llegamos a Guadix, Uriel les había dicho a sus padres que iría a dormir a casa; como no me apetecía verlo marchar, le supliqué que se quedara esa noche. El pobre no me negaba nada. Les llamó por teléfono para avisarles que llegaría por la mañana, porque habíamos vuelto muy cansados. Su padre se ofreció a ir a Guadix a recogerlo; por fortuna se hizo el duro y le dijo que ya había decidido quedarse y que, por la mañana, lo llevaría el profesor. Aceptaron a regañadientes. Samael también se quedó a dormir, mi madre y él ya habían decidido vivir juntos sin necesidad de casarse. Aunque a todo el mundo le dirían que se habían casado en París. Les prometí que les ayudaría a trasladar las pertenencias de Samael a la casa. Bueno, también me confesaron que tenían intención de instalarse en París en cuanto me independizara. Yo les dije que podían adelantar su marcha cuando quisieran, que tenía capacidad para ser independiente.

—Ni hablar —dijo mi madre—. Cuando dispuse venir a vivir a Guadix, entonces no sabía por qué tomé esa decisión inexplicable, sé muy bien que viniste obligada. Por eso ahora me quedaré contigo hasta que seas mayor de edad o te cases. Y no hablemos más del asunto. Realmente lo que me preocupaba al volver a casa era cumplir los objetivos del medallón. Creo que es demasiado peligroso abrir las puertas del Infierno, donde están encerrados miles de demonios, como para comprometer a mi madre y a mi novio en esa labor, aunque todavía no sé cómo lo haré; si algo saliera mal, no querría que ellos lo pagaran. La responsabilidad es mía y solo mía.

Esa noche Uriel durmió en mi pequeña cama. Mi madre no puso inconveniente, ni hizo ningún tipo de comentarios. Creo que ya me había dado la mayoría de edad. Estaba muy contenta de tenerlo a mi lado. Y aunque nos sentíamos cansados, no nos apetecía dormir, y estuvimos casi toda la noche charlando hasta que, por fin, el sueño nos venció. París había cambiado mi filosofía y ahora me apetecía casarme y vivir con él el resto de los días. Lo mismo nos aburríamos, pero tendríamos que descubrirlo. En cualquier caso no iba a ser inmediatamente, tenía dieciséis años y no podía hacer las cosas como se me ocurrieran. Igual con el tiempo todo cambiaba y me enamoraba de otro. *¡Mon Dieu!* ¡Imposible! Mi corazón sabía que ya no podría querer a

nadie más y, si él dejaba de quererme, moriría de dolor.

Por la mañana, mi madre se sorprendió cuando le propuse que les acompañáramos a Baza para que le presentara a sus padres. Le pareció que era buena idea; la verdad es que tenía muchas ganas de conocerlos desde que supo que estaba enamorada. Para evitar una sorpresa, como cuando yo lo visité, le pedí a Uriel que les avisara por teléfono. Nos recibieron a la entrada, parecían muy contentos de nuestra visita. Mi cuñada corrió hacia mí en cuanto salí del coche para abrazarme, su alegría era muy evidente. Luego abrazó a su hermano y se cogió del brazo preguntándole por cosas de París. Nos acercamos y Uriel hizo las presentaciones formales. Naturalmente les dijo, como habíamos acordado con antelación, que mi madre y el profesor se habían casado en París. Pasamos al salón y charlamos un buen rato sobre todo lo que habíamos visto. Por supuesto que no le íbamos a contar que el intercambio era falso, y mucho menos nuestra visita a la tierra del Lan-guedoc, o que fui a conocer a mis padres biológicos. Uriel se nos ofreció para enseñarnos la pequeña ciudad de Baza mientras su madre preparaba la comida para todos, como era costumbre. Samael propuso ir a comer a un restaurante, pero se negaron, ellos querían ofrecer su casa. Nos dimos una vuelta por el pueblo hasta que el sol comenzó a apretar y fuimos a tomarnos unas cervezas en un bar céntrico; volvimos a la hora del almuerzo. Después de la comida, mientras ellos se quedaban charlando en la sobremesa, Uriel y yo nos estuvimos paseando por una alameda cercana para poder hablar libremente. A media tarde vino mi cuñada a decirnos que mi madre quería marcharse ya. Parecía que la visita oficial se había terminado. La verdad es que me había acostumbrado a su presencia y no deseaba separarme de él. Sin pensarlo le dije a Uriel en su mente:

»Vendré a verte mañana por la noche —le dije ilusionada.

»No, no, tengo que ponerme a trabajar. Al menos en dos semanas estaré todo el día sobre el tractor y terminaré muy cansado. No me agobies.

»Eso es que no me quieres —me decepcionaba que no quisiera estar conmigo.

»Te quiero más que a mi vida. Solamente quiero cumplir con mi padre y, si paso la noche contigo, estaré muy cansado y no podré. ¿Entiendes?

Me salí de su mente, enojada. Nos despedimos de toda la familia y me subí al coche sin darle un beso de despedida. Volvimos a casa. Nunca sé por qué me enfado, pero lo hago. Aquella noche me sentía mal, él no tenía la culpa de mi mal humor, pero lo soportaba con paciencia. Lo había estropeado todo y

seguro que estaba sufriendo.

»Tengo que pedirle perdón.

Y sin pensarlo dos veces, aparecí en su habitación. Lo encontré sentado en la cama, sobre el cabecero, como si estuviese esperándome.

—Te he dicho que no vinieras —dijo con calma, sin que pareciera estar enfadado.

—Estoy arrepentida de lo que te dije. Sé que me quieres.

—Tú lo sabes mejor que nadie.

—Yo también te quiero. Siento mis cambios de humor. No sé a qué es debido y no quiero pagarlo contigo.

—Eso es porque no me quieres —me decía irónicamente, con una sonrisa angelical.

—¡Tonto! ¿Me perdonas? —le expresé muy melosa.

—No tengo nada que perdonarte. Te acepto tal como eres.

—Gracias, solo quería decirte eso. Adiós.

—No te marches todavía —dijo con temor.

—¿No quieres que me vaya?

—Por favor, quédate esta noche, tienes que descansar del traslado.

—Sabes que ya no me canso tanto. Creo que puedo hacer varios viajes sin problemas, pero, pensándolo bien, mejor me quedo.

Me acurruqué en su pecho para oler el aroma de su piel, que seguía embriagándome como la primera vez. Desde entonces han ocurrido tantas cosas. Charlamos un rato recordando París y nos dormimos. Por la mañana oí a su hermana que lo llamaba, y él ni se inmutaba, por lo que pensé que entraría a despertarlo, y me marché.

—Vamos, hermanito, es hora de levantarse —le gritó, echando la ropa de la cama hacia atrás. Uriel pegó un salto asustado y mirando por todos lados, buscándome.

—Te he dicho que no entres sin llamar —dijo enfadado.

—He llamado, ¡listillo!, pero como no contestabas tengo que despertarte. Parece que estás buscando a alguien.

—Me has asustado, soñaba con Anik.

—¡Jo! Si has estado dos semanas a su lado. ¿Acaso no puedes dejar de pensar en ella unos días?

—Ni un segundo, hermanita, estoy muy enamorado, la necesito.

—Ojalá encuentre un hombre que me quiera como tú a ella.

—Rafa está muy enamorado de ti.

—¿Estás seguro? Si lo estuviera, ya me habría dicho algo. Me he insinuado varias veces y no se ha dado por enterado.

—Bueno... ya sabes, es muy tímido—me dijo entre risas—. Si quieres, hablo con él.

—Te lo prohíbo, hermanito. Ni se te ocurra. Si me quiere, que lo trabaje y, si no, ya buscaré a otro. Levántate, que tienes el desayuno en la mesa.

Esta conversación me la contó después Uriel, ya que yo me encontraba de nuevo en mi cama de Guadix. Lo primero que hice por la mañana fue ir a por Carmen para pasear bajo los árboles del parque y narrarle todo lo que podía contar de París. Por desgracia para mí y felicidad de ella, se marchaba al día siguiente a Huéscar, a casa de sus tíos, es decir, con su enamorado. Por eso estaba tan contenta, no por mi compañía, y me alegro por ella. Los siguientes días me aburrí. El verano en Guadix era muy empalagoso; a partir de media mañana ya no se podía estar en la calle, porque el sol te derrite los sesos. Con mi madre no se podía contar, ya que solo vivía para su amado. A veces estaba tan aburrida que salía de mi cuerpo y me dejaba llevar por las corrientes de aire, aleteando para desplazarme por el techo de la habitación. Con mis poderes podía ir a donde quisiera, sin embargo no debía utilizarlos para mi entretenimiento. Una noche, al mirarme en el espejo, vi a una chica normal, no muy atlética.

»Quizás debería poner este cuerpo en forma —pensé.

Decidí hacer ejercicio corriendo por la mañana temprano, y luego haciendo gimnasia en mi habitación. Pero no eliminé el aburrimiento. Uriel me llamaba todas las noches, y eso me daba un poco de aire; lo encontraba tan cansado que no me atreví a visitarlo. Tampoco quería agobiarlo con mis paranoias. Esos cambios de humor me seguían pasando, aunque no interviniera nadie. ¡Uff! Qué latazo. *¡Mon Dieu!* Se me ocurrió que podría ser el medallón el responsable de esos cambios en mi interior, al reprocharme que no hiciera nada para cumplir mi misión.

»Ha llegado el momento de liberar a Araziel —pensé, y creí de verdad que ya estaba lista.

Saqué el libro del cajón de mi mesita y me puse a leerlo. Hasta ahora no me había dado cuenta de que, cada vez que abría el libro, el medallón se iluminaba con un color diferente y los mensajes de las runas cambiaban, pudiéndose leer frases cortas y ejecutorias que no quería pronunciar por temor a que ocurriera algo imprevisto. El libro había sido escrito para que cualquier Lilith pudiera conocer qué significaba el medallón. Constaba de tres partes

diferenciadas. En la primera, nos narra la historia de Lilith y el ángel enamorado, que yo ya conocía y que les había leído cuando lo encontré, aunque aquí contaba algunos hechos diferentes. En la segunda, relataba la formación del medallón y su finalidad. La tercera trataba de cómo se podía abrir la puerta de la cárcel de los demonios: el Infierno; con la advertencia de que debería estar abierta solo unos segundos para que saliera Araziel, e impedir con la espada de fuego que no lo hiciera nadie más, para no provocar el enfado total de los arcángeles, los carceleros, y dar pie a una nueva guerra en los cielos. También apuntaba que había que ser precisa y justa para no provocar la ira del Creador. ¡Merde! ¿Quién soy yo para enfadar al Creador? ¿Qué significaba ser precisa y justa? ¿Al liberar al demonio, era justa? Y precisa, ¿qué quiere decir? Y yo que sé. Aquellas palabras me dejaron intranquila, no aclaraban nada, pero estaban ahí escritas por algo. Se supone que tengo que tenerlas en cuenta. ¡Merde! ¡Merde! Hay otra cosa más que se me había olvidado, dice que hay que impedir con la espada de fuego que salgan más demonios. ¿Cómo lo hago? Si lo hago desde aquí, ¿cómo voy a contener la salida? Y si se escapan más, ¿qué puede ocurrir? Eso me hace pensar que debo ir hasta allí para realizar el conjuro, o como se llame lo que voy a hacer. ¿Dónde? ¿Dónde está la puerta del Infierno?, ¿debo saberlo? Pues no lo sé. No tengo ni idea. Solo sé que he nacido para cumplir esta misión. ¡Mon Dieu! , esto se complica. Busqué a Samael con la mente, sabía que a esas horas ya estaría acostado.

»Samael, necesito hablar contigo ahora.

»Espera; en cuanto tu madre se duerma, voy.

Tardó un buen rato y estaba sudoroso, debería irme a vivir con Uriel y dejarlos solos, tal vez así podría olvidarme de todo.

—¿Qué te ocurre, Anik? Pareces nerviosa.

—Lo estoy.

Cogí el libro y le leí las citas que me preocupaban.

—¿Qué significa ser precisa y justa?

—“Precisa” se refiere a que tienes que estar segura de lo que haces, que no puedes dudar a la hora de ejecutar las acciones. “Justa” quiere decir que tienes que tener buena voluntad al hacerlo.

—¿Buena voluntad? ¿Acaso el abrir el Infierno, que en realidad es una cárcel, no es ir en contra del Creador?

—Por eso necesitas la buena voluntad; en el fondo no deseas hacer ningún mal —lo entendí. Si lo hacía mal, podría provocar una guerra catastrófica,

pero sin querer hacerlo. Por supuesto que yo no deseaba inducir nada.

—Comprendo. Segunda cuestión: ¿dónde está la puerta del Infierno?

—El Infierno está en una dimensión por debajo del mundo de los ángeles. Tiene una entrada desde este planeta y otra en la dimensión de los ángeles. No creo que puedas abrir aquella.

—Bien, ¿Y dónde está la entrada en la Tierra?

—En la cueva más profunda del planeta.

—¿La puerta del Infierno está en Francia? —pregunté extrañada.

—No, en Francia no hay ninguna.

—Que yo sepa, *Le Goufre Mirolida* es la cueva más profunda del mundo y está en Samöens, en *Haute Savoie*. En los Alpes franceses.

—Hay otra mucho más profunda, tanto que llega al mismísimo Infierno, solo que en 1977 no es conocida por el hombre como la más honda del planeta.

—¿Y cuál es?

—Está junto al mar Negro, en la Unión Soviética. Concretamente en los montes de Gagra, que pertenecen al macizo Arabika, en el Cáucaso Occidental. Le llamamos la cueva de Krueger —después de tantos miles de años huyendo, tenía que saber dónde estaba la entrada de la cárcel en la que debería estar encerrado.

—¿Y cómo se puede ir?

—No se puede ir.

—Tengo que ir.

—No, es mejor que hagas los sortilegios desde aquí. Tu magia llegará allí sin problemas.

—No es eso lo que dice el libro.

—¿Qué dice?

—Dice que tengo que impedir, con mi espada de fuego, que escapen otros demonios, salvo Araziel. Y para eso necesito estar presente.

—Abrir y cerrar la puerta solo sería un momento, pero tienes razón, desde aquí no podemos saber lo que ocurre. Lo siento.

Eso lo cambia todo. Ir allí es una utopía.

—¿Qué quieres decir?

—Es imposible entrar en esa cueva.

—¡Imposible! Vaya ánimo que me estás dando.

—Lo primero que debes saber es que la entrada de la cueva está vigilada por dos arcángeles especiales, que a veces se disfrazan de pastores y otras de

lugareños. No te dejarán pasar, salvo que seas humano. Los humanos van a explorar y apenas si han investigado un poquito de su profundidad. Tampoco puedes matarlos; si lo haces, tendrás enseguida una legión de ángeles y arcángeles con sus dragones, que acabarán contigo en un santiamén. Es como una alarma conectada a la policía, que son los arcángeles. Si logras entrar, tienes que bajar a una profundidad de más de dos mil metros para encontrar la puerta, que está guardada por Krueger, un monstruo de tres cabezas y unas garras mortíferas, que te matarán solo con rozar tu piel.

— *¡Merde!* Vaya panorama.

—Tampoco te puedo acompañar. Aunque unte en mi cabeza el ungüento para pasar desapercibido, no lo lograría con los poderes que ellos tienen. Ningún demonio puede acercarse allí sin llamar la atención.

—¿Y yo?

—Tú no eres demonio, eres humana. Si tapas tu aureola de ángel, puedes lograrlo. El problema es que si vas sola, sospecharán y te vigilarán.

— *¡Merde!* ¿Y qué hacemos?

—Deberías renunciar. Nadie puede obligarte. Yo pensaba que podías hacerlo en la distancia. Con esos parámetros no podrás conseguirlo.

— *¡Mon Dieu!* Tengo que pensar algún plan.

—Araziel me importa mucho; aun así, no puedo aconsejarte que mueras por nada. Eso destrozaría a tu madre —decía cariñosamente.

—Gracias, Samael, vete y duerme —le dije sintiéndome impotente; tal como me lo había contado, no le veía salida.

—Buenas noches, Anik —dijo al marcharse, haciéndome un gesto con la mano.

La soledad inundó mi alma. Estaba muy triste. Todo el proceso del medallón era un simulacro. ¿Entonces para qué preparó Araziel este artilugio mágico? Imposible que fuera para nada. ¡Imposible! Tiene que haber una solución. Necesito despejar mi mente. ¡Uriel! ¿Qué tiene que ver Uriel con esto? No lo sé; cuando me encuentro mal, mi mente lo busca para desahogarme y contarle mis penas. *¡Mon Dieu!* Le dije que aguantaría hasta que él viniera. No resistí. Lo necesitaba para serenarme. Mi cuerpo demandaba su presencia y el corazón ansiaba abrazarlo. Antes de que tuviera tiempo de pensarlo, aparecí en su habitación. Desnudo, tumbado boca abajo sobre la cama, parecía dormir plácidamente. ¡Pobrecito mío! Lo quiero a morir.

—¿Anik? —preguntó sin moverse.

—Te necesito —le dije con voz muy triste, casi llorando.

—Anik, mi amor, ¿qué te ocurre?

—Me siento sola y quiero llorar.

Se volvió para abrazarme. Y lloré. Lloré durante un rato, hasta que mi alma se desahogó. Lo necesitaba. Yo no era una superheroína, ni siquiera una gran mujer, solamente era una adolescente de dieciséis años, a la que le había caído una gran responsabilidad: realizar la acción por la que cientos de mujeres, a lo largo de muchas generaciones, habían vivido. Pero no sabía cómo hacerlo. Aprendería. Encontraría la fórmula de entrar en la cueva y abrir la puerta.

—Estoy asustada —le dije de inicio, y era verdad. No sabía cómo solucionar mis problemas.

—¿Por qué? ¿Qué te ha ocurrido? Te escucho.

Pegué mi cuerpo al suyo y me dispuse a contarle mis temores.

—Desde que encontré el libro en Toulouse tenía miedo de leerlo hasta el final, por si ocurría algún imprevisto, ya que no sincronizo bien mi mente y mis poderes.

—Lo sé, cariño. Eso es normal.

—Esta noche lo he leído en profundidad y he descubierto que no puedo cumplir la misión.

—¿Por qué?

Le relaté todo lo que sabía sobre el libro y las advertencias de Samael.

—¡Joder, Anik! Lo tenemos difícil.

—¿Lo tenemos? Soy yo la que va a ir.

—Ni hablar; si puedes morir, yo moriré contigo.

—¡Mi niño! Te lo agradezco, no me puedes acompañar, serías un estorbo —no quería decirle eso, me salió así; menos mal que no se enfadó.

—Un estorbo necesario —dijo sonriéndome, este niño no me lo merezco.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté sin saber a qué se refería, como otras veces la mente humana encuentra soluciones donde parece no haberlas.

—¿No dices que los humanos pueden ir a la cueva sin problemas? Irás acompañada de un grupo de espeleología del instituto. Como una actividad extraescolar.

—¿Qué grupo? Esa actividad no existe en el liceo.

—Necesitaremos la ayuda de Samael.

—Ya te he dicho que él no puede venir —le recordé.

—Lo necesitamos. Tiene que convencer a un instituto de una población cercana para que nos permitan hacer una visita conjunta a la cueva. Si vamos

con nativos, será menos sospechoso.

De España, iremos: tu madre, como profesora, y nosotros, como alumnos. Falsificaremos las credenciales.

— ¡Merde! ¡Qué fácil! No se me hubiera ocurrido. *D'accord*. Vendrás conmigo. ¿Estás dispuesto a arriesgar tu vida?

—Lo estoy.

—Hablaré con mi madre y Samael; si vienen, ha de ser como voluntarios, no quiero obligar a nadie a que se juegue el tipo. Vas a estar muy cansado para trabajar —le dije con remordimientos, por no dejarlo dormir en toda la noche.

Soltó una carcajada como si fuese un niño muy contento y me explicó la situación.

—Ayer terminamos de arar. Mi padre me ha dado permiso para irme a Guadix contigo. Además, me ha dicho que está buscando un tractorista y un peón para que me dedique solo a estudiar.

—¿Por qué no me llamaste anoche? —le dije, haciéndome la enfadada.

—Pensaba darte una sorpresa por la mañana. Le he pedido el coche a mi hermana —mi niño siempre pensando en mí.

—Me gusta ese coche. Iré contigo a Guadix —le dije decidida.

—Nadie sabe que estás aquí —dijo, temiendo que saliera al pasillo como si nada.

—Tranquilo. Me voy a la estación de autobuses y vuelvo en un taxi. Saludo a tu familia y nos vamos.

—¡Vale!

Salté de la cama para marcharme.

—No tengo que madrugar, no te vayas tan pronto.

—Viene tu hermana...

Desaparecí en el momento que entraba.

—Lola, te he dicho que no entres sin llamar.

—Qué pesado te pones, ¿temes que te pille desnudo? Si ya te he visto en pelotas.

—Yo no entro así en tu habitación.

—Porque yo me levanto antes que tú y siempre duermo en pijama. No pasa nada si entras.

—¿Qué quieres? —preguntó Uriel con tono enfadado.

—Papá me ha dado permiso para irme contigo a Guadix hasta que empiece el curso.

—Ni hablar —su negación fue contundente. No quería cargas y su hermana

lo sería, pensaba él.

—¿Por qué? Tengo ganas de hablar con Anik para que me cuente cosas de mujeres.

—Para eso, habla con mamá.

—A mamá no le puedo contar esas cosas.

—Yo no te puedo llevar. Ya te lo he dicho.

—Y yo te he dicho que sí.

—Piénsalo, Lola. Te vas a aburrir sola.

—¡Por supuesto que no! Si no me llevas, me voy andando. ¡Mal hermano! Sé que a ella no le importa.

Salió dando un portazo muy enfadada. Uriel se levantó y fue a la cocina a desayunar. El pitido de un coche les hizo mirar por la ventana.

—Un taxi tan temprano, ¿quién será? —comentó su hermana—. Anik, es Anik.

Corrió a recibirme y volvió conmigo del brazo. Uriel permanecía sentado sin decir nada.

—¿No te vas a levantar a saludar a tu novia? —le recriminó su hermana.

—El pobre estará muy cansado —le dije yo.

—Seguro, porque ha estado toda la noche soñando contigo.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunté intrigada.

—Lo oigo moverse por la noche, si no descansa nada.

—¿Es que tú nunca duermes, Lola? —le comentó su hermano mientras se levantaba para saludarme.

Uriel sonreía mientras me abrazaba y me besaba. Su madre llegó en ese momento y se sorprendió al verme. La saludé. Su padre estaba en el campo. Me reprocharon que no avisara.

—Quería darle una sorpresa —les dije como excusa.

—Yo también quería darte una sorpresa y ahora mismo me iba a Guadix —me informó sonriente Uriel.

—¿De verdad?, ¡qué coincidencia!

—Yo también voy con él —dijo su hermana aprovechando la situación, sabía que yo me pondría de su parte.

—Estupendo, te vendrás a mi casa conmigo. Nos lo vamos a pasar genial.

—Ni hablar, ella no viene —expresó su hermano muy cortante.

—Sí voy —respondió ella con firmeza.

—¿Qué te pasa, Uriel?, ¿te da miedo que seamos dos y no puedas con nosotras? —intervine yo, me apetecía que Lola viniera.

—No se trata de eso. Yo tengo que hacer muchas cosas —me dijo, porque no sabía qué decir.

—Mejor, así no me aburro esperándote —con ese argumento ya no pudo negarse.

—Está bien. Siempre ganan las mujeres —se rindió Uriel.

—Ve aprendiéndolo, hijo —le comentó su madre.

Me preparó un vaso de leche con Cola Cao y un trozo de bizcocho casero para que desayunara. A media mañana salimos hacia Guadix en el “dos caballos” de Lola. Yo quería llevarlos a mi casa y Uriel no quiso, prefirió marcharse a la cueva que había sido su hogar durante el curso pasado, y que continuaría siéndolo en el próximo. Me enfadé, pero tenía razón, era mejor así para sus padres. Cuando le conté a mi madre y a Samael el plan de Uriel, se sorprendieron al primer momento, luego lo aceptaron y nuestro demonio viajó para conseguir lo necesario y convencer a las autoridades rusas de nuestra visita. Mientras regresaba, los tres jóvenes decidimos pasárnoslo bien. Por la mañana salíamos a caminar y visitar a los compañeros y compañeras, por la tarde nos íbamos al J.J. a tomar café y, al atardecer, a la discoteca Bárbara, enfrente del parque, y nos estábamos allí escuchando música y tomando Coca Cola hasta la noche. Cenábamos en mi casa y después los acompañaba hasta su cueva para quedarme a dormir. Al principio Lola se sorprendió de que mi madre no se opusiera; le dije que confiaba plenamente en mí, y lo aceptó. Llegó septiembre y ella tuvo que regresar para preparar su curso de octavo de la Educación General Básica. Samael regresó ese mismo día con toda la documentación para viajar, incluso los billetes de avión.

VIAJE A LA CÁRCEL DE LOS DEMONIOS: EL INFIERNO

Viajamos en avión hasta Moscú. Durante todo el trayecto hablamos poco. Se notaba que estábamos nerviosos. Como para no estarlo, viajando al extranjero con documentación falsa. Contratamos un taxi, al que le ofrecimos una gran suma de dólares, para que nos llevara a Sebastopol, en Ucrania. Allí cogeríamos un barco hasta Georgia. Se nos hizo de noche en Kharkiv. Nos hospedamos en un albergue del ayuntamiento, por el que tuvimos que pagar como si fuera un hotel de cinco estrellas. El taxista no quiso habitación y durmió en su coche por temor a que se lo robasen. Partimos a la mañana siguiente muy temprano. En esta parte del mundo ya hacía frío, aunque aún faltaba para el invierno. Pasamos por ciudades, según nos dijo el taxista, que eran importantes, como Dnipropetrovs'k y Zaporizhzhya, que a mí no me sonaban de nada. Volvimos a pernoctar en un hotel de Sebastopol en la península de Crimea, algo mejor que el anterior. El viaje estaba resultando muy pesado, aunque sin incidentes. Pagamos al taxista, que volvió a casa, y por la mañana continuamos en un barco que hacía la ruta del mar Negro y desembarcamos en el puerto de Potí. Allí se quedó Samael hasta nuestra vuelta, o hasta que lo llamara solicitando su ayuda. A partir de ese momento era yo la única responsable de nuestra seguridad. La preocupación alarmó mi espíritu y, al principio, tuve problemas para mantener la calma y evitar que me detectaran; luego fui cogiendo confianza y me encontré mejor. Un nuevo taxi nos llevaría a nuestro destino. Esta zona parecía más poblada; pasamos por muchos pueblos, como Khobi, Zugdidi, Gali, Ochamchire, Gulripshi, Akhali Atoli, Gudanta, Blaburkhya y, finalmente, Gagra, donde nos esperaba el equipo de espeleólogos que nos acompañaría hasta la cueva. Nos alojamos en casa del jefe de la expedición. Su mujer era georgiana, y le conté nuestro proyecto de explorar la cueva; su marido ni siquiera le había hablado de nosotros y de nuestra llegada. El equipo estaba formado por cuatro espeleólogos abjasios, que hablaban, además de su lengua nativa, georgiano, ruso y francés. Nos comunicamos en francés y mi madre llevó el peso de la conversación; aunque

los que más hablaban eran ellos, contándonos la gran cantidad de cuevas que había en la zona y sus deseos de explorarlas, pero necesitaban dinero para adquirir el material adecuado, debido a que sus recursos económicos eran muy pobres. Sencillamente, el estado no les pagaba para eso. Con su sueldo de profesores mantenían a sus familias y pagaban los gastos de sus expediciones. Ellos trabajaban por las ganas de explorar lo desconocido —“decían”—. Aunque en esta ocasión habíamos pagado por adelantado. Tenían preparados dos coches: uno para nosotros, y otro para ellos, donde llevaban el equipo para la bajada y comida para una semana. Antes de partir, y siguiendo las instrucciones de Samael, nos untamos aquel unguento por todo el cuerpo, especialmente por la cabeza. No solo yo, también mi madre y Uriel, para evitar que sus mentes las percibieran muy alteradas y llamara la atención de los guardianes. No quería que hubiera ninguna grieta que estropeará la expedición. Salimos al amanecer, nosotros íbamos en el segundo coche, intentando no quedarnos rezagados en aquella carretera tortuosa por la que los vehículos circulaban a gran velocidad. Pronto abandonamos esa calzada y tomamos un camino de tierra todavía en peores condiciones. Después de varias horas en constante subida llegamos a una explanada en la que había una sola caseta de madera. Dos individuos altos y fuertes salieron de ella. Parecían agentes forestales. Enseguida lo supe, aquellos eran los arcángeles con poderes especiales, que utilizaban ese disfraz para controlar las visitas de la zona. Nos pidieron la documentación con la autorización de Moscú para visitar la cueva y la examinaron exhaustivamente, comprobando que nuestros pasaportes coincidían con nuestra foto. Se les notaba su extrañeza al no poder leer nuestras mentes. Interrogaron al director de la expedición en abjasio, y a mi madre se dirigieron en ruso. Les contesté yo indicando que ella solo hablaba francés y español, por lo que yo me convertí en intérprete. Respondimos a sus interminables preguntas y, por fin, nos autorizaron a visitar la cueva durante una semana, sin sospechar nada de nosotros. A unos dos kilómetros del destino dejamos los coches, a partir de ese lugar continuaríamos a pie. Nos cargamos las mochilas, que pesaban una barbaridad, y comenzamos el ascenso por una vereda tortuosa llena de piedras y obstáculos, que convirtieron la subida en un verdadero infierno. Mi madre mostró síntomas de cansancio y reducimos el ritmo de la marcha. Al mediodía llegamos a una explanada cercana a la cueva, donde montamos el campamento externo: una gran tienda de campaña del ejército. Eso indicaba que estábamos trabajando allí, una ocupación del terreno, por si otra

expedición hubiera decidido hacer lo mismo. La entrada de la cueva estaba a solo unos cientos de metros. El primer escollo lo habíamos superado. Eso me dio ánimos y comencé a prepararme mentalmente para la acción que iba a realizar. Tenía que eliminar las dudas que hubiera en mí y confiar en el medallón y en mis poderes. Hacía frío, el viento te helaba la cara al pasar montaña abajo. Descansamos en la tienda de campaña para evitar el aire. Comimos unas latas de algo parecido a carne y alguna salsa de tomate, calentadas en un pequeño fuego que hicimos para comer, y sirvió para quitarnos un poco de aquel pegajoso frío. Daba asco, pero era lo que habían traído para consumir, conseguidas con sobornos a unos oficiales del ejército. Ellos, además, bebieron abundante vodka para coger calor. Tres de los abjasios volvieron a los coches para traer el material que nos habíamos dejado. Especialmente un macuto enorme, lleno de cuerdas largas para el descenso. Por la tarde decidimos montar, en la primera explanada del interior de la cueva, el campamento de uso personal. Había que llevar todo lo necesario a través de la estrecha entrada, luego arrastrarlo por una bajada muy pronunciada, de unos cien metros, que se podía hacer andando. Antes del anochecer, ya teníamos montadas las dos tiendas de campaña: una para ellos y otra para nosotros, y el material clasificado y preparado. La temperatura del interior era mucho más agradable. Decidimos comenzar el descenso al día siguiente, una vez aclimatados a la temperatura interna. Por la mañana, al ver que ellos estaban preparando las cuerdas para comenzar el descenso, decidí entrar en sus mentes y modificar las órdenes de trabajo, y les hice creer que habían ido para ayudarme a descender sola, para batir un récord de profundidad bajo los auspicios de la Unión Soviética. Parece que lo hice bien y me prepararon las cuerdas que debía llevar. Antes de partir me dieron un traje de un tejido experimental, parecido a la goma, que aislaba del exterior y mantenía la temperatura corporal, y que era similar a un mono de trabajo negro. Entré en la tienda y me vestí con él, luego me despedí de mi madre y de Uriel, que ya tenía colocado el suyo. Los abjasios me desearon suerte, iba a batir un récord para gloria de la Unión Soviética. Comencé a bajar por un pozo con un diámetro de veinte por trescientos metros de profundidad. La linterna que llevaba solo alumbraba una pequeña zona y el abismo parecía aterrador. Dejé correr la cuerda y en unos minutos estaba abajo. Tiré tres veces para avisarles de mi llegada y poco después lanzaron otra con el material necesario para continuar. A partir de aquí ya no tendría ayuda. La soledad me dio pánico y me asusté, de forma que se me cogió un nudo al

comienzo del estómago que no me dejaba respirar; no importaba, tenía que seguir, a eso había venido. Me disponía a realizar el siguiente tramo cuando vi cómo aparecía una nueva cuerda y por ella bajaba Uriel. Ahora entendía por qué se puso el traje especial si él no iba a venir.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté algo molesta— ¿No sabes que voy sola? Tú no puedes ayudarme —no quería enfadarme y no me gustó que me desobedeciera, aquello resultaba muy peligroso.

—Tu madre y yo hemos decidido que te acompañe. Pienso seguirte hasta el final. No importa que me cueste la vida. Morir por ti me hace feliz. Sé que debo ir contigo para que no te sientas sola.

—Serás una molestia más que nada —le dije sin mucha contundencia. Por sus palabras supe que sabía lo que necesitaba, y su compañía me serviría de apoyo moral.

En el fondo, su presencia ya había cambiado mi estado de ánimo; sin embargo, me preocupaba que no pudiera controlar la situación y él sufriera las consecuencias.

—Dejaré que vengas conmigo hasta el penúltimo tramo, después está el monstruo de las tres cabezas y necesitaré estar sola para luchar. Si muero, tendrás que regresar sin mí.

—De acuerdo, bajaremos juntos. Te acompañaré hasta el penúltimo trecho. Allí te esperaré. ¡Gracias, cariño!

—Me preocupa que te pueda ocurrir algo, pero te agradezco profundamente que decidieras acompañarme. Espero no arrepentirme. ¡Que la suerte nos acompañe! —le dije, y nos pusimos a trabajar para tenerlo todo listo.

Preparamos las cuerdas para el siguiente trayecto e iniciamos el descenso. Esta vez, alumbrados por el medallón, que se activó solo. La luz era blanca y alumbraba todo el pozo por igual. Las vistas ahora eran maravillosas y, si no fuera porque íbamos buscando la puerta del Infierno, nos hubiéramos sentido asombrados al contemplar aquel espectáculo. Al mediodía habíamos bajado unos mil metros. A ese ritmo podíamos llegar al último tramo para la noche. Comimos unas latas de la misma carne que el día anterior y descansamos media hora. La humedad era muy alta, casi se podía partir el aire con un cuchillo. Desde este punto ya no hacían falta cuerdas de bajada, según me contó Samael, sino que se convertía en una pendiente con zonas muy estrechas. ¡Error! Lo primero que nos encontramos fue un río interior, con una corriente muy fuerte que podía arrastrarnos. Le dije a Uriel que iría a

buscar la salida y nadé a favor de la corriente llevando una cuerda conmigo. El medallón iluminaba el agua, que se volvía transparente y permitía distinguir los colores de las paredes y el lecho del río, dejando ver unas formaciones realmente preciosas. Aquello era una fiesta para la vista y los sentidos. Pero no podía recrearme en eso, sino que tenía que buscar la continuación de la cueva. La encontré unos cientos de metros más allá. Llamé a Uriel, que se dejó arrastrar cogido de la cuerda, y llegó a mi lado sin problemas. El siguiente recorrido era un túnel inclinado que se había llenado de barro en alguna inundación y apenas si cabía una persona. Lo pasamos arrastrándonos por el lodo hasta llegar a una nueva explanada de, al menos, cien metros de anchura de verde esmeralda. Al otro lado había un lago precioso de aguas transparentes y tranquilas. Al final del lago, que tendría algo así como un metro de profundidad, se veía lo que parecía ser un túnel. El altímetro que llevábamos decía que estábamos a una profundidad de unos mil setecientos metros, y aún quedaba para llegar al final de la cueva. Atravesamos aquella laguna interior andando con el agua por encima de la cintura, cogidos de la mano porque el suelo era de piedra y barro y estaba muy resbaladizo. Salimos del agua y entramos en el nuevo túnel. Miré el reloj y eran casi las doce de la noche. Se había pasado el día sin darnos cuenta. No quería que mi cuerpo estuviera muy cansado, y decidí montar la pequeña tienda que llevaba en la mochila para descansar unas horas. Nos metimos dentro y cerramos la cremallera. Al momento la temperatura era agradable para el rostro, ya que el cuerpo lo llevábamos protegido por el traje. Uriel se durmió enseguida, aunque no había dicho nada, se le notaba muy cansado por el esfuerzo continuo desde que decidió acompañarme. Yo, en cambio, tardé en coger el sueño. Recordé mi niñez en París, y eso pareció tranquilizarme. Cuando desperté, Uriel me miraba fijamente y el medallón se había encendido. Un grito desgarrador sonó en las entrañas de la tierra. Parecía que se encontraba muy cerca, y salimos de la tienda asustados por si el monstruo estaba por allí. Sin embargo, el silencio se mantuvo sin que ocurriera nada. Apagué la luz del medallón, que era demasiado intensa y podría delatarnos, y encendimos las linternas; todavía no habíamos llegado a la sala que dijo Samael, a partir de la cual ya podía considerar que entraba en el territorio de Krueger, y no pensaba arriesgar a Uriel. Avanzamos hasta encontrar ese habitáculo. La estancia era tan grande como una cancha de baloncesto, es decir, unos quince por veintitantos metros, y los laterales estaban formados por repisas de piedra. Durante el trayecto apenas si habíamos hablado, salvo lo

imprescindible. No lo necesitábamos porque estábamos pendientes el uno del otro. Encendí la luz del medallón y todo se iluminó como si hubiera salido el sol. La sala tenía una entrada y tres salidas en uno de los lados. Una de ellas reflejaba un color amarillo. Según Samael esa era la que llevaba a la cárcel demo-niaca; se parecía a la entrada del portal de Huélago, pero más ancho. El altímetro indicaba más o menos dos mil setecientos metros de profundidad. Seguramente ningún humano había llegado tan lejos. Le indiqué a Uriel que lo llevaría a una de esas repisas que había en el lateral, por si aparecía el monstruo. Así podría luchar sin temor a que lo hirieran.

—Prométeme que me sacarás de aquí —estaba asustado y me miraba con los ojillos tristes; aun así, me pareció muy guapo.

—Te lo prometo, *mon amour*, mi amor. Confía en mí —le dije intentando darle ánimo; aquella situación era muy fuerte para un hombre normal, aunque mi novio aguantaba con entereza, por eso lo quería tanto.

—Amor mío, confío plenamente en ti —decía mirándome a los ojos, como temiendo no volver a verme.

—Volveré —le prometí. Y pensaba cumplir mi promesa.

Lo transporté a una de las repisas más alta. Elegí esa porque tenía una roca puntiaguda bajo la cual había un hueco donde podía ocultarse. Me senté un momento a su lado y saqué el libro angélico de mi mochila. Repasé los sortilegios que tenía que recitar junto a la puerta; aunque para llegar allí, primero debía dominar al invencible Krueger y no sabía si sería capaz. Observé que la primera estrofa aparecía en tono rojo en el medallón, entendí que ya no necesitaba el libro. Me quité la mochila y busqué en su interior una goma para recoger mi pelo en una especie de cola, luego se la di a Uriel, que me miraba sorprendido sin comentar nada. Respiré hondo y salté hasta la entrada amarilla con mis alas desplegadas, llegando al suelo con suavidad. Volar era un poder que no había practicado mucho y con el que tenía la sensación de ingravidez, quizás por eso me gustaba. Volví a centrarme en mi misión. En ese momento no había indicios del monstruo. Al segundo paso lo oí gruñir. No sabría definir ese gruñido; sencillamente, aterrador. No se parecía a ningún animal de la Tierra. El reflejo de la luz del medallón en aquellas rocas era muy intenso y casi me molestaba a los ojos.

»Bueno, si me molesta a mí, por supuesto que también le molestará a él — se me ocurrió como excusa.

Anduve varios cientos de metros oyendo aquellos gruñidos sin que el bicho apareciera. De pronto, después de una curva, me encontré el final del

túnel, una pared del mismo mineral amarillo que cerraba la galería. Me quedé sorprendida porque no había visto al monstruo por ningún lado. Fue entonces cuando reparé que a la derecha había una pequeña cueva, como una galería de más de doce metros de alto y unos veinte de largo por cuatro de ancho, no más, que parecía ser su guarida. Sus tres cabezas me miraban sorprendidas de la visita. Pude observar que tenía todos los ojos cerrados. En realidad, no le servían para nada, ya que no poseían el poder de la visión, como el resto de animales del planeta. El instinto me salvó. Yo me había quedado anonadada al verlo ponerse de pie y ver que parecía un rascacielos. Al menos mediría diez metros de alto, casi llegaba al techo; pero los brazos, terminados en garras venenosas, cuya herida era mortal, debían de ser igual de largos, porque los dejó ir a donde yo estaba, y me hubiera matado si no me trasladó a otro sitio. Gruñó de nuevo, esta vez de forma diferente, con desesperación al no encontrarme. Volví a saltar para que no me cogiera con sus garras. Aunque no abriera los ojos, sabía en cada momento dónde encontrarme. Recorrimos varias veces aquel corredor sin que me pudiera alcanzar. Tampoco yo usé mi espada de fuego porque no me daba tiempo a utilizarla. Lo noté cansado, y parecía respirar con dificultad. Al hostigarme con las dos garras y dos de sus cabezas simultáneamente, no me quedaba más opción que trasladarme, y no podía atacarlo, ni siquiera podía pensar. Mi parte humana trabajaba para encontrar un camino que me permitiera eliminar sus tres cabezas, mientras mi parte angelical se escabullía ante los constantes ataques. Si mataba al guardián podría ser peligroso. Además, aparecerían inmediatamente los arcángeles, a los que según Samael debía temer por su poder y la destreza guerrera. Me refugié en el fondo de su guarida y, al creer que estaba acorralada, se abalanzó sobre mí, al tiempo que me trasladé a la entrada de aquel cubículo, y entonces sí hice aparecer mi espada, golpeando las paredes con tanta fuerza que todo se derrumbó, y las piedras cayeron tapando la galería. El corredor que le servía de refugio quedó obstruido, y Krueger atrapado en una cárcel temporal. Lo oía gruñir con desesperación y golpear con sus garras las rocas. En unos minutos volvería a salir. Había poco tiempo para actuar. Los nervios se apoderaron de mí. Solo tenía unos minutos antes de que el monstruo apareciera de nuevo, dispuesto a destrozarme. Pasaban los segundos y miraba la pared amarilla sin hacer nada. En ese momento llegó Uriel a mi lado y, al oír al monstruo gruñir, me abrazó del susto.

—¿Está todavía vivo? —gritó impresionado, pero allí estaba a mi lado, como un valiente.

—Sí, lo he encerrado en su propia guarida.

—Muy inteligente.

—Qué te crees. Tienes una novia muy lista.

—Lo sé, pero no pierdas el tiempo —dijo señalando el medallón, que permanecía encendido a la espera de que su dueña lo usara.

—Necesito localizar primero a Araziel en su celda.

—¿Lo has intentado?

—Calla, necesito concentrarme.

Comencé a escanear la mente de Araziel, sin saber si podría llegar hasta el otro lado.

—Anik, el medallón ha cambiado de color —me advirtió Uriel.

Entonces lo recordé, el medallón me enseñaría los pasos a seguir. Lo cogí y pude ver las frases que tenía que leer: “ABRE LA PUERTA A LA MENTE”, y al leerla apareció una puerta cubierta por un velo de color azul. Cientos de voces desesperadas llegaron a mí. Chillidos, quejas, sollozos... Por un momento la mente se llenó de mensajes de socorro. Tardé un poco en controlar la situación y me centré en uno solo: el de Araziel.

>>¿Quién eres que puedes llegar a mí? —dijo una voz gutural, muy sorprendida.

>>Soy Anik Lilith, descendiente de Pequeña Lilith. Y tengo el medallón que tú fabricaste. ¿Tú eres Araziel? —le añadí mi segundo nombre, que nunca utilizaba, para que pudiera reconocerme como su heredera.

>>Sí. Yo soy Araziel. ¿Te refieres a mi hija? ¿Por qué no ha venido su madre? ¿Están bien?

>>Lilith era humana y murió. Las dos murieron en su época.

Un grito desgarrador sonó en mi percepción, entriste ciendo mi alma.

>>No puede ser, el medallón la hacía inmortal —expresó por fin, con mucho dolor.

>>Al parecer, el arcángel Metaniel le quitó el medallón y lo escondió. Ella no pudo utilizarlo. Miles de años después un niño lo encontró en una cueva y me lo entregó. Por eso estoy aquí, para cumplir la misión de la primera Lilith.

>>Me duelen tus palabras, pero no hay tiempo que perder, sigue las instrucciones para abrir la puerta. Te ayudaré a que no salgan más demonios para evitar que intervengan los arcángeles. No te preocupes, yo recobraré mis poderes en cuanto salga de aquí.

>>¿Podrás utilizar la espada de fuego?

>>Claro, en cuanto ponga un pie fuera; a mí me castigaron los arcángeles,

no el Creador. Ellos no tienen capacidad para quitar poderes.

»De acuerdo, procedo a abrir la puerta.

La suerte estaba echada. Cogí el medallón y comencé a leer la interminable frase que poseía la magia necesaria. La puerta azul se volvió transparente y me puse alerta. Uriel, al darse cuenta del peligro que corría, se fue al principio del túnel amarillo para evitar ser herido si había lucha. Y la hubo. Dos figuras semitransparentes fueron las primeras en aparecer. Tenían un aspecto horrible y no parecía que fueran a luchar, pero sabía lo que tenía que hacer. De un golpe con mi espada las partí por la mitad y cayeron al suelo, desapareciendo en el aire. Fueron apareciendo otras y otras hasta que alguien paró mi golpe con su espada de fuego. Supuse que era Araziel. Su aspecto era tan grotesco como los anteriores.

—Rápido, cierra la puerta. Mientras, yo evitaré que se escapen más demonios —me ordenó con una voz gutural.

Comenzó a matar los demonios que salían por la puerta. Yo cogí de nuevo el medallón y leí las runas que me indicaba. En unos segundos la pared volvió a ser amarilla.

—¿Cómo has matado a Krueger? —preguntó extrañado.

En ese momento un gruñido desgarrador sonó muy próximo. El monstruo de las tres cabezas golpeaba las rocas con sus garras, cada vez más cerca de la salida. Araziel lo entendió y me miró fascinado.

—No. No lo he matado, eso haría saltar las alarmas. Solo he podido encerrarlo por un tiempo, así los arcángeles tardarán más en darse cuenta de tu huida —mi voz sonó a excusa.

—Está a punto de salir, es mejor marcharse de aquí —dijo él, sin hacerle caso a mis palabras.

En ese momento Uriel, que observaba la escena, se acercó pensando que no había peligro. Araziel, que lo vio, le apuntó con su espada de fuego y lo hubiera partido en dos si yo no paré su golpe con la mía. Mi novio se escondió detrás de mis alas.

—¿Qué hace este humano aquí? —preguntó sorprendido.

—Viene conmigo —le dije con firmeza.

—¿Para qué traes un humano contigo?, hay que borrarle la memoria.

—No, es mi compañero. Y no quiero que nadie le borre la memoria de lo que ha visto. Le prometí que compartiría toda mi vida con él.

—De acuerdo, una promesa hay que cumplirla. Sabes que puede volverse loco.

—Mientras sea loco por mí, no me importa —comenté con ironía, aunque no era el momento.

—Comprendo. Tu cara es como la de Lilith, te pareces a ella como dos gotas de agua.

—Lo sé. Todas las descendientes de Pequeña Lilith son iguales en apariencia —le expliqué, pero no había tiempo para más.

—El monstruo está a punto de liberarse y no me apetece luchar contra él —me dijo con sinceridad.

—Sí, hay que marcharse. Yo he cumplido mi misión.

—Lo has hecho muy bien, pero mi corazón está roto. Volveré con Lilith a su época, solo me interesa vivir su amor. Le llevaré el medallón antes de su muerte, para que pueda compartir la eternidad a mi lado.

—Imposible, lo necesito para salir de aquí con mi compañero y mi madre. Samael puede apañarse solo.

—¿Tu madre? ¿A cuántos humanos has traído? ¿Samael está aquí?

—No, Samael nos espera en un pueblo próximo, él me ha ayudado a llegar hasta aquí para liberarte.

—Es un buen amigo —dijo con suavidad, por un momento pareció relajarse.

—Sí. También me ayudó Anael, aunque no ha podido venir. ¿Has pensado que si te llevas el medallón, quedaremos abandonados? Y tengo una vida que vivir.

—El medallón me pertenece, y a mí solo me importa Lilith —él era sincero, pero no iba a permitirle que se lo llevara y nos abandonara.

—Y a mí me importo yo y los míos. Yo he cumplido mi misión; si quieres el medallón, tendrás que matarme. Y te aseguro que no te será fácil.

Los gruñidos y el ruido que hacía el monstruo al excavar se hicieron más próximos. Su liberación era inminente.

—El monstruo va a salir. No tenemos tiempo para luchar. Tenemos que irnos. Volveré a por el medallón.

Desapareció, seguramente viajaría a la época de su amada. Una de las cabezas de Krueger apareció por un agujero y no me lo pensé más, cogí a Uriel de la mano y nos trasladamos al campamento base en la entrada de la cueva. Mi madre charlaba en francés con los abjasios esperando nuestro regreso. Se quedaron de piedra viéndonos aparecer de pronto frente a ellos.

—Hija, ¿has cumplido tu misión? La ropa está en tu macuto.

Cogimos nuestra ropa y nos vestimos. Seguían con la boca abierta, no sé si

por nuestra aparición o por mi desnudez. Ellos no entendían qué había ocurrido.

—¿Cómo has hecho eso? —expresó el jefe del grupo.

—No he hecho nada.

Les lancé un pequeño rayo que los dejó aturridos. Entré en su mente y les introduje un nuevo recuerdo. Los tres extranjeros habían muerto a más de mil metros de profundidad ahogados en un río interior. Dos de los abjasios, que los acompañaban, pudieron salir y regresar a la superficie. Cogí a mi madre y a Uriel y los trasladé a Guadix, a nuestra casa. Luego me puse en contacto con Samael para explicarle la situación.

»Iré a hablar con Araziel. Seguramente me costará trabajo llegar a él y tardaré en volver. Se lo comunicaré a tu madre —me dijo Samael antes de romper la comunicación.

Ella se quedó preocupada cuando le conté lo que había ocurrido después de la liberación de mi antepasado. Los siguientes días intentamos llevar una vida normal, pero no podíamos. La preocupación nos envolvió a todos. Si Araziel le llevaba el medallón a Lilith para que viviera un vida eterna, ¿qué ocurriría con todas las descendientes de Pequeña Lilith que habíamos esperado encontrar el colgante mágico para liberarlo? No, no iba a permitir que nadie robara el amor que Uriel y yo nos teníamos. No. No pensaba renunciar a nada.

FIN DEL PRIMER LIBRO

CRÓNICAS DEL ÁNGEL ENAMORADO

Libro segundo

LA PIEDRA DE SCONE

SINOPSIS:

Anik vuelve a ser una chica normal que termina sus estudios de bachiller y decide estudiar periodismo en la Universidad de Madrid. Por casualidad recobra sus poderes de ángel y el destino la lleva a enfrentarse a los arcángeles que la condenan a vivir una existencia diferente, pero ella no lo acepta y lucha para recobrar su vida personal y el amor de Uriel. Sin embargo, se producirá un acontecimiento que pondrá en peligro la supervivencia de la humanidad y Anik será la elegida para salvarla.

CRÓNICAS DEL ÁNGEL ENAMORADO

Libro tercero

LA INVASIÓN DE LOS REINOS DEL HIELO

SINOPSIS:

Anik recibe la noticia de la vuelta de su hijo Sigurd, al que entregó con siete años a los arcángeles para su educación y que ha cumplido dieciséis años terrestres. Le acompañan dos jóvenes dioses asgardianos, para continuar los estudios humanos en la Tierra. En este planeta el clima ha cambiado y desde comienzos de año no ha dejado de nevar, convirtiéndose en un mundo de hielo. Por causas desconocidas, los portales que comunican con las otras dimensiones son bloqueados y el planeta queda aislado. Poco después se enteran de que, un ejército compuesto de gigantes del hielo, elfos del hielo, trolls, valquirias y demonios seguidores de Lucifer, van a invadir la Tierra. Anik y sus hijos, junto a sus amigos, luchan para desbloquear los portales y traer un ejército de ángeles, dioses de Asgard, dragones y magos, para

enfrentarse a Lucifer y sus aliados.